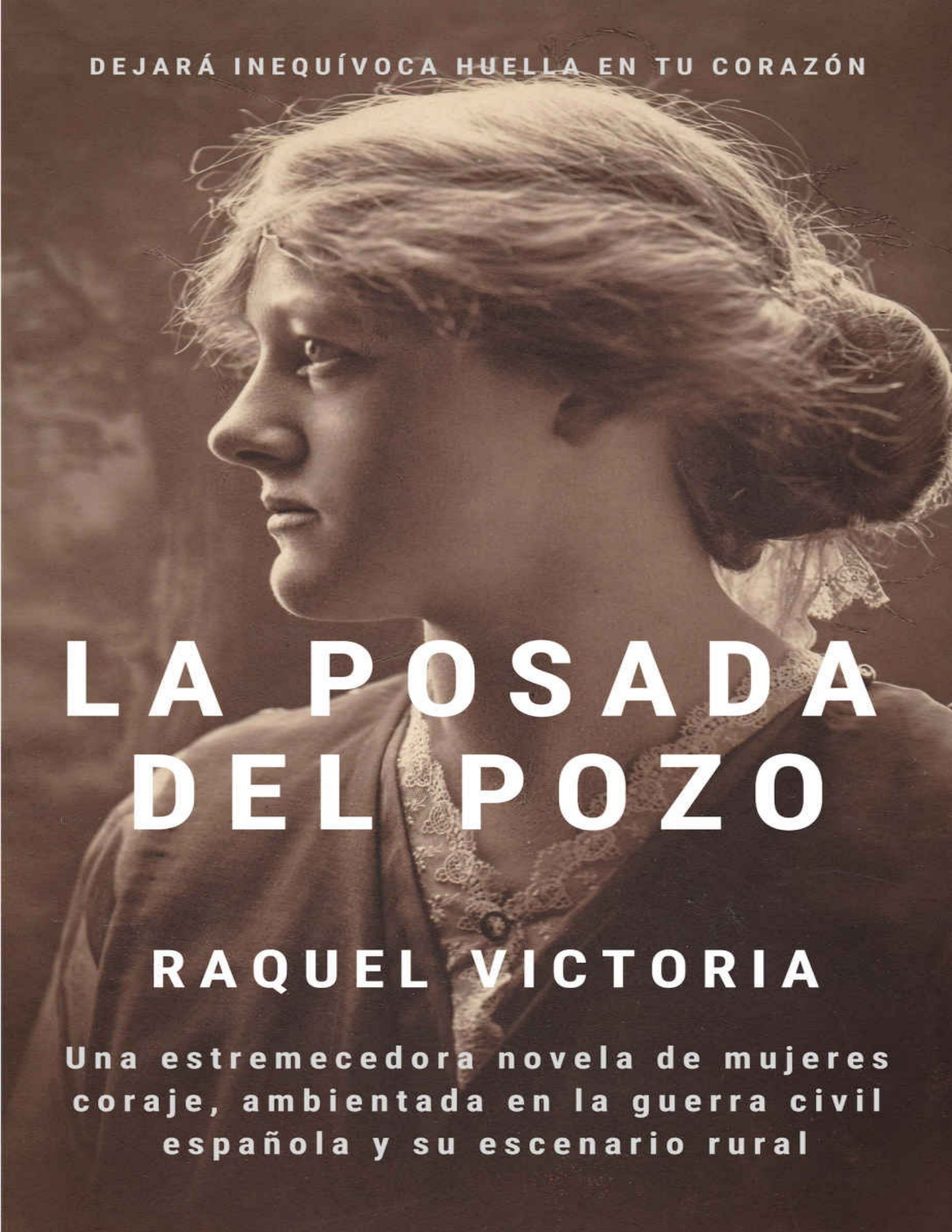


DEJARÁ INEQUÍVOCA HUELLA EN TU CORAZÓN



LA POSADA DEL POZO

RAQUEL VICTORIA

Una estremecedora novela de mujeres
coraje, ambientada en la guerra civil
española y su escenario rural

LA POSADA DEL POZO

RAQUEL VICTORIA

Título de la obra literaria: LA POSADA DEL POZO

Autora de la obra literaria: RAQUEL VICTORIA

Diseño de la portada: RAQUEL VICTORIA

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin autorización previa y por escrito del titular del *copyright*. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

Primera edición: octubre de 2018

© 2018, Raquel Victoria Morea

ASIN: B07K2M8KPK

A los que aman la libertad.

A mi abuela Victoria, cuyo recuerdo sigue viviendo en mí, formando la parte más profunda de mí misma y de mis anhelos, e impulsando desde mi corazón, las letras que hoy escribo.

A Juan, por estar a mi lado y brindarme su apoyo y motivación en todo momento; por ayudarme a mantener mi faro literario iluminado, constantemente encendido.

A mi prima Silvia Sanz, cuya esencia continúa entre nosotras/os, por ser la luz que guía mis pasos; la resplandeciente estrella que alumbra mi mirada.

En memoria de mi abuela Magdalena y de mis bisabuelos Anacleto Martínez y Rosalía Sánchez, que defendieron los valores humanos por encima de su propia vida y libertad; a quienes añoro, a pesar de no haber coincidido en el tiempo.

En especial recordatorio a tantas mujeres que, al igual que mi bisabuela Rosalía, buscaron la tolerancia y la igualdad, dándonos hoy un claro ejemplo de ello.

A mis lectores/as, por ser el reflejo de mis palabras y estimular mi escritura.

*“El corazón es agua
que se acaricia y canta.*

*El corazón es puerta
que se abre y se cierra.*

*El corazón es agua
que se remueve, arrolla,
se arremolina, mata.*

Miguel Hernández”

“¡AY!

*El grito deja en el viento
una sombra de ciprés.*

*(Dejadme en este campo
llorando.)*

*Todo se ha roto en el mundo.
No queda más que el silencio.*

*(Dejadme en este campo
llorando.)*

*El horizonte sin luz
está mordido de hogueras.*

*(Ya os he dicho que me dejéis
en este campo
llorando.)*

Federico García Lorca”

PRIMERA PARTE

Amapolas de libertad

ALSILOS. AGOSTO DE 1954

Era temprano, hacía tan solo unas horas que el sol había comenzado a iluminar las estrechas e inclinadas calles del pueblo. Todavía se notaba la frescura de la mañana en esos momentos, pero Alsilos, situado en tierras modeladas por la Ibérica turolense, tenía un clima típico mediterráneo, así que con el ligero paso que iría marcando el compás de aquel día veraniego, los paisanos volverían a sentir el seco y bochornoso calor característico de todos los meses de agosto.

La brisa matinal pasaba, con cadente suavidad, entre las minúsculas gotas de rocío que pendían aún de la extensa y arraigada hiedra, cuyas entretejidas hojas poblaban cada escondida grieta de los muros de piedra de la casa. Y allí, en aquel apacible lugar, tras la puerta que daba al patio, se encontraba Hilario. Estaba afeitándose ante el desgastado espejo que colgaba de la pared, e iba enjuagando la usada navaja en la pila llena de agua, de vez en cuando. Mientras se afeitaba con esmero, una pequeña sonrisa se dibujaba en sus labios, justo ese día hacía ya una semana que su esposa le había comunicado su cuarto embarazo, e Hilario no podía sentirse más contento en aquel preciso instante. Hilario tenía ya tres hijos y el cuarto que, pronto, vendría, no era sino otra alegría más de las muchísimas que su esposa le había dado en la vida, él mismo había intentado darles todo lo que había podido y, aun así, le parecía poco.

De repente, un fuerte griterío de niños sacó a Hilario de sus propios pensamientos, sus hijos salían alborotados a jugar al patio donde él se estaba lavando ya la cara, apareciendo su esposa detrás de ellos, que le miró sonriendo y con gran ternura.

—Hilario, me voy a la iglesia con los niños, así podrás trabajar tranquilo con Damián.

—Está bien y... cuídame también al pequeño.

Su esposa le miró con el ceño fruncido mientras él desviaba la mirada hacia su incipiente barriga.

—¿Al pequeño? Pero si va a ser niña y, además, se va a llamar Nieves, ya te lo dije.

Hilario tocó suavemente el vientre de su esposa y la miró con cariño.

—Lo que tú quieras, mi amor, si es niña y le quieres poner el nombre de su

abuela, a mí me parece bien.

—Pues entonces, no se hable más, pero si es niño..., en ese caso, lo eliges tú. Bueno, Hilario, me voy que al final vamos a llegar tarde a misa. ¡Ah! Y ten cuidado en el pozo que es muy profundo.

—Tendré cuidado, te lo prometo.

Hilario besó a su esposa tiernamente en los labios y, cuando los cuatro se marcharon, empezó a preparar las herramientas para la limpieza del pozo. Aquel viejo pozo de piedra llevaba en la casa mucho más tiempo que su propia existencia, les proporcionaba agua limpia y fresca de puro manantial todos los días, cosa que muchos paisanos les envidiaban al no disponer de uno en sus casas, e Hilario siempre se había sentido orgulloso de poder tener un bien tanpreciado por la gente en su propio hogar, sin duda, eran afortunados por poseer ese pozo.

Nunca lo habían limpiado, aquella iba a ser la primera vez e Hilario no las tenía todas consigo, por ello, su amigo Damián “*El búho*” se había ofrecido a ayudarle en aquella inusual tarea, él siempre estaba dispuesto a echarle una mano, y, como era tan astuto y avisado, seguro que estaría vigilante por si algo no salía como esperaban, así era Damián, atento ante cualquier imprevisto, de ahí su mote de “*El búho*”, por eso Hilario estaría mucho más tranquilo en el pozo, con él vigilándole desde arriba.

Hilario estaba ya preparando la polea para poder bajar, cuando Damián asomó su cabeza a través de la puerta que daba al patio, entonces vio cómo Hilario había colocado sus herramientas por el empedrado suelo, extendiéndolas en el espacio que recorría desde la pila hasta el pozo.

—¿Se puede?

Hilario reconoció la voz de su amigo, alegrándose por su llegada.

—¡Hombre, Damián! ¡Qué bien que hayas llegado pronto! Así, cuanto antes empecemos, antes acabaremos. ¿No te parece?

—Pues sí, porque creo yo que vamos a sudar de lo lindo con el día que hace.

—Tienes razón, así que venga, a ver si podemos terminarlo antes del mediodía, porque si no con este sol a esas horas, habrá que aplazarlo para otra mañana menos sofocante que esta.

—Entonces, vayamos a la faena, Hilario.

Hilario y Damián comenzaron las labores de desescombro del pozo, para ello Hilario tuvo que introducirse casi hasta el fondo, aprovechando que en aquella época del año el nivel del agua se reducía bastante, puesto que el manantial del que fluía también aminoraba su caudal con el estío y, de ese modo, le permitiría bajar; así que fue descendiendo con la máxima precaución y

cautela, mientras que Damián como era un hombre fuerte y corpulento, lo iba subiendo desde arriba con la soga que colgaba de la polea. Un fuerte tirón de la cuerda alertó de inmediato a Damián.

—¿Ocurre algo, Hilario?

Hilario, con el resonante eco de una voz tensa y agitada, le respondió:

—Súbeme rápido, Damián. ¡Venga, date prisa!

—¿Te encuentras bien?

Hilario contestó nervioso.

—Sí, sí, me encuentro perfectamente, pero ¡súbeme ya de una vez, hombre!

Damián cumplió inmediatamente con las órdenes de Hilario y tiró de la cuerda con celeridad. Unos segundos después, no podía creer lo que estaba viendo, Hilario sostenía con manos temblorosas, un arma de fuego entre ellas. Damián le ayudó a salir del pozo, lo taparon y, con mucho cuidado, colocaron el arma sobre la tapa.

Estaban los dos igual de sorprendidos ante aquello y no sabían muy bien qué hacer. Hilario jamás había tenido un arma entre sus manos, y ahora, le producía escalofríos solamente el pensar, que había sacado aquella del pozo de su casa. Era una situación demasiado comprometida para ellos, tenían que deshacerse cuanto antes del arma, pero ¿cómo? No podían esconderla en la casa y, ¿si hacía un registro la guardia civil? Con lo meticulosos que eran seguro que rebuscaban en todos los rincones y, tarde o temprano, la iban a encontrar. ¿Qué podían hacer? La posibilidad de decir la verdad, en aquellos tiempos, no era válida, seguramente en vez de creerles, acabarían en el cuartelillo o tremendamente torturados como poco.

Hilario cogió el arma, levantó la tapadera del pozo y miró con determinación al fondo, y, ¿si volvían a arrojarla allí dentro? Otra vez bajo la presión del agua, el arma volvería a ser invisible como lo había sido hasta entonces para ellos mismos. Después pensó que era una mala idea, si ellos la habían encontrado al limpiar el pozo, quizás, cualquiera podría hacerlo. No, no era un buen plan.

Mientras Hilario cavilaba todo aquello, a Damián se le ocurrió una ingeniosa idea.

—Hilario, estoy pensando en tirarla al campo.

—Por favor, Damián, eso es una idea absurda, la iban a encontrar en un abrir y cerrar de ojos.

—No, Hilario, creo que no me he explicado suficientemente bien.

—Bueno, pues explícamelo mejor, que el tiempo apremia.

Damián bajó el tono de voz.

—A ver, yo no te decía de tirar el arma así, sin más. He pensado que

mientras vaya trillando, puedo ir esparciendo, poco a poco, todas las piezas de las que se compone, un trocito por cada hectárea de campo, sería muy difícil que alguien diera con ellas y supiera que pertenecían a algún tipo de arma de fuego. ¿No crees?

Hilario se quedó mirándole estupefacto por el estudiado plan que había ideado su amigo, sin duda alguna, más que brillante.

—Me parece inteligente, sí. Ahora entiendo perfectamente por qué todo el mundo te llama “*El búho*”.

Al día siguiente, Damián “*El búho*” fue dispersando en un gran terreno de campos de cultivo, todas las piezas descompuestas del arma de fuego, y una a una por diferentes puntos repartidos entre la cortina de espigas del dorado trigal. Quedó totalmente satisfecho cuando terminó el trabajo asegurándose bien de que ninguna mirada indiscreta merodeara a su alrededor.

ALSILOS. TREINTA Y CINCO AÑOS ANTES

Aquella calurosa mañana de sábado, Nieves se despertó de repente. Bostezó y estiró los brazos para desperezarse e inmediatamente saltó de la cama, se acercó rauda a la ventana y después de abrirla con fuerza, ya que el calor había hinchado la madera, la luz que al momento iluminó toda la habitación también había cegado sus ojos, tomó unos segundos para acostumbrarse y miró al frente, el sol asomaba a través de unas diminutas montañas que quedaban bastante lejos de Alsilos; acto seguido, bajó un poco la mirada y observó la humedecida hiedra que trepaba como una telaraña a través del muro, y, allí mismo, prácticamente en el centro del patio, sobresalía imponente el pozo. ¿Qué sería la posada sin él? Pensó Nieves, y eso precisamente fue lo que le hizo comenzar la nueva mañana. Después de asearse con la jarra y la palangana del aguamanil, tendría que sacar los cubos de agua necesarios para afrontar el día, así que se dispuso a empezar sin más demora su trabajo. Sin embargo, ella sabía que aquel día sería distinto, comenzaban los festejos en torno al patrón del pueblo y esa tarde había verbena, además, su padre le había prometido encargarse un rato él solo de la posada, para que ella pudiera salir a la plaza a bailar con sus amigas.

Nieves Hernández cumpliría muy pronto los diecinueve años, pero nada tenía que ver con las muchachas de su edad. Se había criado en la posada que había dado de comer a muchas otras generaciones anteriores de su familia, ahora era su padre quien la regentaba, pero ella se encargaba tanto como él de que funcionara siempre a pleno rendimiento. Nieves no tenía hermanos, su madre había fallecido al darle a luz a ella, pero Gervasio, su padre, le había compensado siempre con todo su cariño, y la había educado con total libertad y sin prejuicio alguno. Ahora ella estaba hecha ya toda una mujer, su vida en la posada le había obligado a ser fuerte y a tener las ideas siempre claras, no se dejaba llevar fácilmente y tampoco le gustaba tener que obedecer órdenes, quizás aquella fuera su mayor virtud, poder pensar y opinar por sí misma, aun siendo mujer. A Gervasio le debía muchas cosas, pero después del comportamiento ejemplar que le daba como padre, le agradecía enormemente la educación que él le transmitía y enseñaba en casa, aquella que no se atrevían a nombrar en los libros de la escuela, en la que solo se incluía a unos cuantos niños, para el resto seguía constituyendo un lujo imposible de alcanzar.

Nieves era una mujer libre en muchos sentidos, en Alsilos muchas de ellas ni siquiera sabían leer o escribir, entre los hijos y el campo ya tenían bastante trabajo como para siquiera aprender a hacerlo, el hambre se colaba asiduamente en sus hogares, y ese era el único pensamiento que se les podía pasar por la cabeza. También había otras mujeres que vivían rematadamente bien al margen del sufrimiento de los más necesitados, pero ni siquiera ellas podían obrar con total libertad en sus actos. Sin embargo, Nieves se encontraba en el punto intermedio, no llegaba a pasar penurias pero tampoco sobraba nada en su casa, durante mucho tiempo la posada había constituido el principal sustento de todos los suyos, y esperaba que así lo siguiera siendo.

Un rato después, Nieves ya había adecentado todo lo posible la posada con el agua limpia recién cogida del pozo, y se disponía, justo entonces, a desplegar los manteles sobre las mesas del pequeño y confortable salón que había en la planta baja, para servir después el desayuno a los señores hospedados en las habitaciones de arriba. Canturreaba contenta una canción cuando oyó que su padre la llamaba.

—¡Nieves, hija! ¡Sal un momento, anda! Ha venido Bernardo con el pan, pero yo no puedo salir que estoy enfrascado en la cocina.

—Sí, padre, ahora mismo voy.

A Nieves le cambió inmediatamente la mirada, se tocó el pelo por si alguno de sus rizos se había descolocado, se alisó un poco la falda y el delantal, y salió corriendo a punto de salirsele, a su vez, el corazón por la boca.

—Buenos días, Bernardo. ¿Nos traes el pan? ¿No?

Bernardo la miró primero atónito y después sonriendo.

—Claro, como todos los días. ¿Querías que te trajera algo más hoy...?

Nieves se sonrojó un poco.

—No, no, nada más que el pan.

Bernardo volvió a sonreírle, aunque ahora lo hacía tímidamente.

—Esta tarde es el baile. ¿Vendrás? ¿O tienes que ayudar a tu padre en la posada?

Nieves, con mucha picardía, le dijo:

—Pues no sé, depende.

—¿Depende? ¿Y de qué?

—No sé, Bernardo, quizá depende de si tú quieres que yo vaya o no.

Bernardo le respondió sorprendido.

—Nieves, mujer, cómo no voy a querer que vayas si eres tú el alma de la fiesta.

Nieves miró a Bernardo fijamente a los ojos.

—Bueno, en ese caso, iré, pero solo si me prometes una cosa.

—¿El qué?

—Que me saques a bailar.

Bernardo alzó los brazos, encogiéndose después de hombros.

—Nieves, pero si ya sabes que yo no sé bailar, soy muy torpe, seguro que te piso.

—Entonces, me quedo aquí ayudando a mi padre. Estos días son los de mayor trabajo en todo el año.

Bernardo miró dulcemente a su amiga.

—Está bien, tú ganas. Te concederé un baile porque seguro que en cuanto notes los pisotones, sales huyendo de la plaza.

Nieves no pudo evitar una carcajada.

—Vale, vale. Ahora, venga, dame el pan que si no, no voy a llegar a poner hoy los desayunos.

Bernardo descargó un saco de pan de la parte de atrás de su bicicleta y se marchó montado en ella, habiéndose despedido antes de Nieves hasta esa misma tarde que volverían a encontrarse. Nieves distribuyó las hogazas de pan en la mesa de la cocina, y, mientras su padre servía los desayunos, ella se quedó separando las lentejas que luego cocinaría para el plato del día.

Bernardo Pérez, montado en su vieja bici, se disponía a marchar a los pueblos de al lado para repartir el pan como tantos otros días, sin embargo, ahora pedaleaba torpemente porque no dejaba de pensar en Nieves. No comprendía cómo lograba hacerlo pero siempre le pillaba desprevenido, en fin, tendría que arreglárselas para bailar una pieza con ella. No sabía bien en qué decisivo momento se dio cuenta de que, poco a poco, se había enamorado completamente de aquella muchacha que poseía esa forma de ser única, tan tenaz y perseverante, y a la que difícilmente se le podía llevar la contraria, pero el hecho era que lo estaba hasta las trancas, el influjo de Nieves lo tenía ahora sumido como en un flotante hechizo. Se conocían desde siempre, los dos habían nacido en Alsilos, y también los dos habían sufrido mucho ya de niños, quizá todo ello hacía que fueran como uña y carne, compartían una gran amistad. Bernardo había perdido a sus padres a una edad muy temprana, él casi no los recordaba, y sus tíos lo habían tenido que criar como a uno de sus propios hijos, para Bernardo sus dos primos eran como si hubiera tenido hermanos, y la panadería que regentaban sus tíos, siempre había sido su casa.

Con veinte años, Bernardo hacía el reparto de pan por los pueblos, al igual que un día lo hizo su tío, pero no tenía demasiado claro si su futuro dependería siempre de aquel viejo horno de pan de leña.

Por la tarde, Nieves se miraba y remiraba, de frente y de perfil, en el espejo del aguamanil de su habitación, sus ojos azules brillaban con fuerza, se había

soltado su cabello castaño, y se adivinaba una fina figura debajo del vestido rosa de los domingos que había elegido para la ocasión. Se volvió con ligereza cuando oyó la voz de Nati atravesar, fugazmente, la ventana abierta, y bajó rauda, después de echarse un último vistazo.

Natividad era amiga suya desde la infancia, vivía en la casa de al lado que, a su vez, era la vaquería del pueblo. Siempre iban juntas a todas partes y se solían relatar hasta el último de sus secretos. Para Nieves era una amiga muy especial con la que se podía contar aun cuando las cosas no salían como se esperaba, y confiaba plenamente en ella.

Nieves bajó apresuradamente las escaleras, cogió a Nati de la mano, y salieron por debajo del esbelto y sobrio arco que abría y enmarcaba la puerta principal de la posada, situada un poco más adelante que la que daba al patio del pozo, por donde entraban los carruajes y coches de caballos.

—Te has puesto muy guapa, Nieves. ¿Me imagino por qué?

—Gracias, tú también te has arreglado mucho, Nati. Y sí, a ver si, por fin, se atreve...

Al momento, se juntaron con otras dos amigas, Lucía, de la misma edad que ellas; y la hermana menor de Nati, Rosa. Llegaron a la plaza perfectamente decorada para la verbena, y se sentaron en un banco de piedra esperando a que el baile empezara con los primeros compases. Un momento después, vieron a lo lejos cómo se acercaba Bernardo con sus primos, Marcelo y Pedro; y otros dos amigos, Julián y Ramiro.

Cuando ya los tenían delante, Marcelo le pidió bailar a Nati sin vacilar siquiera, y Bernardo, dubitativo, también acabó sacando a Nieves, que no paró de reírse intentando evitar los pisotones de Bernardo, pero cuando comenzaban el segundo baile, Bernardo olvidó instantáneamente sus temores y miró con tal descaro a Nieves, que le hizo ruborizarse.

—Estás mucho más que preciosa esta tarde.

—Tú también estás muy apuesto hoy, Bernardo.

Bernardo acercó lentamente sus carnosos labios a los de Nieves, sin embargo, en el último momento, inesperadamente, se sintió confuso, pero Nieves no podía permitir sus dudas y, con todas sus fuerzas, le agarró del cuello fundiendo sus finos labios con los de Bernardo, y así permanecieron durante unos breves instantes hasta que se dieron cuenta de que toda la plaza les estaba mirando, y entonces se apartaron bruscamente el uno del otro.

Bernardo posó su mirada en Nieves, ella disimuladamente le estiró de una mano, y después se alejaron de allí hasta llegar a una de las estrechas y solitarias calles de Alsilos, donde se detuvieron para besarse, una y otra vez, sin poder parar de hacerlo, como si tuvieran que recuperar todo el tiempo perdido en el

que ellos mismos no se daban cuenta de cuánto se habían necesitado siempre y cómo se habían amado durante toda la vida, derrochando en aquella prematura noche que comenzaba a envolverles, el jugo dulce de sus besos, que iba atrapando, con sosiego, hasta el último pedazo de aquel callejón oscuro donde el amor que ambos compartían, había conseguido cobijo, refugiado con los últimos fogonazos de aquel caluroso sol de agosto, que ya se apagaba.

ALSILOS. OCTUBRE DE 1919

Nieves terminó de barrer las hojas que alfombraban el patio, antes de volver a remover el caldo que tenía en el puchero. En aquella época del año, se pasaba medio día barriendo las tostadas hojas que caían de los árboles y que, como una quebradiza estampa seca, el viento esparcía alrededor del pozo. Era ya tarde y el ocaso del día llegaría de un momento a otro, pronto volvería su padre para cenar con ella, Gervasio se había ido a indicarles el camino de salida del pueblo a los últimos huéspedes que habían tenido, seguramente esa noche cenarían los dos solos bajo la tenue luz de un candil.

Nieves apartó el puchero del fuego y lo tapó para que el caldo se mantuviera caliente, después cogió un mantel y cubiertos para los dos y entonces vio algo que brillaba destacando al lado de los gastados vasos. Una pequeña sonrisa cubrió sus menudos labios al comprobar que su padre se había vuelto a olvidar el reloj en la mesa de la cocina. ¿Dónde tendría la cabeza? Pensó Nieves, y comenzó a mirar el reloj de Gervasio totalmente distraída. Daba las siete y media de la tarde, y la cadenita colgaba oscilando y golpeando a su vez la mesa de madera, pero Nieves no veía la hora a través de la esfera reluciente del cristal. Ella recordaba a su madre, nunca la había conocido, al menos en persona, porque sí la conocía a través de las palabras de su padre, él había compartido muchos de sus buenos recuerdos con Nieves y aquel preciado reloj de plata era uno de ellos, su madre se lo había regalado a Gervasio cuando se casaron, y él le daba cuerda todos los días sin haberse dejado nunca ni uno solo para mantener viva su memoria, pero ya estaba un poco mayor, y, últimamente, se despistaba y se le olvidaba en un sitio u otro de la posada. Por suerte, Nieves siempre acababa encontrándolo y, tan solo acariciando, levemente, su pulida superficie con la yema de sus dedos, le hacía acordarse, de una manera fulminante, cómo debió de ser su madre, imaginándosela a través de las interminables historias que su padre le relataba. Le solía decir, bastante a menudo, que se parecía mucho a ella, tenía un fuerte carácter difícil de dominar pero en el fondo sabía dejarse querer, según Gervasio, era clavadita a su madre en incontables aspectos. Y ahora, Nieves se preguntaba qué le hubiera dicho sobre su relación con Bernardo si todavía viviera, en realidad, su padre la había aprobado, así que suponía que ella también lo habría hecho.

Nieves siempre había sido muy suya, pero ahora con Bernardo todo era diferente, solo deseaba besarle cada vez que se veían, y cuando estaban con más gente, se contenía con mucho sacrificio porque sabía lo chismosos que eran en el pueblo y era mejor no dar que hablar a nadie. Estaba perdidamente enamorada de Bernardo desde antes incluso que llevara pantalones largos, y había esperado paciente en un largo sueño que los años habían ido alimentando, para que, por fin, fueran novios. Él era un hombre distinto, la trataba como una mujer se merecía, y compartían ambos no solo ese amor infinito que se daban y descubrían, sino también unas ideas comunes en las que la opresión no tenía cabida.

Unos cascos de caballos sacaron a Nieves de su ensimismamiento, miró a través de la ventana y vio a unos forasteros apearse de los mismos. Nieves se quitó el delantal y, con presteza, salió por la puerta principal de la posada a recibirles con cortesía.

—Buenas tardes, caballeros, supongo que buscan alojamiento.

Los dos caballeros se miraron y después respondió uno de ellos.

—Sí, señorita, pero... Nos dijeron que esta posada era confortable y limpia, y que la regentaba un señor de buena familia...

Nieves frunció el ceño.

—Sí, claro, ese señor se llama Gervasio y es mi padre, pero en este momento no se encuentra en la posada, así que yo misma les puedo atender perfectamente.

Justo en ese instante, apareció Gervasio, que había podido oír parte de la conversación conforme se acercaba a ellos, así como el tono de voz que había empleado su hija, un tanto altivo para su parecer, por lo que se dispuso rápidamente a atenderles él mismo.

—Nieves, hija, llévate a las cuadras los caballos de los señores, por favor, ya me ocupo yo de alojarles en las habitaciones.

Gervasio miró a su hija algo encolerizado, pero aun así, Nieves cogió por las riendas a los dos caballos y, a la vez, se volvió hacia los señores.

—Por cierto, deben saber que esta posada es la mejor de toda la zona, es la más confortable y, sin duda, está más limpia que la patena. Les deseo una agradable estancia, caballeros.

Nieves se dio media vuelta y se dirigió con los caballos a la entrada trasera que daba al patio, después de pasar por el pozo, al fondo, se encontraban las cuadras, allí, entre montones de heno, se dispuso a atarlos con una sonrisa triunfante grabada en sus labios.

Nada más servir la cena a los invitados, Gervasio le soltó a Nieves su reprimenda mientras cenaban un tazón de caldo.

—Nieves, hija, no debes contestar así a la clientela o me la vas a espantar. Nieves miró a su padre contrariada.

—¿Así cómo, padre? ¿He dicho alguna inconveniencia?

Gervasio, que comenzaba a irritarse, le contestó:

—No, no has dicho nada malo, pero el tono de voz que has usado, sabes que no era el apropiado.

—¿Y el que han usado ellos? Era como si una mujer no se pudiera encargar de un negocio como este, padre.

A Gervasio le mudó el rostro.

—Lo sé, hija, lo sé. Pero todavía es pronto para que todo el mundo piense como tú y yo lo hacemos.

Nieves bajó la mirada.

—Pero entonces, ¿cuándo será el momento? ¿Cuándo, padre?

Gervasio observó con dulzura a Nieves.

—No lo sé, Nieves. No lo puedo saber, pero si te he educado así, es también para que sepas esperar el momento adecuado, seguro que lo habrá, tarde o temprano sucederá, pero debes tener paciencia hasta que ese día llegue, solo así conseguirás lo que te propongas.

Nieves cogió, con mucho cariño, la mano de Gervasio.

—Está bien, padre, me ha convencido, ya guardaré mi genio para más adelante. Y ahora, tómese el caldo que se le va a enfriar.

Al día siguiente, los forasteros reemprendieron su viaje, eran propietarios industriales que se dirigían hacia Teruel, ciudad donde se encontraban sus prósperos negocios, así como, igualmente, se ubicaba una gran parte de la burguesía terrateniente del momento, aunque con la excepción de ciertos núcleos aislados y del predominante e influyente sector minero, desperdigados estos por diferentes puntos estratégicos del resto de la provincia. La mayoría de huéspedes de la posada eran viajeros, estaban de paso, y hacían allí un alto al camino para recobrar fuerzas. Algunas veces, eran comerciantes; otras, militares; y también, en ocasiones, se hospedaban guardias civiles que solían dirigirse a la capital para ocuparse de diversos asuntos. Rara vez llegaba alguna familia porque la gente pudiente pernoctaba normalmente en las ciudades, y los más desfavorecidos no se podían permitir ese tipo de lujos, porque vivían en la abundancia pero de una amarga pobreza.

Nieves había crecido, viendo, constantemente, a hombres que se alojaban temporalmente en las habitaciones de su casa, tomándose también algún que otro chato de vino, sentados en el pequeño y acogedor salón. La posada siempre estaba llena, unos se iban pero otros venían, y sus cinco habitaciones solían estar completas. El lugar idóneo en el que se encontraba Alsilos, enclavado al sur de

tierras turolenses y situado casi en las lindes de la región aragonesa, hacía que aquello fuera posible, puesto que su evidente paso hacia Teruel, lo convertía en obligada parada para el descanso de muchos viajeros.

Como la posada se había quedado vacía, Gervasio le dio el día libre a Nieves para que pudiera ir a la romería de la Virgen del Rosario que celebraban el primer domingo de octubre, él se quedaría allí porque seguramente en un rato llegaba algún nuevo huésped.

Nieves se fue a llamar a Nati y a Rosa, y las tres juntas fueron a buscar a Lucía a su casa. Llamaron a la puerta y tras los golpes secos de la aldaba, la sirvienta abrió, atendiéndoles e indicándoles que esperaran en la impecable sala de invitados. Allí, se sentaron en unas acolchadas sillas y Nieves se quedó mirando con cierta frialdad la habitación, siempre que entraba en esa casa de tono burgués, todo aquello que veía ante sus profundos ojos claros, le producía escalofríos. Los padres de Lucía nunca habían sido de su agrado, y sentía lástima por su amiga que vivía rodeada de lujos y comodidades, pero le faltaba el verdadero calor de una familia, algo que ella sí podía sentir cada día.

Unos instantes después, salió Lucía, vestida con sus mejores galas, pero con la mirada un poco triste quizá. Subieron las cuatro hacia la iglesia para poder ver desfilar la procesión. Desde el propio pórtico, sorteando a ambos lados sus inflexibles muros, salieron los mozos del pueblo, entre ellos Bernardo, portando a hombros a la Virgen para pasearla en romería hasta las largas hileras de trigo recién sembrado, donde celebrarían la misa primero en un improvisado altar, y, seguidamente, la comida.

A Nieves no le agradaban demasiado los actos religiosos y sabía que a Bernardo tampoco, es más, ambos en su fuero interno los repudiaban, pero la Virgen del Rosario era muy venerada en el pueblo, donde prácticamente los setecientos habitantes que poblaban Alsilos iban a aquella romería, y, además, después de la discusión con su padre la noche anterior, no debería faltar.

Cuando las guitarras y bandurrias de la rondalla empezaron a resonar en el ambiente, Nieves y Bernardo se alejaron, sigilosamente, hasta que fueron invisibles para toda aquella multitud de gente.

Nieves besó efusivamente a Bernardo.

—Por fin, Bernardo, pensaba que jamás nos podríamos deshacer de todos ellos. Hasta tu primo Marcelo he visto cómo nos miraba cuando nos hemos alejado.

Bernardo sonrió embelesado a Nieves.

—Habrá sido pura curiosidad.

Nieves cogió suavemente la mano de Bernardo rozando sus asperezas, y entrelazó sus dedos con los suyos.

—No sé yo, qué le importaría a él. Si tenía a su lado a Nati, ya tenía donde mirar, ¿no?

—Hombre... visto de esa manera... no voy a apartar mis ojos de ti.

—¡Qué tonto eres! Pues yo voy a hacer lo mismo.

Nieves se quedó mirando dulcemente a Bernardo y tomó la iniciativa dándole un pequeño empujón, Bernardo hizo como que perdía el equilibrio y cayó de espaldas al mullido tragal.

—¡Ven aquí, cariño!

Bernardo cogió fuertemente el brazo de Nieves y le estiró hasta que ella cayó sobre él. Comenzaron a besarse con una pasión frenética, y, al instante, el vestido rosa de Nieves rodaba por el suelo al igual que el abultado montón que formaban las ropas de Bernardo. Nunca los dos habían sentido lo que experimentaban ahora por primera vez en su vida, allí, contemplando excitados y atónitos la completa desnudez de sus cuerpos, acariciándose con ternura, y consumando su amor en un inexplicable y desconocido río de deseo jamás sentido hasta aquel preciso momento, que robaba sus ansias de amarse, como una fina y anhelada lluvia de otoño.

ALSILOS. SEIS MESES MÁS TARDE

Los días habían ido colándose, poco a poco, entre los sucesivos resquicios de pesares y alegrías que sostenían las vidas de los habitantes de Alsilos. Por fin, despertaba abril, y Nieves inspiraba el aire de la primavera con el sabor de los labios de Bernardo rozando sus pensamientos, y sintiendo que su corazón galopaba de sincero amor, a punto siempre de salir trotando.

Pasaba todo el tiempo que podía junto a Bernardo, se querían demasiado, y cualquier excusa era buena para alejarse de Alsilos hasta aquellos apartados lugares, donde las miradas ajenas no podían entrever sus encuentros. Solían tumbarse en el trigal olvidados de todo y, más adelante, cuando las lluvias y la nieve comenzaron a hacer acto de presencia, buscaron su refugio en pajares abandonados. Allí, lo que comenzaba siendo una acalorada conversación, daba paso a las nerviosas risas, que se convertían en caricias y besos llevados desde sus labios hasta los lugares más recónditos que iban conociendo ambos bajo la piel del otro, donde el amor se vertía sintiendo la cascada de sus imparable impulsos.

Nieves se había levantado aquella mañana con mucha vitalidad, le gustaba la llegada de la primavera, pensaba que era un renacer y un canto a la vida en la propia naturaleza, dejando atrás el silencio gris de los días huecos del invierno. Salió al patio y reconoció la melodía que tan bien entonaban los pajarillos, cerró los ojos y respiró el embriagador perfume de las flores que comenzaban a abrirse. Le complacía notar el calor del sol en su rostro, después de tantos meses sintiéndolo solo cerca de la humeante chimenea, en el recogido salón de la posada. Siguió con sus tareas habituales y llenó un par de cubos con agua del pozo, pero al cargar con ellos y subirlos por las escaleras dispuesta a limpiar las habitaciones en la planta de arriba, se tambaleó derramando algo de agua, y tuvo que apoyarlos en un peldaño de los escalones para mantenerse en pie, su vitalidad matutina se había desvanecido.

Llevaba ya un tiempo que se sentía un poco floja, había acarreado el peso de los cubos llenos de agua desde que era tan solo una niña, y siempre había cumplido con sus obligaciones sin cansarse tanto como le ocurría ahora, además, creía saber lo que le pasaba, sin embargo, todavía no había sido capaz de contárselo a nadie.

Un rato después, se fue a la vaquería a por leche para afrontar el día en la posada, y así, de paso, podría hablar con su amiga Nati.

Nati se encontraba en el establo sentada en un pequeño taburete y, afanosa, estaba ordeñando una vaca. Pensaba en Marcelo, el primo de Bernardo, eran novios casi desde el mismo baile donde comenzaron a festejar Nieves y Bernardo, pero a Marcelo, a diferencia de su primo, le costó un poco más pedirle relaciones formales a Nati, porque a pesar del arrojado impulso que le llevó a pedirle aquel primer baile, que ella siempre pensó que había sido alentado por unos cuantos chatos de vino; era algo reservado, pero aun así, poco después se lanzó y lo hizo. Natividad, aun teniendo los mismos años que Nieves, era mucho más comedida en sus actos, quizá fuera por la suerte de tener una madre a su lado y, por eso mismo, cargaba más sobre su conciencia cuando su madre le decía, con reiterada insistencia, todo aquello indecoroso que una mujer no debía hacer hasta el matrimonio. Nati se tomaba literalmente las palabras de su madre y, de momento, aunque quería a Marcelo con toda su alma, no habían pasado más allá de esporádicos besos o abrazos casuales.

Poco después, Nieves entró en los establos de la vaquería.

—¡Nati! Ya sabía yo que te encontraría aquí.

Nati miró a Nieves con el ceño fruncido.

—¡Hombre, claro! ¿Dónde iba a estar si no, más que ordeñando las vacas y oliendo su pestilente perfume?

A Natividad no le agradaba demasiado el trabajo que tenía que desempeñar, pero su familia se había dedicado siempre al ganado bovino, y ella sabía que ese también sería su destino por mucho que quisiera desafiarse.

De repente, vio cómo a Nieves le cambiaba la cara, tornando su color habitual, en apenas unos segundos, a una palidez más que evidente.

—¿Qué te ocurre, Nieves? ¿Estás bien? Oye, me estás asustando.

—Ya está, no sé, me he mareado un poco con ese olor que tú detestas, pero ya se me pasa.

Nati miró atónita a Nieves.

—¿Que se te pasa? ¡Pero si se te ha puesto la cara más blanca que la leche de esta vaca!

Nieves dio un pequeño suspiro y Nati recogió, rápidamente, el barreño de leche, además de apartar a un lado el taburete, para que Nieves pudiera pasar sin obstáculos.

—Ven, Nieves, pasa por aquí, vamos dentro de la casa.

Nieves se sentó en una silla del humilde comedor de la familia de Nati.

—Ya me encuentro mejor.

Pero Nieves se seguía mareando, ese olor a excremento de vaca comenzó a

producirle náuseas, hasta que acabó vomitando en uno de los barreños vacíos que había también en el comedor, y que Nati se apresuró a acercarle. Al cabo de un rato, se le pasó, y como Nati se encontraba sola en casa, pudieron, por fin, hablar tranquilamente sin que las paredes prestaran sus atentos oídos a la conversación.

—Escúchame, Nieves, debería verte el padre de Lucía, él es un médico muy distinguido y seguro que sabe encontrar aquello que te sucede, y, sin duda, acertará poniéndote el remedio más adecuado.

—No, no se te ocurra decirle nada a Lucía, y menos aún a su padre.

—Pero, Nieves, si somos amigas, no creo que te cobre la consulta...

—Nati, no es eso, mi padre podría pagarle con holgura, es que...

Nati miró expectativa a Nieves.

—¿Es que? ¿Qué?

—Pues que estoy embarazada, y creo que ya va a ser de tres faltas...

Nati se quedó algo sorprendida.

—No si... Ya te lo avisé, tanto ir al grano pues al final... ya sabes a lo que conlleva eso...

Nieves bajó la vista.

—Bueno, Nati, tú no eres mi madre y no eres quien para decirme esas cosas, Bernardo y yo solo nos hemos amado, y eso es lo mejor que me ha pasado en esta vida y, además, solamente he venido a por el consejo de una amiga, ya que, por desgracia, no tengo una madre en quien confiar.

Nati sintió vergüenza, Nieves tenía razón, ahora solo importaba la manera de solucionarlo.

—Lo siento, no he debido hablarte así, es verdad.

—No te preocupes, supongo que es lo que me hubiera dicho cualquiera de este pueblo.

—Nieves, ¿se lo has contado a Bernardo?

Nieves miró fijamente a Nati.

—No, tú eres la primera en saberlo.

—Pues si yo estuviera en tu lugar, es lo primero que haría.

Un triste brillo en los ojos de Nieves ensombreció un instante su mirada.

—Sí, pero y... ¿si no quiere casarse conmigo?

Nati cogió, con afecto, las manos de su amiga.

—Sabes muy bien que Bernardo no es de esos, tú lo conoces mejor que nadie.

Nieves dibujó entonces en sus labios una débil sonrisa.

—Tienes razón, si algo diferencia a Bernardo es que no se parece a la mayoría. Esta misma tarde se lo diré.

Nieves volvió a sus quehaceres diarios y esperó, con amarga impaciencia, la llegada de Bernardo.

Por fin, Nieves oyó, con intensidad, el chirriar del pedaleo de Bernardo, y salió corriendo por la puerta que daba al patio, para montarse detrás de él en su bicicleta.

Cuando se alejaron un poco de Alsilos, se bajaron de la bici y, uno al lado del otro, se sentaron en la reverdecida hierba que casi rozaba los dominios de un campo conquistado por altos girasoles.

Bernardo abrazó a Nieves, y ella vio en sus expresivos ojos negros lo que él pretendía, pero aquel día no podría ser porque se encontraba indispuesta.

—Bernardo, cariño, hoy no puedo.

—Pero ¿por qué no?

Nieves miró a su novio con dulzura.

—Es que no me encuentro muy bien, nada más.

Bernardo la miró incrédulo.

—¿Estás enferma? ¿Es eso?

Nieves puso los ojos en blanco, a veces a los hombres les costaba mucho comprender algo tan obvio y lógico para las mujeres.

—No, solamente es... que estoy en esos días. Anda, llévame a casa, los girasoles ya se han vuelto, estará a punto de ponerse el sol.

Bernardo llevó a Nieves a la posada sin saber muy bien qué le ocurría, y allí le despidió con un fugaz beso por si les veía Gervasio.

Al día siguiente, Nieves, arrodillada, fregaba el suelo de la cocina mirando de vez en cuando por la ventana, para poder estar al tanto así, por si venía Bernardo con el pedido de pan, estaba tardando mucho ese día, y ella estaba más nerviosa que nunca, sin saber cómo decirle aquello que no había podido la tarde anterior.

Pasado un buen rato, llegó Bernardo cubierto de una ceniza entre gris y negra por toda la ropa, y el rostro como teñido por el hollín de una chimenea. Al verlo así, Gervasio y Nieves salieron apresuradamente, y él les contó, precipitadamente, que había habido una explosión en la mina.

Nieves se llevó ambas manos a la boca por el sobresalto.

—¡Madre mía! Marcelo y Julián, ¿están bien?

Bernardo contestó tranquilizando a su novia.

—Sí, no os preocupéis por ellos, a la gente del pueblo no le ha pasado nada, la galería en la que se ha producido la explosión, la trabajaban hombres de pueblos de al lado.

Gervasio preguntó inquieto a Bernardo.

—Y esos hombres, ¿han sufrido daños?

—Menos de los que hubieran podido sufrir, algunas heridas sin gravedad y, eso sí, un hombre ha quedado, según han dicho, con una sordera crónica.

Nieves miró de arriba abajo a su novio.

—Y tú, ¿qué hacías allí, en la mina?

—Llevaba el pan como todos los días y, de lejos, cuando me disponía resuelto a bajar el terraplén con la bicicleta, he visto cómo saltaban por los aires trozos de roca de la ladera del monte. Luego he ido con premura a socorrer a los heridos, por eso es que llevo esta desastrosa pinta.

Bernardo se quedó hablando con ellos un rato más, y después Nieves y Gervasio tuvieron que seguir atendiendo la posada como siempre, aunque con los pensamientos puestos en los desdichados mineros.

En Alsilos, mucha gente se dedicaba a la minería, era un trabajo muy duro y con muy poca seguridad, tan poca que aquellos heridos tenían suerte de estar vivos. Durante toda la semana, no se habló de otra cosa en el pueblo, y Bernardo y Nieves coincidían absolutamente en todo, sus respectivas maneras de ver el mundo se asemejaban, hablaban de cómo los patronos explotaban a los trabajadores en aquella mina, y en tantas otras que había diseminadas por toda la geografía española, pensaban que algo había que hacer, algo que pudiera mejorar la vida de toda esa gente. Nieves tenía otro pensamiento en la cabeza también, pero ante aquella situación, no sabía cómo sacarle el tema a Bernardo, lo iba posponiendo hasta que un día no pudo más, y cuando le trajo el pan por la mañana, habló con él, con franqueza, aprovechando que Gervasio había salido.

—Bernardo, sé que te preocupan los mineros y a mí también, pero debo decirte algo que nos incumbe solo a nosotros.

—Bien, dime, mi amor, soy todo oídos.

Nieves miró fijamente los ojos negros de Bernardo, queriendo adivinar en ellos la respuesta que esperaba.

—Cariño, ¿te acuerdas del día que me encontraba indispueta?

—Sí, claro, estás un poco rara desde esa tarde. ¿No estarás enferma?

Nieves sonrió con dulzura.

—No, mi amor, lo que estoy es embarazada.

Bernardo se quedó sorprendido y preocupado a la vez, su cabeza comenzó a dar vueltas sin poder parar el aluvión de pensamientos, que le llegaban sin pausa.

—¿Embarazada? Entonces, me estás diciendo que... ¿Voy a ser padre?

—Sí, me temo que sí.

Bernardo cogió, con fuerza, las manos de Nieves.

—En ese caso, solo tengo una cosa que decirte, amor mío.

Nieves no lograba entender aquello, pensaba que su reacción iba a ser muy distinta.

—¿Tú? ¿Una cosa que decirme?

—Sí, claro.

Bernardo no lo pensó dos veces, se arrodilló allí mismo, junto al pozo de piedra.

—Nieves, mi amor. ¿Quieres casarte conmigo?

Los ojos azules de Nieves brillaron más que nunca, con desmedida intensidad.

—Que si... pues claro que quiero, lo estoy deseando.

Bernardo se levantó entusiasmado y besó a Nieves con auténtica pasión, sin importarle ya que Gervasio acabara de entrar por la puerta y tuviera la mirada fija en ellos, fuera como fuese, Nieves y él iban a unir su amor para el resto de sus días, y Nieves llevaba ya ese fruto de esperanza en el interior de su vientre, donde maduraría protegido como la corteza de los árboles, y escuchando sin oír, los susurros que ella le dedicaría, cada noche, bajo el mágico farol de la luna.

ALSILOS. UNA SEMANA DESPUÉS

Aquella oscura tarde de viernes, llovía a cántaros, el agua se deslizaba embarrada por las calles de Alsilos, y las mujeres volvían apuradas del lavadero con el cesto de ropa bajo sus brazos, sorteando como podían los resbalones al subir las cuestas hacia sus hogares, por aquel barrizal en el que se habían convertido las pendientes calles del pueblo.

El cielo limpio de hacía unas horas fue velándose tras la túnica gris del horizonte, que había disuelto el pueblo en una suave penumbra ahora; mientras, Gervasio observaba el oscuro cuadro en el que se habían transformado las nubes, asomando tímidamente la cabeza para no mojarse demasiado. Estaba en las cuadras dando un poco de comer a los caballos hambrientos de unos huéspedes, estos foráneos eran comerciantes ambulantes que pensaban llegar a Teruel esa misma noche, pero con la que estaba cayendo, decidieron pasarla allí, para proseguir su camino al día siguiente, una vez que escampara.

Gervasio supo enseguida que aquella fuerte lluvia duraría quizás toda la noche, así que, seguramente, no llegaría aquel día más clientela. Cuando entró en la posada, Nieves ya había terminado de recoger la cena de los forasteros, y estaba ahora totalmente inmersa en la lectura de un libro.

Nieves oyó unos pasos que se acercaban con rapidez y, prácticamente de inmediato, reconoció que eran los de su padre, pero no levantó la vista e intentó ocultar su rostro tras las páginas de aquel libro. Llevaba toda la semana intentando pensar la manera de decirle que se quería casar con Bernardo, aunque de todos modos, casi daba por hecho que ese no iba a ser un problema para él, Gervasio conocía a Bernardo de toda la vida, y Nieves sabía la estima y el aprecio que le tenía, sin embargo, no sabía cómo conseguiría explicarle que estaba embarazada de tres meses.

Gervasio entró en el pequeño salón de la posada y sonrió al ver a su hija leyendo.

—Nieves, hija, he dejado el candil encendido sobre el pozo por si llegara algún otro forastero, pero creo yo que con esta lluvia, ya no vendrá hoy nadie. Si quieres podemos ir cenando.

Nieves contestó a su padre sin siquiera mirarle.

—Sí, padre, ya le he dispuesto un cazo de sopa en la cocina, yo hoy no

tengo mucha hambre, me acostaré pronto.

Gervasio se acercó a Nieves y le quitó el libro de las manos para verle la cara.

—A ver, Nieves. ¿No tienes nada que contarme?

Nieves notó cómo le empezaba a temblar todo el cuerpo.

—Yo... a usted, nada, no tengo nada nuevo que contarle, padre.

—¡Nieves Hernández! Si una cosa no te permito es que me mientas.

—Pero si yo no le estoy mintiendo, padre.

Gervasio frunció el ceño.

—¿Ah no? Y entonces, ¿por qué ocultabas tu rostro tras las tapas de este libro y te has puesto roja como un tomate?

—Pues no lo sé...

—Venga, hija, es sobre Bernardo, ¿no?

Nieves miró a su padre angustiada.

—¿Y cómo sabe usted que tiene que ver con él?

—Porque os vi hace unos días junto al pozo... besándoos...

—Está bien, padre, no siga por ahí. Bernardo me ha pedido matrimonio y también quiere venir a hablar con usted, si usted consiente, claro está.

Gervasio cogió una silla y se sentó al lado de su hija.

—Así que era eso.

Él ya se lo había imaginado después de verlos así de acaramelados la semana anterior.

—Entonces, padre, me da usted permiso...

Gervasio miró a Nieves con verdadero cariño.

—Por supuesto que sí. No hubiera podido pensar en otro hombre para ti más que en Bernardo. Será un buen esposo, sinceramente, creo que está a la altura de lo que tú te mereces, hija.

Nieves comenzó a sentirse mejor y a olvidar su angustia, pero todavía tenía que pasar el peor trago.

—Gracias, padre, pero debo decirle algo más.

—Dime, qué más te preocupa.

Nieves bajó un poco la vista.

—La boda debe celebrarse de inmediato porque... —levantó la mirada hacia Gervasio— estoy encinta, padre.

A su padre le cambió completamente el rostro.

—¿Qué? Pero, hija, ¿te das cuenta del problema en el que os habéis metido? ¡Qué vives en un pueblo, Nieves! ¿No ves el alcance que pueden tener las consecuencias de vuestros actos? Y, ¿qué vas a hacer cuando se empiece a notar? La gente empezará a hablar, e incluso podría afectar a nuestra reputación

como posaderos...

El súbito llanto de Nieves hizo que la ira espontánea de Gervasio se calmara un poco.

—Padre, escúcheme. Bernardo y yo nos queremos, y eso es lo que importa, así es como usted quiso a madre, ¿no? Amándola sin importarle nada más, al menos eso es lo que veo en sus ojos cuando habla de ella.

A Gervasio se le empezaron a humedecer los ojos también, oír hablar así a su hija de su difunta esposa hizo que su corazón se ablandara de nuevo.

—Sí, hija, es verdad. Pero tu madre y yo nos casamos antes de que tú fueras concebida, no nos precipitamos como habéis hecho vosotros.

—Aunque tenga razón en eso, padre, usted siempre me ha enseñado que hay que hacer las cosas con el corazón.

—Es cierto, pero también con la cabeza. De todas maneras, ahora ya no hay remedio, te casarás con Bernardo cuanto antes, ya hablaré yo con ese cura que tenemos a ver si consigo que os case pronto.

Nieves abrazó a su padre con inmenso cariño, al final, sabía que su comprensión siempre primaba ante todo lo demás, tenía una enorme suerte de que él la hubiera criado, y ahora lo agradecía más que en cualquier otro momento. En aquellos instantes, volvió a sentirse feliz al mismo tiempo que perfilaba su vientre rozándolo con sus manos; a la vez que pensaba, sin parar, en ese porvenir que iba creciendo y empapando su interior.

Al día siguiente, muy temprano, mientras Nieves preparaba tostones de pan frito para el desayuno de los huéspedes, Gervasio entró muy serio en la cocina con algo que colgaba entre sus arrugados dedos. Nieves se volvió pero no pudo ver lo que era por el fuerte sol que cegaba la claridad de sus ojos. Unos segundos después, cuando su vista se acostumbró a aquella luminosidad, lo vio, era el reloj que tanto le recordaba siempre a su madre.

—Padre, ¿qué hace ahí plantado? Es que, ¿quiere volver a hablar...?

Gervasio pidió a su hija que se acercara.

—No, Nieves, eso ya lo hablamos anoche. Hoy solamente venía a darte esto.

Nieves abrió los ojos como platos.

—¿El qué? ¿El reloj?

—Sí, claro. Tu madre me lo regaló cuando nos casamos y yo quiero que tú hagas lo mismo con tu futuro marido.

Nieves miró el reloj emocionada.

—No, padre, no puedo quedármelo. Es el único recuerdo que tiene de madre, yo no puedo...

Gervasio puso, sin titubear, el resplandeciente reloj de plata sobre las finas

manos de su hija, y la cadenita quedó colgando ahora entre los dedos de Nieves, haciendo a su vez complejos juegos de luz con el reflectante cristal de la ventana.

—Claro que puedes y debes quedártelo, tu madre hubiera querido que tú se lo regalaras a Bernardo para vuestra boda. Ese recuerdo te pertenece a ti, hija, ha de pasar luego a vuestros hijos, y lo guardarás en tu memoria, acordándote siempre cuando yo ya no esté.

Nieves y su padre se abrazaron con mucho sentimiento y los ojos empañados de lágrimas, que comenzaron a discurrir en un jubiloso arroyo que, seguro, haría el día más llevadero en la rutina de la posada.

Aquella tarde, Bernardo habló con Gervasio, que después de una pequeña reprimenda, le dio el consabido consentimiento. Bernardo invitó luego a todos los amigos a una ronda de vinos en la posada, y aprovechando un rato que Nieves y Bernardo consiguieron escabullirse para estar solos, también lo celebraron brindando alegres con el pegajoso sabor del anís endulzando sus copas.

Nieves miró fijamente a Bernardo.

—Cariño, cierra los ojos.

Bernardo le miró incrédulo.

—¿Que cierre los ojos?

—Sí, Bernardo, es una sorpresa.

Bernardo cerró los ojos, y Nieves, lentamente, sacó del bolsillo de su delantal el reloj y lo puso cerca de la oreja de Bernardo.

—¿Qué oyes?

—No sé... tic-tac, tic-tac, ¿ya puedo abrir los ojos?

—Bueno... venga, vale, ábrelos ya.

Nieves depositó cuidadosamente el reloj, sobre las grandes y fuertes manos de Bernardo.

—Es para ti, mi amor. Es mi regalo de boda.

Bernardo se quedó totalmente asombrado.

—Pero... ¿No es el reloj de tu padre?

Nieves sonrió con ternura.

—Sí, es el que le regaló mi madre al casarse, y ahora yo estoy haciendo lo mismo contigo.

—Pero yo no puedo aceptarlo, además, no tengo nada que ofrecerte, ya lo sabes.

Nieves miró a Bernardo penetrándole con su profunda mirada.

—No tienes que darme nada, pero el reloj es una tradición familiar, así podrás contar con el corazón, cada minuto que pasamos juntos. ¿Qué te parece?

—En ese caso, me parece perfecto, lo llevaré siempre conmigo. Ven aquí.

Nieves se sentó sobre las rodillas de su novio y pasaron un largo rato entre furtivos besos fugaces, intentando, también, escapar de las miradas ajenas de los hombres que bebían aposentados en las mesas del salón, y haciendo esperanzadores planes para el futuro, el suyo y el del ser que se gestaba en Nieves y que, continuamente, absorbía los pensamientos de sus progenitores, esperando los dos su llegada con gran ilusión y siendo, además, la fuerte semilla que sellaba su amor entre suspiros de armonía y delirios de pasión.

ALSILOS. ABRIL DE 1920

Nieves arreglaba las camas de las habitaciones de los huéspedes, bastante alegre aquella mañana. Había servido el desayuno más contenta de lo habitual aquel día, y ahora, ventilaba las habitaciones y daba fuertes golpes a los colchones de lana para que se airearan un poco, e incluso sus labios dibujaban una pequeña sonrisa mientras le subía ese olor un tanto desagradable que, normalmente, le solía repugnar; la mayoría de huéspedes de la posada eran hombres, y visto estaba por el olor que desprendían esos jergones hacia el cargado ambiente de la habitación, que no usaban demasiado el jabón, pero aun así, ese día, a Nieves no le importaba.

Se acercó a la ventana abierta y se quedó observando el paisaje durante unos segundos. El sol estaba ya un poco más elevado a esas horas de la mañana, y la pequeña brisa que todavía corría, rozó sus mejillas. A lo lejos, podía ver el difuminado verdor de los árboles que, cada vez más espeso, iba adentrándose poco a poco en el bosque, llegando, prácticamente, hasta la pendiente tostada de las montañas, cuyas cimas escurrían aún lenguas de nieve en aquella época del año. Le encantaba mirar aquel paraje y, desde luego, le gustaría mostrárselo a la criatura que ahora crecía en su vientre en un futuro cercano. Nieves estaba muy ilusionada por eso y también por Bernardo, pronto, muy pronto, iba a ser su esposo. Gervasio había logrado que el cura pudiera casarles enseguida, claro que había tenido que pagarle caro el favor recibido, el cura del pueblo no se conformaba con cualquier cosa, y Gervasio había tenido que regalarle dos garrafas grandes del mejor vino que tenían, aquel que solo se servía en ocasiones muy especiales, como la llegada de algún señor de mucho prestigio a la posada de Alsilos.

El veloz aleteo de un pequeño gorrión que pasó por la ventana desde la que Nieves miraba, la hizo salir de aquellos pensamientos y volver, rápidamente, a la realidad de su día a día, todavía tenía que preparar la comida y servirla, antes de poder encontrarse con Rosa y Lucía.

Por fin, ya por la tarde, Gervasio le dio un rato libre para que se fuera con sus amigas. Llevaba el traje de novia de su difunta madre, envuelto en unos retales de viejas telas para que no se manchara, su padre lo había guardado con nostalgia durante todos estos años, y ahora se lo había dado orgulloso a ella

como un especial regalo, al igual que el reloj que luciría Bernardo para su boda. Sin embargo, la madre de Nieves había sido bastante más ancha de caderas que ella, por lo que el traje le quedaba muy holgado para su fina figura, y habría que ajustarlo.

En aquel momento, Rosa le acompañaba subiendo junto a ella la empinada cuesta. Lucía vivía en la parte de arriba de Alsilos, cerca de la iglesia, iban a su casa porque Lucía tenía buena mano para los bordados, le habían enseñado desde muy pequeña, exactamente igual que a las demás señoritas que pertenecían a su mismo rango social. Rosa también sabía coser, ella se dedicaba más a los arreglos, era la costurera de muchas mujeres del pueblo que, lógicamente, no se podían permitir pagar más que unos pequeños remiendos para ocasiones únicas, Rosa lo sabía muy bien y, por ello, no tenía alternativa, así como tampoco podría llegar a ver otra salida su hermana Natividad, la vaquería sería el oficio de ambas cuando sus padres ya no estuvieran, aun así, a Rosa le agradaba mucho más la costura.

Rosa subió protestando durante todo el camino.

—Nieves, si para hacer esos arreglos, te los podía haber hecho yo misma en la posada. No sé para qué quieres subir ahí arriba.

Nieves miró cariñosa a su amiga.

—Pero, Rosita, así Lucía retocará los bordados del traje. Ya has visto lo estropeados que estaban, ¿no?

Rosa acababa de cumplir los quince años, sin embargo, y aunque su diferencia de edad con las demás era algo evidente, también era una niña muy avispada y se estaba convirtiendo en toda una mujercita.

—Es que no me gusta ir a esa casa, nunca me ha gustado cómo me mira la madre de Lucía. A veces, me mira como si tuviera la peste o algo peor.

Nieves soltó una carcajada.

—Anda, Rosita, ¡vaya imaginación que tienes! Venga, vamos, y no protestes tanto, que te estoy haciendo un favor, si no tendrías que estar, ahora mismo, ordeñando alguna de tus vacas. ¿No es mejor estar cosiendo un traje de novia, aunque sea en esa casa que tanto detestas?

Rosita se quedó un momento pensativa.

—Está bien, vamos a arreglar tu traje.

Subieron el resto del camino calladas, Nieves les había contado lo de su embarazo hacía pocos días, a Lucía y a Rosita, no sabía si había sido lo correcto, pero confiaba en ellas, y Rosita, a pesar de su corta edad, no solía irse de la lengua.

Cuando llegaron y la sirvienta les abrió, les condujo a un pequeño cuarto donde les estaba esperando Lucía. Nieves, al entrar, se quedó mirando la

reducida estancia, en la cual abundaban numerosas telas bordadas de diferentes tonalidades y texturas.

Lucía se dio cuenta de la curiosidad de Nieves.

—Sobre aquellos estantes —dijo, señalando hacia el fondo—, solemos guardar los bordados. Hay muchos de mi madre y también míos, claro, otra cosa no nos mandarían hacer pero lo que es bordados... bueno, ya lo podéis ver.

Lucía había nacido en el seno de una familia dentro de la que a los habitantes de Alsilos, les gustaba llamar privilegiada, sin embargo, envidiaba a sus amigas, sobre todo a Nieves, veía en ella una libertad que Lucía ni siquiera alcanzaría a tocar jamás, no le hubiera importado tener una vida sencilla, sin lujos, e incluso se habría vestido con harapos como las campesinas, si ello le hubiera condicionado a poder elegir su propio destino.

Lucía y Rosita estuvieron probando el traje de novia a Nieves, haciéndole todos los retoques necesarios para que pudiera lucirlo, con bello esplendor, ese día tan importante para su vida, y para la de cualquier mujer en aquel momento, en el que los pasos finales siempre eran orientados por la senda del matrimonio.

Nieves se miró en un espejo que, situado a un lado de la pared, estaba enmarcado y con los bordes tallados, minuciosamente, por una decoración en relieve de motivos florales. Se estuvo observando unos minutos con tranquilidad y, a continuación, se volvió hacia ellas.

—¿No sería mejor dejarlo un poco más suelto por la cintura? Para cuando me case ya... —bajó un poco la voz hasta hablar casi en un susurro— estaré de cuatro meses... y no quiero que se note, deberíais ensancharlo un poco, ¿no?

Lucía y Rosa se miraron, respondiendo las dos a la vez.

—Tienes razón.

Se rieron las tres un rato, y después de ensanchar un poco el traje, dejándolo ya listo y preparado, Lucía les llevó al salón principal de la amplia casa, y allí, la erguida sirvienta les ofreció agua de limón azucarada, que Nieves y Rosita se tomaron muy a gusto, saboreando hasta la última gota que quedaba en aquel vaso de cristal refinado.

Más tarde, cuando Lucía se quedó sola en el salón de la casa, su madre entró y se sentó a su lado, tenía una mirada llena de ira que casi asustó a Lucía.

—¿Qué le pasa madre? ¿Por qué me mira de esa manera?

La turbia mirada de su madre fue, quizás, aún más penetrante.

—¿Y por qué crees tú que debería mirarte de este modo?

—Por nada, madre, por nada. ¿O qué cree usted que he hecho esta vez?

La madre de Lucía conseguía contener su ira como podía.

—¿No es evidente, Lucía? Por esas amigas tuyas que han estado en esta casa y... Ya te dije que no me gustaba que fueras con ellas y, menos aún, que las

traigas a mi casa, esa niña de la vaquería impregna con ese olor a establo allí por donde pasa. ¿Pero es que no te das cuenta de que no tienes nada que ver con esa gentuza?

Lucía se levantó del confortable sofá tapizado.

—Aunque a usted le repugne, tengo mucho más en común con ellas a las que llama gentuza, que con aquellas que dice que son de mi clase, pues yo no veo ninguna clase en las señoritas con las que quiere que vaya.

A su madre le chispearon los ojos de ira.

—Pero, Lucía, ¿es que no quieres ver que pertenecéis a mundos distintos? El tuyo es este de arriba, con las señoritas de tu misma posición social, y el suyo es... diferente, no podéis compartirlo. Además, la hija del posadero ha arreglado demasiado rápido su boda. ¿No te parece un poco raro? ¿Por qué puede ser?

—¿Qué está insinuando? ¿Ve por qué no quiero parecerme a las de nuestra clase? Porque no quiero ser como usted cuando tenga su misma edad, lo único que le importa es la reputación de esta familia, nada más.

Su madre le contestó totalmente irritada.

—Esto no va a quedar así, no te consiento que me hables de esa manera.

Lucía se dio cuenta enseguida del error que había cometido dirigiéndose así a su madre, jamás había sentido su cariño, sin embargo, tenerla en contra iba a ser todavía peor.

—Madre, perdone, yo no he debido hablarle de esa forma... Es que a veces se me olvida el papel que nos toca, usted lo tiene que entender, tenemos muchos privilegios y lo sé, pero como mujeres de nuestra posición no tenemos mucho que hacer. Perdóneme, se lo digo de verdad, madre.

Lucía bajó la mirada y vio cómo su madre hacía lo mismo.

—Está bien, Lucía, disculpas aceptadas.

Un tintineo de tazas de porcelana les hizo volverse a las dos a la vez, la sirvienta estaba en el umbral de la puerta, sosteniendo, con sus manos enguantadas, una bandeja de plata con un servicio de café sobre ella.

La madre de Lucía se dirigió a su sirvienta con un aire de superioridad.

—¿Qué haces ahí plantada?

La criada, muy nerviosa, le respondió:

—Con permiso, señora. Traía el café como todos los días.

—Bueno, puedes retirarte, hoy no tomaré café para la merienda, se me ha ido el apetito.

La madre de Lucía se levantó, dando asimismo por terminada la conversación con su hija sin siquiera hacerle un gesto amable por su parte; y salió con celeridad del salón principal. Su vida no había sido demasiado fácil, intentaba inculcarle a Lucía la misma rectitud que a ella le había infundido, de

igual modo, su propia madre, pero, en cambio, ella misma siempre había sido dócil, había acatado sin preguntas, las órdenes y cimientos religiosos que le había enseñado su madre. Sin embargo, Lucía era difícil de domar y, además, siempre cuestionaba sus decisiones. Ahora sabía que tenía el temperamento de su marido, él habría tenido una brillante carrera médica en cualquier ciudad y, aun así, por el contrario, decidió ejercer la medicina sin tanto prestigio como ella pretendía, llevándola a vivir en aquel pueblucho de mineros y campesinos, donde no se hacían demasiadas fiestas en las que destacar con sus vistosos vestidos.

La sirvienta todavía se encontraba allí, de pie junto a la puerta, después de ver salir a su señora.

—Perdone, señorita Lucía. ¿Usted va a merendar?

—No, gracias, a mí también se me ha cerrado el estómago. Retírate, pero no desaproveches esa merienda, te agradecería que hagas una pausa y la tomes a mi salud.

La sirvienta sonrió a Lucía y se fue muy contenta, aquel día iba a tomar café del bueno y, como siempre, gracias a la señorita Lucía que se portaba muy bien con ella.

Lucía se quedó pensando en su madre, nunca le había gustado Alsilos, ella iba a casarse con un médico de ciudad y no de pueblo, y aquello seguramente la hacía ser así de amargada. Lucía no sabía aún qué le depararía la vida, pero lo que sí sabía era que no quería parecerse jamás a su madre. Ella estaba muy orgullosa de haber nacido en Alsilos, en una ciudad a lo mejor no habría tenido tantas posibilidades, la de haber conocido a Rosa, Nati y Nieves, por ejemplo, con ellas podía hablar siempre sin tapujos, y para Lucía ir con la verdad por delante era algo que no podía faltar en sus vidas, aunque sabía que, en su posición, tendría que luchar mucho para poder encontrarla, pero lo haría, porque no estaba dispuesta a construir su vida a través de mentiras, eso nunca.

Lucía se acercó al piano que ocupaba un generoso espacio en una esquina del salón. Se sentó lentamente en el taburete que había delante, levantó decidida su tapa y se quedó mirando el teclado por unos instantes. Las lágrimas resbalaban amargas por sus mejillas a la vez que comenzaba a tocar la partitura, su llanto atravesaba ahora la ranura de las teclas blancas y negras, mientras su rabia martilleaba deshaciéndose entre las cuerdas vibrantes del piano, pero Lucía ya no podía dejar de tocar, aquello le calmaba, y ahora lo necesitaba de veras, era su aliento, volvía a respirar.

Cuando Nieves volvió a la posada, su padre aprovechó para salir un momento; y ella se quedó sirviendo las mesas del salón. En una de ellas estaba Bernardo, hablaba acaloradamente con sus amigos, mientras bebían un chato de

vino.

—Pero, Marcelo, ¿tan mal está la cosa?

Marcelo respondió a Bernardo.

—Está peor que mal.

Julián se sumó a la conversación.

—Ayer mismo, un hombre de edad que ha estado media vida picando en la mina, lo mandaron a casa a mitad de jornada. No paraba de toser, llevaba ya algún tiempo así, pero ayer la tos casi le ahogaba y, ¿sabes qué le ha dicho el médico?

Bernardo levantó los hombros y las cejas mientras Julián le respondía.

—Que tiene silicosis, vamos que ya no va a dejar de toser. Y el doctor le ha dicho que es por respirar tanto tiempo, el polvo ese de la mina que contamina los pulmones.

Marcelo volvió a intervenir.

—Y, realmente, Bernardo, hay muchas minas en peor situación que la nuestra. Al fin y al cabo, aquí trabajamos a cielo abierto, excavamos galerías pero en la ladera del monte, no en la profundidad del terreno como hacen en Asturias, que están bajo tierra con más riesgo aún de derrumbes.

Julián alzó la voz.

—Nosotros siempre hemos sabido que nuestro trabajo conlleva a la par, el tener que soportar numerosos peligros. Y lo aceptamos, pero no podemos seguir tragando, con las largas y habituales jornadas a destajo en tales condiciones y, además, percibiendo un jornal pésimo.

Ramiro, que también se encontraba allí, posó su mirada en Bernardo, dirigiéndose a él al mismo tiempo que hablaba al resto.

—Tienen razón, Bernardo. En el campo trabajamos igualmente de sol a sol, deslomándonos la espalda día tras día, y qué nos dan a cambio, solamente lo justo para llevarnos algo a la boca, y con los tiempos que corren, vete tú a saber si un día ni siquiera eso.

Pedro, el primo de Bernardo, estaba de acuerdo con ellos.

—Desde luego, hay demasiadas diferencias que habría que recortar, toda esa gente de bien tiene manjares qué comer todos los días, mientras que la mayoría están ya hartos de las dichas patatas.

Se quedaron hablando entre palabras subidas de tono, un rato más; mientras, Nieves escuchaba, disimuladamente, toda la conversación que mantenían su novio y sus amigos. Ella sabía que la situación no era tan penosa para Bernardo, porque el horno de pan de sus tíos daba para algo más que unas tristes patatas, y en la posada tampoco les había faltado nunca qué comer. Sin embargo, Nieves era muy consciente de la necesidad que tenía mucha gente en el

pueblo, los terratenientes de Alsilos manejaban a todas esas familias como ellos querían, el trabajo que realizaban era duro, pesado y agotador, pero aun así, los propietarios no les pagaban dignamente, solo se beneficiaban a su costa, poco les importaba que detrás de cada minero o cada campesino hubiera personas; personas que sufrían y amaban al igual que el resto de los mortales. Por ello, Nieves siempre estaría de su lado, aunque no pasara semejantes penalidades, les ayudaría de todo corazón, volcando toda su energía en provecho de todos aquellos desheredados, señalados por la puntiaguda flecha de la indiferencia.

ALSILOS. MAYO DE 1920

La efervescente multitud de rayos de sol que, aquella misma mañana, se filtraban por las vidrieras de la iglesia, la llenaban ahora, de una luz envolvente que descendía por las macizas columnas que la sustentaban, contrastando al mismo tiempo, con la oscuridad de sus antiguos e inquebrantables muros de piedra. En otra época, había sido una pequeña ermita románica, pero las continuas reconstrucciones que había sufrido con el paso de los siglos, le habían hecho cambiar mucho su aspecto original, manteniéndose, solamente, la base de aquel antiguo santuario, donde un día, bajo las brumas del pasado, rezaron gentes de mucho tiempo atrás.

Aquel primer sábado del mes de mayo, Nieves entraba en la fría iglesia, triunfante y entusiasmada, aunque también un poco inquieta. Gradualmente, iba observando aquel entorno mientras sus pupilas se acostumbraban a la penumbra del ambiente. Llevaba el cabello recogido con unos finos rizos sueltos a ambos lados de su rostro, que caían a su vez, en vaporosa cascada sobre sus hombros, dando así un toque especial al precioso traje de tonos oscuros e impecablemente bordado, que un día también lució su añorada madre. A pesar de ir cogida del brazo de Gervasio, la echó muchísimo en falta en aquel crucial momento, no sabía muy bien por qué, ni siquiera la había conocido, pero Nieves hubiera deseado tenerla cerca ese día, como ningún otro había llegado a sentirlo durante toda su vida, anhelaba un cariño ausente que ella siempre llevaba consigo, aunque la realidad quisiera decirle que no había existido.

Cuando Nieves y Gervasio empezaron a caminar hacia el altar, los ecos de la marcha nupcial sonaron elevándose entre aquellas paredes a través de los dedos de Lucía, que se movían sin cesar sobre el teclado del piano, alzando con armonioso encanto sus vibrantes tonos, por aquel abovedado espacio. Fue entonces cuando Nieves empezó a relajarse, oír tocar a su amiga hizo que su inquietud se fuera disipando lentamente, y acabara marchándose.

Justo en el momento en el que llegó hasta el borde del ornamentado altar y vio a Bernardo vestido de traje, comenzó a palparle aceleradamente el corazón, se sentía más cerca de él que nunca, y jamás lo había visto así de galán y atractivo, era la primera vez que lo veía con ese porte tan elegante. A Bernardo le ocurrió lo mismo, miraba a Nieves completamente embelesado, ella estaba,

sencillamente, deslumbrante. Los dos sintieron un impulsivo deseo que no pudieron evitar, besándose en los labios antes de que el cura empezara a sermonear y, en vez de eso, lo que hizo fue echarles una pequeña reprimenda, haciéndoles entender que en la casa de Dios no había sitio para los pecaminosos, aun a sabiendas de que ellos ya lo eran.

La eucaristía comenzó pero la iglesia estaba medio vacía, Nieves se había dado ligeramente la vuelta para comprobarlo, de todas formas, no se alarmaba, porque sabía que así ocurriría. Cuando había una boda en el pueblo la iglesia solía llenarse hasta rebosar, incluso había muchas personas que tenían que quedarse de pie, apoyándose en los muros o agolpándose en los pasillos laterales, porque ya no quedaba un solo sitio en los bancos, y no solamente ocurría en los enlaces de mayor alcurnia, en los que los invitados eran gente pudiente; en las bodas de gente humilde como las de los campesinos, también se ocupaba hasta el último hueco. Sin embargo, y aunque Nieves y su padre eran bien conocidos por la posada de Alsilos, ella sabía perfectamente que solo acudirían los justos, realmente, y a pesar de que le entristecía muchísimo ver cómo la incomprensión les vendaba, no le importaba, Nieves era una mujer inteligente y sabía que así, los que se encontraban allí ese día, eran aquellas personas con las que siempre podrían contar tanto ella como Bernardo, en la incierta calzada que recorría la vida.

Mientras se celebraba la liturgia, Lucía observaba a los asistentes sentados en los bancos de madera de la iglesia. Sus mejillas enrojecieron de improviso y el interior de su cuerpo comenzó repentinamente a arder, cuando cruzó su mirada con Ramiro; al cabo de un rato, se dio cuenta de que él no podía apartar sus ojos de ella, tanto que casi se sentía incómoda.

La madre de Lucía a punto había estado de impedirle ir a la boda de Nieves y Bernardo, pero, al final, le había dado su permiso, y aún no sabía muy bien cómo había logrado convencerla. Ya le había dejado claro la semana anterior, que no debía juntarse con aquella gente, pero Lucía se sentía más unida a todos ellos que a su propia familia; y, en este mismo instante, la mirada penetrante de Ramiro la desconcertaba. Su amigo Ramiro le había atraído de una forma mucho más especial desde que era una cría y jugaba aún con las muñecas de porcelana que, ahora, solo decoraban los estantes de su habitación, pero él nunca había mostrado ningún interés por ella, o al menos eso había pensado Lucía, hasta este mismo momento, que empezaba a confundirla.

Los ojos azules de Nieves brillaban con una claridad sorprendente, cuando salieron por debajo del pórtico de la iglesia, donde una fina lluvia de entrelazadas palabras envolvió a los recién casados, lanzándoles buenos presagios de venideras semillas, colmadas de sueños.

Mientras bajaban con desbordantes destellos de alegría hacia la posada, donde podrían degustar una especial comida: un buen cordero asado, vinos de la tierra y postres caseros; Bernardo se quedó mirando las ventanas de las casas, la gente estaba asomada observándoles fijamente a ellos, intentando indagar en sus miserias, a través de múltiples y escrutadoras miradas.

—Nieves, cariño, mira arriba. ¡Todo el mundo nos mira!

Nieves miró feliz a su marido.

—Claro que nos miran, mi amor. La gente es muy chismosa y lo único que saben hacer es hablar de lo que menos les importa.

El rostro de Bernardo tiñó su semblante de seriedad, por un segundo.

—Ya, y como nos hemos casado sin apenas llevar tiempo festejando... sospechan que estás encinta, ¿no?

—Supongo que sí, no puedo saber lo que piensan, pero por los rumores y lo que imagino, seguro que es eso. ¡Pero, mi amor! No te pongas serio ahora, que hoy empieza nuestra felicidad, porque hoy puedo hacer esto con la mirada de esos amargados sobre nosotros.

Nieves rodeó fuertemente con sus brazos el cuello de Bernardo, y le besó impulsivamente, sin inmutarse ya ante las miradas ajenas.

—Cuanto te quiero, esposa mía.

—Y yo a ti, mi amor.

Bernardo abrazó a Nieves tomándola a la altura de la cintura, y después se volvieron a besar con la felicidad dibujada en sus encendidos rostros.

Un rato más tarde, cuando llegaron a la posada, Nieves y Bernardo tomaron asiento, presidiendo así la mesa que habían dispuesto en el patio; luego los demás se fueron colocando alrededor de los novios.

Para sorpresa de Lucía, Ramiro se sentó a su lado. Al principio, casi no hablaban, tanto Ramiro como Lucía no sabían cómo quitarse esa capa de timidez que impregnaba sus palabras, sin embargo, cuando ya el vino les había entonado un poco, no pararon de hacerlo, a partir de entonces, una fluida conversación salía a borbotones de sus pensamientos, como el surtidor inagotable de un manantial. Natividad y Marcelo, que estaban en frente de ellos, se miraban incrédulos, sin poder dar crédito a lo que veían.

—Oye, Marcelo, pero ¿has visto a estos dos? Antes les daba casi reparo dirigirse la palabra y ahora no paran de darle a la lengua.

Marcelo le sonrió con picardía.

—Ramiro bebe los vientos por tu amiga Lucía, desde hace tanto que ni me acuerdo.

Natividad miró asombrada a Marcelo.

—¿Ah sí? Pues qué calladito te lo tenías.

—Bueno... me parece que a Lucía también le hace tilín Ramiro, y supongo que tú sabrías algo.

—Hombre, algo intuía, pero Lucía es muy reservada y, además, yo tengo más confianza con Nieves para esas cosas.

Marcelo se quedó observándoles pensativo.

—No sé, Nati, conocemos a Lucía desde niños pero siempre hemos vivido de maneras muy diferentes, ya sé que es una buena muchacha, aun así, no sé si será buena idea que acabe junto a Ramiro.

Nati le habló con dulzura a su novio.

—Precisamente eso es lo que queremos que cambie, ¿no? Quizás Ramiro y Lucía serían la prueba inequívoca de que lo único que nos diferencia, es la cuna en la que hemos nacido, algo que no debería influir en nuestro destino, ¿no crees?

Marcelo se quedó atónito ante las certeras palabras pronunciadas por Nati.

—Es verdad, estoy de acuerdo contigo, cariño.

—Pues brindemos, Marcelo, por eso y por nosotros —Marcelo y Nati hicieron chocar con estrépito sus vasos—, y también habrá que brindar por los protagonistas de esta celebración, hoy es su día.

Marcelo se levantó ahora sonriente, alzó su vaso por encima de las cabezas de los demás, y gritó con voz grave:

—¡Vivan los novios!

A lo que todos, sin excepción, respondieron a coro.

—¡Vivan!

Después, los mozos retiraron las mesas que habían unido para la comida, y acabaron la tarde bailando y cantando con alegría, entusiasmo y algún que otro trago que hacía desafinar a más de uno, en las aclamadas jotas de la tierra.

Ramiro no perdió el tiempo, y en uno de aquellos momentos, besó fugazmente a Lucía esperando ser correspondido, como ella no se apartó, él volvió a besarla una y otra vez, sin encontrar impedimento o barrera alguna, sino más bien todo lo contrario.

Lucía entendía, perfectamente, que aquel iba a ser un terreno totalmente prohibido para ella, Ramiro era el más humilde de sus amigos, era campesino, hijo de campesinos y, también, nieto de campesinos. Su familia jamás aprobaría su relación con él, y ella lo sabía, pero nunca se había sentido tan bien en toda su vida como en ese mismo instante, en el que bullían, en su interior, las burbujas conquistadoras del amor, allí, las reprimendas de su madre habían dejado de asustarla.

La noche de bodas fue un poco ajetreada para Nieves y Bernardo, era tradición en Alsilos perseguir a los novios en una incansable búsqueda que les

atosigaba, y en la que los mozos y las mozas exploraban a conciencia cada rincón, pajar, casa o granero del pueblo, en un constante ir y venir hasta bien entrada la madrugada, para impedirles la placentera soledad que ansiaban. Un juego que ganaron casi al alba, pero aun así, el cansancio no opuso resistencia para que el amor que sentían el uno por el otro, les dejara consumir su matrimonio con frenesí, ya como marido y mujer, y con mucho cuidado también, de no dañar al hijo o hija que estaba por llegar, y que brotaba en lo más hondo de sus progenitores, componiendo la fuerza de una unión, que germinaba afianzada e inseparable.

ALSILOS. SEPTIEMBRE DE 1920

Los días más largos del año estaban llegando a su fin, pronto, la luz que todavía les invadía, se iría desvaneciendo como cortada por finas láminas de cielos grises otoñales, pero ahora, los últimos aletazos del verano, habían sido benevolentes con la cosecha. El calor, en su justa medida, había secado los campos de trigo pudiendo aprovechar esta vez, prácticamente, cada uno de los granos sembrados, algo que no ocurría todos los años, puesto que el clima en esta tierra árida, en multitud de ocasiones se tornaba severamente adverso, sin embargo, este invierno los campesinos pasarían menos apuros y, por ello, lo celebraban ahora con alegres y animados festejos.

Aquel fuego de verano llenó de felicidad hasta el último rincón del amor que sentían Natividad y Marcelo, que poco después de que lo hicieran Nieves y Bernardo, pisaron ellos también el altar de la iglesia con paso firme y corazón exultante. Marcelo se trasladó a vivir junto a la familia de su mujer en la vaquería, y Nati, con mucho pudor y por primera vez ante un hombre, siguiendo así los decorosos consejos de su madre, desnudó para Marcelo los surcos perlados de su intimidad. Desde aquella insólita noche y hasta ese mismo instante, no pudieron parar de necesitarse y amarse sin poner límites al deseo, tanto que Nati ya traía un niño en camino.

Lucía y Ramiro seguían festejando en total secreto y tras las puertas ocultas que solo ellos conocían, guardando su amor detrás de aquellos umbrales desconocidos para la mayoría, pero enlazando los contagiosos rumores que ya llegaban a muchos oídos, sin embargo, los padres de Lucía hacían como que no se enteraban de nada, al menos por el momento, porque la realidad era que aquel enfermizo amor de su hija, les reconcomía por dentro.

Aquella calurosa y sofocante tarde, Nieves bebía un vaso de agua fresca del pozo, sentada en una silla en el patio de la posada; mientras, observaba, con admiración, cuánto había crecido la hiedra trepadora a través del alto muro de piedra.

Para ella el verano había sido agotador, estaba a punto de dar a luz, y se encontraba cada día más pesada y torpe. Aunque el padre de Lucía y la comadrona que se encargaba de asistir en los partos le habían recomendado reposo para esos últimos meses, Nieves no podía tomárselo al pie de la letra, a

ella le gustaba sentirse útil trabajando en la posada, y no quedarse sentada pensando en las musarañas como otras muchas mujeres. Bernardo, que ahora se ocupaba también de la posada con ellos, lo sabía, por eso él y Gervasio le habían dejado seguir trabajando, pero con menos intensidad que antes, e intentando, asimismo, que evitara hacer esfuerzos, de todos modos, a estas alturas, Nieves se encontraba ya muy fatigada y, por las tardes, no le quedaba otro remedio que sentarse a descansar tejiendo alguna labor o leyendo algún libro. Aquella tarde, no hacía ninguna de esas dos cosas, ya no tenía ganas ni de eso, solamente se había sentado al sol a mirar con deleite el paisaje, mientras su cuerpo destemplado iba entrando, poco a poco, en calor.

Bernardo se acercó lentamente por detrás, y le dio un tierno beso en una de sus mejillas, rodeándola a la vez con sus fuertes brazos.

—¿Cómo estás, cariño? Te veo un poco pálida. ¿Va todo bien?

Bernardo se colocó frente a ella.

—¿Pálida? ¡Qué tonterías! A veces pienso que el que va a parir parece que seas tú.

Bernardo sonrió haciéndole una divertida mueca a su esposa.

—¿Yo? ¿Y por qué dices eso?

Nieves le cogió las manos con mucha suavidad.

—¿No está claro por qué lo digo? Bernardo, te pasas el día preguntándome cómo me encuentro. Es lo primero que escucho cuando me levanto y lo último cuando me acuesto, y yo ya me canso de decirte que estoy bien.

—Ya... bueno, puede que me preocupe un poquito más de la cuenta... pero solo un poquito.

Nieves clavó en su marido una dulce mirada.

—Anda, ven aquí, y no te preocupes tanto que estoy como una rosa o... ¿es que ya no lo ves?

—Pues claro que lo veo, si estás más hermosa que nunca, además, eres la flor de mi vida, tú misma lo has dicho.

—Pero mira que eres zalamero...

Se besaron tiernamente, y luego Bernardo se fue dentro para ir preparando la cena, ahora también les tocaba a ellos cocinar para que Nieves pudiese guardar algo más de reposo.

Nieves se quedó pensativa, ella no quería preocupar más aún de lo que ya estaba a Bernardo, y le había ocultado que no se encontraba demasiado bien aquel día. Solía dar muchas vueltas a los problemas en su cabeza, por eso mismo, había querido seguir trabajando todo lo que pudiera, para tener así la mente entretenida y no pensar demasiado. Sin embargo, era inevitable, por mucho que intentara olvidar aquellos pensamientos que le aprisionaban con

fuerza, no podía hacerlo, no podía dejar de pensar en ello. A Nieves le atenazaba el miedo e incluso sentía ráfagas de pánico, pensaba constantemente en la posibilidad de no poder sobrevivir al parto de su hijo, y aquello la aterraba, la atemorizaba de tal manera, que ya no podía evitar pensar en un final terrible para sí misma. ¿Y si no sobrevivía? Su madre había muerto al darle a luz a ella y ahora volvía otra vez a sus pensamientos, parece que siempre la iba a acompañar en sus momentos más difíciles, tanto buenos como malos.

Nieves sabía de sobra que el dolor que causaba un parto era un sufrimiento insoportable con el que, solamente, las mujeres podían cargar, y siempre terminaban aguantándolo y haciéndole frente como buenamente podían, sin embargo, lo que de verdad le paralizaba era que le ocurriera lo mismo que a su difunta madre, no quería dejar este mundo ahora que había encontrado el verdadero sentido de su vida en él. Con Bernardo a su lado, todo se había convertido en ilusión, promesas y esperanza, y no podía dejarlo solo tan pronto, Nieves se sentía feliz y tenía unas inmensas ganas de vivir, por ello, aunque todavía el miedo la seguía invadiendo, lucharía con todas sus fuerzas, para no sufrir el mismo destino que su propia madre.

Esa misma tarde, Lucía corría despavorida por el camino que unía Alsilos con el pueblo contiguo. Iba a buscar a Ramiro que, seguramente, volvería sobre esa hora con su familia después de haber estado recogiendo trigo en los campos, en un día duro y agotador como aquel. Ramiro volvía distraídamente junto a los suyos cuando vio a Lucía, se asustó bastante al verla así, estaba despeinada y lloraba amargamente sin ningún tipo de pudor, delante de todos los campesinos. Ramiro tiró al suelo la hoz que sujetaba en una mano y salió con celeridad a su encuentro. Lucía se abalanzó a los brazos de Ramiro que la abrazaron con anhelo, y siguió llorando como un desconsolado arroyo mientras todos los campesinos se fueron alejando ya, hacia sus humildes casas.

Cuando, por fin, se quedaron solos y Lucía dejó de sollozar, pudieron hablar con algo de sosiego y calma.

—Lucía, cariño, ¿qué ha ocurrido? No llores más, mi amor, y cuéntame qué ha pasado.

Lucía miró a Ramiro, le veía borroso a través de sus ojos llenos de lágrimas, y apenas podía articular palabra.

—Ramiro, yo... Son mis padres... Les odio, odio a mi madre, sobre todo a ella...

Ramiro secó con sus dedos, delicadamente, las mejillas humedecidas de Lucía.

—A ver, cariño, qué te han dicho tus padres, cuéntamelo con tranquilidad.

Lucía hizo un esfuerzo y habló más pausadamente, pero todavía con voz

entrecortada.

—Se han enterado de lo nuestro y quieren que rompamos nuestra relación. Dicen que un campesino no es un marido digno para mí, que tendré que casarme con un señorito de esos, el que ellos elijan, por supuesto.

A Ramiro la ira le inundó por dentro.

—Bueno, bueno, todo eso ya lo habíamos hablado otras veces, tanto tú como yo sabíamos que tus padres reaccionarían así en cuanto lo supieran.

—Pero dicen que no van a admitirlo, no van a consentir que me case con un campesino... Mi madre me ha dejado muy claro que son ellos o tú, que si seguimos juntos me mandarán a un internado hasta que tenga la mayoría de edad, y después si todavía quiero casarme contigo, seré libre de hacerlo, pero que me olvide entonces de ellos y de obtener una sola peseta de sus bolsillos.

Ramiro contenía su furia como podía, la cual aumentaba por momentos, quería de verdad a Lucía, solamente unos meses les había llevado a olvidarse por completo de los convencionalismos que, indudablemente, les acechaban, amándose sin tapujos, con intensidad, pasión y locura, pero quizás aquella vida a la que él le arrastraba no era la mejor opción para Lucía, ella se merecía mucho más.

—Lucía, sé que me amas, pero eres muy joven todavía y quizás no puedas soportar mí día a día. Todo lo que me rodea carece de los lujos que tú siempre has tenido, y es muy duro no saber si tendrás algo que llevarte a la boca al día siguiente... Yo también te amo, por eso mismo, no quiero que sufras y, quizá, deberíamos dejarlo ahora tal y como dicen tus padres...

Lucía soltó un buen bofetón a Ramiro, y después su llanto volvió a ser incontrolable.

—Ramiro, eres lo mejor que me ha pasado nunca, tú me has enseñado a amar y a disfrutar de la vida, y eso es algo que jamás sentiré con ninguna otra persona que no seas tú. Me da igual vivir en la miseria mientras tú estés conmigo, no eres ningún capricho de una señorita rica, quiero pasar el resto de mis días junto a ti.

Ramiro olvidó ya del todo su enfado y tomó sus manos con entusiasmo.

—¿Renunciarías a todo por mí si llegara el caso? Sabes que no tengo nada con qué poder compensarte, Lucía.

—Pues claro que sí, amor mío.

—¿De verdad? ¿Estás segura?

—De verdad lo estoy, nunca había estado tan segura de algo en toda mi vida, tu amor es la recompensa más grande que existe para mí, Ramiro.

Ramiro se agachó y cogió una espiga de trigo dorada por el sol de aquel abrasador verano.

—Entonces, me encantaría que aceptaras esta humilde espiga de trigo como si fuera el código cifrado de nuestro amor, si quieres, podrías guardarla en uno de tus libros cuando vayas a ese internado. Espero que así, llegues a acordarte de mí cada vez que la veas, y que, al tocarla, puedas percibir su aspereza rozando tu piel, igual que notas las rugosidades de mis manos.

Lucía frunció el ceño.

—¿Qué? ¿El internado? Pero por qué he de ir allí, yo solo quiero estar contigo.

—Lo sé, Lucía, y lo estarás. Irás allí hasta que cumplas los veintitrés años, y cuando vuelvas nos casaremos.

—Pero estaremos mucho tiempo sin vernos...

Ramiro miró tiernamente a su novia.

—Es la única forma, Lucía.

—No, no es la única, podemos escaparnos a algún lugar donde mi padre no nos encuentre.

—Soy un campesino, apenas tengo posibles para salir de aquí, te aseguro que solo de ese modo podremos casarnos, de verdad. Nuestro amor es sincero, yo te esperaré, te lo prometo, y a tu vuelta nos casaremos lo antes posible.

—No tenemos otra opción, ¿no?

—Yo no veo otra solución.

Lucía besó efusivamente a Ramiro.

—Prométeme que tú también me vas a recordar todos los días.

—Prometido.

Se cogieron fuertemente de la mano y, cruzando sus chispeantes miradas continuamente, siguieron el camino hasta el pueblo.

Nieves y Bernardo estaban ya cenando mientras Gervasio terminaba de recoger las mesas, cuando Nieves notó un fuerte y agudo pinchazo en la parte baja de su vientre.

Bernardo se levantó de inmediato.

—¿Qué ocurre, mi amor?

El rostro de Nieves se contraía por el dolor.

—Me parece que ya viene, Bernardo.

—Pero si faltan algo más de dos semanas.

Nieves se enfureció.

—¡Y yo qué quieres que haga si a tu hijo se le ha apetecido adelantarse!

Bernardo se dio cuenta entonces, del charco de agua que se había formado bajo la silla de Nieves, y se quedó inmóvil sin saber qué hacer.

—¡Pero qué haces ahí parado! ¡Corre y ves a avisar a la comadrona! ¡Ay, ay...!

Bernardo se asustó al oír gritar de aquella manera a su mujer, pero después, dejó a Nieves con Gervasio, y se fue lo más rápido que fue capaz a llamar a la comadrona.

Por el camino se encontró a Ramiro y a Lucía, esta le dijo que su padre y la comadrona habían ido esa misma mañana a asistir un parto a varios kilómetros de allí, con lo cual, Nieves tendría que alumbrar a la criatura sin su ayuda.

Bajaron con premura a la posada, Nieves ya estaba acostada en la cama y con unos dolores que parecían interminables. El toldo opaco de la noche había caído ya, y con apenas la tenue luz de dos candiles, todo iba a ser aún más complicado.

Lucía se ofreció a ayudar a Nieves a falta de una comadrona, y a Bernardo no le gustó demasiado la idea, pero Nieves, aun con todo el sufrimiento que estaba padeciendo, logró convencer a su marido.

—Bernardo, Lucía ha visto trabajar a su padre y sabe lo que hay que hacer. ¿Verdad, Lucía?

Lucía contestó afirmativamente a su amiga.

—Sí, es verdad que nunca he asistido un parto, pero de pequeña solía seguir a mi padre cuando iba a casa de alguna parturienta, y veía todo desde la ventana.

Bernardo se asustó todavía más, de lo que ya estaba.

—¡Madre mía! Así que voy a dejar a mi mujer en manos de unos recuerdos de niñez...

Nieves fijó su mirada en Bernardo, que no paraba de pasarse el reloj, ese mismo que ella le había regalado, de una mano a la otra como si fuera el juguete de un niño.

—Bernardo, cariño, Lucía es la única que me puede ayudar ahora y... ¡Ay, ay...! ¡Vete, sal de la habitación...!

—¿Qué?

Nieves le miró, sintiendo, a la vez, el dolor profundo de su vientre.

—¡Qué salgas de aquí! ¡Me pones más nerviosa aún viendo cómo mueves sin parar el reloj de un lado a otro!

Bernardo salió de la habitación obedeciendo a los deseos de Nieves, y apretando el reloj entre sus manos con todas sus fuerzas.

Lucía mandó hervir agua a Gervasio, y pidió a Natividad, que también estaba ya allí, que buscara toallas o paños limpios. Nieves sudaba a mares, había un candil en la mesilla de noche, y otro que sostenía Nati alumbrando la entrepierna de Nieves, para que Lucía pudiera ver con la mayor claridad posible. Nieves comenzó a marearse al entrever, la gran cantidad de sangre salpicada por la falda larga y la fina blusa de Lucía, además de notar también sus piernas resbaladizas y ensangrentadas, creía que iba a desmayarse ya del esfuerzo, no

podía más, cuando, por fin, sintió que la criatura salía de sus entrañas.

Había sido niño y se llamaría Faustino al igual que su abuelo paterno, ahora Nieves lo tenía entre sus brazos y los de Bernardo la rodeaban a ella. Sus miedos se habían disipado, después de todo no había corrido la misma suerte de su madre. Una nueva vida se abría camino, y ella seguiría allí para conducirle a un futuro mejor que el que tenían sus padres y habían vivido sus abuelos, un prometedor porvenir que se alejara de las dificultades que ellos atravesaban, renovando ahora en Faustino, una vida expuesta a la felicidad y a la dignidad de valores infranqueables.

ALSILOS. DICIEMBRE DE 1921

Nieves despertó al alba. Unos tímidos rayos de sol asomaban presurosos por su ventana, mostrando un pálido abanico de suaves reflejos a su paso. Miró con cariño a Bernardo que permanecía todavía dormido, allí, junto a ella. Bernardo solía tener un sueño bastante profundo, y Nieves se quedaba muchas mañanas observándole así antes de despertarle.

Él le daba la vida, Nieves le quería mucho más todavía de lo que ya lo hacía mientras duró su corto noviazgo, y es que Bernardo la amaba de verdad, siempre la apoyaba y la respetaba como mujer y, además, tenía muy en cuenta sus opiniones, es más, todo lo que ella le decía influía decisivamente en lo que él hacía o dejaba de hacer.

Nieves comprendía muy bien que su matrimonio no era tan habitual en los tiempos que vivían, sabía también que el destino le había llevado a Bernardo, a poder amar y ser amada sin secretos que guardar en los cajones, y sin tapujos que ocultar bajo el ropero; y aquella confianza mutua que sentían el uno por el otro, sería aquello que haría que su amor leal fuera inseparable pasara lo que pasara.

Nieves sabía de sobra que aquella felicidad e intimidad que ellos compartían, no la poseían el resto de mujeres del pueblo. Muchas, a veces, vivían verdaderos calvarios que a duras penas podían soportar, escondiéndolos después en los sentimientos más profundos de ellas mismas, ni siquiera se veían capaces de contarlo porque creían que era algo normal y natural, ya que una voz tremendamente conformista les decía que habían venido a este mundo, simplemente con la misión de obedecer.

Nieves se quedó unos instantes más observando el rostro adormecido de Bernardo. Quizás algún día ellos podrían hacer algo, algo que realmente hiciera cambiar las cosas.

Nieves soñaba despierta con un mundo igualitario, aquel donde no hubiera injusticias y la dignidad se impusiera entre todos, equilibrando la balanza entre ricos y pobres; de la misma manera que entre mujeres y hombres.

Ella estaba ensimismada mirando a su marido cuando él abrió los ojos de repente.

Bernardo bostezó y estiró los brazos.

—Buenos días, cariño, ¿se puede saber cuánto rato llevabas ahí mirándome?

Nieves dibujó en sus labios una cálida sonrisa.

—Es que estás tan guapo dormido...

—Ya, eso quiere decir que despierto no lo estoy tanto, ¿no?

Nieves le volvió a sonreír pero esta vez pícaramente.

—Bueno... Es que despierto te sale a veces ese genio que tienes...

—Tampoco será para tanto.

—Bueno...

Bernardo atrajo a su esposa hacia sí y la besó repetidas veces en sus finos labios.

Después, Nieves se destapó notando cómo se erizaba su piel del frío, se levantó y se aproximó con lentitud a la ventana de la habitación, iba todavía con su camión blanco, y su cabello aún se encontraba despeinado y alborotado. Al mirar a través de los cristales, sus ojos azules brillaron resplandecientes, estaba nevando, los copos de nieve caían sin cesar sobre la calle que daba al imponente arco que, a su vez, flanqueaba la entrada principal de la posada. A Nieves le encantaba esa reflectante blancura que comenzaba a dominar el paisaje, el sol casi no hacía acto de presencia, a menudo lograba ocultarse a simple vista en días así, sin embargo, a ella le entusiasmaba observar la helada y resbaladiza nieve, le gustaba notar su tacto entre sus manos cuando se derretía, y siempre le traía buenos recuerdos. No había olvidado cuánto se divertía de niña tirándole grandes y compactas bolas a Bernardo, y cómo él le daba luego la revancha. Eso le recordó también que a lo mejor tenían más trabajo en la posada, muchos viajantes no podrían proseguir su camino con normalidad, y harían un alto allí hasta que dejara de nevar o amainara un poco el temporal, pero eso no le iba a impedir a ella y tampoco a Bernardo, enseñarle a disfrutar a su hijo Faustino de aquel paisaje invernal, tal y como lo habían hecho ellos de niños.

Nieves se giró y vio todavía a Bernardo tumbado en la cama, su pelo negro como el azabache estaba todo arremolinado sobre la almohada.

—Cariño, ¡corre, levántate!

—¿Por qué? Si es temprano todavía.

—Venga, no seas perezoso y, ¡levántate! Si no lo haces, no voy a poder tirarte unas bolas de nieve.

—Ya, así que es eso, por fin, han llegado las nevadas este año.

—Sí, acércate y ven a verlo.

Nieves y Bernardo se vistieron con mucha premura y bajaron al patio. Como no encontraron a Gervasio ni a Faustino en la habitación contigua a la suya, supusieron que ya se había adelantado a jugar con su nieto.

Descubrieron a Gervasio dando interminables vueltas alrededor del pozo, donde ahora predominaba un fondo exclusivamente blanco; estaba intentando coger a Faustino que le imitaba excitado, rodeando a su vez el pozo como si fuera una noria de agua pero a la inversa. Bernardo y Nieves se quedaron mirándoles, su hijo estaba creciendo muy rápido y Gervasio gozaba con él, estaba volviendo a ser como aquel mozo de años atrás, no obstante, hasta parecía que rejuvenecía.

Ese día el trabajo se multiplicó en la posada, pero aun así, todavía tuvieron tiempo para disfrutar de lo lindo junto a Faustino.

Por la tarde, Nieves terminaba de escribir una carta a Lucía mientras preparaba la cena. La posada estaba completa, en las cuadras ya no cabía ni un caballo ni un carro más, y Bernardo había acarreado aquel día con más cubos de agua del pozo que ningún otro. Aquellas Navidades podrían comprar un buen jamón y, también, algo de carne de la matanza del mes anterior, ese día habían llenado las habitaciones pero no sería el único si seguía nevando así, había mucha gente que utilizaba el camino de Alsilos para reunirse aquellos días con sus familiares, y la posada constituía una parada ideal para el descanso, después de una agotadora jornada de viaje.

Pasado algún día, Lucía recibió la carta de Nieves. Llevaba más de un año interna en un colegio que regentaban las monjas, aunque a ella más bien le parecía un convento. Sus normas eran totalmente estrictas incluso para vestir, donde el recato primaba, y Lucía llevaba unos uniformes con unos cuellos tan altos que hasta le ahogaban, pero ese era el menor de sus problemas. Ella no era como las demás, decía muchas veces lo que pensaba, y aquello le había llevado a más de un castigo ejemplar. Por eso había decidido cumplir esas rígidas reglas allí dentro, así soportaría mejor el tiempo que tenía que pasar en ese internado, eso y sus notas de piano que no había dejado de tocar, siendo ya el único aliciente que le quedaba entre las grietas de aquel claustro.

Abrió la carta de Nieves ansiosa por conocer sus noticias, e igualmente las de Natividad y Rosa. Nieves le escribía advirtiéndole las ganas que tenía de volver a verla, diciéndole que Rosa también le mandaba recuerdos, y que Nati lo había pasado muy mal cuando tan solo unas semanas atrás, su niña había padecido unas fiebres muy altas debidas seguramente a un resfriado mal curado, o a alguna infección que podía haber cogido en la vaquería, pero menos mal que al final todo había quedado en nada, y su niña ya volvía a jugar con todos los demás.

A Lucía le gustó saber de sus amigas y se alegró de que la hija de Natividad estuviera de nuevo bien.

En el mismo sobre que estaba la carta de su amiga, había otra cuartilla

doblada aparte, que aunque estaba escrita también por Nieves, puesto que Ramiro, al igual que Nati y Rosa, no sabía, llevaba silabeadas con el corazón, las bellas frases de Ramiro. Sus padres jamás le habrían dejado recibir noticias suyas, por eso, Nieves se encargaba de hacerle llegar las sensibles palabras que Ramiro le dictaba, todas las semanas. Lucía recordaba su rostro a cada instante cuando se levantaba, y también cuando el último rayo de luz la llevaba a acostarse. Cada día que pasaba, era un día menos en aquella jaula que le horrorizaba, y un día más cerca de volver a abrazar a su amado con el corazón palpitante. Sus padres pensaban que después de su larga estancia allí, se reconvertería en una nueva Lucía, sería otra, volvería sumisa y obediente, y haría lo que ellos le mandaran, teniéndola como siempre habían deseado, besando sus pies. De momento, Lucía no mostraba ya rebeldía para tenerlos tranquilos y apaciguados, pero ahora ninguna barrera por alta que fuera, le separaría ya de Ramiro, a sus veintiún años recién cumplidos, le era imposible aguantar un solo minuto más entre los pesados muros de aquellas siniestras paredes.

Una semana después y unos días antes de la Navidad, Lucía viajaba, impaciente, en el compartimento privado de un tren con un paquete de cartas descansando sobre sus rodillas. Regresaba a Alsilos para pasar las fiestas navideñas junto a sus padres, o eso era lo que todos pensaban, porque Lucía sabía ya que nunca volvería a pisar aquel internado, estaba más que dispuesta a saltar las vallas que hicieran falta, para naufragar por encima de un destino que pretendía llevar su vida a la deriva.

ALSILOS. NAVIDADES DE 1921

Lucía observaba las tonalidades violáceas coloreadas por un sol que, al compás de las últimas luces, despedía su tibieza en aquel helador día, acortando sin demora las horas de aquella tarde. Mientras, bajaba con cuidado por las calles de Alsilos, intentando no resbalarse con sus botas de última moda y pronunciado tacón, ya que la nieve cubría hasta el rincón más alejado del pueblo.

Su amiga Nieves le había dado aviso discretamente de que Ramiro la esperaría esa tarde en la posada, y Lucía se sentía ahora enormemente entusiasmada e ilusionada, pensando con impaciencia en el intenso momento de poder reencontrarse con él de nuevo, después de tanto tiempo transcurrido en solitaria penumbra.

Lucía había llegado el día anterior al pueblo, y, desde ese mismo instante, en el que notó bajo sus pies la seca tierra de Alsilos, el único de sus pensamientos que revoloteaba repetidas veces en su cabeza, era volver a ver a Ramiro. Siempre lo había llevado con ella, en su interior, en lo más profundo de su corazón, pero ahora necesitaba volver a sentir sus intensos besos, el tacto de su piel contra la suya cuando se abrazaban arropándose de amor y, a la vez, ansiaba escuchar suavemente su voz susurrándole al oído cuánto la quería. En el internado pasaba mucho tiempo en soledad y también pensaba constantemente en sus amigas, echaba mucho de menos los sabios consejos que solía darle Nieves, e incluso, a veces, su mente volaba lejos evocándole el pueblo, recordaba a menudo sus largos y fértiles campos de trigo con el verdor floreciente de la primavera, y totalmente cubiertos por las nevadas en invierno. Con frecuencia, se acordaba de los elegantes girasoles volteándose con la apenas perceptible brisa de verano, así como del inconfundible aroma desprendido sobre Alsilos, su madre siempre detestó aquel olor que para ella solo eran vacas y ganado, sin embargo, a Lucía le gustaba todo aquello, se impregnaba del encantador perfume que los recuerdos le traían de su pueblo, con mucha nostalgia.

Lucía echó en falta demasiadas cosas en aquel paréntesis que se le había hecho tan largo, pero no fue capaz de añorar a sus padres, lo único que le hacía recordar, una y otra vez, las incuestionables palabras de su madre, eran aquellas monjas que, al igual que ella, solamente sabían imponer castigos a base

de intentos fallidos para doblegar su voluntad.

Lucía apresuró su paso al acercarse a la posada; su corazón comenzó a latir, aceleradamente, justo cuando cruzó por debajo del arco de la puerta principal. La gente siempre se le quedaba mirando de arriba abajo cuando hacía allí acto de presencia, y Lucía sabía perfectamente que las señoritas de su clase no frecuentaban ese tipo de sitios, aquella lección se la enseñaron siendo una niña, y ella tuvo que aprenderse muy bien cuál era el lugar de cada uno. En realidad, a Lucía no le importaba demasiado, la gente del pueblo ya la conocía, sabían que ella estaba hecha de otra pasta, era distinta al resto, y los forasteros pronto se habituaban, siguiendo luego con sus conversaciones como si nada. En una de las mesas estaba sentado Ramiro que, nada más verla, se levantó de golpe. Cuando estuvieron uno frente al otro, se miraron primero detenidamente y después Ramiro le cogió sus delicadas manos con disimulo, porque aunque lo ocurrido entre ellos estaba ya en boca de todo el mundo, no era la posada el lugar más apropiado para dar rienda suelta a su impulsivo amor. Sin embargo, Lucía no podía reprimir sus emociones por más tiempo, ahora ya nunca permitiría que nadie le dijera lo que debía hacer o no con su vida, por eso, acercó decidida sus labios a los de Ramiro, y le besó con una desmesurada pasión que dejó boquiabiertos, por unos instantes, a todos los que se encontraban allí presentes. Lucía había vuelto con una increíble fuerza que ya no podía contener, sino que, por el contrario, burbujeaba hirviente en sus entrañas a punto de expansionarse ahora, desatando el nudo de sus más fervientes deseos.

Al día siguiente, Lucía fue a ver a sus amigas, Natividad y Rosa, a la vaquería; a las que también se unió Nieves dejando a su hijo con Gervasio y a Bernardo al frente de la posada. Estuvieron charlando y riendo durante mucho rato, pero cuando Lucía tuvo que marcharse, Nieves se ofreció a acompañarla, así le daba un poco el aire después de todo el día con el ambiente tan viciado que, de continuo, se respiraba en el salón de la posada. Nieves creía saber lo que se le debía de estar pasando por la cabeza a su amiga, ella solo quería advertirle de cómo iba a ser el terreno resbaladizo en el que pretendía meterse, y lo complicado que sería tener que recorrerlo.

Nieves miró a Lucía con una evidente seriedad pintada en su rostro.

—Lucía, sé que amas a Ramiro con todas tus fuerzas, y es maravilloso que él te corresponda pero...

Lucía frunció el ceño.

—¿Pero, qué? ¿Vas a empezar tú también como todos los demás?

—No, Lucía, no me malinterpretes. Sabes que yo no soy como el resto y espero no serlo nunca. Pero también sabes que jamás me callo lo que pienso y, por ello, me gustaría que me escucharas, simplemente eso. Yo soy tu amiga y

nunca te juzgaré por lo que hagas, solo tú puedes decidir lo que es mejor para ti.

Lucía miró a Nieves con cariño, sus palabras siempre la sorprendían y la animaban.

—Tienes razón, Nieves, si has sido tú quien nos ha mantenido en contacto a Ramiro y a mí todo este tiempo... De acuerdo, te prestaré atención, sé que me conoces bien y lo haces para ayudarme.

Nieves lanzó una fugaz y cómplice mirada a Lucía antes de continuar.

—Yo sé que quieres mucho a Ramiro, pero en una de tus cartas me contabas que si te casabas con él, tus padres tenían intención de dejar de reconocerte como hija, ¿no es así?

—Sí, claro, así es. Pero a mí me da lo mismo, lo único que me importa es Ramiro.

Nieves suspiró profundamente.

—Sí, eso ya lo sé. Pero ahora el amor te ciega a ver otras cosas...

—¿A qué te refieres?

Nieves posó su mirada en el cielo gris de aquel día.

—A ver, Lucía, este mundo es muy diferente del que tú vives y, por supuesto, no tiene nada que ver con el que te han educado.

—Ya, pero lo conozco bien, nosotras, sin ir más lejos, llevamos jugando desde que éramos crías, sé que aquí no tendré ningún lujo pero a mí me da igual.

Nieves comenzó a enfurecerse por momentos, y subió un poco el tono de voz.

—No, no es tan simple como piensas, ahora te da igual pero yo quiero que entiendas que van a ser muchos años, toda la vida, Lucía, alejada completamente de las comodidades que hoy posees, sin poderte poner tus preciosos e inmaculados vestidos; sin que te sirvan la mesa; comiendo pan en vez de tortas; patatas en vez de jamón; rascando y limpiando...

Lucía le interrumpió.

—Está bien, Nieves, lo he comprendido. Sé lo que me quieres decir, que vivir en la miseria solamente por amor, no va a ser nada fácil. Lo sé, pero estoy dispuesta a soportarlo porque quiero a Ramiro más de lo que te imaginas, y, aunque soy consciente de que en la casa en la que vivo no prescindo de nada, aquello es como una cárcel para mí, y yo no quiero vivir enjaulada tras barrotes de plata. Yo deseo ser libre como un pájaro que puede alzar su vuelo hacia tierras lejanas e inexploradas, y te aseguro que lo conseguiré tenga lo que tenga que sacrificar.

Nieves le dijo con ironía.

—¿Y también vas a renunciar al piano? Que yo sepa, la familia de Ramiro nunca ha tenido ninguno.

Lucía volvió a fruncir el ceño.

—Sí, quizá el piano sea lo único que me complace de verdad de esa casa, pero Ramiro siempre estará por encima incluso de mis partituras.

Nieves cogió, con afecto, las manos de su amiga.

—Mira, Lucía, a mí me parece muy noble lo que quieres hacer, si mucha más gente de tu posición obrara como tú lo haces, viviríamos en un mundo mucho mejor que este, pero, por desgracia, tal y como están las cosas, tú vas a sufrir más que nadie en toda esta historia. Solo te pido, por favor, que lo pienses bien y no tomes esta decisión a la ligera. Si al final decides casarte con él, yo te voy a apoyar.

—Nieves, lo he pensado mucho, durante más de un año no he parado de pensarlo, día y noche, en ese horrible internado, y tengo clarísimo que nunca he estado tan segura de algo en mi vida como lo estoy de esto. Me casaré con Ramiro me cueste lo que me cueste y pese a quien pese.

Nieves miró a Lucía fijamente a los ojos, comprendiendo la valentía que su amiga le demostraba ahora.

—Pues entonces, no dudes en pedirme ayuda siempre que la necesites. Te prometo que juntas, algún día, iremos cambiando las cosas.

Las dos amigas se abrazaron con intensidad y anhelo, no era la primera vez que lo hacían, sin embargo, esta vez algo en su interior les daba más fuerza, las cosas cambiarían poco a poco, pero algo les decía que ya lo estaban haciendo, y su casi insignificante aportación, ya empezaba a remover los aletargados cimientos.

La Navidad llegó a todos los rincones de Alsilos, colándose por cada uno de los recovecos donde la gente se abrigaba con el cariño de los suyos, sin embargo, había casas en las que ni siquiera la Navidad podía penetrar. Una de ellas era la de Lucía. En el suntuoso salón principal, en una esquina, había un mueble auxiliar lleno de adornos, donde el nacimiento simbolizaba la Navidad; y, en el centro, una mesa amplia y alargada destacaba por la mantelería profusamente bordada, en la cual, la plata de los cubiertos relucía mucho más ese día.

La madre de Lucía, con el rosario siempre en sus manos, no había faltado a una sola misa, sin embargo, Lucía no veía muy cristiano que su devota madre, prácticamente, no le hubiera dirigido la palabra desde su vuelta del internado.

A Lucía todo eso empezaba a darle igual, no iba a esperar más. Mientras la sirvienta, con extremo cuidado, depositaba las suculentas codornices escabechadas en los platos, supo, de inmediato, que ese año no probaría el exquisito manjar ni degustaría tampoco los tradicionales mantecados, miró con determinación a sus padres, y decidió que era ya el momento de decirles, lo que tenía pensado y llevaba planeando mucho tiempo atrás, sabiendo que aquello

cambiaría inmediatamente sus vidas, sin poder hallar jamás un punto de retorno.

—Padre, madre, les tengo que dar una noticia.

Se miraron los dos sorprendidos, y su padre le preguntó expectante.

—¿De qué se trata, hija? Si es que quieres algún vestido nuevo para cuando vuelvas al internado... pues eso háblalo luego mejor con tu madre...

Lucía interrumpió a su padre.

—Padre, no es eso, es que no voy a volver al internado.

Su padre dejó el tenedor bruscamente sobre la mesa.

—¿Pero qué estás diciendo? Por supuesto que volverás en cuanto pasen las Navidades.

Lucía miró a su madre, ella seguro que sospechaba todo, pero sus estrictas normas no le dejaban hablar en nombre de su marido, así que, al menos por ahora, sería más sencillo.

—No volveré, padre, y tampoco viviré nunca más en esta casa... Me voy a casar con Ramiro.

Los ojos de su padre se abrieron tanto que parecía que, de un momento a otro, se le fueran a salir de las órbitas.

—¿El campesino? ¡Pero si todo aquello ya quedó olvidado cuando te mandé al internado!

Lucía se levantó de la mesa y, decidida, se acercó a ellos con un atisbo de triunfo reflejado en su rostro.

—Claro, eso es lo que les hice creer. Pero yo amo a Ramiro tanto o más que el primer día, por mucho que ustedes se avergüencen de mí.

Su padre se levantó de la silla y le soltó un estrepitoso bofetón en toda la cara.

Lucía volvió la cabeza sin inmutarse siquiera y, seguidamente, le contestó:

—¿Así es cómo arregla usted las cosas, padre? ¿No sabe hacerlo de otro modo? ¿No?

El padre de Lucía la volvió a abofetear un par de veces más, hasta que su madre se interpuso entre ellos y se unió también a la discusión.

—Ya sabes, Lucía, que si te casas con ese muerto de hambre, no podrás tener acceso a nada de todo esto, lo sabes bien.

Lucía no apartó la mirada de su madre, muy a pesar de que esta le señalaba insistentemente el piano, alojado en el extremo opuesto del salón.

—Lo sé, madre, y no se preocupe, sobreviviré sin todo esto que dice usted, que tanto les ha helado la sangre.

Su madre enfureció más todavía en aquel instante.

—¿Será posible? A tu alcoba ahora mismo, no vas a salir en todas las Navidades.

—No, madre, ya no, usted ya nunca me va a decir lo que debo de hacer, me voy a casar con Ramiro y, le guste o no, me marcho de esta casa para siempre.

Lucía llamó a la sirvienta que ya venía preparada con una maleta, la cogió con firmeza y salió de la casa sin mirar atrás. Los padres de Lucía se quedaron allí de pie, parados, completamente petrificados, sin saber qué hacer, entonces, la madre de Lucía miró altiva a su marido, y le dijo:

—No te preocupes, volverá.

—¿Tú crees?

—Lucía está acostumbrada a vivir entre algodones, y estoy segura de que no sabrá hacerlo entre la mugre.

Lucía bajó corriendo a toda velocidad, sin pararse, ni una sola vez, hasta llegar a la posada. Se derrumbó llorando en los brazos de Nieves, y le pidió cobijo hasta que pudiera casarse con Ramiro, que sería enseguida.

Nieves y Bernardo querían que las cosas cambiaran, y pensaban que aquello iba a ser el principio de todo, pero también sabían que las señoritas como Lucía jamás habían conocido calamidades ni penurias que pasar, y convivir con ello, día tras día, quizás llegara a asustarla, atemorizándola, de tal modo, que volviera a su mundo de lujos precipitadamente, nuevamente protegida por nubes de confortables almohadones. Aun con todo, tanto Nieves como Bernardo confiaban ciegamente en que eso no ocurriera, y así, todo su universo pudiera comenzar a girar, después de haber permanecido oculto demasiado tiempo, adormecido, a su vez, bajo los rigores de un imperturbable silencio.

ALSILOS. ENERO DE 1922

Era muy temprano todavía, la silueta difuminada del sol solamente se intuía caer, entre la espesa cortina de nieve de las lejanas montañas que, tan apenas, se vislumbraban. El amanecer penetraba helador en exceso en aquel comienzo de año que, desgraciadamente, volvería a ser devastador para las pobres gentes del pueblo, carentes de recursos con los que poder ahuyentar el frío esos días, en los que los estragos irrumpirían, una vez más, en sus vidas, haciendo mella en ellas.

Nieves fregaba, arrodillada, el suelo del salón de la posada; mientras, observaba cómo Bernardo limpiaba, afanoso, el hollín de la chimenea. Ella sabía bien que la mayoría no tenía con qué calentarse, muchas veces, las enfermedades les atrapaban sin respiro, lo peor de todo era que ese año volvería a pasar, y nadie haría nada porque aquella situación, injustamente repetida, mejorara, era mucho más sencillo mirar para otro lado. Nieves también sabía lo que iba a costar cambiar la mentalidad de la gente, incluso de las propias personas que vivían en tales condiciones de miseria, llevándoles en múltiples ocasiones a contagiarse de infecciones que, en muchos de los casos, se hubieran podido evitar; toda aquella gente solo había conocido el silencio durante muchos siglos atrás, así que poder desterrar todos aquellos pensamientos, iba a causarles duros y enormes esfuerzos, pero Nieves confiaba en que, tarde o temprano, sucedería. De hecho, Lucía había puesto ya ese primer granito de arena, y se lo estaba demostrando.

Lucía había pasado con ellos todos esos días y, por primera vez en su vida, se había sentido acogida y acalorada por una familia de verdad. Gervasio la había tratado como a una hija más; y Bernardo y Nieves como a su propia hermana. En este momento, no era solamente el amor de Ramiro lo que llenaba gota a gota su corazón, había comprendido a la perfección, que la familia no la componían los títulos ni la sangre, sino el amor que recibes de las personas que, de verdad, quieren lo mejor para ti, y Nieves, Bernardo, Gervasio e incluso el pequeño Faustino formaban ahora, su querida familia.

Nieves y Bernardo escucharon, desde lejos, levantar el tono de voz a Gervasio y también a Pedro, el primo de Bernardo, que se encargaba ahora de traerles el pan al igual que lo había hecho Bernardo un tiempo atrás; y enseguida salieron los dos al patio para ver qué ocurría.

Bernardo les miró desconcertado.

—¿Qué pasa aquí? ¿Se oyen las voces desde el salón!

Pedro miró algo inquieto a su primo.

—Le estaba diciendo a tu suegro lo que he escuchado cuchichear a las mujeres, mientras esperaban su turno en la panadería...

Bernardo observó impaciente a Pedro.

—Bueno, Pedro, déjate ya de rodeos y ve al grano.

Pedro sabía que aquellos rumores que circulaban por ahí, no le iban a gustar nada a su primo, lo conocía bien, pero tenía que contárselo de todos modos.

—Mira, primo, el asunto de Lucía está en boca de todo el pueblo como ya debes suponer... pero eso no es todo, los padres de Lucía intentan poner a la gente de bien en vuestra contra, dado que estáis permitiendo que viva aquí con vosotros, y me han dicho de buena tinta que su madre estuvo hablando ayer con el cura para que haga algo...

El semblante de Bernardo comenzó a teñirse de ira, por momentos.

—¿Y qué es lo que pretende hacer ese cura que no haya hecho ya? No sabe hacer otra cosa más que meter tonterías en la cabeza a la gente.

—Escucha, Bernardo, yo lo único que te puedo decir es que la madre de Lucía mantuvo una larga conversación con él, no sé nada más.

Gervasio miró unos instantes a Bernardo, y se dirigió directamente a él.

—No te alteres, hijo. De momento, lo único que podemos hacer es esperar, estar alertas, pero esperar.

Pedro se marchó dejándoles el saco de hogazas de pan, y todos siguieron con la faena que les tocaba, pero sin dejar de pensar ya en las palabras pronunciadas por Pedro, que habían perturbado algo el ánimo de su ritmo diario.

Ese mismo día, a última hora de la tarde, justo antes de que el sol navegara hacia su escondite nocturno, entró en la posada el cura del pueblo, no era raro verle de vez en cuando por allí, tomándose su copita de anís, pero aquel día los tres estaban expectantes, por si las moscas.

Nieves cruzó el salón con paso seguro, dirigiéndose a su mesa para atenderle, entonces, Gervasio y Bernardo se miraron sabiendo que no era muy buena idea que le atendiera ella, puesto que su ímpetu no le dejaría callarse y, a lo mejor, luego se podían arrepentir, pero aun así, ya no podían hacer nada, Nieves ya estaba dejando la copita de anís sobre la pulida y gastada mesa, detrás de la cual, se había sentado cómodamente el cura.

—Buenas tardes, padre, aquí tiene su copita de anís para que le temple el cuerpo y se la tome usted a gusto, como siempre.

El cura observó con detenimiento a Nieves, el tono de voz empleado por ella, no le pareció muy adecuado ese día, era como si la notara irritada por algo.

—Gracias, Nieves. Por cierto, ayer estuve hablando con la madre de Lucía, que me pidió que intercediera por ella para que su hija volviera a su casa, dejándose ya de toda esta niñería. Aunque ahora no la vea por aquí, sé que Lucía está con vosotros, y también sé que debe volver con su familia, que es donde tiene que estar como es lo lógico y natural.

Nieves le contestó con rebeldía.

—No sé por qué me dice esto a mí, padre, yo no soy Lucía, no puedo decidir por ella, así que si quiere la llamo y le cuenta usted todo esto personalmente, ¿no le parece?

El cura se levantó raudo de la silla.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? Soy un miembro de nuestra Santa Madre Iglesia, ten mucho cuidado con lo que dices, Nieves.

Nieves paseó la vista por su sotana, sin ningún pudor.

—Mire, padre, Lucía está aquí mucho mejor que con los que dicen estar de su lado, padre. Aquí somos más cristianos que muchos de sus feligreses...

El cura apretó fuertemente los puños.

—No voy a consentir esto, si Lucía no vuelve a su hogar esta noche, las consecuencias recaerán sobre la posada, vosotros veréis qué es lo que os interesa más.

Nieves se mantuvo firme.

—Usted verá si está confundiendo nuestra hospitalidad con otras cosas...

El cura se tomó el anís de un solo trago.

—No voy a escuchar más mamarrachadas. Espero, por el bien de todos, que la señorita Lucía regrese hoy a su casa. Buenas tardes.

Acto seguido, se marchó, pero Nieves no se preocupó demasiado, algo le decía que aquella partida la tenía ganada.

Ese mismo domingo, el sermón manifestado por el sacerdote en la misa, les aludía directamente a ellos. Natividad y Rosa estaban allí presentes, en aquel oscuro templo donde solamente el fuerte eco de una voz resonante, moldeaba el ambiente entre aquellas sólidas paredes. Natividad notó un silencio sepulcral que no había sentido nunca en la iglesia, el cura gritó más que ningún otro día para hacerse respetar entre los feligreses allí congregados, pero Nati sentía el silencio del piano, ese domingo su tapa estaba cerrada, la música celestial de Lucía se había extinguido, ya quizás para siempre, entre los inexpugnables muros que ceñían aquella iglesia de pueblo. Natividad sintió un gran alivio cuando vio que la gente miraba más ese piano vacío, que al sacerdote dando voces y gesticulando en el peldaño más elevado del púlpito, aun así, sabía que sus palabras también llegarían a muchos, sobre todo, a los que estaban sentados en los primeros bancos, que eran aquellos que ostentaban una buena posición

social, pero aun con todo, Natividad no había visto nunca hablar a ningún hombre de la Iglesia de aquella manera, ni siquiera de niña, y, quizá, una de las razones podría ser porque antes no les hacía falta predicar tan alto para tener, a buen recaudo, a todos los corderos dentro del redil que delimitaba su rebaño. Rosa miró a Nati, no podían decirse nada puesto que estaban en misa, pero con esa fugaz mirada se dijeron todo aquello, que no habían hecho con las palabras.

Nati y Rosa bajaron después a la posada para relatarle a Nieves lo ocurrido en la misa, Nieves faltaba casi siempre a la iglesia con la excusa de que tenía mucho trabajo sirviendo las mesas para el aperitivo, así se evitaba las habladurías, pero ella sabía que Nati y Rosa no podían faltar, tenían una madre que además de preocuparse por sus hijas, las había educado bajo la doctrina de la fe católica, aunque las convicciones de ambas ya no eran tan fuertes como las creencias que seguía su madre. Con todo tipo de detalles, las dos hermanas contaron a Nieves, e igualmente a Lucía que también estaba con ellas, casi cada frase del sermón predicado por el cura, no cabía la menor duda de que su retórica estaba sembrada de enfebrecidas palabras. Sin embargo, Nieves no le dio demasiada importancia porque, realmente, creía que no la tendría. Al final, seguro que las aguas, por turbulentas que fueran, volverían a su cauce.

Una semana después, Faustino jugaba con Bernardo con un pequeño trencito de madera, que le había hecho su padre con sus propias manos. Nieves los miraba emocionada, cada día que pasaba se sentía más cerca todavía de Bernardo, y cuando lo veía jugar tan atento con su hijo, casi se le saltaban las lágrimas, no era muy común que un hombre dedicara tanto tiempo a su familia, más bien, era la labor de las madres criar a sus hijos, pero Nieves tenía mucha suerte en poderlo compartir con su marido y ver crecer a su hijo junto a él, era una mujer enormemente afortunada por ello.

La posada se había convertido en un desierto, estaba totalmente vacía, durante toda la semana lo había estado, no habían alojado a nadie en esos días, y la gente del pueblo tampoco había acudido a tomar ningún vino. De momento, aguantaban, pero Nieves sabía que aquello no podía durar eternamente.

Bernardo se dio cuenta de que Nieves les observaba con admiración.

—Pero bueno, ¿cuánto tiempo llevas ahí?

Nieves sonrió con encanto.

—Un poco, nada más.

Bernardo se acercó a Nieves, y dejó a Faustino jugando entretenido con el trencito de madera pálida que, tan hábilmente, había esculpido para su hijo.

—¿No ha venido nadie hoy tampoco? ¿No?

—No, aún no.

Bernardo se pasó la mano por la cabeza, retirándose su oscuro cabello hacia

atrás.

—Esto no puede continuar así, Nieves. Mira tu padre, anda con la cabeza gacha todo el día.

Nieves se volvió y miró a Gervasio que, justo entonces, entraba por el patio y se dirigía hacia ellos, era verdad que se le veía un poco triste.

—Tienes razón, pero va a acabar todo muy pronto, ya lo verás.

—Eso dijiste hace una semana, y no hemos dado ni golpe desde entonces... Lucía debería casarse ya con Ramiro, aquí no puede seguir, Nieves.

La ira comenzaba a bullir en las venas de Nieves.

—Tenemos que tener paciencia, Bernardo, no podemos tirar la toalla ahora...

—Pero la posada es nuestro pan de cada día, no podemos aguantar así mucho más tiempo.

Nieves le echó una mirada llena de rabia a su marido.

—¿Te crees que no lo sé? Parece mentira que precisamente tú, que quieres sacar a los pobres de la pura miseria, quieras rendirte tan pronto.

Ahora fue a Bernardo a quien le empezaba a hervir la sangre.

—Yo no me rindo ante esa gentuza.

—¿Ah no? Pues demuéstramelo.

—¿Cómo, Nieves?

—Simplemente, apoyándome. Apoyando lo que pienso.

—¿Y qué es eso que piensas? Si puede saberse, claro.

Nieves dibujó en sus labios una pequeña pero confiada sonrisa.

—A ver, nuestra baza es la posada en sí. No hay un alojamiento mejor, tanto por su escrupulosa limpieza como por su comodidad, en toda la zona. Además, es la única en el camino que lleva a Teruel, ¿no? Y luego, aparte, la posada es el típico lugar del pueblo donde vienen los hombres a beber su coñac, su anís o su chato de vino. ¿Oh, no es así?

A Bernardo le cambió el rostro.

—¡Hombre, mujer! Mirándolo así...

—Tarde o temprano volverán, te lo aseguro.

Gervasio miró a Bernardo y le dijo:

—Yo creo que Nieves tiene razón en eso. La gente pudiente sabe que esta es la mejor posada en muchos kilómetros a la redonda, y los hombres del pueblo no aguantarán mucho con la garganta seca. Creo que, esta vez, el carácter de tu mujer nos hará ganar la jugada.

Bernardo se giró hacia su suegro.

—Sí, creo que Nieves tiene razón, esperemos a ver qué pasa.

Tan solo unos días después, comenzaron a llegar huéspedes de nuevo,

parecía ser que la mugre que habían encontrado en otros alojamientos, no era digna de su posición, y la posada de Alsilos volvía a ser el hospedaje más confortable. También los hombres volvieron a tomar sus chatos de vino, estaba claro que en el pueblo no podían pasar sin beber un trago; y el salón de la posada volvía a estar lleno, rebosante de gente, como siempre.

Aun con todo aquello, Lucía y Ramiro decidieron casarse cuanto antes para no dar ya más problemas a nadie. Se casaron en Teruel, porque no encontraron otro cura en ningún pueblo más cercano a Alsilos, que accediera a bendecir su matrimonio, y solamente acudieron Bernardo y Nieves como testigos. Lucía jamás habría imaginado que el día de su boda fuera a ser así de frío para ella, no le importaba la sencillez, pero sí que muchas personas con las que había compartido su vida hasta entonces, le hubieran dado la espalda, haciéndole aquel gran vacío en ese día inolvidable, y dejándole heridas abiertas que aunque los años logran coser, bordándolas, cada día, con el amor de Ramiro, sin duda, le quedarían también puntos sueltos imposibles de olvidar.

ALSILOS. SEIS MESES DESPUÉS

La luna llena de aquella noche iluminaba cada escondida esquina de las calles de Alsilos, y dejaba ver el cielo estrellado que relucía brillante en su plena oscuridad.

La vieja ventana de madera de la pequeña habitación que compartían ahora Lucía y Ramiro, estaba entreabierta, y aquella ligera brisa nocturna que dejaba traspasar, refrescaba de inmediato a Lucía, que estaba totalmente acalorada sintiendo el placer que le producía Ramiro dentro de todo su ser, mientras enloquecían de amor en la íntima desnudez de sus cuerpos entrelazados y exhaustos.

Llevaban ya seis meses casados, pero su fogosidad seguía siendo como aquella primera madrugada el día de su boda, e iba en aumento. Lucía no había estado con ningún hombre antes de aquella noche y, desde entonces, sabía también que con Ramiro sería con el único en toda su vida que sentiría aquellas apasionadas sensaciones, cuyo ardor e intensidad redescubría, cada día, tras el velo del ocaso.

Lucía estaba ya embarazada de tres meses, y ni siquiera esa noticia había hecho cambiar de parecer a sus padres, que seguían pensando que llevaba en su vientre el fruto de un amor prohibido. A ella, aunque lo sentía en el alma, había dejado de importarle, su hija o hijo, lo que el destino le trajera, crecería sintiendo de verdad una verdadera familia, al menos eso esperaba, que esa criatura que nacería en unos meses ablandara los corazones de la familia de Ramiro, ya que de la suya parecían incluso haberse endurecido más todavía. Ella deseaba que, a falta del afecto de sus padres que parecían haberla arrastrado a los estantes del olvido, los parientes más allegados de su marido acabaran aceptándola, por fin, como a una más, algo que también le estaba siendo muy difícil por el momento. Ramiro, al igual que muchos campesinos del pueblo, tenía una familia numerosa, y eran precisamente las mujeres las que más la repudiaban. Ellas entendían que el sitio de Lucía no debería permanecer allí, mezclándose entre el penoso fango que les había tocado, Lucía pertenecía a otro mundo distinto y no la iban a dejar entrar tan fácilmente en el suyo, porque su mentalidad cerrada era totalmente hermética, aparentemente, sin ninguna fisura hacia la comprensión. Sin embargo, con el tiempo, poco a poco, empezaron a admitirla casi todas excepto la madre

de Ramiro. Había accedido a que vivieran allí por su hijo, pero reprochaba cualquier acción de Lucía, aunque fuera simplemente por querer ayudar.

Aquella misma noche acunada por la luz de la luna, Nieves se miraba en el lustroso espejo. Su marco, bellamente labrado y a su vez sencillo, sobresalía y encajaba perfectamente en el aguamanil, donde asimismo se encontraban la jarra de agua y la palangana con las que se aseaba todas las mañanas. Bernardo se acercó a ella y acarició su vientre con mucha ternura, colmándola de besos por su suave cuello, justo después.

—Bueno, mi amor, si esta criaturita no se nos adelanta, le vamos a dar un regalito de cumpleaños a su hermano Faustino.

Nieves miró a su marido directamente a los ojos.

—Pues por mí, como si quisiera salir ahora mismo, que con estos calores ya no aguanto un día más.

—Cariño, ten paciencia que ya queda poco.

Nieves frunció el ceño, estaba otra vez encinta y, de nuevo, se irritaba muy a menudo.

—¿Ah sí? Poco para qué, ¿para los dolores?

Bernardo suspiró.

—Nieves, no digas eso, si con Faustino todo salió muy bien, ¿oh no?

—Sí, claro, gracias a mi amiga Lucía porque te recuerdo que tú estabas hecho un flan...

—Es que los hombres nos ponemos un poco nerviosos con esas cosas...

Nieves le miró ahora con picardía.

—Ya, pues no te digo nada si tuvierais que parir vosotros... Seguro que no lo aguantabais ninguno.

—Está bien, Nieves. Tienes razón, nos creemos muy machos pero a la hora de la verdad somos unos blandos...

Nieves miró fijamente a Bernardo.

—Sí, has acertado, es justamente lo que estaba pensando.

—¿Qué te pasa, Nieves? Últimamente no hay quien te rechiste. Da igual lo que diga porque siempre te parece mal.

Nieves penetró con sus ojos azules de sal y mar, en el fuerte brillo negro que desprendían los de Bernardo y siempre lograban apaciguarla.

—No sé por qué voy a reconocer que tienes algo de razón, pero no te preocupes, es cosa del embarazo que me cambia el humor.

Bernardo rodeó entonces la cintura de Nieves cariñosamente.

—¿Es eso solamente, o hay algo más?

—Se acerca el parto, Bernardo, e igual que cuando nació Faustino, siento miedo por lo que le ocurrió a mi madre...

Bernardo la miró con dulzura.

—Pero otra vez esta historia, Nieves... No quiero que te preocupes por eso, ya no es la primera vez y saldrá tan bien como la anterior, ya lo verás. ¿De acuerdo?

—Bueno, lo intentaré.

—¿Solo lo intentarás?

—Dejaré de darle vueltas a la cabeza, pero tú me tienes que recordar ahora lo fuerte que soy.

Bernardo miró sonriente a Nieves y la tumbó en la cama con delicadeza, quedándose él a su lado.

—Mi Nieves es la mujer más guapa y más inteligente de todo Alsilos, y yo el hombre más afortunado por tenerla ahora aquí conmigo.

Los labios de Nieves perfilaron, lentamente, una amplia sonrisa.

—Creo que mis preocupaciones ya se empiezan a marchar.

Bernardo besó con deseo a Nieves y comenzó a deslizar su mano por debajo de su camisón.

—No, Bernardo, debemos esperar.

—Pero si lo haremos con cuidado...

—Me falta muy poco y podríamos dañarle, solo tenemos que esperar poco más de un mes, cariño.

—Está bien, Nieves. Vayamos a dormir entonces.

Nieves apagó el candil que tenía en la mesilla, aunque no se durmió. Se quedó mirando la luna llena de aquella calurosa noche, y notó la suave brisa rozar sus brazos sintiendo a su vez un pequeño escalofrío. El miedo que había sufrido con su primer embarazo, ya no lo sentía con tanta intensidad ahora, sin embargo, cada día que pasaba acercándose al parto y marcando su particular cuenta atrás, se acordaba más de su madre. La recordó esa noche también al ver el reloj que había dejado Bernardo al lado del candil en la mesilla. Aquello le hizo pensar, imbuida por la nostalgia, en el tiempo transcurrido, pronto cumpliría veintidós años, y los últimos habían sido para ella los mejores de su vida. Miró las estrellas que tan bien se divisaban aquel día, semejaban diminutos eslabones de una gran cadena dispersados en el infinito del firmamento; y recordó cómo les había cambiado la vida a todas ellas, tras el cristal del reloj, los años corrían vertiginosamente como un fuerte soplo de viento en plena tempestad.

Eran tan solo unas chiquillas cuando bailaban juntas en la verbena de agosto. Ahora, se habían convertido todas, menos Rosa que era la pequeña, en unas mujeres casadas. Natividad había tenido hacía poco a su segunda hija, Lucía estaba ya en estado, y Nieves estaba a punto de dar a luz a su segundo retoño. Sin embargo, Nieves necesitaba hacer más cosas en este mundo que parir

hijos, en realidad, ya lo hacía, seguía administrando la posada como siempre, porque ella, con una habilidad innata para el negocio, veía con mucha agudeza las posibles soluciones ante cualquier imprevisto, y lo hacía mucho antes que Gervasio y Bernardo. Nieves sabía que no era lo habitual que una mujer se encargara de esos temas, puesto que lo propio solía ser que los llevara un hombre, pero también reconocían todos que Nieves Hernández era una mujer diferente, con las ideas claras y la cabeza siempre por delante en todas sus decisiones. Aun con todo, esa nítida noche se sentía paralizada y preocupada, ella no se conformaba solo con su familia y la posada, quería que sus hijos crecieran en un mundo distinto al que ella había conocido; quería que nadie mirara nunca por encima del hombro a otra persona; quería arrancar la esclavitud albergada en la mente de la gente, y así, hacer que un matrimonio como el de Lucía y Ramiro, fuera posible todos los días. Nieves se durmió aquella noche pensando en todas esas cosas que deseaba lograr; y sin dejar de mirar los puntos luminosos que formaban las estrellas.

Al día siguiente, Nieves echaba un poco de agua sobre el muro del patio, para regar así la hiedra que crecía agarrándose con fuerza en sus paredes. Sus enredados tallos trepaban conquistando gran altura y hospedando infinidad de insectos, a la vez que resguardaban aves de pequeño tamaño en aquel punto álgido del verano. Y, mientras ella seguía afanada con aquella tarea, entró Natividad por la puerta trasera.

Nieves apoyó en el suelo el cubo de agua y se acercó a su amiga.

—Pero, Nati, ¿cómo vienes tú con los barreños de leche? ¿No te dijo el médico que descansaras después del parto?

—Sí, Nieves. Pero me encuentro mejor y me cansaba ya de estar tumbada y, para colmo, con ese olor a vaca todo el día encima.

Nieves sonrió a Nati.

—Bueno, si no recuerdo mal... nunca te gustó ese perfume...

—Ay... no lo sabes tú bien. Pero ¿qué puedo hacer? La vaquería es lo único que siempre hemos tenido, y mis hijas se van a tener que criar también entre esas cuatro paredes. Si Marcelo ganara algo más en la mina... Pero, en fin, como no es así, cuando me reponga del todo tendré que seguir ordeñando las dichas vacas. Bueno, ¿qué tal estás tú?

Nieves bajó la vista hacia su vientre.

—¡Qué te voy a contar a ti! Con ganas de que esto termine cuanto antes.

Nati puso cara de resignación.

—Ya me imagino, ya.

—Nati, te veo un poco preocupada.

—Sí, quizás sí. Pero no pasa nada en concreto, es lo de siempre. Tengo que

estar constantemente cuidando de Paloma, ya sabes que no es como las demás niñas, hay que estar pendiente por si se cae o se tropieza, es demasiado frágil, y todo ese peso lo llevo yo, porque Marcelo viene cada día de la mina totalmente agotado, y no me extraña con ese polvo que tiene que respirar continuamente.

Nieves estaba al tanto del incansable esfuerzo que Natividad soportaba con su hija mayor, Paloma, prácticamente tenía el mismo tiempo que Faustino, pero esa niña se había quedado con las defensas muy mermadas después de padecer aquellas fiebres que, de forma irreversible, le habían dejado secuelas ya de por vida.

En aquel momento, la puerta del patio se abrió y vieron a Lucía abalanzarse precipitada hacia ellas.

Nieves miró a Lucía sorprendida.

—¿Qué te ocurre, Lucía? A ver, dinos qué te pasa.

Las lágrimas resbalaban a mares por el rostro de Lucía, y su respiración era muy acelerada.

Natividad cogió una de sus manos con fuerza, y le dijo:

—Venga, cálmate, Lucía. ¿Qué ha pasado esta vez?

Lucía habló entrecortadamente, con los ojos empañados de amargas lágrimas todavía.

—No puedo más. Esa mujer me odia, no me quiere en esa casa, y, menos aún, junto a su hijo.

Nieves suspiró profundamente a la vez que le contestaba.

—Lucía, tranquilízate. La madre de Ramiro es una mujer ya entrada en años, y no puede aceptar los cambios tal y como los vemos nosotras.

—Pero yo intento ayudar. Ya sé que he sido una señorita y no sé hacer nada, tal y como ella me recuerda cada día, pero puedo aprender, Nieves, solo necesito que me enseñe.

Nieves volvió a suspirar.

—Dale tiempo, mujer, vas a darle un nieto, ya verás como eso logra ablandarla un poquito. Tienes que ponerte en su lugar. Tu madre, tu familia y todos ellos la han tratado como...

Lucía le interrumpió.

—Sí, ya lo sé, como basura.

—Yo no quería decir exactamente eso.

—Pero lo piensas y es verdad, Nieves. Sin embargo, yo no soy como mi madre, y nunca he sido igual que ellos, ¿oh no?

Nieves y Nati se lanzaron una mirada cómplice, y Nati le contestó:

—Claro que no, Lucía, pero tienes que demostrárselo a ella.

—¿Cómo? Intento ayudar en la cocina y no me dejan, me obligan a

levantarme cuando cojo un cubo de agua y me arrodillo con la intención de fregar el suelo, porque dice la madre de Ramiro que eso no es digno de una señorita, pero es que yo ya no soy una señorita, soy la mujer de su hijo, y ella sigue reconociendo en mí a una extraña, quizás incluso a una rival, cuando yo intento todo lo contrario.

Nieves resopló y volvió a hablar.

—Lucía, tienes que tener paciencia. Los padres de Ramiro son muy mayores y han vivido cosas mucho peores que las que hemos conocido nosotras, además, ya te dije hace tiempo que tu amor con Ramiro no iba a ser fácil, no por él sino por todos los demás, y tú sabías que el sufrimiento llegaría aun con todo el amor que sientes por Ramiro.

Lucía miró suplicante a sus amigas.

—¿Y qué puedo hacer yo ahora? Me siento como una inútil en esa casa, sin poder hacer nada de provecho.

A Nati se le ocurrió algo entonces, una repentina idea comenzó a tomar forma en su cabeza.

—Lucía, estoy pensando que a Rosa le hacen cada vez más encargos de vestidos las señoras, parece que en la ciudad han llegado modas nuevas y aquí en el pueblo no quieren ser menos. Hace unos días me dijo que igual necesitaba ayuda con los bordados, y tú eres una especialista en eso, ¿oh no?

A Lucía le comenzaron a brillar, intensa e intuitivamente, sus claros ojos castaños.

—Bueno, eso siempre he sabido hacerlo, ¿no?

Nieves sonrió alegre a su amiga.

—Pues claro que sí. ¿Ves como siempre encontramos solución para todo?

Nati, como la vio ya más serena, le dijo:

—Bueno, si quieres ahora que se te ha pasado el sofocón, vamos a la vaquería y hablamos de todo esto con Rosa. ¿Te parece bien?

—Me parece estupendo, a ver si, por fin, me tiene un poco más en cuenta la madre de Ramiro.

Nieves se quedó en la posada, todavía tenía mucho trabajo que realizar aquel día, y justo cuando se disponía a hacerlo, se topó de frente con Gervasio.

—Padre, ¿pero qué hace ahí parado?

—Esta Lucía nos va a traer más de un quebradero de cabeza.

—Pero, padre, ¿ha estado usted escuchando como una vieja alcahueta?

Gervasio se sonrojó un poco.

—Hija, yo... Es que hablabais muy alto.

—Ya, usted ha escuchado desde detrás de la puerta.

—Bueno, puede que sí. Pero es que tu amiga lleva muy poco tiempo con

nosotros, para descomponerse ya de esa manera y por esas tonterías que os cuenta.

Nieves atravesó con la mirada a su padre.

—Le aseguro que Lucía no nos va a defraudar. No está descompuesta, solo se está habituando a hacerse un sitio aquí abajo para ella, y no le está siendo nada fácil puesto que ha crecido con todos los caprichos, a usted le hubiera pasado lo mismo, ¿no cree?

Gervasio agachó la cabeza.

—Una vez más, quizá tengas razón, hija. Siempre acabas convenciéndome igual que hacía tu madre.

—Está bien, padre. Ahora vayamos dentro que tendremos que servir la comida.

Nieves entró con su padre y comenzó a poner las mesas; mientras, pensaba en la necesidad de igualdad que anhelaban, cada día más, todas las personas que convivían en aquel pequeño pueblo que la había visto nacer, y donde el abismo hacía escalar a unos pocos que, miserablemente, iban ahogando al resto en las oscuras aguas del fondo de un gran pozo.

ALSILOS. AGOSTO DE 1924

Aquella larga tarde de verano, el sol había lucido derramando toda su fuerza sobre las casas del pueblo, pero la radiante luz que penetraba a raudales, iluminando a toda la gente que allí vivía, duró poco. Pronto la oscuridad de la tormenta comenzó a revolotear por las calles, cubriendo el azul intenso del cielo y tornándolo en una negrura bochornosa, para descargar después contra Alsilos, toda su furia contenida.

Nieves observaba en silencio aquella lluvia que, seguramente, no cesaría en toda la noche. Una lluvia que sentía que la empañaba a ella también por dentro cuando volvió la vista atrás y vio, de nuevo, las mesas del salón de la posada ocupadas por unos militares que se habían resguardado allí de la tormenta y que, además, no paraban de beber. Dentro de poco, se cumpliría ya un año en el que las evidentes restricciones habían minado, severamente, las libertades que tanto les estaba costando conquistar. Un excepcional y exhaustivo control imperaba ahora en Alsilos como también en el resto de pueblos y ciudades del país, adormecidos bajo una estricta voz de orden y mando.

Nieves había aprendido a tener que callar mucho más de lo que le hubiera gustado decir, y eso la reconcomía en lo más hondo, pero aun así, ella, Bernardo y todos aquellos que pensaban igual, buscarían la manera de hacerse oír aunque fuera en la oscuridad de los tiempos de los que, por desgracia, estaban siendo testigos, harían lo que hiciera falta para evitar que sus hijos sufrieran de un futuro tan negro como el que les querían imponer, doblegándolos con aquella estrepitosa tormenta de silencio.

Nieves tenía ahora mucho por lo que luchar y mucho también en lo que pensar, Faustino iba a cumplir ya cuatro años y, tan solo unos días antes, su segundo hijo, Gervasio, cumpliría dos, en su fuero más interno sentía que crecían demasiado rápido. Ahora observaba también los preciosos ojos negros de su bebé, Félix, que había nacido hacía dos meses y dormía a gusto acurrucado en sus brazos, hasta que se despertara de nuevo a tomar el pecho.

Nieves se sentía feliz y dichosa, la alegría de sus hijos le devolvían la vida, pero también su vida se había convertido en un torbellino, todo el día pendiente de ellos sin poder parar un minuto quieta. A veces pensaba en su madre, que ni siquiera la había conocido a ella, y entonces Nieves miraba a sus tres hijos y algo

en su interior se removía, haciéndole saber que ella sí tendría el privilegio de poder conocerlos y educarlos, tal como sentía y pensaba, siempre con la verdad por delante, con el conocimiento y desechando la ignorancia, para que se desarrollaran en la vida de la misma manera que lo hacían ella y su marido, tomando sus propias decisiones y pensando por sí mismos, al margen de las habladurías de los chismosos del pueblo.

La tormenta no paró de revolver el ambiente durante toda la noche. Lucía se encontraba sentada en una silla en el comedor de la casa, ya que los ensordecedores truenos y los destellos de los relámpagos no la dejaban dormir. Tenía una hija de año y medio que se parecía ya mucho a ella, sin embargo, Ramiro y Lucía no volverían a ser padres, poco después del nacimiento de aquella niña, a la que habían llamado Genoveva, se volvió a quedar embarazada, pero, inesperadamente, sufrió un grave y desgraciado aborto que la aletargó bastante tiempo en la cruel desesperanza, además de mermar su fertilidad igual que la tierra baldía. Lucía, al principio, padeció dolorosamente con todo ello, pero más adelante comprendió que quizás fuera mejor así, para una mujer la vida no se lo ponía fácil con tantos hijos a su alrededor y, de esa forma, podría volcarse en Genoveva, dedicándole toda su energía y educándola como una mujer debía de ser, fuerte y segura de sí misma.

Lucía lo había pasado realmente mal hasta el nacimiento de Genoveva, no por el malestar del embarazo en sí, sino por las miradas de desprecio de su suegra que la dañaban en lo más profundo de su corazón. Sin embargo, poco a poco, la madre de Ramiro comenzó a verla con otros ojos, entendiendo que el comportamiento de su nuera hacia ella, era totalmente distinto al trato que siempre le habían otorgado los de arriba, así como acostumbraba a nombrarlos, pero Lucía supo demostrarle, con mucho tiento y en una paciente y larga espera, que podía llegar a ser una hija más formando parte de su numerosa familia. La madre de Ramiro se dio cuenta de todo ello y, aunque le costara mucho admitirlo, con el tiempo comprendió que Lucía era diferente del mundo del que venía, había nacido en una postura privilegiada y entre algodones, pero era como una pieza perdida que no llegaba a encajar en aquel complejo rompecabezas, y ahora que se encontraba entre la miseria, visto estaba que a estas alturas, ya no iba a abandonar el barco, además, sus sentimientos eran sinceros, Lucía de verdad se preocupaba por las personas fueran de la condición que fueran, y todo aquello hizo que, por fin, la madre de Ramiro le tendiera sus brazos y reconociera, de corazón, a su nieta Genoveva como sangre de su propia sangre.

Al fin, Lucía sentía cómo la felicidad iba deslizándose en los huecos de su vida, seguía perdidamente enamorada de Ramiro como la primera vez que sus ojos y su corazón resplandecieron fijándose en él, además, tenía una hija

maravillosa por la que se desvivía cada día y que daba el sabor a sus alegrías, e incluso ganaba algo por los vestidos y trajes que arreglaba con Rosa. También, después de mucho tiempo de largas discusiones, la madre de Ramiro había enterrado todos sus reparos, demostrándole abiertamente su confianza. Ella siempre supo que los sentimientos de las personas eran lo único importante, capaces de interponerse superando todo lo demás, incluso sobreponiéndose por encima de los propios apellidos. Los padres de Lucía se marcharon del pueblo antes de nacer siquiera Genoveva, nunca quisieron conocerla, su madre no podía soportar ya todos los chismes que se decían de ellos por el pueblo, era una enorme losa que no estaba dispuesta a cargar sobre sus hombros; y su padre tampoco lo pensó dos veces, agachó la cabeza y pidió plaza de médico en Teruel. Al final, su madre acabó saliéndose con la suya, vivirían en una ciudad, que aunque pequeña, ya no era un pueblo repleto de pobres harapientos como Alsilos. Nunca más mirarían atrás, el férreo orgullo del que presumían, se desvaneció entremezclándose con el polvo del camino, el día de su presurosa partida.

Lucía, absorta en sus pensamientos y sentada en una silla de la pequeña estancia, observaba la lluvia a través de la tosca ventana de madera. El repetitivo sonido del agua resbalando por la ventana, le recordó por un instante las notas musicales. Puso sus dedos sobre la vieja mesa, y al compás de las incesantes gotas de lluvia, tocó sus imaginarias notas en su añorado piano, ahora reconvertido en un simple trozo de mesa. Estuvo así un rato con los ojos cerrados, acariciando los ásperos bordes de la mesa como si esta albergara sus suaves teclas de piano, y diluyendo en su memoria, el melodioso ritmo amenizado con la lluvia de fondo. Cuando sus expresivos ojos castaños se abrieron a la realidad del momento, vio enfrente a Ramiro mirándola totalmente perplejo.

—¿Qué haces, Lucía? ¿Estabas imaginando tu piano? ¿Otra vez?

Ella apartó sus dedos rápidamente de la mesa.

—No yo... es que el sonido de la lluvia me recuerda tanto al piano...

Ramiro se sentó compasivo a su lado.

—Anda, ven, siéntate aquí, sobre mis rodillas.

Lucía paseó su mirada a ambos lados del comedor y, dubitativa, le dijo:

—Pero podría venir tu madre o alguno de tus hermanos.

Él sonrió con cariño a su esposa.

—¿A estas horas de la noche? Venga, ven aquí conmigo.

Lucía, finalmente, se sentó sobre sus rodillas sin dejar de mirarle.

—Es que no podía dormirte con tanto trueno.

—Ya, te sucede últimamente muy a menudo, ¿no?

—Bueno, es que este verano está siendo muy tormentoso...

Ramiro la miró con ternura y comprensión a la vez.

—Lo que de verdad te pasa, Lucía, es que echas de menos tocar el piano.

—Sí, puede que sí, pero me he acostumbrado a todo lo demás, me olvidaré también de mis teclas de piano, ¿no crees?

—No, si así fuera tú misma te estarías engañando y lo sabes. Yo creo que no podrás olvidarte del piano, cuando lo tocabas en la iglesia, hacías sentir su música de una manera especial a los que allí estábamos.

Lucía miró incrédula a su marido.

—¿Ah sí? No me estarás insinuando que ibas a misa solamente por oírme tocar.

Una sonrisa pícaro se dibujó en los labios de su esposo.

—¿Y por qué iba a ser si no?

—Será posible...

Ramiro besó a Lucía en los labios con mucha ternura y después se fueron a la cama. En unas horas amanecería y él tendría que ir a trabajar al campo. Ramiro se durmió pronto, aun con la fuerte tormenta, sin embargo, Lucía estaba más despierta que nunca, no podría conciliar el sueño mientras el hilo musical siguiera sonando en su cabeza, y ella, a conciencia, intentara retenerlo contra su voluntad, evitando así que la caja de sus propios sueños, se abriera por completo.

Unos días después, daban comienzo los festejos del pueblo, habría verbena como todos los años, y aquello, por descontado, significaba que tendrían más de una jornada de trabajo extra en la posada, ya que los hombres solían beber más de la cuenta y sin medida ni tiento alguno. El día fue duro para Nieves, pero por la tarde pudo salir un ratito para ver, con Natividad, Lucía y Rosa, el ambiente festivo que se respiraba en la plaza del pueblo, ahora decorada y engalanada con vistosas guirnaldas; y que, además, sin poder evitarlo, le envolvía entre multitud de pensamientos, recordándole tiempos pasados en un halo de melancolía. Natividad tenía también ya tres hijas, a veces bromeaba con Nieves diciéndole que parecía como si lo hubieran hablado entre ellas, porque cada vez que Nieves daba a luz a un niño, más o menos a la par, Natividad alumbraba a una niña. Rosa se había convertido en toda una mujer, con diecinueve años bien plantados, nada ni nadie se le ponía por delante, por esa misma razón sería que todavía no le habían salido pretendientes, hasta ese mismo verano que Julián y Pedro se peleaban sin parar por ella como dos gallos de corral. A Rosa hacía ya mucho tiempo que le gustaba la forma de ser que tenía Pedro, pero intentaba que no se le notara para tenerlo pronto rendido ante sus pies. Ella era la más pequeña de todas y, por eso, jugaba ahora con cierta ventaja, había aprendido a manejarse en ese mundo de hombres al igual que lo hacían su hermana y sus amigas, pero al

ser la más joven, había tenido más tiempo para madurar como un fruto verde tostándose en un clima idóneo, y así, paso a paso, había podido ir colocando en su cabeza, cada cosa en su sitio y en el orden preciso.

Rosa estaba hablando tranquilamente con las demás, cuando vieron acercarse a Pedro junto a Julián, ambos con la cabeza alta.

Julián se dirigió bastante decidido a Rosa.

—Rosa, me preguntaba si querías bailar esta pieza conmigo.

Rosa le sonrió con intencionada picardía.

—Claro, Julián. Me encanta bailar, solo espero que no me lleves como a un pato mareado.

Todas se rieron sin poder evitarlo, y a Julián le subieron instantáneamente los colores.

Un momento después, Julián y Rosa bailaban agarrados en medio de la plaza ante el cuchicheo de muchas mujeres del pueblo, para variar. Bailaron compenetrados varias piezas tras la seria mirada de Pedro, que les vigilaba justo desde el lado opuesto, y cuando Julián intentó besar en los labios a Rosa, esta apartó su rostro de inmediato, saliendo disparada de allí como si le hubiera atravesado un rayo, y Julián no dudó en seguirla.

—¿Qué ocurre, Rosa? Pensaba que te gustaba bailar conmigo.

Rosa miró muy enojada a Julián.

—Sí, bailar sí, pero nada más.

—Pero si parecía que estabas deseando que te besara. ¿O me lo vas a negar ahora?

Rosa contuvo toda su ira como pudo.

—Yo jamás te he dado a entender nada, Julián, eso te lo has imaginado tú solito.

—Has aceptado bailar conmigo, eso ya quiere decir algo.

—Te equivocas, he bailado contigo porque somos amigos desde que éramos niños, pero solamente amigos, no busques más allá de eso, porque no lo vas a encontrar, ¿lo entiendes?

—Pero es que yo pensaba que...

—Ahórrate tus pensamientos, porque jamás existirá entre nosotros una relación más estrecha que la amistad que hemos compartido hasta ahora, Julián, espero que te quede claro.

—Como el agua, Rosa, me queda claro como el agua.

Julián se marchó cabizbajo, y Rosa se quedó ahí parada como una estatua, conteniendo todavía su enfado y con los nervios crispados. Unos minutos después, se acercó Pedro junto a ella, era evidente que o les había estado espionando, o Julián le habría contado ya lo ocurrido.

—¿Estás bien, Rosa? Si quieres puedo acompañarte a casa...

—No, a casa no, Pedro. Necesito tomar el aire un poco, si te apetece podemos dar un paseo.

—Bien, como quieras, vayamos a dar una vuelta entonces.

Rosa y Pedro dieron un largo paseo aquel día, hablaban sin parar, aun con el baile y el murmullo de la gente como sonido de fondo, sin embargo, al cabo de un rato, eran solamente sus propias voces lo único que escuchaban ya, dándose cuenta, así mismo, de que coincidían en muchas de sus ideas y pensamientos, y como Pedro era mucho más tímido que Julián, Rosa no supo esperar más, se paró en seco en mitad del camino y acercó, sin pensar ni vacilar, sus suaves labios a los de Pedro, y aquel primer beso fue, por fin, el principio del amor que ambos ansiaban conocer, y que les impulsaba con una energía insólita, a ir descubriendo a través de un mutuo y acelerado palpitar, que comenzaban a construir bombeándolo juntos.

ALSILOS. UN AÑO MÁS TARDE

Aquel día, la noche estaba siendo más tórrida de lo habitual. La ligera brisa nocturna movía sin cesar las sedosas hojas de hiedra salpicadas por el muro, así como también hacía tambalearse, levemente, al cubo que colgaba y tiraba de la polea del pozo; mientras que, tan apenas, llegaba a colarse por la ventana entreabierta del salón. Allí, junto a las mesas, se encontraba Bernardo, y justo a su lado estaba Nieves intentando darse aire con un trozo arrugado de papel de periódico, el cual había improvisado como sencillo abanico con el firme propósito de atenuar, al menos algo, el sofocante calor.

Bernardo sacó su reloj del bolsillo y miró ligeramente la posición de sus manecillas. Pasaba media hora de la medianoche y Julián seguía sentado en una de las mesas con un vaso de vino vacío.

Justo en ese instante, Julián les miró a los dos con expresión suplicante.

—Bernardo, ponme otro vino... anda, que este ya será el último.

Bernardo le observó, a la vez que fruncía el ceño viendo cómo Julián, con la mano casi temblándole, levantaba su vaso en un nuevo e impaciente gesto.

—No voy a ponerte más vino, Julián, me lo pidas como me lo pidas.

Julián se volvió raudo hacia Nieves, y le dedicó, convencido, una amplia sonrisa.

—Seguro que tu mujer me rellena el vaso, ¿verdad que sí, Nieves?

Nieves se quedó ahí quieta, sin cantearse ni contestarle siquiera, entonces, Bernardo le ayudó a levantarse y, al momento, le dijo:

—Julián, es muy tarde y mañana tendrás una resaca de mil demonios. ¿Cómo vas a hacer para tenerte en pie en la mina? Venga, que te acompañe a casa para que descanses al menos un rato.

Bernardo fijó su mirada en Nieves con resignación.

—Le acompañe otra vez a casa, tú recoge y vete a dormir tranquila, que en un momento estoy de vuelta.

Nieves asintió con la cabeza.

Se puso a recoger la mesa donde había estado Julián, y dejó lo demás para el día siguiente dada la hora que era, cogió el candil y subió despacio las escaleras hasta su habitación, procurando no hacer ruido para no despertar a los huéspedes que estaban allí alojados. Mientras se desvestía y se ponía el camisón,

se quedó absorta pensando en Julián. Hacía un año que el pobre no daba ni golpe, aquel muchacho despierto y alegre que ella había conocido en otro tiempo, se había ido desvaneciendo por completo, convirtiéndose ahora en un alma plenamente solitaria, iba siempre como amargado por la vida y con cara de circunstancia, un rostro que no había conseguido borrar desde las festividades del pueblo del año anterior, en las que, casualmente, Rosa le había dado calabazas y había empezado a festejar, sin ningún miramiento, con Pedro. Nieves sabía muy bien lo que le ocurría, ella tenía una gran experiencia en ese tipo de asuntos, dado que unas copas de más siempre ablandaban alguna que otra confesión, y, por supuesto, estaba más que acostumbrada a verlo y escucharlo día sí y día también en la posada. Cuando un hombre era rechazado por una mujer, su propio orgullo quedaba bastante resentido, y era precisamente eso lo que le había ocurrido a su amigo Julián, por ello, el único remedio que él había encontrado, era beber sin medida para ahogar sus propias penas. Sin embargo, Nieves también sabía que el tiempo todo lo va curando, aunque en el caso de Julián, sus heridas debían de ser más profundas de lo que todos ellos habían imaginado al principio, porque desde que la pasada primavera Pedro y Rosa contrajeron matrimonio, sellando ante miradas ajenas los inquebrantables lazos de su amor, las borracheras de Julián habían ido en aumento, y Nieves únicamente esperaba que el paso de los días y las costras de la vida, taponaran sus incipientes hemorragias internas.

Aquella noche, Julián se había vuelto a descontrolar con el vino, y Nieves empezaba a preocuparse más por el estado de su amigo, que por los encuentros clandestinos que, desde hacía unos meses, organizaba con su marido en la posada. Las reuniones en la sombra que desarrollaban cada vez con mayor frecuencia, mantenían a Nieves en un estado de puro nerviosismo y constante alerta mientras las realizaban, pero la posada era el sitio ideal para hacerlas sin levantar sospechas, e incluso ella misma incitó a Bernardo a empezar con todo aquello, era imposible seguir viviendo así, a merced de los que mandaban y callados para toda la eternidad. Nieves tenía mucho que decir en esta vida, y aunque corría inevitables riesgos, ya no le importaba, como tampoco estaba dispuesta a pasar todos los días mirando para otro lado, la lucha para asentar las libertades de los más desvalidos, era un reto pendiente de milenios transcurridos. Ella existía porque tenía la capacidad para saber pensar lejos de las influencias de los demás, nadie le decía lo que debía hacer y estaba decidida a demostrarlo.

Alsilos era un pueblo lo suficientemente grande como para estar totalmente dividido. La mitad del pueblo sustentaba una posición social elevada y todavía seguían viviendo como tantos siglos atrás lo habían hecho. A sus ostentosas casas, decoradas con todo lujo de detalle, iban llegando multitud de adelantos

incorporados ya en muchas ciudades, y por el precio que les costaban las ricas telas para confeccionarle un vestido exclusivo a la señora de la casa, podrían haber comido una decena de campesinos. Pero aquellas mujeres tenían los ojos cerrados o querían tenerlos, creían que con sus donativos a la iglesia parroquial o a las obras de caridad cuando llegaba la Navidad y otros eventos a lo largo del año, ya habían cumplido religiosamente con las gentes pobres del pueblo. Aun con todo, Nieves comprendía que la ignorancia a la que estaban sometidas todas esas mujeres, era, precisamente, la venda más cruel que les tapaba con aspereza los ojos cada vez que era necesario hacerlo. Desde luego, los señores sí que no tenían justificación alguna, con polvorientos engranajes de roca y tierra, manejaban a las personas a su antojo, tal y como les interesaba para que sus negocios solo obtuvieran beneficios a su costa e, indiscutiblemente, fueran viento en popa. Y, en realidad, lo que Nieves pensaba era que jamás habían hecho nada ellos solos, sin los campesinos y los mineros del pueblo, los señores no habrían sabido salir adelante.

El señor Torres era el terrateniente de Alsilos, a pesar de residir largas temporadas en la capital, poseía una vasta propiedad agraria, cuyas fincas se ramificaban por las extensas tierras que delimitaban el pueblo e incluyendo, también, terrenos de los alrededores, y las explotaba, claro que las explotaba, lo hacía a base de tener día tras día a unas personas trabajando sin apenas descanso, desde que salían los primeros rayos de sol y hasta que los últimos, deslizándose con premura hasta alcanzar el ocaso, dejaban de iluminar las largas y esbeltas hileras de espigas de trigo. Aun así, el señor Torres, al final del día, solamente veía las ganancias depositadas en sus bolsillos, olvidándose, sin más, de aquellas personas que, con admirable sudor y sacrificio, se habían deslomado la espalda para que sus hijos pudieran cenar ese día un simple caldo de patatas.

El propietario de la mina, el señor Galván, no era muy diferente al terrateniente del pueblo. El mineral de azufre que sacaba de las canteras era muy apreciado por aquellos años, y al señor Galván solo le importaba eso, obtener cuanto más dinero mejor. Solía pasar a otros asuntos cuando llegaban a sus oídos, que permanecían sordos en según qué situaciones, ciertas habladurías mantenidas habitualmente entre los mineros sobre la escasa seguridad de la mina, pero como, por el momento, no había ocurrido nada que lamentar demasiado, lo único que le importaba al señor Galván, era que la producción de azufre no parara, para que sus arcas continuaran aumentando.

Las familias Torres y Galván eran las más ricas de Alsilos, sus ingresos habían subido como la espuma a costa de la miseria en la que vivían los campesinos y mineros del pueblo. Nieves pensaba cada vez más en aquellas injusticias, nunca había entendido qué clase de personas eran aquellas que solo

ansiaban riquezas y poder, era como si no llegaran a ser personas de verdad, porque siempre estaban vacías de sentimientos. Nieves no podía entender cómo podían tener un corazón tan frío y carente de cualquier muestra de compasión.

Demasiadas veces los había visto ella mirar con repugnancia a los niños pobres, era como si la lástima, causada con pesadumbre por aquellos niños y niñas en edad de crecimiento, no pudiera llegar a entrar dentro de los planes de los señores, no fuera a ser que alteraran su curso en demasía. Pero Nieves estaba ya harta de ver morir a muchos de ellos de hambre y de frío en los duros inviernos de Alsilos, y, por eso mismo, se arriesgaría lo que hiciera falta para que las ganas de llorar, que a veces sentía como si le invadieran, se fueran alejando de su corazón y no pudieran brotar con los imponentes impulsos que este le dictaba.

En aquel mismo segundo, Bernardo entró con paso decidido en la habitación, sacándola así de sus pensamientos.

—Cariño, ¿aún estás levantada?

Nieves le miró con ternura.

—Es que me he quedado pensando...

Bernardo rozó con sus dedos un mechón de su cabello ondulado que, ahora, estaba suelto.

—Si es por Julián, no te preocupes más. Lo he dejado ya durmiendo la mona.

Nieves acarició, con una de sus manos, la mejilla de Bernardo.

—Tendrías que hablar con él. Cada día bebe más, ¿o no te acuerdas de la que preparó en la boda de Rosa y Pedro?

—Que si me acuerdo... Tuve que ir a Teruel con tu padre al día siguiente porque casi nos dejó sin anís.

Bernardo y Nieves se rieron juntos, pero Nieves volvió a ponerse seria y siguió con la conversación, estaba preocupada.

—Bernardo, creo que ya no es muy normal lo que está haciendo, y de verdad que tendrías que decirle algo.

—Sí, yo también creo que se ha pasado de la raya y alguien tiene que ayudarle ahora. Hablaré con él mañana mismo.

Nieves miró entonces fijamente a Bernardo, y él supo, de inmediato, que había algo más que contar esa noche.

—Nieves... Conozco ese brillo en tus ojos. ¿Qué más tengo que saber que no puede esperar a mañana?

Nieves se lo dijo sin más tapujos, esta vez no eran horas de andar jugando al escondite con él.

—Lo de siempre, Bernardo. Ya me tenía que haber venido este mes...

Bernardo la miró con asombro.

—¿Haber venido el qué? No te entiendo, cariño.

—Claro, vosotros no entendéis de esas cosas.

—A ver, Nieves, dime claro de una vez lo que te pasa.

Nieves puso los ojos en blanco.

—Pues que no me ha venido el periodo y con esta falta ya van dos. A lo mejor es todavía pronto para saberlo, pero creo que estoy embarazada de nuevo.

Bernardo se quedó ahí petrificado.

—Anda, mi amor, no te quedes ahí plantado como una estatua. Di algo por lo menos.

—Es estupendo, Nieves, es que no me lo esperaba.

—¡Hombre, claro! Yo tampoco me lo esperaba. Cariño, tenemos ya tres hijos, y el pequeño todavía está comenzando a andar...

—Bueno, mi amor, no te lo tomes así, viene otro, pues, bienvenido sea, ¿no? Además, sabes que yo te ayudaré en todo siempre, ¿lo sabes no?

Nieves dibujó una gran sonrisa en sus menudos labios.

—Desde luego, en eso, soy una madre muy afortunada, porque quitando el darles el pecho, claro, en todo lo demás estás hecho un padrazo, en serio. ¡Ah! Además, a lo mejor esta vez es niña...

—¿Sabes qué? Podíamos pensar ya en el nombre, lo buscamos de niña y, así, a lo mejor llega la niña de mis ojos...

—Ya lo tengo.

—¿El qué?

—Pues el nombre, qué va a ser si no.

—¿Tan pronto?

—Es que quiero que simbolice algo que siempre se busca...

—Bueno, no me tengas en ascuas. ¿Cuál habías pensado?

—Felicidad.

—Vaya, Nieves, parece que lo tuvieras planeado hace tiempo.

Nieves miró con alegría a su esposo.

—En realidad, siempre he pensado ese nombre en los otros embarazos, pero como hasta ahora solo tenemos hijos...

—Entonces, no se hable más, si es una niña, nuestra primera hija se llamará Felicidad.

Bernardo volvió a consultar su reloj mientras lo dejaba sobre la mesilla.

—Nieves, ¿sabes la hora qué es? Pasan ya de la una de la madrugada y mañana no habrá quien nos levante...

—Sí, venga, vámonos a dormir, mi amor.

Después de un cálido beso en los labios se acostaron pensando los dos en

ese nuevo embarazo, que notaban afianzándose ya muy dentro de sus sentimientos más emotivos.

Al día siguiente, muy temprano, todavía sin verse asomar al sol por detrás de la silueta que, en el horizonte, definía los rasgos de las lejanas montañas; Julián y Marcelo caminaban, ágilmente y con premura, los cuatro kilómetros que separaban al pueblo de la mina. Julián tenía un dolor de cabeza insoportable, fruto de la fuerte resaca que padecía, pero la obligación y el trabajo seguían siendo lo primordial en su vida a pesar de su ebriedad casi constante. Ahora el camino se hacía mejor, en invierno el frío les entumecía los miembros y les helaba los huesos, e incluso tenían que andar como podían cuando llegaban las fuertes nevadas que, en muchas ocasiones, les cubrían hasta las rodillas sin darles ni un instante de respiro. Cuando llegaron a la mina, el sol, que ya había salido, comenzaba su lento ascenso, resplandeciendo sobre los pesados bloques de azufre que habían extraído el día anterior y que, ahora, estaban apilados en perfecto orden a un lado de las canteras. Julián y Marcelo se anudaron un pañuelo tapando así su boca, lo cual les evitaba algo inhalar el polvo de la mina, cogieron después el pico y la pala y comenzaron a trabajar como todos los días, hasta el momento de volver a explosionar la dinamita que les permitía seguir cavando en las capas superficiales de la ladera del monte, haciendo de ella un sinfín de galerías que discurrían agrietándose entre las rocas que, a su vez, modelaban interminables pasadizos circulares en el entorno de aquel valle.

Pasado un rato, cuando ya el sol se reflejaba, plenamente, en la transparente y cristalina agua del pozo como en un mineral tallado, Bernardo se afeitaba contento. Rasuraba su barba oscura con el filo de una navaja que enjuagaba en la pila de detrás del pozo, y se miraba satisfecho en el espejo que solía colgar de la pared en verano, viendo así el reflejo de la ardiente sonrisa que dibujaban sus labios al pensar, sin parar, en Nieves y su incipiente embarazo si todo salía como esperaban. Nieves se había terminado de asear en su habitación, y se estaba ya vistiendo cuando un fuerte estruendo llegó como un martillo hasta sus oídos. Se quedó parada por un instante, sin saber qué habría podido ocurrir y, como llevada por un impulso, acabó de vestirse rápidamente y bajó las escaleras corriendo, chocándose a su vez con Bernardo que todavía llevaba jabón en la cara.

—¿Qué ha pasado, Bernardo?

—No lo sé, cariño. Parece como si hubiera venido de la mina...

—¿Tú crees?

—No puedo saberlo, pero semejante estrépito... solo puede ser de la dinamita que usan allí.

Se quedaron los dos pensativos, al momento, también se les unieron

Gervasio, sus hijos y los huéspedes que se habían alojado allí esa noche, todos habían notado bajo sus pies un intenso temblor. La gente del pueblo fue a intentar enterarse de lo que pudiera haber pasado, y ellos se quedaron sirviendo el desayuno en la posada esperando noticias.

Al rato, vino Pedro a comunicarles que había habido un terrible accidente en la mina. La dinamita había explotado antes de tiempo y Julián había saltado por los aires con ella. Llevaron a Julián al pueblo todavía con un hilo de vida entre sus venas y Rosa estuvo con él hasta el final. Julián falleció esa misma tarde entre los brazos de su amada que jamás le había pertenecido a él. Rosa seguía cogiendo su mano unos minutos después, incluso, de que su cuerpo hubiera quedado ya totalmente helado, y su corazón, carente irremediabilmente de cualquier palpito, se hubiera parado para siempre. Lloró desconsoladamente como nunca lo había hecho durante toda su vida, y aquel punzante dolor que sintió como culpa, comenzó a acompañarle como si encajaran una pesada losa sobre sus pensamientos, y, seguramente, arrastraría esa hiriente compañía el resto de sus días.

Los mineros se ausentaron del trabajo, su patrón, el señor Galván, jamás lo habría imaginado, pero la muerte de Julián sin llegar a esclarecerse la causa del fatal accidente, nunca fue inútil, precisamente fue el impulso que llevó a mucha gente de Alsilos a acudir, asiduamente, a las reuniones organizadas por Nieves y Bernardo, y a darse cuenta, por fin, de que las cosas ya no podían seguir así, invariablemente estancadas sobre esa quebradiza línea. Sus ojos se abrían ahora al letargo de mucho tiempo atrás, y sus mentes les hacían pensar que este mundo, injustamente esparcido en cada pequeño rincón y entre hierbas de malas cosechas en el que les tocaba vivir, tenía que darse la vuelta, para construir uno nuevo donde todas las personas sintieran que de verdad lo eran, constituyendo, con valor y tesón, sus propios cimientos.

ALSILOS. PRIMAVERA DE 1932

La fuerza con la que el sol iluminaba el largo y extenso campo de amapolas, tan vivas y rojas como la propia sangre, comenzaba ya a desvanecerse, y dibujaba alargadas sombras sobre aquella manta de flores acunada por la brisa del atardecer, en el momento en el que el ocaso del día llegaba al pueblo.

Nieves notaba, entre sus manos, el suave y aterciopelado tacto de los pétalos de una de las amapolas que casi al alba, Bernardo y ella habían recogido junto al pozo. Las persistentes lluvias de aquella primavera habían conseguido que sus finísimos tallos brotaran, abriéndose así camino entre los minúsculos huecos que permitía el suelo empedrado. Y Nieves, satisfecha, había colocado una de ellas en un vaso con agua y la había dejado presidiendo su cocina, donde los restos de las brasas ardían ahora bajo el puchero en el que estaba preparando la sopa de pan que, esa misma noche, servirían a los huéspedes para cenar.

Nieves removió instintivamente el caldo y se quedó observando fijamente el vivo color de aquella amapola; acto seguido, sus pensamientos volaron velozmente para revivir recuerdos ya pasados, pero que habían quedado abrasadoramente grabados en muchas partes de su memoria. Sus vidas habían dado un vuelco trepidante en los últimos años. Llegó Felicidad y fue el comienzo de todo aquel entusiasmo. Su única hija tenía ahora ya seis años, casi el mismo tiempo que llevaban ella y Bernardo derribando obstáculos e intentando conseguir un mundo más justo para las siguientes generaciones. Para Nieves su hija Felicidad había sido su mayor causa de esperanza y de lucha sin tregua, quería que Felicidad pudiera sentir y encontrar el amor sin tener que someterse a él a partir del matrimonio. Nieves sabía que su propio matrimonio, alejado continuamente de los habituales convencionalismos, siempre había sido todo lo contrario a eso, pero aunque le doliera en el alma, conocía demasiadas mujeres en el pueblo a las que la suerte del amor jamás les había acompañado y, por supuesto, no podía concebir aquello para su niña. Tampoco quería que las diferencias tan grandes que existían en el pueblo marcaran a sus hijos en el futuro, deseaba que pudieran labrarse un buen porvenir. Fue por todo aquello, por lo que siguieron realizando las reuniones en la más pura clandestinidad y en su posada, semana tras semana, mes tras mes y año tras año. Nieves tomó cada vez más conciencia e importancia cuando se reunían a hablar, sus pensamientos

contra la explotación ejercida por los caciques del pueblo, no paraban de revolotear por su cabeza, y Bernardo, ante tales argumentos, casi siempre le daba a ella la palabra, porque confiaba plenamente en el buen criterio de Nieves.

Hacía tan solo un año que, por fin, todos aquellos intercambios de opiniones se habían convertido ya en un hecho palpable y, además, estaban transformando de arriba abajo miles de hogares españoles en infinidad de pueblos y ciudades, con una realidad democrática y nuevas libertades antes impensables. Aquel día de abril, Nieves preparaba la cena contemplando el matizado brillo de la amapola que daba color a su cocina, a su posada y al pueblo entero, un color vivo, aunque todavía lento y pausado, que traían los novedosos cambios de un tiempo inédito y trascendental que estaban protagonizando sus propias vidas.

El ruidoso ronroneo del motor de un automóvil y su escandaloso claxon que sonó minutos más tarde, devolvieron a Nieves, en apenas un instante, al mundo real.

Se apresuró a salir de la cocina dirigiéndose al patio trasero e inmediatamente después a la calle, donde un señor impecablemente ataviado con elegante traje y sombrero, salía del automóvil desde el cual se acababa de oír el claxon hacía tan solo un momento.

Nieves le preguntó con hospitalidad.

—Buenos días, caballero. Dígame. ¿En qué puedo ayudarle?

—Busco alojamiento y me han hablado muy bien de esta posada.

A Nieves se le dibujó una orgullosa sonrisa en los labios.

—Sí, por supuesto, caballero. Le aseguro que no encontrará comodidad mayor que en nuestras confortables habitaciones. Bueno, pase y le enseñaré ahora mismo una de ellas, que espero que sea de su agrado. Por el automóvil no se preocupe, que mi marido se encargará de aparcarlo como es debido.

El hombre la miró sonriéndole con cortesía.

—Muchas gracias, señora.

Unos minutos más tarde, Nieves volvía a su cocina y veía desde la ventana cómo Bernardo, con aprendida destreza, aparcaba el automóvil en el patio trasero. Ellos también habían dado una pequeña reforma a la posada, se encontraban inmersos en una época de cambios y no podían quedarse atrás. Los carruajes de caballos habían sido el único medio de transporte que había llegado hasta allí desde tiempos inmemoriales, pero hacía unos pocos años que incluso a Alsilos habían comenzado a llegar señores con sofisticados automóviles, así que Gervasio, Bernardo y Nieves no tuvieron más remedio que habilitar un espacio junto a las cuadras, situadas unos metros más allá del pozo del patio, para que pudieran aparcar también los nuevos sustitutos a los coches de caballos. Al final,

siempre tocaba renovarse o morir, y la posada era un negocio bastante fructífero, pero su rentabilidad estaba ligada a las exigencias de los huéspedes y, por tanto, a los avances que removían el ambiente. Sin embargo, Nieves no se contentaba solo con eso, el agua corriente y la luz eléctrica iban llegando a muchos sitios, diseminándose cada vez con mayor rapidez por distintos puntos geográficos, pero Alsilos, por desgracia, no era uno de esos lugares, así que ella seguía soñando con tales adelantos que no la hicieran tener que cargar, cada día, con cubos de agua para limpiar las habitaciones, o seguir dependiendo de la escasa luz del candil, cada anochecer, aunque de momento y muy a su pesar, tendría que conformarse.

Aquella misma noche, mientras la acuarela de tonos celestes palidecía pintando su oscura túnica; Ramiro regresó del campo más contento que nunca. Lucía le miraba totalmente desconcertada por aquel gran entusiasmo que, de la noche a la mañana, se había despertado, repentinamente, en su marido.

—Ramiro. ¿Tú estás bien? ¿No habrás bebido?

—No, claro que no, Lucía. Es que están llegando ya muchos rumores a nuestros oídos, y creo que esta vez sí que apuntan bien.

Lucía se quedó estupefacta, sin saber a qué se refería.

—¿De qué rumores me hablas, Ramiro? A ver, explícate.

—Resulta que las anteriormente intocables cuestiones de propiedad de las tierras, parece ser que están intentando cambiarlas ahora, y el señor Torres está que trina con todo esto.

—¿Y cómo sabes tú eso?

—Es lo que va diciendo por ahí alguno de los jornaleros, que él ya no va a ser el dueño de todo. Yo solo sé que, últimamente, cuando viene y se pasea por las fincas, ya no lo hace con la cabeza tan alta.

Lucía miró incrédula a su marido.

—Entonces, me estás hablando del posible reparto de tierras... ese mismo por el que tantas veces hemos mantenido acaloradas charlas...

—Bueno, quizá con el tiempo pueda ser.

—No te hagas ilusiones, Ramiro, no es tan fácil, no te engañes.

Ramiro miró con picardía a Lucía.

—Yo te voy a contar una historia realmente imposible... Recuerdo a una muchacha a la que no se le ponía nada por delante, ella era de buena familia pero un día cometió la estupidez de enamorarse de un pobre campesino...

Lucía se recordó al instante a sí misma y le miró con un ligero brillo en los ojos, todavía tan enamorada como cuando se conocieron.

—¡Qué tonto eres!

—Lo que está claro es que nada es imposible.

Ramiro y Lucía se besaron con pasión, después se regalaron el uno al otro suaves caricias por todo el cuerpo desencadenando así un ardiente deseo, que les llevó aquella deliciosa noche, a amarse con una fogosidad imparable al igual que lo habían hecho hacía ya tantos años, cuando su explosivo e incalculable amor estaba por encima de todo y jamás se les ponía nadie por delante.

Al día siguiente, Lucía iba a casa de una de las refinadas señoras del pueblo, para llevarle un vestido de noche y una delicada mantelería que acababa de bordar. Solía entregarle los encargos al ama de llaves en el recibidor de la casa.

Aquel día, Genoveva le había acompañado, y, mientras ella le daba aquellas prendas finamente bordadas al ama de llaves, se despistó un momento y Genoveva se coló dentro de la casa. Cuando Lucía se dio cuenta fue corriendo tras su hija por los largos pasillos, encontrándola, por fin, en el lujoso salón. Justo al lado de la ventana había un piano de grandes dimensiones, más voluminoso, incluso, que el que ella había usado en su estricta infancia.

Genoveva lo miraba con total admiración, y cuando vio a su madre detrás, entusiasmada, le dijo:

—Madre, mire, un piano. Este es de verdad, no como el que usted imagina tocar en la mesa del comedor.

Lucía se quedó de piedra. No había vuelto a ver un piano desde que abandonó la casa de sus padres. Había soñado tantas veces con volver a tocar, que fue incapaz de poder resistirse. Había aprendido con creces a vivir sin lujos y sin sirvientes, a valerse por sí misma, cosa que agradecía, pero jamás había renunciado por completo a su añorado piano, nunca había podido desprenderse de las notas musicales que, todavía hoy, rondaban por su cabeza y rememoraba con nostalgia. La música siempre había sido su propio espacio, era su lugar, el sitio que nunca encontró en el mundo en el que había nacido, y que tanto le costaba hallar a veces en el que ahora vivía. El piano formaba parte de un universo único y especial que sentía suyo, aquel en el que ansiaba entrar de nuevo.

Lucía se acercó lentamente al taburete, se sentó con tranquilidad y sintió el tacto de las teclas bajo su piel. Comenzó a tocar una vez más, pero para Lucía aquello fue como un renacer a ella misma, algo que le hizo ver que aunque vuelvas a empezar de cero, hay cosas que nunca deberías haber dejado atrás.

Cuando terminó de tocar y el silencio volvió a adherirse a las paredes de aquel salón, se sobresaltó desconcertada al darse cuenta de que la señora de la casa también había estado allí escuchándola y, precipitadamente, se excusó como pudo.

—Perdone, es que mi hija se ha metido en la casa sin querer y al venir a

buscarla —hizo una breve pausa recordando las palabras de Ramiro de la noche anterior—, mire usted, sabe muy bien que yo tocaba el piano, y hace tantos años que no lo hacía que tenía que probarme a mí misma para ver si aún lo recordaba. Pero bueno, ya le he dejado el vestido y la mantelería, así que no la molesto más, ya nos vamos. Ven, Genoveva.

Antes de que salieran por la puerta, la señora se acercó a Lucía.

—Espera un momento. Estoy buscando una profesora de piano para mi hija y, sinceramente, creo que no encontraré a nadie que le pueda enseñar mejor que tú.

Lucía la miró atónita.

— ¿Lo dice usted en serio?

—Claro que sí. Puedes empezar mañana mismo si quieres.

—Está bien. Pero antes tendremos que acordar los horarios de las clases y lo que me va a pagar por ellas, ¿no cree?

—Por supuesto. Te pagaré bien. Ven pronto mañana y lo hablaremos antes.

Lucía se despidió saliendo después con Genoveva de la mano, y, mientras subían la cuesta hacia su casa, caminó esparciendo su remolino de pensamientos hacia aquel repentino y acelerado latir que, de nuevo, volvía a conquistarla. Había olvidado ya lo bien que se sentía cuando sus dedos proyectaban la música a sus oídos, le invadió un gran entusiasmo que esperaba que no volviera a marchitarse, sino que floreciera cada día, al igual que los campos de girasoles y amapolas que enraizaban, con intensa energía, las tierras vastas de Alsilos.

ALSILOS. OTOÑO DE 1932

El intermitente soplo de una suave brisa iba barriendo, poco a poco, las secas y agrietadas hojas de los árboles que llenaban las calles de Alsilos. Igualmente, el valle, a través de la línea marcada por las lejanas montañas, iba adquiriendo ya los colores predominantes de esa época del año, en la que una variada gama de ocres pintaba todo el paisaje; e incluso el repentino canto de la gran cantidad de aves que habitaban entre las ramas de aquellos árboles, tomaba presencia propia con una melodía que se iría también apaciguando, lentamente, conforme los días fueran adormeciendo su aguda voz.

Los rayos de sol de mediodía iluminaban, justo entonces, el verde brillo otoñal característico de la hiedra, que trepaba, veloz, agarrándose a los muros del patio de la posada. Sus hojas no cambiaban la tonalidad con el matizado paso de las estaciones, por eso llamaban la atención de diversas especies de pajarillos de pequeño tamaño, que todavía a finales de ese mes de octubre, se escondían entre ellas.

Nieves escuchaba, plácidamente, su armoniosa sinfonía; mientras, sacaba un cubo de agua del pozo para preparar el cocido de garbanzos que pondría, más tarde, como plato del día.

De repente, un descontrolado griterío de niños, que parecía proceder del exterior, hizo que los pajarillos que estaban posados en la hiedra, se asustaran y salieran volando en plena estampida. Nieves dejó el cubo en el suelo y fue a averiguar qué ocurría después de semejante escándalo que estaban formando.

Cuando salió fuera, vio a sus hijos y a Úrsula, la hija pequeña de Natividad, muy alterados, y, además, Úrsula lloraba a moco tendido. Al momento, también salió Nati de la vaquería.

—Pero ¿qué es todo este alboroto? —Nati se dio cuenta enseguida de los sollozos de su hija— Úrsula, cariño, ¿ha pasado algo en la escuela?

Como Úrsula no podía ni hablar, fue Félix, el tercero de los hijos de Nieves, quien se atrevió a hacerlo.

—Los niños y las niñas se han estado metiendo con Úrsula al salir de la escuela porque... no se sabía la lección y, además...

Nati enrojeció de ira y miró a Félix.

—¿Y, además, qué, Félix?

Félix se calló y fue entonces su hermana Felicidad quien lo contó todo.

—Le han dicho que olía mal, que siempre huele a vaca...

Natividad y Nieves consiguieron sonsacarles a los niños quiénes eran los autores de tal crueldad; mientras, Úrsula, con sus dos largas trenzas en el pelo cayéndole por ambos hombros, su vestido ya viejo y muy gastado de tanto uso, y sus libros atados con un cinturón de Marcelo, seguía ahí de pie sin poder frenar las lágrimas, que continuaban resbalando como un inocente torrente por sus mejillas enrojecidas.

Natividad, al igual que su hija, también lloró bastante ese día, derramando toda la rabia que tenía contenida, sin embargo, no estaba dispuesta a que volvieran a humillar así a su pequeña hijita. Úrsula tan solo tenía ocho años, pero Marcelo y ella querían darle una educación que ellos nunca tuvieron. Sus otras dos hijas no habían podido optar a tal privilegio, con Marcelo en la mina, tenían que ayudarla con las faenas de la vaquería. Era irónico, Natividad siempre había detestado aquel trabajo y, sobre todo, aquel olor que se impregnaba por todo el cuerpo, y, en cambio, ahí seguía cada día, al frente de todo aquello que les proporcionaba una parte indispensable del sustento familiar.

Rosa se había desprendido de todo ese odiado trabajo al casarse con Pedro, aunque Nati sabía de buena tinta que el horno de pan tampoco era el fuerte de su hermana, a ella siempre le había gustado coser y lo hacía, pero no se dedicaba a tiempo completo, como, sin duda alguna, hubiera querido. Nati deseaba que, al menos, una de sus hijas tuviera acceso a la cultura y pudiera traspasar el limitado cerco de los establos, navegando sin obstáculos entre el significado de las letras. De niñas, ella y Rosa no tuvieron jamás una oportunidad así, para aquel entonces, siempre era Nieves la que escribía sus cartas a través de la voz de ambas, y Nati no iba a permitir que Úrsula acabara igual tan solo por la humillación a la que había sido sometida. Úrsula no volvería a la vaquería como sus hermanas, ella estudiaría para tener un futuro con más opciones de las que habían podido tener sus padres.

Al día siguiente, cuando las madres de los niños y las niñas que habían hecho sentir dolida y extremadamente mal a Úrsula fueron a comprar leche a la vaquería, Nati se negó a vendérsela, e incluso amenazó a aquellas madres con volver a hacerlo si Úrsula fuera otra vez humillada, se mantuvo firme todo el tiempo y, ese atrevimiento suyo combinado con algo de tozudez, consiguió que Úrsula volviera de nuevo a ir a la escuela con absoluta tranquilidad.

El domingo, en el momento cumbre del refrescante atardecer, mientras Marcelo, Pedro, Ramiro y Bernardo tomaban un coñac a la vez que conversaban en una de las mesas del salón de la posada; en otra, se encontraban Rosa, Lucía y Nieves tomando una copita de anís y contándose también sus confidencias de

mujeres.

Rosa no paraba de hablar, aquel día un pozo inagotable de palabras salían sin pausa de su boca.

—Me han dicho las mujeres en la panadería, que esta mañana los bancos de la iglesia casi parecían un desierto. La familia Galván y una buena representación de la familia Torres eran las únicas que hacían un poco de bulto, y la mayoría de las señoras que había eran de las de mantilla y punta en blanco, ¿ya me entendéis? ¿No?

Nieves sonrió a Rosa.

—Como aprovechas que Nati hoy tenía faena y no ha venido. No creo que hablaras tan abiertamente delante de ella.

Rosa miró a Nieves con aire de orgullo.

—Es que mi hermana, aunque ya no frecuente tanto la iglesia como lo hacía yo también hace años, todavía tiene en la cabeza todas esas creencias que nos inculcó mi madre.

—Bueno, Rosa, tienes que comprender que la vida ha sido mucho más difícil para ella que para ti.

Lucía interrumpió a sus amigas.

—Rosa, quizá Nieves tenga razón. El respeto hacia los demás es precisamente la base de todas las libertades, ¿no?

Rosa bajó la cabeza.

—Sí, es verdad.

Nieves habló entonces intuyendo que su amiga Rosa tenía algo más que contarles esa tarde.

—Está bien, Rosa, en fin, suéltalo ya, que lo estás deseando.

—Resulta que se oye por ahí que el cura empieza a tener miedo con todo lo que está ocurriendo, y yo lo veo pasar por delante de la panadería como un corderito degollado. Por lo que se ve, aquellos sermones en los que ponía el grito en el cielo metiéndose con todo aquel que no siguiera su recta línea, parece que se han ido nublando en su memoria. Supongo que a ti no se te habrán olvidado, ¿verdad, Lucía?

Lucía soltó una risita y levantó su copa.

—Pues respetando que cada cual puede creer en lo que le venga en gana, a ese cura no le viene mal un poco de escarmiento por todo aquello, ¿no os parece?

Las tres brindaron con el maquillaje de la alegría pintando sus rostros, luego se tomaron el anís de un solo trago y, así, fueron pasando la tarde, hablando de diferentes temas y cuestiones, pero sobre todo de aquello que solo podían compartir en la intimidad que entre ellas reinaba, en ese mundo aparte

que les hacía sentir partícipes de sus propios retos.

Con la caída del velo cegador de la noche, mientras Nieves fregaba la vajilla en la pila y Bernardo la secaba para colocarla, más tarde, sobre los estantes de los armarios de la cocina, se confiaban, mutuamente, algunas partes de las conversaciones mantenidas con sus respectivos amigos.

Ambos estaban muy ilusionados por las vueltas que comenzaba a dar el mundo que conocían, era un movimiento lento todavía para ellos, pero que daba un giro muy drástico hacia otra parte de la sociedad, aunque algunas veces el entusiasmo no les dejara ver el otro lado de las cosas, a menudo, lleno de múltiples aristas. Pero para todo eso estaba Gervasio, les había escuchado hablar desde el salón, a esas horas ya vacío, y tenía pendiente una conversación con sus hijos.

Gervasio se acercó sigiloso.

—Es admirable todo eso de lo que habláis. Pero a veces os olvidáis que hay que seguir teniendo cautela y no lanzar ya las campanas al vuelo.

Nieves le miró atónita.

—Pero, padre, ¿se puede saber qué mosca le ha picado?

—Hija, soy ya casi un anciano y he vivido mucho, y, por desgracia, nada dura eternamente, Nieves.

Bernardo interrumpió a su suegro frunciendo el ceño.

—A ver, Gervasio, explíquese mejor porque yo no le comprendo.

Gervasio les miró fijamente a los dos.

—Entiendo vuestro entusiasmo, pero yo ya viví un momento parecido cuando era niño y, al final, fracasó, duró muy poco, por eso hay que seguir siempre alerta.

Nieves le contestó airosa.

—Padre, eso fue hace ya mucho tiempo y ahora todo es distinto. Pero si usted ha deseado siempre volar como un pájaro más que nadie, no entiendo por qué nos viene ahora con ese pesimismo.

—Será que me voy haciendo viejo y me vuelvo un cascarrabias.

Nieves le lanzó una gran sonrisa.

—Pero, qué dice, ¡si está usted hecho todo un chaval todavía! ¡Cómo para bailar la jota!

Gervasio miró dulcemente a sus hijos.

—No, hace mucho que peino canas y creo que ya no estoy para bailes. Me iré a dormir a ver si así arreglo estas ideas mías con la almohada.

—Que descanse, padre.

Gervasio se fue a dormir ensimismado en sus cavilaciones, que se llevó junto a sus sueños nocturnos, y Bernardo y Nieves se quedaron un rato más

charlando en el salón.

Bernardo, con mucha ternura, cogió las manos de Nieves.

—No te preocupes, tu padre tiene todavía miedo de que todo se tuerza, pero no siempre tiene por qué suceder lo mismo.

—Lo sé, Bernardo. Además, lo que verdaderamente siempre importa, somos nosotros y toda nuestra familia. Yo soy muy feliz en este momento, contigo y con nuestros hijos, que hasta espero que Felicidad pueda tener las mismas oportunidades en el futuro que sus hermanos, algo absolutamente impensable cuando yo era niña, que si no hubiera sido por mi padre, jamás me habría convertido en la mujer que soy ahora —Nieves hizo una pausa para acariciar la mejilla de Bernardo y mirar los profundos ojos negros de él, que siempre se lo decían todo—, y tú, Bernardo, tú has sido mi hombre desde antes incluso de cumplir los diecinueve años, cuando me besaste por primera vez en la verbena, porque a pesar de las circunstancias que nos ha tocado vivir a nuestro alrededor, tú me has hecho muy feliz a cada instante. Y si el aguafiestas de mi padre tuviera una remota razón que al final justificara sus pensamientos, cosa que dudo, yo seguiría necesitándote a mi lado, pasase lo que pasase.

Bernardo se quedó con la boca abierta.

—Tú también me has hecho, siempre, inmensamente feliz, aun con los complicados acontecimientos que hemos tenido que presenciar cada día.

Nieves se levantó de la silla con un impulso febril, se acercó a Bernardo y le besó con fervor. Después, salieron al patio cogidos fuertemente de la mano y se quedaron apoyados junto al pozo, abrazados con anhelo en el frescor de la noche, y observando la infinidad de brillantes puntos de luz esparcidos por todo el firmamento, e iluminados, asimismo, por la silueta de su propia luna llena, que todas las noches, sin excepción, volvía a colmar sus vidas, dispersándose en lo más hondo de sus corazones.

ALSILOS. TRECE MESES DESPUÉS

Lucía observaba, vagamente, la desnudez de los árboles que todavía podía divisar en la lejanía del horizonte. Miraba soñadora aquella estampa, lo hacía a través de las altas ventanas del salón de la casa donde, dos días a la semana, daba sus clases de piano. Había visto, desde ese mismo lugar y con la mirada puesta tras los nítidos cristales, cómo la viva y colorida imagen de la primavera iba tornándose en un amplio cinturón verde, para ir decayendo lentamente después, en un suave tostado impregnado con el aroma de la lluvia, volviendo, una vez más, al punto de partida y final al mismo tiempo, en ese interminable ciclo que, incansablemente, movía y retornaba la vida del paisaje, en el cual Lucía se perdía.

En cambio, para ella, al contrario que para esos árboles que contemplaba desprendiéndose de su abrigo, el último invierno había arropado, notablemente, su propio ser interior. Beethoven o Mozart sonaban, constantemente, en aquel majestuoso salón que se había convertido en un gran refugio para ella misma, era el único sitio donde podía aislarse incluso de aquello que le hacía sentir desdichada.

Hacía poco más de año y medio que Lucía daba clases de música clásica allí a la señorita de la casa, pero ella jamás se había conformado con pequeñeces y tampoco este era el caso. Accedió a enseñar a tocar el piano a la hija de su señora, siempre y cuando también pudiera impartirle esas mismas lecciones a Genoveva, su propia hija. La señora dio su consentimiento al final a regañadientes, y Lucía no se pudo sentir mejor cuando comprobó lo que ya se imaginaba y, de alguna manera, intuía, que su hija, al igual que ella, poseía algo especial que le hacía percibir las sensaciones a través de la música, de una forma que no podía sentir cualquiera.

Ramiro estaba cada día más insoportable, últimamente su único pensamiento era conseguir un trozo de tierra propio y ver, junto con sus compañeros, cómo el señor Torres agachaba la cabeza más y más, hasta que llegara a hundirla algún día en un profundo pozo. Lucía pensaba ahora en Ramiro mientras el atardecer comenzaba a penetrar en el amplio salón de la casa; y escuchaba con deleite los suaves sonidos musicales de Genoveva, que se dispersaban resonando en cada rincón y siempre lograban calmar sus angustias.

El sol agotado de última hora de la tarde, ahora entre tenues reflejos, ya se marchaba, al igual que Ramiro había comenzado, poco a poco y sin darse siquiera cuenta, a alejarse de ella.

Lucía también deseaba conseguir su propia parcela de tierra, ella más que nadie había luchado con uñas y dientes para poder tener una vida sin diferencias, junto al hombre al que amaba. Sin embargo, los cambios eran lentos e insuficientes para mucha gente que todavía seguía viviendo en condiciones pésimas e insalubres, con una gran carencia alimenticia y, también, con un elevado contagio de innumerables enfermedades, graves la mayoría de las veces y propagadas, en muchos casos, por la falta de higiene. Lucía entendía la lucha de Ramiro y, por supuesto, estaba de su parte, pero aquello no significaba tener que distanciarse de ella, que había tenido que buscar en el piano su mejor aliado para no venirse abajo.

El ocaso se les echaba encima, apagando ya la débil llama que había caldeado el día, cuando Genoveva y Lucía subían la cuesta hasta su casa. Los ojos castaños de Lucía brillaban casi tanto como el ámbar y a punto estaban de estallar en lágrimas, pero iba a evitar que salieran porque ya había derrochado bastantes en otro tiempo, en aquel que estaba dispuesta esa misma noche a recuperar del letargo en el que, últimamente, se había sumido.

Después de cenar, cuando Ramiro y Lucía se quedaron solos y él ya se disponía a irse a dormir sin siquiera darle un beso de buenas noches, Lucía alargó su brazo cogiendo el suyo y, de inmediato, le hizo sentarse de nuevo en la vieja silla carcomida.

—¿A dónde crees que vas?

Ramiro le miró atónito.

—A dormir. ¿A dónde voy a ir?

Lucía le miró con ira.

—Mira, Ramiro, no me voy a andar con rodeos. Hoy no, ya no.

Ramiro le miró estupefacto.

—No entiendo nada, Lucía, ¿a qué viene todo esto?

—Pues viene a que te has olvidado de tu mujer y tu hija. Te has apartado de mí, ya solo te importa tu maldita tierra...

Ramiro se quedó callado un instante y luego respondió con la mayor calma posible a su esposa.

—Yo creía que a ti también te importaba mi maldita tierra, como tú dices.

Lucía se levantó de un salto de la silla y apoyó sus manos sobre la mesa, mirándole, a continuación, de frente.

—Claro que me importa, Ramiro. Yo deseo tener nuestra propia tierra mucho más que todas las mujeres de los demás campesinos —Lucía ya no pudo

reprimir las lágrimas mientras seguía gritando a Ramiro—, pero antes que todo estamos nosotras, ¿o es que ya te has olvidado?

Lucía se fue corriendo a la habitación llorando desconsoladamente como la crecida de un río desbordado, y echó la cortina tras de sí para no dejar entrar esa noche a Ramiro en su estancia, en esos momentos, necesitaba la soledad para poder desahogarse.

Durante varias noches ocurrió lo mismo hasta que, una en concreto, Lucía no pudo siquiera conciliar el sueño porque no dejaba de oír los sollozos de su marido, sus lamentos se escuchaban desde el comedor donde él se encontraba. Lucía acabó compadeciéndose de Ramiro, fue a su lado con intención de reconciliarse y le abrazó por la espalda.

Ramiro se volvió hacia ella.

—Lo siento, me he comportado como un completo desconocido para ti este último año, ¿verdad?

—Sí, así es, no te lo voy a negar, el caso es que, aun con todo, te sigo queriendo.

Ramiro la miró con ternura, todavía las lágrimas resbalaban por sus curtidas mejillas.

—Yo también te quiero, Lucía. Y nunca he dejado de hacerlo, aunque, seguramente, te lo haya parecido.

Lucía y Ramiro se abrazaron con anhelo, el rumbo de sus vidas volvía a ser el amor que sentían el uno por el otro y que el mapa interior de sus recuerdos, les indicaba de nuevo, se prometieron también que nunca nada, ni siquiera un mísero pedazo de tierra, se interpondría entre sus corazones, que debían seguir unidos fundiéndose a cada minuto transcurrido, incluso, en las circunstancias más adversas.

Unos días más tarde, Nieves colocaba la novela que se estaba leyendo en ese mismo momento, "*Persuasión*", de Jane Austen, sobre una de las repisas del salón junto al resto de libros; para justo después, al llegar las últimas luces de sol del día, subir a las habitaciones y dar las buenas noches a sus hijos. Cuando se disponía a entrar en la habitación de Felicidad, se quedó un instante en la puerta escuchando, a la vez que una gran sonrisa emergía de sus labios al oír cómo su padre le contaba uno de sus singulares cuentos a la niña.

Dentro de la habitación, solo se oía a Gervasio vociferar y, entre tanto, Felicidad le escuchaba totalmente admirada.

—Y... de repente, la abuelita asustó al lobo, que se fue con el rabo entre las piernas mientras caperucita y su abuelita merendaban y... colorín colorado...

Felicidad sonrió.

—Este cuento se ha acabado. Pero, abuelo, el cuento no es así, te lo has

inventado, ¿no?

—Bueno, Felicidad, ¿a ti cuál te gusta más? El del libro o el del abuelo Gervasio...

—El tuyo, abuelo, el tuyo.

—Entonces, no se hable más, y ahora, a dormir que ya es muy tarde.

Gervasio le dio un tierno beso en la frente a su nieta pequeña, y salió de la habitación dándose de bruces con Nieves.

—Vaya, vaya, así que ahora eres tú la que escucha por detrás de las puertas...

—Ay, padre, no diga eso. Es que me gusta mucho esa manera que tiene usted de transmitirle los cuentos a su nieta.

Gervasio miró a Nieves con nostalgia.

—Solo espero que me recuerden cuando ya no esté aquí.

Nieves frunció el ceño.

—Sabe que no me gusta oírle hablar así, a usted le queda cuerda todavía para mucho rato, no sé por qué, últimamente, siempre tenemos esta conversación, padre.

Gervasio puso su mano en el hombro de su hija.

—Pues porque nunca se sabe, Nieves, y los años no perdonan. Mira, hija, yo solamente quiero que os vayáis haciendo a la idea de que un día no muy lejano, tendré que faltar, es ley de vida.

—Entonces, hasta que eso ocurra, no voy a estar pensándolo y torturándome como hace usted ahora, así que deje ya de hablarme del tema, que quiero dormir tranquila, padre.

Aquella noche, Nieves durmió tranquila, no le dio demasiada importancia a la conversación mantenida con Gervasio, porque, sinceramente, creía que no la tenía, y se quedó pensando en el día siguiente, para ella iba a ser un día único. Por primera vez en la historia, las palabras de las mujeres condicionarían, también, las emergentes reformas de una sociedad española todavía oprimida en diversos y numerosos aspectos.

Sus ojos, llenos de claridad, comenzaban a vislumbrar las claves para conseguir erradicar un germen social descaradamente injusto y plagado de prejuicios. Aquello era para ella el principio, el comienzo de una igualdad que empezaba a imponerse ya, dibujándose finamente entre brumas. Era una ruptura en toda regla contra la obligada ignorancia de las mujeres; el dejar, por fin, de sentirse como un cero a la izquierda; el final de la esclavitud no siendo nunca más sometidas y manipuladas como muñecas; y, ante todo, la importancia de dar a conocer la sabiduría femenina, tan esencial para la vida y despreciada durante tantos siglos de sombras. Pero sobre todo y lo más significativo en lo que Nieves

no paraba de pensar, era en la conquista irremplazable hacia el respeto y la capacidad de la mujer, que después de un ilimitado tiempo de abandono, empezaba a considerarse como la de cualquier hombre.

Nieves se durmió aquella noche con esos estimulantes pensamientos rondando en el subconsciente de los sueños; mientras, Gervasio no podía cerrar los ojos porque algo imperceptible le decía que estaba a punto de cegarlos, apagando su mirada ya para siempre. Todos creían que eran cosas de viejo, pero él sabía que la fatiga que, más de un día, sentía al respirar, no era algo propio de su edad.

A la mañana siguiente, mientras un pálido sol penetraba por las ventanas, Rosa estaba rematando la costura de un vestido a la vez que pensaba en Julián. Debería pensar más en su marido, le amaba como nunca había amado antes, pero, a veces, recordaba a Julián, y jamás había podido sacarse aquella culpa que continuaba oprimiendo su pecho. Después de la muerte de Julián, los mineros se revolucionaron, y sabía por Marcelo que habían obtenido mejoras en cuanto a la duración de la jornada y el jornal percibido, pero la seguridad en la mina todavía carecía de incuestionables y necesarios cambios y, aunque después de Julián no se habían vuelto a repetir accidentes, los mineros seguían sin poder estar tranquilos, sabiendo que aún faltaban muchas cosas por adecuar en su lugar de trabajo.

Rosa se acordaba de Julián mientras cosía muchas más veces de las que hubiera querido, pero era inevitable preguntarse qué hubiera sucedido si ella en vez de elegir a Pedro lo hubiese elegido a él. Rosa y Pedro no tenían hijos, quizás les faltara esa fertilidad contagiosa que sí germinaba en los largos y extensos campos de trigo, pero a Rosa no le importaba, porque lo que necesitaba ella para sentirse viva ya se lo daba Pedro, su amor era lo único que ella sentía imprescindible en su interior, además, le hacía olvidar cada día sus malos recuerdos.

Rosa empezó a plegar el vestido que acababa de coser hasta que, al momento, unos golpecitos en la puerta la sacaron de su ensimismamiento. Abrió de inmediato y vio a su hermana, a Nieves y a Lucía, mirándola las tres con un resplandeciente rostro, casi triunfante, que incluso fueron capaces de transmitirle también a ella, muy a pesar de sus últimos pensamientos.

Había llegado el día en el que se sentían como velas pioneras de un nuevo barco, dando con su voto una voz que atravesaría los canales del tiempo, hablándole a un público que las había tenido acalladas y aletargadas, indefinidamente, tras los cristales opacos de sus hogares.

Habían decidido ir juntas las cuatro a depositar sus sueños y esperanzas, a un mundo que parecía comenzar a dejar entrever sus ideas, aunque todavía entre

inmensas cortinas oscuras.

Después del gran acontecimiento del día, cada una de ellas volvió a sus tareas habituales, y Nieves regresó a su acostumbrada rutina diaria. Sin embargo, cuando bajaba la cuesta camino de la posada, se quedó absorta mirando a su alrededor. Todo aquello que la rodeaba había adquirido un aire muy diferente ese día, todo lo veía de distinto color porque las cosas habían dejado de ser como antes. Ella sabía muy bien que la mayoría de mujeres del pueblo, seguían obedeciendo sin alzar su voz, viéndose encasilladas, día y noche, tras el umbral de sus casas, porque continuaban resignándose a que otros hablaran en su nombre, pero Nieves nunca callaría lo que pensaba porque así era como se encontraba, cada instantáneo momento, a sí misma, al igual que el viento de la tarde debía dejarse oír a través de sus susurros que, aunque al principio parecieran surgir como sordos sonidos entre el bosque, tarde o temprano se hacían audibles, moviéndose en las ramas de los árboles o penetrando, sin demora, por las rendijas de las puertas.

ALSILOS. NOVIEMBRE-DICIEMBRE DE 1933

A la mañana siguiente, cuando el anaranjado globo solar permanecía aún abriéndose paso entre las montañas, e iba barriendo, con infinita claridad, cada escondida rama de los árboles de su valle; Nieves se vestía.

Primero se puso la falda y luego se abotonó la camisa mientras miraba de reojo a Bernardo, que todavía estaba echado en la cama. Nieves se acercó a él para despertarle con una voz suave.

—Cariño...

Como vio que no le hacía ni caso, alzó un poco más el tono de voz.

—¡Cariño!

Bernardo despertó entonces dando un fuerte sobresalto.

—¿Qué pasa, Nieves?

—Bernardo, ¿pero tú has visto la hora que es?

Bernardo miró, fugazmente, su reloj plateado situado justo en el borde de la mesilla, y cuya cadenita colgaba y oscilaba de un lado a otro.

—Aún es pronto, déjame dormir un poco más.

Nieves frunció el ceño.

—Ni hablar, hoy tenemos mucho trabajo y necesito que vayas a por agua al pozo, que la posada está llena, ¿o ya no te acuerdas?

—Sí, claro que me acuerdo, los nuevos huéspedes de ayer por la noche. Pero por cinco minutitos más no pasa nada.

Nieves se sentó en la cama y le destapó las sábanas a su marido.

—De eso nada, Bernardo, ahora mismo te estás vistiendo. Perezoso, que eres un perezoso.

Bernardo la miró con picardía.

—¿Ah sí? Pues tú siempre estás mandando... Bernardo, haz esto, haz aquello, ahora tráeme agua del pozo...

Nieves clavó su mirada en la de Bernardo.

—Si no pusiera yo orden en esta posada... Buenos íbamos a ir todos.

Bernardo dedicó una sonrisa burlona a Nieves.

—No te enfades, cariño, si me das un beso, ya me levanto.

Nieves y Bernardo se besaron con calidez durante unos segundos, y después, mientras Bernardo ya se arreglaba, Nieves cepillaba sus ondulantes

mechones castaños ante el espejo del aguamanil. Sus ojos azules brillaban con intensidad aquella mañana, casi tanta como el reflejo de los primeros rayos de sol que añadían, en cierto modo, un atisbo luminoso a su silueta al mirarse de frente cuando se peinaba.

Todavía sentía el entusiasmo del día anterior y, por ese mismo motivo, no podía parar de pensar en sus hijos. Ellos estaban recibiendo una educación distinta a la de sus padres, y Nieves esperaba que aquello les llevara a crecer y formarse en una sociedad que, realmente, fuera más transigente y menos intolerante que la que Bernardo y ella habían conocido, y era por eso, precisamente, por lo que el espejo de su aguamanil le devolvía una imagen de satisfacción.

Un rato después, Nieves ya había preparado los desayunos que servían, sin demora, Gervasio y Bernardo, y así ella, mientras tanto, se ocuparía de arreglar las camas y adecentar las habitaciones.

Eran buenos tiempos para la posada, ahora casi siempre estaba completa. Nieves sabía que algo de aquello se debía al haber habilitado parte de las cuadras como cochera, pero también a su idea de ampliar el número de habitaciones aprovechando el hueco de la escalera. Al principio, la propuesta no les gustó demasiado a Gervasio y a Bernardo, sin embargo, ahora no les quedaba otra que darle la razón a ella, porque día sí y día también, la posada estaba a rebosar.

Cuando Nieves terminó con las habitaciones, dejó todo lo demás a cargo de su padre y su marido, y se fue a la vaquería a por más leche para el café de la tarde, aún tendría un buen rato hasta que sus hijos volvieran de la escuela.

Nieves entró en la vaquería, pero como no vio a Nati, se quedó allí mismo esperándola.

Natividad llegó enseguida procedente de una de las habitaciones de la casa.

—¡Nieves! No te había oído entrar, no tendrás prisa.

—No, tranquila, Bernardo y mi padre se las apañan muy bien solitos. Te veo un poco sofocada. ¿Te ocurre algo?

Natividad miró a su amiga con ojos tristes.

—Es Paloma, está otra vez acatarrada.

—Bueno, supongo que será normal con el tiempo que hace.

—Sí, sé que me preocupo demasiado, pero tú sabes que Paloma es una niña muy frágil y, por eso, cualquier cosa que le ocurre me pone a mí en total alerta.

Nieves pasó su mano, con suavidad, por la mejilla de su amiga.

—Ya verás como en unos días está otra vez como una rosa. Como otras veces, Nati, como otras veces.

Natividad sonrió tímidamente a Nieves.

—Eso espero, Nieves, y eso deseo también.

Se quedaron las dos un buen rato hablando, pero al lado de la cama de Paloma por si se encontraba peor, las secuelas de aquellas fiebres que había padecido de pequeña, todavía hoy, coleaban en ella.

Mientras tanto, Gervasio servía, con evidente torpeza ese día, un chato de vino tras otro a los huéspedes como un aperitivo antes de la comida. Bernardo le observaba desde la puerta del salón cuando, inesperadamente, vio que se le tambaleaba la bandeja llena de copas de anís y chatos de vino. De repente, la bandeja se desplomó, y un ruido estremecedor de cristales rotos hizo eco por la posada entera. Bernardo se acercó a Gervasio todo lo deprisa que fue capaz, también Gervasio se había desvanecido y había caído al suelo igual que los vasos de vino, que habían formado un charco en él imitando el color de la sangre.

Bernardo incorporó a Gervasio y lo sentó en una silla con la ayuda de los huéspedes.

—Gervasio, ¿me oye? ¡Gervasio!

Bernardo le dio unas palmadas en ambas mejillas y consiguió que Gervasio volviera en sí, pero la palidez que su piel dejaba traslucir, le hizo volverse de inmediato.

—¡Que alguien vaya a buscar al médico! ¡Rápido, por favor!

Un hombre de los allí presentes se fue con celeridad a buscar al doctor, y Bernardo se quedó mirando a Gervasio muerto de miedo, sin saber siquiera qué hacer.

—Gervasio, no se preocupe, enseguida vendrá el doctor y le dará algo que consiga aliviarle.

Gervasio respondió a Bernardo con tan solo un hilo de voz.

—No, hijo, ya no hay medicina que me pueda curar. Yo sé que es mi final —hizo una pausa para recobrar la respiración—. Tú has sido como el hijo que nunca tuve...

Bernardo le interrumpió con las lágrimas colgando de los ojos a punto ya de saltar.

—No diga esas cosas, a usted le queda mucho tiempo todavía.

Gervasio tosió fuertemente y, casi sin aliento, terminó de decirle las palabras que había ido incubando durante mucho tiempo dentro de sí.

—Hijo mío, hace ya mucho que siento esta fatiga, solamente quiero que me prometas que cuidarás siempre de Nieves, ella ha sido toda la vida muy fuerte, pero ahora te va a necesitar más que nunca, ¿cuidarás de ella, verdad?

—Sí, sí, claro. Por supuesto que lo haré pero...

Gervasio empezó a toser gravemente, no podía parar de hacerlo, y Bernardo estaba paralizado, comenzó a incorporarlo todo lo que pudo pero unos segundos

después, la tos fue ahuyentándose hasta hacerse casi inapreciable, fue justo entonces cuando desapareció de súbito, y los ojos de Gervasio quedaron fijos e inmóviles como Bernardo jamás los había visto. Bernardo rompió a llorar sin consuelo alguno, el médico llegó tan solo unos minutos más tarde, parecía ser que Gervasio ya había padecido varios achaques antes del fatal infarto que, sin poder remediarlo, se llevó su corazón para siempre. Bernardo no podía dejar de llorar, sus ojos negros eran ahora arroyos hacia el cauce de un río. Gervasio había sido un padre para él, el suyo propio, prácticamente, ni lo recordaba, y para su tío, el panadero, más bien había sido una carga en vez de otro hijo. Sin embargo, Gervasio ya le contaba historias cuando todavía jugaba con el tirachinas, y después, lo había acogido como a un hijo en su propia casa, dándole todo ese amor que ahora le era arrancado de cuajo miserablemente.

Nieves salió de la vaquería todavía pensando en la niña de Nati, pero, sin embargo, cuando entró en la posada y se dirigió al salón, un tremendo escalofrío recorrió cada diminuta parte de su cuerpo, colapsando, en apenas unos segundos, sus acelerados pensamientos. Había una silla en medio con una sábana por encima que la cubría por completo y, también, pudo ver manchas de vino esparciéndose en el suelo. Nieves sintió una punzada de dolor intenso cuando vio a Bernardo arrodillado junto a la silla. Echó una rápida ojeada a su alrededor y se dio cuenta de que su padre no estaba allí. En ese momento lo supo, su marido estaba llorando, ¿por qué iba a hacerlo? Pensó. Nunca había visto llorar a su esposo, con lo cual, algo muy grave tenía que haber sucedido durante su ausencia para que Bernardo estuviera en aquel lamentable estado.

Nieves fue corriendo hasta Bernardo, la gente intentó impedirselo, pero ella llegó, finalmente, hasta donde se encontraba su marido. Con un mal palpito, destapó ella misma la sábana y lo vio, Gervasio yacía inerte sobre aquella vieja silla.

Nieves salió rápidamente de allí y se dirigió al patio de atrás. Agarró fuertemente con sus manos las piedras que cimentaban la pared del pozo y, salpicadas de pena y rabia, sus lágrimas comenzaron a brotar igual que las ramas caídas de un sauce rozando las profundidades, más sombrías, de un inmenso lago. De repente, la oscuridad la llenaba tanto como el agua en la que se reflejaba invadía, también, el fondo del pozo. Sintió que algo extremadamente intenso se rompía en su interior, un trocito de sí desaparecía dejándola vacía, y sin poder ni querer creer que ya nunca se recompondría.

Al día siguiente, el entierro fue multitudinario, aun con la lluvia que lo embarraba todo, no solo la gente de Alsilos había acudido sino también de muchos pueblos de alrededor. La posada siempre había dado fama a la familia Hernández, y Gervasio había brillado en todo momento como una estrella entre

su gente. Era un hombre muy estimado y respetado en todo Alsilos, y todos aquellos que de verdad le habían querido, nunca habían dudado de su sinceridad, Gervasio siempre había dicho lo que pensaba y jamás había ocultado nada que debiera saberse, y, precisamente eso, le había llevado a tener el merecido aprecio de muchas gentes de la provincia, que se habían desplazado desde muchos puntos para mostrar un cariño y un afecto que, desde luego, nunca caería en el olvido.

Poco más de un mes después, Nieves observaba, a través del cristal de la ventana de su habitación y con inmensa tristeza, cómo el cielo se velaba ya tras el tupido lienzo del atardecer. Era Nochebuena, y después de preparar la cena, había subido a arreglarse un poco frente al espejo del aguamanil. El ocaso del día llegaría de un momento a otro, y con él, el recuerdo imborrable de su padre que solía regresar con los trazos que remarcaban las largas horas nocturnas.

Había vagado como un alma en pena y con la mirada perdida todo ese mes, no soportaba la idea de que ya no estuviera a su lado, diciéndole una cosa o regañándole por otra. Le veía sirviendo copas o chatos de vino, limpiando las cuadras, jugando con Faustino, Gervasio y Félix alrededor del pozo, o contándole sus ingeniosos cuentos a Felicidad. Todos sus nietos lo echaban mucho de menos, pero eran niños y, aunque nunca le olvidarían, otras cosas de la vida harían que sus mentes fueran expandiéndose y crecieran como personas. Sin embargo, para Nieves había sido como una catástrofe, Gervasio le había enseñado a amar la libertad y, sobre todo, a las personas, y todavía no era capaz de encajar su muerte, era demasiado pronto.

Ella era plenamente consciente de que su padre había demostrado ser una persona fuera de lo común, sin duda, un hombre admirable, para ella siempre había sido especial. El padre de Nati y Rosa hacía ya unos años que les había dejado, pero ellas siguieron con sus vidas, tan solo unos días después, como si nada, porque su padre jamás les había dirigido una sola mirada afectuosa o comprensiva. Y aún peor era lo de Lucía, que para la opinión de Nieves, directamente, la había abandonado siempre. Sin embargo, Gervasio sí había sido un padre para ella, y era por eso por lo que Nieves no dejaba de sentir dolor, una parte de su corazón se había perdido en la nada, y tendría que aprender a vivir así, por mucho que le costara.

Bernardo entró en la habitación y la sacó de sus pensamientos.

—Cariño, ¿pero qué haces ahí mirando embobada por la ventana?

—Nada, nada, enseguida voy.

Bernardo se acercó a su esposa y la rodeó con los brazos.

—Yo también me acuerdo mucho de él, Nieves. Pero estoy seguro de que se enfadaría bastante si pudiera verte así.

Nieves seguía mirando el ocaso que encerraba la tarde.

—Así, ¿cómo?

—Pues con esa carita de lástima que llevas todo el día. Hoy deberías sonreír un poco, hazlo por mí y por nuestros hijos, que nos duele demasiado que estés así de decaída, aunque solo sea por eso.

Nieves se volvió e intentó, luchando contra su melancolía, esbozar una pequeña sonrisa y alegrar un poquito el rostro.

—Está bien, lo haré por vosotros.

Bernardo cogió, con mucha ternura, la mano de Nieves y, rápidamente, uno al lado del otro, se dispusieron a bajar por las escaleras. Ella conocía a la perfección el gran esfuerzo que, sin descanso, realizaba su marido para intentar contentarla cada día que pasaba y cada minuto que estaban juntos. Al fin y al cabo, también debería poner algo de su parte, porque siempre después del invierno que congelaba la propia sangre, las flores volvían a abrirse y diversificarse con el suave ardor de la primavera, y la naturaleza y el renacer de la vida volvían a unirse de nuevo, marcando el ritmo del reloj biológico, y forjando el alba, continuamente, dentro de cada latido.

ALSILOS. MARZO DE 1936

La intensa lluvia reunía cúmulos grises de tamaño considerable, representados en el cuadro invernal que propiciaba aquella melancólica tarde; y resbalaba sin cesar por los cristales de las ventanas de la posada. Nieves se encontraba guardando los platos en los armarios de la cocina; mientras, observaba cómo las gotas de agua se iban deslizando, formando así una enorme catarata en un horizonte, apenas visible. Recordaba mucho a Gervasio, aun a pesar de todo el tiempo transcurrido, no olvidaba sus sabias palabras, sobre todo en aquellos días que la tensión iba en aumento entre la gente del pueblo.

Se habían vuelto a derrumbar unas galerías en la mina, y Marcelo junto al resto de mineros habían paralizado, una vez más, los trenes que, cada día, transportaban hasta el almacén, el preciado mineral de azufre. Su patrón, el señor Galván, se había encerrado a cal y canto en su gran casa, que más que una casa era, realmente, una espléndida mansión, protegiéndose, asimismo, entre sus sólidos muros; y, por supuesto, no había vuelto a salir desde el mismo momento en el que la desgraciada noticia llegó a sus oídos. Ahora el señor Torres y el señor Galván estaban continuamente en boca de todos, las disputas de los campesinos y los mineros con sus patronos eran, ya casi, el pan de cada día. A veces, Nieves se cansaba de oír protestar a Lucía y, sobre todo, a Ramiro, por aquellas tierras que no llegaban y, en ese preciso momento, el derrumbe que se había producido en la mina, era la gota que estaba colmando el vaso.

Por todo aquello, las palabras de Gervasio volvían a Nieves en una precipitada cascada aquella tarde, su padre le había advertido bien diciéndole que la cautela, a veces, también era muy necesaria y, aunque en aquel momento ella no comprendió las razones de Gervasio, ahora lo veía todo con más claridad. Pensaba, constantemente, que las cosas no estaban siendo tan fáciles como habían imaginado en otro tiempo. Una vez más, su padre volvía a darle una lección de sabiduría, aunque ya no se encontrara junto a ellos. Le había costado muchísimo aceptar que se había marchado, inevitablemente, para siempre. Ahora, solamente a la placidez conciliadora de sus dulces sueños, regresaba a veces, pero la vida real seguía su imparable curso, y jamás se habría perdonado estar ausente en el aprendizaje de sus hijos, que se iban haciendo cada vez más mayores.

Nieves sonrió al ver pasar, por delante de su ventana, a Natividad con un barreño de leche y, presurosa, se fue al patio de atrás para recibir a su amiga.

—Buenas tardes, Nati, trae el barreño que lo apoyo aquí en el pozo un segundo.

Nieves dejó el barreño sobre el pozo tapado, pero al resguardo de un pequeño saliente que les cubría también a ellas, evitando así que pudieran mojarse.

—¿Tendrás suficiente con este? Como no me has dicho cuánta leche querías...

Nieves asintió con la cabeza como gesto de aprobación.

—Sí, con esta leche me bastará hasta mañana. Bueno, ¿qué sabes de Marcelo?

Nati suspiró.

—No mucho más que tú, Nieves. Siguen en la mina parados. Se ve que Marcelo ya se encarga de que no entre nadie en las galerías. ¡Menudo es él! Tú ya lo conoces.

—Sí, Nati, pero no es para menos. ¿Ha habido bastantes heridos esta vez? ¿No?

Natividad miró hacia el cielo, que aunque todavía cargado de nubes negras, habían empezado a disiparse y, tan apenas, caían ahora cuatro gotas contadas.

—Sí, la verdad es que hay que lamentar unos cuantos, pero la mayoría sin demasiada gravedad, y menos mal. Sin embargo, ha habido un muchacho, hijo de un minero, que solo llevaba dos días trabajando en la mina, y en el derrumbe ha tenido tan mala suerte, que una viga ha ido a caerle encima de la pierna. Al final, todo ha salido bien y le han salvado la pierna al zagal, pero te puedes imaginar cómo estaba la madre cuando lo vio, estaba destrozada, Nieves.

Nieves le miró con impotencia y tristeza.

—Tiene que ser horrible, ver en ese estado a tu hijo...

—Una madre no debería tener que soportar ese tipo de dolor, es tremendo.

—No, por supuesto que no.

—Por eso deberíamos hacer algo...

— Pero ¿el qué?

—No lo sé, Nieves, pensaba que a ti seguro que se te ocurriría alguna cosa.

Nieves se quedó un instante pensativa.

—Creo que algo sí podemos hacer, al menos nos dejaremos oír.

Nati miró extrañada a su amiga y vecina, sin poder sospechar qué estaba tramando.

—No me tengas intrigada, Nieves, y cuéntame eso que se te está pasando por la cabeza.

—¿Puedes dejar un rato a tus hijas al cargo de la vaquería?

—Sí, un rato sí.

Pascuala, la hija mediana de Nati, le ayudaba todo el año, pero ahora también Paloma le echaba una mano, ya que su frágil salud no se lo permitía durante los meses más duros del invierno.

—Bien, entonces, nos vamos a hablar con el señor Galván.

Nati miró a Nieves sorprendida, pero decidida a seguir sus consejos, y las dos juntas se fueron de la posada junto con otras mujeres del pueblo que, poco a poco, se unieron a ellas por el camino, para decirle sin tapujos y a las claras al señor Galván, que el circo de payasos que él creía poseer, eran, en realidad, personas que sufrían dolorosamente con sus drásticas decisiones, y no iban a permitir que sus bolsillos siguieran llenándose, de nuevo, a costa de las desgracias ajenas en aquel patético espectáculo.

Nieves solamente quería evitar el martirio de tantas paisanas, pero como el señor Galván no quiso dar la cara, las mujeres de los mineros montaron en cólera, insultándole, acto seguido, a las puertas de su casa, y como, aun así, él seguía escondido parapetándose tras las cortinas de su salón, la ira contenida durante años de las mujeres de Alsilos salió enfurecida, arrojando piedras de todos los tamaños contra los cristales de su ventana. Nieves no podía creerlo, hasta Natividad y Rosa lanzaban piedras con mucha bravura, ella no pudo hacerlo, huyó despavorida de aquel lugar como alma que lleva el diablo. Nieves siempre había creído en el diálogo entre las personas, y ahora toda aquella función que ella misma había desencadenado, se le antojaba como algo salvaje y poco civilizado. No podía entender cómo habían llegado a tales extremos, por eso se fue, no quería presenciar aquello, su mundo cambiaba de un modo vertiginoso, pero, unas veces, se teñía de blanco; y otras, el negro lograba cubrirlo todo como si sus propios principios la estuvieran traicionando.

Nieves no volvió a pisar la posada aquella tarde, se refugió junto a Lucía. Su amiga no había acudido a ver aquel escándalo porque tenía que dar clase ese día, Lucía jamás había dejado de tocar el piano por ninguna razón desde que, unos años atrás, volvió, con un ímpetu abrumador, a acariciar sus teclas, y ni siquiera lo ocurrido en la mina, había hecho que renunciara a su adorado piano, seguía siendo el mismo escondite de siempre, que llenaba con creces sus anhelos.

Lucía se sorprendió al ver entrar a Nieves junto a la sirvienta, en el salón de la casa de su señora, sin embargo, cuando Nieves le puso al corriente de los acontecimientos, Lucía supo que más de una tarde, su amiga volvería a hacerle compañía.

Bajo las redes de un invisible manto nocturno, cuando ya se disponían a

echarse a dormir, Nieves le contó a Bernardo todo lo sucedido con pelos y señales.

—¿Qué habéis hecho... qué?

El rostro de Nieves delataba su sentimiento de culpa.

—No... yo no. Las demás mujeres le han tirado piedras a la ventana, pero yo entonces me he ido. ¿No me creerías capaz de algo así?

—No, claro que no. Pero has tardado mucho, ¿dónde te habías metido? Casi no doy abasto yo solo sirviendo las mesas.

—Ya. Bueno, espero que no te importe, me he quedado un rato con Lucía, escuchándola tocar... Necesitaba airearme un poco, Bernardo.

Bernardo miró con cariño a su esposa.

—Está bien. Pero la próxima vez me avisas, no me importa que estés con Lucía, todo lo contrario, sé cuánto te gusta escucharla, pero como se hacía ya de noche, he pensado que te podría haber ocurrido algo. Me has tenido muy preocupado.

Nieves le miró con ternura.

—Sí, en eso tienes razón, de ahora en adelante, prometo avisarte.

La lluvia retornaba en ese momento, dando pequeños toques en la ventana cuando se acostaron; y Nieves era incapaz de conciliar el sueño aquella noche. Le dolía la cabeza, suponía que era de darle innumerables vueltas al asunto de la tarde y también a todo aquello que, irremediamente, la rodeaba. La música de Lucía la había relajado bastante, pero las palabras de Gervasio volvían ahora a sus oídos, golpeándole una y otra vez. Sus pensamientos viajaban, sin parar, de un lugar a otro de su mente, hasta que uno en concreto, le quitó el sueño más todavía. Se preguntó qué sería de ella si tuviera que ver sufrir a alguno de sus hijos, imaginaba cómo habría sido el hiriente y profundo dolor que, sin duda alguna, había debido sentir aquella pobre mujer al pensar en su hijo si no hubieran conseguido salvarle la pierna, afortunadamente, todo había salido bien, quedando, al final, en un fuerte susto. Por suerte para ella misma, sus hijos y su hija crecían sanos. Nieves miró a su marido que, allí, a su lado, dormía profundamente, y pensó entonces en su familia, los años iban dejando su reguero y la vida iba pasando, pero lo mejor que ella tenía era un corazón unido en cinco trozos, sus cuatro hijos y Bernardo, en realidad, era su propia familia lo que la impulsaba, cada día, a amanecer de nuevo, al igual que el afinado trino de los pajarillos la despertaban, en paz y con sosiego, todas las mañanas, y como el resto de las noches, un esperanzador sueño se apoderó de ella, y consiguió, lentamente, mecer sus inquietudes, dando así un breve y ligero descanso a sus agitados pensamientos.

SEGUNDA PARTE

Hacia el abismo

ALSILOS. FINALES DE VERANO DE 1936

Me despertó la tormenta. Abrí los ojos sobresaltada en la plena oscuridad de aquella madrugada. Me noté envuelta en sudor por todo mi cuerpo, y una gran angustia, totalmente inexplicable, anidaba, sin retorno, dentro de mi más puro y esencial ser. Todavía me costó unos segundos habituarme al momento en el que estaba, me encontraba completamente desconcertada, y tuve que tocar con mis manos el viejo colchón de lana para darme cuenta, de nuevo, que en ese lado de la cama, no había nadie, él ya no estaba allí, yo seguía sola otra noche más, y entonces, sentí un inmenso vacío que recorrió toda la sangre de mis venas, porque desde la ausencia de Bernardo, la amargura llenaba cada día y cada noche de mi vida.

Mi respiración estaba muy agitada, por ello, salí de la cama y abrí la ventana para que, por lo menos, aquel aire puro refrescara mi rostro y llenara mis pulmones. Llovía a cántaros y la noche era totalmente cerrada, me asomé y vi un cielo sin estrellas que estaba durando ya demasiado tiempo. Rocé con mis dedos un mechón ondulado de mis cabellos, y recordé como si hubiera ocurrido ayer mismo, la de veces que Bernardo había acariciado mi pelo mientras me miraba con sus penetrantes ojos negros, y yo me preguntaba ahora, a dónde estarían mirando en este preciso instante. Mis párpados se cerraron por un momento, y el rítmico sonido de la lluvia al caer, me llevó a recordar, con mucha tristeza, la marcha de Bernardo.

Estábamos en guerra, hacía un par de meses que aquel fino hilo que mantenía la tensión al límite, se había roto definitivamente. Nosotros creíamos en la revolución, y no podíamos permitir, de ninguna manera, que nos devolvieran otra vez al siglo pasado, nos había costado demasiado sacrificio empezar a conseguir ciertas libertades que, sin lugar a dudas, nos habíamos ganado a pulso todos nosotros y, en particular, las mujeres. Estábamos logrando implantar una educación y una cultura, que crecían a un nivel antes inexistente; y luchábamos para resolver todas las injusticias que se producían en Alsilos, que no eran pocas, así que no íbamos a dejar que unos malnacidos acabaran con todo de un plumazo. Por todo aquello, y muy a mi pesar, dejé marchar a Bernardo para que luchara junto a Marcelo, Ramiro y Pedro por nuestra añorada causa, que siempre iba a ser el poder expresarnos libremente.

Yo, Nieves Hernández, creía ser una mujer fuerte y con mucho coraje, y así se lo hice ver a mi marido cuando le vi partir hacía ya bastantes días. Con el corazón en un puño, aguanté como pude sin derrumbarme, él llevaba el fusil colgado de un hombro y yo sabía bien que ni siquiera entendía cómo se manejaba y, solo al pensarlo, sentí un miedo terrible. También se llevó el reloj que tanto me recordaba todavía a mi madre, y me prometió que lo pondría siempre cerca de su pecho, junto al corazón, y que cada vez que sus saetas marcaran la hora, pensaría en el tiempo que habíamos compartido juntos los dos. Sentí que algo en mí misma se rompía en mil pedazos al oírle hablar así, y ya no pude reprimir por más tiempo mis lágrimas que, imparable, resbalaron como cataratas por mis mejillas, tal y como veía ahora deslizarse a las gotas de lluvia por los muros de la posada. Todavía siento conmigo aquel amargo y dulce beso de despedida, y su mirada clavada en la mía justo antes de volverse, para emprender, después, el duro camino junto al resto de milicianos del pueblo.

Cuando Bernardo se marchó al frente lloré, lloré como una niña y sin encontrar ningún consuelo, porque no entendía por qué mi hombre tenía que jugarse la vida, entre gruesas capas de enquistada crueldad, por culpa de todos esos desgraciados que nos la estaban haciendo imposible. Aquellos días, mi llanto fue incontenible, un enorme dolor traspasó las barreras más profundas de mi interior cuando, sin poder huir de los dictados que mi mente me transcribía, comencé a imaginar que cabía la posibilidad de que no volviera a ver a Bernardo, y entonces, un escalofrío repentino se extendió con rapidez por mi cuerpo dejando helado mi corazón, y quise dejar de pensar en ello, pero ya no pude, desde ese día y hasta hoy, el pánico y la incertidumbre me atemorizan sin descanso.

A pesar de todo, tenía que seguir adelante, y debía vivir con ello aunque no me gustara, lo hacía por Faustino, Gervasio, Félix y Felicidad, ellos son el alma que me mueve cada día, y por ellos tenía que seguir luchando, para que la luz de la mañana siga reflejándose, sin impurezas, en sus inocentes miradas.

Al día siguiente, noté sobre mi rostro los cegadores rayos solares, había dormido mal esa noche revuelta por el aguacero, pero la posada tenía que seguir atendándose. Cuando bajé a por un cubo de agua al pozo, lo vi muy negro. El agua pura y cristalina de otro tiempo, ahora, se había enturbiado volviéndose opaca, muy oscura quizá. Miré desde el pozo a la hiedra que seguía trepando, vigorosa, con ese color brillante y verde; al observarla, algo me trajo de nuevo el aliento, porque jamás debíamos perder la esperanza de que todo saliera bien, aun con la que estaba cayendo.

La mayoría de las mujeres nos habíamos quedado solas en Alsilos, el pueblo había sido un torbellino de ideas diferentes, y los hombres luchaban

ahora en uno u otro bando. Lucía había conseguido, por fin, aquel trozo de tierra por el que tanto había discutido con su marido, sin embargo, sin Ramiro a su lado, poco le importaba eso ya, y, aun así, había decidido coger ella misma la hoz y trabajar su propia tierra. Mi amiga Nati seguía encargándose de la vaquería con la ayuda de sus hijas, y Rosa continuaba cosiendo, solo que había cambiado la confección de los finos vestidos de las señoras, por las ásperas ropas que habrían de proteger del frío a los soldados en el frente. Habíamos oído que el señor Galván y el señor Torres, presurosos, habían huido al otro lado con sus respectivas familias al principio de la contienda, y también había desaparecido sin dejar rastro el cura del pueblo.

La posada ya no era la de antes, el brillante esplendor que la envolvía entonces, había culminado. Ahora, casi de continuo, la ocupaban soldados que bebían sin parar un chato de vino tras otro hasta caer redondos, seguramente, para poder olvidar, aunque solo fuera en esos instantes aislados, todas las barbaridades y atrocidades de las que tenían que ser testigos en muchos de los frentes.

Esa misma tarde, mientras mis hijos me ayudaban a servir las mesas y yo preparaba sopa para la cena, vi cómo un soldado de los que habían estado bebiendo, observaba, con una mirada un tanto turbia que no me gustó nada, a Genoveva, la hija de Lucía, y también, a mi propia hija Felicidad, cuando ambas jugaban alrededor del pozo. Salí con premura de la cocina y me dirigí al patio de atrás de la posada, quizá solo eran imaginaciones mías, pero yo no iba a dejar que aquel soldado tocara un pelo a las niñas.

—Apártese de ellas.

Me miró un tanto sorprendido.

—Oiga, no se ponga así, no era mi intención asustarlas...

No me podía fiar y menos en estos tiempos, así que, sin vacilar, le dije:

—Váyase de mi posada, no es bienvenido en esta casa.

Al momento, habían salido todos sus compañeros a defenderle.

—¡Pero si solo estábamos disfrutando de un buen vino, tampoco es para tanto, señora!

Me había contestado otro soldado que se acercó a mí demasiado y me agarró, descaradamente, por la cintura, yo me aparté de inmediato y, como no me gustaron nada sus intenciones, le di un buen bofetón, no tuve otro remedio.

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí todos!

Les dije, sacando de mí una furia incontrolable.

—Esto no quedará así, volveremos, ya lo creo que volveremos.

Les volví a indicar la puerta principal y, al final, se marcharon, me había costado mucho seguir conservando la posada, y les quería dejar bien claro, que a

Nieves Hernández nada se le interponía en su camino.

Dejé a mis hijos al cargo de todo, y me fui con Felicidad y Genoveva, e igualmente junto a Nati, sus hijas y Rosa, a la casa donde Lucía seguía tocando su piano. Los señores también se habían ido de allí hacía un tiempo, y la casa había quedado abierta a merced de cualquiera, nosotras la habíamos convertido en nuestro refugio, en unos momentos de desconexión de todo lo que nos comprimía e iba contaminando el oxígeno que respirábamos. Un descanso para la mente, para el corazón y para olvidarnos de todo el pesar que había comenzado a aflorar ya, rozando el fondo de nosotras mismas.

Lucía comenzó a tocar sintiendo llenar la ausencia de Ramiro, y fue su música la que me transportó momentáneamente hasta Bernardo, sintiéndolo dentro de mí, pero sabiendo otra vez que un gran abismo nos separaba, cuando el dolor silencioso volvió a imponerse tras los muros grises de aquel salón.

EN ALGÚN LUGAR DEL FRENTE EN LA PROVINCIA DE TERUEL. OCTUBRE DE 1936

Aquella noche, no había estrellas en el firmamento, ni siquiera la luna conseguía iluminar ese cielo borroso que miraba sin cesar Bernardo. Por suerte, solamente la letanía de los últimos grillos rompía el silencio en aquellos instantes, y Bernardo, tumbado en aquel agreste terreno, pensaba en Nieves. No podía conciliar el sueño y no paraba de mirar la hora en aquel reloj plateado que, años atrás, le regalara su esposa. Al día siguiente, terminaría una carta dirigida a ella, que se le había quedado a medias cuando ya el ocaso de la tarde se le echaba encima.

La echaba de menos como jamás hubiera llegado siquiera a comprender, anhelaba sus besos y sus caricias, aunque también sus sabios consejos, ella siempre había tenido una opinión más certera sobre determinadas circunstancias, cuando él era todo un mar de dudas.

Pensaba mucho también en sus hijos, le atormentaba imaginar qué sería de ellos si alguna bala consiguiera hacerle marchar, ya para siempre. Intentaba alejar todos esos oscuros pensamientos de su cabeza, olvidarlos momentáneamente para poder seguir adelante día tras día, en el frente no cabían las inseguridades o los miedos, aunque todos los tenían, había que levantar la cabeza y pensar, constantemente, con la mayor claridad posible para mantenerse vivo, agudizando el instinto de supervivencia para librar así, las inclemencias del momento.

Al lado de Bernardo, dormían, parecía ser que plácidamente, sus amigos de toda la vida: Marcelo, Ramiro y Pedro. Muchos de los mineros de Alsilos, al igual que Marcelo, se unieron pronto para luchar; también como Ramiro lo hicieron los campesinos; y sabían que en las ciudades, la mayor parte de los intelectuales y los obreros de las fábricas, entre otros muchos, aunaban sus fuerzas por la misma causa común. Sin embargo, Bernardo se había dado cuenta enseguida del alcance de aquello, les habían enseñado a usar el fusil diciéndoles, simplemente, cómo debían apretar el gatillo, y la mayoría no daba ni una. Bernardo jamás había tenido un fusil en sus manos, y ahora, todavía cada vez que lo cogía, un terrible e indescifrable pánico le recorría el interior de su cuerpo, sacudiéndolo de pies a cabeza.

En tan solo unos meses, Bernardo había visto cosas que hubiera preferido no haber tenido que presenciar nunca. Muchas noches, las pesadillas le acompañaban, mostrándole de nuevo aquellas personas ya sin vida, con los cuerpos totalmente ensangrentados y esparcidos, como si fueran vulgar ganado, por algún pueblo de los que habían pasado. Jamás sus ojos habían visto semejantes atrocidades, y el miedo volvía a apoderarse fuertemente de él, en aquellos momentos en los que solo podía preguntarse si a la mañana siguiente, sería su cuerpo sin vida, el que se encontraría deambulando entre el resto de cadáveres.

Aun con todo el horror que vivían y temían, cada vez que era posible la cultura se implantaba sobre sus mentes, acaparando el hilo de sus pensamientos para hacerles olvidar, aunque solamente fuera en un mínimo espacio de tiempo, que estaban en guerra, y, además, al fin y al cabo, entre un mismo pueblo. Cuando el ruido ensordecedor de las ametralladoras quedaba en la lejanía, llegaban los libros, muchos milicianos eran analfabetos, y como le ocurrió a Ramiro, aparte de querer sentir pronto a Lucía cerca de él, puesto que era la gran ilusión que le movía, cada mañana, cuando el sol rompía en el horizonte y sus destellos, con nitidez, volvían a reflejar su rostro en lo más hondo de su corazón; también estaba aprendiendo a leer y a escribir. Con entusiasmo y poniendo, además, mucha atención e interés, había mostrado un gran avance en tan solo unos cuantos días, e incluso a punto estaba ya de poder mandarle alguna escueta carta a su querida Lucía, eso sí, sería todavía con trazos temblorosos. Todo ello, le devolvía en algún pequeño momento la sonrisa, pero al poco rato, la visión borrosa del horror volvía a nublar sus adentros.

Bernardo seguía allí, tendido sobre el duro suelo y sin poder echar siquiera una pequeña cabezada. Al día siguiente, cuando las primeras luces del alba volvieran a iluminar su angosto camino, estaría cansado y torpe, en realidad, ya estaba acostumbrado, muchos días había emprendido con sus camaradas las largas caminatas, sin haber pegado ojo.

Ensimismado en todos aquellos pensamientos, vio, de pronto, cómo una sombra avanzaba a paso ligero hacia él, e intuitivamente agarró corriendo el fusil.

—¿Pero estás loco o qué demonios te pasa, Bernardo? Si soy yo, Ramiro, o, ¿es que no me ves?

El temor que, repentinamente, se paseó por todas las partes de su cuerpo, se alejó de Bernardo con la misma rapidez que había llegado.

—Estaba pensando en otras cosas y me has pillado por sorpresa, Ramiro. No sabes el susto que me has dado.

Ramiro le miró tristemente, y algo ojeroso también.

—Ya me lo supongo. Otra noche en vela, ¿eh?

—Pues sí, una más, a ti no te puedo engañar. Tú tampoco puedes dormir, ¿no?

—Está claro que no, hace rato que me he desvelado y eso que hoy solo se oyen los grillos, porque otros días...

Bernardo le miró con los ojos chispeantes de rabia.

—Sí, otros días el zumbido de los disparos se te mete en los oídos, aunque a veces yo sigo escuchándolo cuando ya han cesado.

Ramiro le devolvió a Bernardo una mirada cargada de impotente ira, por todo lo que estaban viviendo.

—A mí me ocurre exactamente lo mismo, y creo que si llegamos a salir de esta, cuando ya haya terminado la guerra y vivamos, por fin, en paz, ese sonido nos seguirá acompañando, y quién sabe, Bernardo, si quizás tengamos que escucharlo eternamente.

Aquella noche, ninguno de los dos podía encontrar ya, estrellas en su pobre corazón, Bernardo solo pudo acordarse de aquellas que iluminaban su vida y daban luz a su camino, mientras recordaba verlas junto a Nieves, al lado del pozo de la posada, mucho tiempo atrás.

Nieves seguía siendo su estrella, esa que nunca se apagaba, aun en aquellos difíciles momentos que tenían que vivir ambos, e incluso inundado por el dolor profundo que sentía al no tenerla a su lado, notaba cómo su incandescente fulgor volvía a abrir sus esperanzas, que siempre estaban puestas en volverla a ver cuanto antes. Eso le llenaba de ánimo y, así, el espejismo de ese pensamiento, le ayudaba a superar como podía, todos los horrores de la guerra que le seguían impactando cada día que pasaba, aunque también sabía que alguno de esos días, las luciérnagas de la noche sobrevivirían libres, aposentándose, con firmeza, sobre las turbulentas aguas del pozo.

ALSILOS. OCTUBRE DE 1936

Era todavía temprano, el suave reflejo del sol daba un esmerilado brillo al agua del cubo que, con renovada energía matutina, acababa de sacar del pozo.

La lejana melodía de los pajarillos inundó mis oídos, dirigí mi mirada en torno a mis pies y vi las tostadas hojas recién caídas de los árboles, esparcidas, a su vez, alrededor del pozo y por todo el patio empedrado. Las montañas seguían allí, formando el fondo de un cuadro, como siempre, salvo que ahora cuando veíamos algún resplandor entre sus valles, entendíamos que la tormenta era otra. Un pequeño y atrevido gorrión se posó animado sobre mi cubo, y me di cuenta entonces, de cómo la naturaleza seguía su curso invariable a nuestras disputas, y con el único pensamiento en mi cabeza de poder sobrevivir a los tiempos que estábamos sufriendo, supe que éramos una parte más de todo aquello que nos rodeaba y nos llevaba a luchar, sin descanso, por la vida.

Como cada mañana, dejé el cubo de agua sobre el suelo y me volví para mirar, abstraída, el espejo que tenía a mi espalda colgando de la pared. Me sorprendí a mí misma dibujando una pequeña sonrisa ante mi propio rostro, pero no era mi cara la que yo veía ante el espejo, era la de Bernardo la que proyectaba mi mente, todos los días, en aquella imagen. Le veía afeitándose con su navaja y me reconocía a mí detrás de él, diciéndole que se diera prisa para servir luego los desayunos. Era inevitable imaginar ahora, allí, su rostro reflejado, y pensar en lo descuidado que seguramente estaría en estos momentos, a lo mejor, llevaba barba y estaba todo desaliñado, a veces me preguntaba si cuando volviera a verle, sería capaz de reconocerle. Justo en ese instante, cogí el cubo y me fui a la cocina. En el momento en el que empezaba a pensar, de una manera bastante confusa, que la guerra había podido hacer de mi marido un hombre distinto, volvía a mis tareas para mantener mi mente ocupada en otra cosa. La idea de arrojar aquel espejo a las profundidades del pozo, se me había pasado varias veces por la cabeza, pero nunca la llevé a cabo, daba igual ver el espejo colgado de la pared o que permaneciera invisible en el fondo del pozo, esa pesadilla me iba a acompañar, me gustara o no.

Después de servir los desayunos con la ayuda de mis hijos, me fui a la plaza a coger el pan, ahora nos lo traían puesto que la panadería de los tíos de Bernardo, había desaparecido. Allí estaba, también, Lucía, que me había

guardado el turno. Me coloqué junto a ella y, de repente, vimos las dos cómo una mujer, que se encontraba delante de nosotras en la fila, caía desplomada al suelo. Lucía acudió rápidamente a ayudarla para hacerla volver en sí. Al principio, ella misma quiso unirse a la lucha con todos los demás, todavía recordaba ciertos conocimientos de enfermería heredados de su padre, pero, aunque ya le aseguré yo que cuidaría de Genoveva igual que a mis propios hijos, al final, se negó a ir. No quería que su hija, con tan solo trece años, se quedara sola en el mundo si algo se torcía y se salía del cauce esperado, por supuesto, no podía catapultarla a una desarraigada y perpetua orfandad si los acontecimientos nos sacaban de la ruta propicia.

Mientras Lucía intentaba reanimar a aquella mujer, yo cogí un trozo de papel que había resbalado de sus manos al caer. Era una carta, al leerla, una profunda angustia se apoderó de mí, decía que su hijo había fallecido en el campo de batalla y le manifestaban un sentido pésame. La mujer reaccionó, justo entonces, y vi en su mirada el miedo, el miedo de saber lo que hubiera sido mejor ignorar. Noté en mi seno la propia incompreensión de aquella madre, el dolor no le dejaba asimilar aquella desastrosa, turbadora y asfixiante noticia. Al mirarla directamente a los ojos, me acordé enseguida de su hijo, era aquel muchacho que a punto estuvo de perder una pierna en la mina hacía ya unos meses, cuando en uno de los derrumbes de las galerías le cayó una viga encima. Supe de inmediato, que el continuo sufrimiento ya no dejaría vivir más a esa mujer, aun con todo, Lucía y yo, junto a las demás mujeres que estaban arremolinadas en la plaza, la consolamos como pudimos, sin saber cómo debíamos llenar un grado de ausencia tan alto, y después la llevamos a su casa. Todas sabíamos de sobra, que había situaciones en la vida, donde jamás hallaríamos ningún consuelo.

Aquel día, me llegó una carta de Bernardo, y quise leerla junto a mis hijos y mi hija en el salón de la posada, cuando ya habíamos cenado. Empecé a leerla de manera literal, diciéndoles, punto por punto, lo que contaba su padre. Sin embargo, me paré en seco, no podía describir a mis hijos lo que mis ojos leían. Les dije que ya no ponía nada más, que les mandaba muchos besos y que deseaba verles pronto.

Mi hija Felicidad me miró perpleja.

—Madre, pero si solo nos ha leído dos líneas. ¿Tan corta es la carta de padre? Mire a ver si no se le ha ido la vista y se ha saltado alguna frase...

Miré a mi hija con ternura, todavía era una niña, pero los acontecimientos la estaban haciendo crecer a marchas de vértigo.

—No, cariño, os he leído todo —doblé la carta por la mitad y se la enseñé a todos sin que pudieran leerla, aun así, no sabía si les convencería—. Ves,

Felicidad, es muy corta, tu padre no habrá tenido tiempo de escribirnos más, ya verás como para Navidades viene de viaje a vernos y te cuenta más cosas. Ahora, venga, todos a dormir que ya es muy tarde.

No estaba yo muy segura de ver a Bernardo en la posada por Navidad, pero algo les tenía que decir, alguna ilusión tendrían que tener, si no, ¿qué iba a ser de ellos?

Estaban madurando a pasos agigantados, a pesar de que yo intentaba mantener su inocencia todo lo posible, pero sabía que tener apartados a los mayores, sobre todo a Faustino que ya tenía dieciséis años, iba a ser mucho más difícil. Me volví y allí me lo encontré, petrificado, era Faustino, acababa de pensar en él, y presentía ya, con absoluto convencimiento, que iba a empezar a hacerme preguntas, preguntas que quizás no supiera responder.

—¿Qué te pasa, hijo? ¿Por qué no te vas a la cama como tus hermanos?

Faustino me miró con esa mirada penetrante, esos mismos ojos negros con los que, tantas veces, me había mirado Bernardo.

—Madre, ya no soy un niño aunque usted todavía lo crea. Sé muy bien por qué lucha padre, además, lo comparto con él y también con usted y, por eso mismo, sé que esa carta dice cosas que no pueden escuchar, todavía, mis hermanos y mi hermana, pero créame cuando le digo que yo ya no soy un niño, soy un hombre.

Las lágrimas me asaltaron pero intenté reprimirlas como pude, quizás las circunstancias habían hecho de Faustino un niño demasiado adelantado para su edad, pero no podía consentir que leyera aquella carta, guardaría como fuera la poca inocencia que le quedaba.

—Está bien, Faustino. Está claro que ya no te puedo tratar como a un niño, pero esta carta es la intimidad que todavía podemos conservar tu padre y yo, y espero que lo puedas respetar.

Faustino, avergonzado, agachó la cabeza.

—En eso puede que tenga razón, madre. No leeré esa carta, pero dígame usted lo que está ocurriendo en el frente donde se encuentra padre.

El mundo se me vino encima, desmoronándose ante mis ojos como un castillo de naipes. Me costó mucho explicárselo, pero el diálogo estaba sobre todo lo demás, yo jamás pasaría por el silencio, por muy difícil que fuera expresar aquello para mí.

Cogí con fuerza las manos de Faustino y le miré directamente a los ojos.

—Es muy complicado para una madre hablar de todo esto, aun así, lo voy a intentar porque tienes derecho a saberlo.

—Gracias, madre, sabía que me entendería.

Le sonreí.

—Es lo que intento, sí. Tu padre está bien, aunque está viendo cosas horribles allá por donde pasa.

—Compañeros muertos, supongo.

—Personas, hijo, tanto compañeros como hombres del bando contrario, a pesar de todo, nunca olvides que todos somos personas, puede que haya muchas con sus ideas totalmente equivocadas, pero esta guerra no se le escapa a nadie y tampoco sus horrores.

Faustino parecía comprender aquello aunque no quise extenderme mucho más, y, al momento, nos fuimos a dormir.

Me puse el camisón y me acosté en el viejo colchón de lana, decidida a leer la carta de nuevo con tranquilidad.

“Querida Nieves:

Te echo de menos constantemente, a ti y a nuestros hijos que los veo correteando alrededor del pozo cada vez que imagino qué estaréis haciendo. Aquí los días se hacen eternos, pensando todo el tiempo en si vas a despertar al siguiente. Tengo miedo, Nieves, no puedo negarlo, he visto pueblos arrasados con cuerpos sin vida, tirados como si se tratase de animales unos encima de otros en medio de la plaza, rostros que ya jamás podré olvidar, tengo pesadillas hasta de día, es horrible, Nieves, horrible. Sé que no debería mandarte esta carta, también sé que vas a sufrir mucho al leerla, pero aquí tengo que hacerme el valiente, y solamente puedo contarte esto a ti, que siempre has sabido cómo levantarme el ánimo. Bueno, sabes que te quiero, y no te preocupes, porque resistiré, estaré bien, te lo prometo. Un beso muy grande a todos.

Os quiere,

Bernardo Pérez.”

Quemé aquella carta, no podía permitir que mis hijos la encontraran y supieran el estado en el que se encontraba su padre, decía que no me preocupara, ¿cómo no iba a hacerlo?

Me eché en la cama intentando conciliar el sueño pero apenas pude, la cabeza no paraba de darme vueltas.

Al día siguiente, vinieron Nati y Rosa porque habían recibido las dos, cartas de sus respectivos maridos, y querían que se las leyera. Me quedé atónita cuando los mensajes de sus maridos solo eran esperanzadores, no describían ningún hecho horrible que hubieran podido presenciar. No les dije nada acerca de la carta de Bernardo, pero, todo aquello, me hizo ver la confianza que seguía depositando mi marido en mí, me contó lo que sucedía tal y como era, sin secretos ni tapujos, estaba claro que mi Bernardo no quería protegerme, me

pedía la ayuda que siempre había necesitado de mí y me hacía participar en ello, ya no podía dudar ante el espejo del patio, porque él seguía siendo el hombre especial del que me enamoré, hacía ya tanto, que había perdido la noción del tiempo.

Ese mismo día, Lucía había desaparecido, no la encontrábamos por ninguna parte e intuíamos a qué se debía. Todas nosotras habíamos recibido carta de nuestros maridos, todas menos ella, y Lucía, seguramente, se había temido lo peor después de todo lo ocurrido el día anterior. Decidimos ir a buscarla a la casa donde estaba el imponente piano que ella tocaba. Entré la primera y la vi allí, pegada a su hija Genoveva, estaban las dos juntas, rozando con sus dedos la melodía que emergía de las teclas del piano. Me impresionó aquella música, era penetrante y a la vez triste, parecía una canción fúnebre que salía de lo más profundo de Lucía. Esperamos a que el silencio atrapara con suavidad los sonidos, y entonces vi aquel piano inundado de lágrimas. Cogí la mano de Lucía con mucha dulzura y supe lo que estaba sufriendo, nuestras sospechas eran ciertas, con la ausencia de noticias, ella estaba aterrada, imaginando ya la llegada de devastadoras y espeluznantes palabras. Mientras la tranquilizábamos, por fin, llegó la carta de Ramiro, y Lucía con la emoción que sintió, no atinaba siquiera a cogerla. Las manos le temblaban y continuaron haciéndolo hasta que, pasados unos minutos, pudo recomponerse y leerla, entonces, una intensa alegría la invadió por completo, recorriendo cada poro de su piel al saber que Ramiro continuaba sano y salvo. Después, se quedó largo rato repasando con sus dedos, los finos trazos de tinta formados por aquellas letras que, con ayuda de sus compañeros, con mucho esfuerzo y por primera vez, había compuesto su esposo entre líneas torcidas. Una nostálgica sonrisa iluminó, brevemente, el rostro de Lucía, porque a partir de ahora, el hilo comunicador de ambos podría ir prescindiendo de intermediarios, en sus íntimas confidencias.

Ya por la noche, bajo un cielo totalmente ennegrecido, subí las escaleras con la tenue luz de un candil para ir a mi habitación, pensando, asimismo, en todo lo sucedido hasta el momento. Estaban cayendo en el frente al igual que las hojas de los árboles reposan alrededor del pozo ahora, en esta sombría estación que albergan los meses de otoño, sin embargo, en primavera, los bosques caducifolios y dentro del ciclo espontáneo que les rige, volverán a brotar en el brillante verdor de la esperanza, esa misma esperanza que ya no podrán renovar aquellas personas que, también, van quedando esparcidas sobre el mismo lecho colonizado por una estela dorada de hojas rotas, pero que, en cambio, ya jamás recobrarán ninguna ilusión, porque al contrario que la naturaleza, no habrá renacimiento alguno para todas esas personas.

Unos ruidos cercanos que parecían proceder de mi habitación, me sacaron,

repentinamente, de mi ensimismamiento, y me fui con decisión a por la escoba por si tenía que utilizar algo para mi propia defensa. Abrí la puerta sigilosa y, en la penumbra, vi borrosamente la silueta de alguien. No dudé, le di un buen golpe con el palo de la escoba.

—¡Ay! No, no, no siga, por favor, no siga.

Aquella voz temerosa parecía de mujer, encendí el candil que había apagado al oír aquellos inusuales ruidos, y pude observar ya con claridad, que ciertamente era una mujer. Vestía con ásperas ropas de hombre, llevaba el pelo extremadamente corto asemejándose al de un varón, y le temblaba todo el cuerpo casi de manera exagerada. Solamente le había rozado ligeramente un brazo con la escoba, y tampoco se quejó demasiado. Le intenté hacer preguntas, pero estaba confusa y confundida, y, prácticamente, era incapaz de articular palabra.

Ni siquiera podía moverse, apenas se tenía en pie, y, además, estaba llena de barro como si se hubiera rebozado en él. Le ayudé como pude a asearse un poco, entonces, noté que su frente estaba ardiendo, seguramente tendría fiebre. Le calenté un poco de caldo del que me había sobrado, y me dio tanta lástima verla en aquel estado, que le dejé quedarse. No sabía quién era ni por qué había buscado mi ayuda, y tampoco ni siquiera entendía, por qué estaba yo dispuesta a proteger a esa mujer de la que nada sabía y no conocía, sin embargo, con lo débil que estaba, no habría soportado una noche a la intemperie, su fragilidad habría sucumbido, probablemente, ante la caricia del viento en plena madrugada, y yo jamás me lo hubiera perdonado.

Me senté en una silla al lado de mi propia cama, donde había acomodado a aquella misteriosa mujer, me eché una manta por encima para combatir el frío, puesto que al anoecer, finas capas de escarcha iban formándose sobre los campos y tejados de Alsilos; y me entretuve mirando desde allí el cielo raso por la ventana. Hacía ya mucho rato que las antorchas del sol se habían apagado enredando de oscuridad la noche, ahora solamente la luna y las estrellas diluían el techo celeste y guiaban mis desvelos. Tragedias y pensamientos amontonándose, que quizás no logran quemar las llamas del rey del día, cuando amaneciera de nuevo.

ALSILOS. OTOÑO DE 1936

Un suave hilo de una voz finísima llegó hasta mis oídos, con torpeza, desde la lejanía, y me trajo de nuevo del mundo de los sueños, en el que me había cobijado durante un rato, al mundo real en el que vivía constantemente alerta. Debía de ser todavía muy pronto, puesto que los rayos solares atravesaban, tan solo tímidamente, los cristales de la ventana, reflejándose aún de forma fugaz en el espejo del aguamanil.

Aquella extraña mujer se había pasado toda la noche delirando, balbuciendo frases y palabras que me eran totalmente incomprensibles. La manta que me había puesto sobre las piernas, estaba ahora arrugada sobre el suelo, y había dormido vestida en aquella silla de madera rígida como una tabla, por lo que me dolía todo el cuerpo, casi tanto como si el brusco golpetazo de la escoba, me lo hubiera llevado yo la noche anterior y no ella.

Derramé en la palangana el agua que quedaba en la jarra, después, me desnudé y me aseo mientras aquella mujer permanecía, todavía inconsciente, recostada en mi cama. Me puse una camisa y una falda limpias, y me fui con premura a por un poco de leche a la vaquería de mi amiga Natividad, dado que era muy temprano aún para empezar con el trajín de la posada, y también, así, ni mis hijos ni nadie más me haría preguntas, tenía que ser muy cautelosa para que ninguna persona en el pueblo, llegara a sospechar nada.

Cuando llegué a la vaquería, salió Paloma apresuradamente.

—¡Huy, señora Nieves! ¿Viene usted hoy muy pronto? ¿No? Mi madre todavía está ordeñando las vacas.

Puse mis manos sobre mi estómago e intenté fingir mala cara.

—Ya, hija, es que me encuentro un poquito destemplada, si me pudieras poner un poco más de lo habitual, te lo agradecería mucho, Paloma.

Paloma tenía la misma picardía que su madre y se lo pensó unos minutos antes de contestarme.

—No estoy yo muy segura, señora Nieves, mi madre me tiene bien dicho que no puedo hacer excepción con nadie, ya no tenemos las vacas que teníamos antes, usted lo sabe bien.

Tendría que esforzarme algo más en convencer a Paloma, me gustaban los aires que se daba esa muchacha, aun con todo lo que había tenido que pasar.

—Paloma, hija, necesito tomarme un buen cuenco de leche, tengo el cuerpo un poco desmadejado, y no sabes cómo me dejaron ayer los soldados el salón de la posada. Hecho un asco, Paloma, un asco, tengo que darle una buena fregada al suelo, que está todo pegajoso de vino y del poco anís que me queda, casi acaban también con el que tengo de reserva, y a ver dónde encuentro yo ahora licores con la que está cayendo.

Paloma me miró estupefacta y noté que la había convencido.

—Está bien, le pondré un poco más de leche, pero usted ya sabe, yo le he puesto lo de siempre.

—Gracias, Paloma, sabía que podía contar contigo.

Miré a Paloma de reojo mientras ella rellenaba mi jarra de leche, me di cuenta entonces de cómo había crecido, la seguíamos tratando como a una chiquilla, pero ya había desarrollado las formas de toda una mujercita.

Me fui de vuelta a la posada pensando en Paloma, tenía carácter y me gustaba, se había convertido en una muchacha fuerte y con las ideas bien claras, a pesar de su débil salud que todavía arrastraba de aquellas fiebres que tuvo al poco de nacer y que, de vez en cuando, volvían a aparecer sin previo aviso. Había defendido la vaquería de sus padres y no era para menos, ya le habían requisado alguna vaca a Nati para las tropas, y esas dos que le quedaban, eran para ella un gran tesoro del que seguro se aprovecharía, y que cuidaban todas con recelo y esmero.

Aquel brillante apogeo que llegó a situar a la posada como un lugar referente en toda la provincia, también quedó atrás, las huellas del pasado estaban ahora comprimidas por la decadencia de un ruinoso presente, y en estos calamitosos días, si no venían los soldados cuando estaban de permiso, la mayoría de las veces se encontraba vacía. Aquellos terratenientes de tinte burgués que la frecuentaban en otro tiempo, se habían difuminado en mi memoria. Toda aquella gente yendo y viniendo, daba a la posada una vitalidad propia, sin embargo, aquellas imágenes de personas comiendo, bebiendo y riendo, ya solo podían alimentar mis recuerdos.

Cuando regresé, subí a mi habitación con un tazón de leche caliente, procurando ser muy sigilosa para que mis hijos no me vieran. Por los soldados de los días anteriores ya no tenía de qué preocuparme, puesto que se habían marchado al frente. Esta vez, aunque siguiera siendo triste la soledad que albergaban las paredes de la posada, me venía bien para poder ocultar a aquella mujer que traspasó, sin permiso alguno, el arco principal de mi casa; que estaba luchando entre la vida y la muerte; y de la que seguía sin saber absolutamente nada. Dejé despacio el tazón en la mesilla y me asusté al verla tan pálida, toqué con delicadeza sus brazos, que me transmitieron una escalofriante sensación

helada por todo el cuerpo, un sudor frío la envolvía por completo, acerqué después una de mis manos hacia su frente, que ardía tanto como la llama de una vela. Yo estaba atemorizada, no sabía qué hacer, pero tampoco podía permitir que esa mujer se muriera allí, en mi cama.

Salí rápidamente de la habitación, bajé las escaleras cruzando luego el patio a toda prisa, y me encaminé a buscar a Lucía.

Yo ya no podía sola con todo esto, ella sabría cómo aliviar el sufrimiento de aquella pobre mujer, estaba segura de que Lucía guardaría el secreto, y juntas podríamos ayudarla mucho mejor.

Lucía se quedó atónita cuando le conté todo.

—Pero ¿es que te has vuelto loca, Nieves? ¿Te das cuenta del lío en el que te has metido tú solita, y pretendes meterme a mí también?

Me lanzó una mirada de reproche, y yo sabía que esta vez tenía razón en recriminarme así.

—Lo sé, quizás haya cometido una gran estupidez al darle refugio en la posada. Pero ¿qué podía hacer si no? No iba a dejarla toda la noche tirada en la calle y que muriera como un perro. Lucía, somos personas, no animales.

Mi amiga bajó la mirada, comprendiendo, al instante, lo que yo intentaba decirle.

—Nieves, no sé por qué extraña razón, siempre acabas convenciéndome. Espera, que voy a coger unas hierbas que tengo ahí en el estante, por si pudieran aliviarle algo el dolor, y vámonos ya antes de que cambie de opinión.

Lucía consiguió bajarle algo la fiebre con paños fríos que teníamos que irle cambiando constantemente, y también con la ayuda de las hierbas medicinales que habíamos hervido, y que conseguían calmar un poco los dolores de aquella mujer, todavía desconocida para nosotras. Ayudé a Lucía a asearla, frotándole con un pequeño trozo de jabón cocido que quería empezar a escasear, puesto que el ingrediente principal para elaborarlo, parecía esfumarse al igual que las pompas de espuma que después formaba. Cuando la volvió de lado para impregnarle el aroma del jabón por la espalda, me miró con un gesto un tanto desconfiado.

—Sujétala un momento así, Nieves.

—¿Qué pasa, Lucía?

Vi cómo hurgaba debajo del colchón y cogía algo que no llegué a ver qué era, porque Lucía se lo escondió con rapidez en una de las mangas de su blusa.

—Ya está, Nieves. Vamos a ver si le vale algún camisón tuyo.

Después de dejarla aseada en la cama, salimos un rato de la posada, teníamos que hablar y debíamos hacerlo las dos solas. Nos fuimos al campo, Lucía sabía que a esas horas de la tarde, solamente el intenso olor a tierra mojada

nos acompañaría, y las dos teníamos claro, que el lamentable estado en el que se encontraba aquella enigmática mujer, no la dejaría avanzar un solo paso, aunque improbablemente despertase.

Le miré impaciente a los ojos.

—Lucía, dime ya de una vez por todas, qué es eso que te has escondido.

Con mucho cuidado, sacó un pequeño objeto de la manga de su blusa que, ahora, resplandecía entre sus dedos.

Me quedé boquiabierta.

—No puede ser, no puede ser cierto.

—Sí, sí que lo es, Nieves. Es un crucifijo. Es el colgante de una monja, no podemos negarlo. Si llega a salvarse, le habremos salvado la vida a una monja, y cuando se entere la gente, tanto tú como yo vamos a acabar en alguna cuneta de esas del camino, y todo por salvar a esa pobre monjita, ¿verdad?

Yo ya no sabía ni qué pensar, la cabeza me iba a estallar de un momento a otro.

—¡Basta ya, Lucía! Hemos salvado una vida y punto. Te prometo que conseguiremos salir de esta, con muchísima precaución y cautela, pero lo haremos.

Lucía me penetró con su mirada y depositó aquel crucifijo entre mis manos, noté su odio contenido y no me gustó nada, seguramente aquello le había abierto viejas heridas de su paso por el internado de monjas, hacía ya tantos años.

—Lo siento, Nieves, te ayudaré a sacar a esa monja de tu posada ahora mismo si quieres, pero si vas a seguir ocultándola, no cuentes conmigo.

—Pero, Lucía, sé razonable, esa mujer apenas podría tenerse en pie...

—Bueno, es que ese no es mi problema, si quieres que sea el tuyo, allá tú.

Se dio la vuelta dejándome allí plantada, y sin saber qué hacer ni a quién recurrir, en ese mismo instante corrí tras ella, había recordado algo que quizás la hiciera entrar en razón, o al menos eso esperaba yo, era mi última alternativa.

—Espera. Siempre he confiado en ti, aun cuando nadie lo hacía. Tú también te cobijaste en mi posada igual que ahora cobijo yo a esa monja. Te di refugio cuando más lo necesitabas, cuando todo se ponía en tu contra, cuando te encontrabas en medio de dos mundos, igual que le pasa ahora a esa mujer. Tú me enseñaste que las cosas podían cambiar y que todos podíamos ser un poco más tolerantes. Espero que en este momento, el rencor y el miedo no estén cegando tus ideas.

Cuando terminé, noté mis ojos empapados de lágrimas, y vi cómo Lucía se giró volviendo sobre sus pasos, acercándose lentamente hacia mí, también aquellas intensas palabras habían conseguido hacerla llorar removiendo los recuerdos que, con intensa hondura, formaban surcos bajo la húmeda tierra que

pisábamos.

—Nieves, tienes razón. No debo juzgar antes de saber, quizás ella no sea como el resto, y si me pasara a mí misma, también querría que alguien pudiera ver en mi interior sin tener en cuenta de donde provengo, como ya me pasó hace años, y tú me has hecho recordar.

Nos abrazamos con fuerza, ahora estábamos solas, teníamos que sentirnos más unidas que nunca. Nosotras compartíamos muchas más cosas de las que a veces podíamos imaginar, y yo había querido siempre a Lucía como aquella hermana que nunca tuve, por eso, necesitaba confiar en ella y tenerla cerca de mí, ahora más que nunca en aquel peligroso asunto.

Fueron pasando los días, y la misteriosa mujer que escondíamos, se fue recuperando, todavía no sé cómo ni por qué nadie había llegado a descubrir nada de todo aquello, al menos hasta el momento.

Justo en el instante en el que la noche caía ensombreciendo todo lo que tocaba a su paso, una suave pero nítida voz alumbró, con claridad, el silencio en el que estaba yo sumida, sentada, asimismo, en la dura silla de madera de mi habitación.

—¿Dónde estoy? ¿Dónde está mi crucifijo?

Me levanté de la silla de un salto y me acerqué a la cama.

—Mi crucifijo... Deme mi crucifijo, por favor.

Aquella mujer estaba muy alterada.

—Tranquilícese. Está aquí mismo, en esta mesita, tome.

—Pero... ¿Dónde me encuentro? ¿Qué ha ocurrido?

—Yo soy la dueña de esta posada, usted acudió a mí muy débil, pero ya se va recuperando. Será mejor que descanse y mañana hablaremos con más calma.

Sin embargo, durante varios días, sus labios permanecieron sellados, de tal modo que seguía siendo toda una desconocida para mí, solo me había dicho que se llamaba Purificación, y yo únicamente tenía un nombre, nada más que eso.

Al final, un inesperado día, me explicó, sin rodeos, que quería contarme algo.

Sus ojos, que aún evidenciaban signos febriles, se clavaron intensamente en los míos.

—Nieves, sabía que podía contar con usted, me lo está demostrando a pesar de que hace días, que habrá deducido ya, que soy religiosa.

Me quedé mirándola sin saber qué decir.

—Sé que se está jugando la vida por mí, por una monja, y se lo agradezco en el alma, Dios también sabrá hacerlo.

—A mí no me venga con esos sermones, yo solo he hecho lo que me ha parecido más humano, y eso nada tiene que ver con su Dios sino con el corazón

de cada persona.

—Tiene razón, por eso la elegí a usted, por eso me dirigí hasta su posada. Sus palabras me sorprendieron y desconcertaron bastante.

—No entiendo nada. A ver, Purificación, usted vino a pedirme ayuda a mí, particularmente, y yo no sé por qué lo hizo.

—Porque sabía que me ayudaría. Aunque no nos conociéramos, hacía ya tiempo que había oído hablar de usted y de su posada. Antes tenían fama en buena parte de la región, y cuando incendiaron el convento...

Purificación miró entonces el crucifijo con mucha tristeza a la vez que se santiguaba.

—Vaya, ahora voy entendiendo todo. Aun así, ¿cómo sabía usted que yo no la iba a traicionar?

Me dirigió por primera vez una mirada tierna, y rozó una de mis mejillas con delicadeza y dulzura.

—Tengo entendido del acogimiento y humildad con el que tratan los posaderos a sus huéspedes aquí, como también tengo constancia que lo llevan haciendo siempre, desde que se levantaron los muros de esta gentil posada. Además, fuera de mis hábitos, soy igual de indefensa que usted en tiempos de guerra, por todo eso, supe que me ayudaría, y también porque algo me dice que usted, al igual que yo, no aprueba ninguna de esas salvajadas que hacen unos cuantos sin piedad ninguna.

Aquella noche no pude conciliar el sueño, mis párpados estaban empeñados en no querer cerrarse, no paraba de imaginar el convento del otro lado de las montañas, totalmente calcinado. Tenía miedo, era un pánico terrible que se metía dentro hasta llegar a las entrañas, sin embargo, iba a seguir ayudándola, aquella monja había vivido un horror que, seguro, la iba a atormentar el resto de sus días. Pensé entonces en mi padre, para él la justicia siempre había estado por encima de todo, y supe lo orgulloso que se habría sentido si hubiese podido saber, que iba a seguir tendiéndole mi mano. Yo la veía como a una monja, pero tenía que pensar en ella como mujer, como persona que trata de sobrevivir a los tiempos que corren, exactamente igual que todos nosotros. Sería difícil que nuestros pensamientos se logaran encontrar alguna vez, en cambio, algo me decía que nuestros corazones habían tomado el mismo rumbo ya de por vida, aunque siempre conducidos por afluentes contrarios.

EN ALGÚN LUGAR DEL FRENTE EN LA PROVINCIA DE TERUEL. PRINCIPIOS DE NOVIEMBRE DE 1936

Bernardo caminaba junto a sus camaradas, con el sol de mediodía rozándole por la espalda. Hacía ya un rato que habían dejado atrás, las aguas cristalinas de un riachuelo donde habían aprovechado para lavarse un poco, pero sin entretenerse demasiado, puesto que el agua estaba tan fría como el propio hielo tan difícil de romper a veces, igual que aquel que él mismo había instalado en su propio corazón, donde había construido un muro para poder combatir en su interior, no la guerra sino sus horrores. Habían vuelto a comer rancho como tantos otros días, aunque ya casi había olvidado el sabor de las sabrosas migas o del delicioso cocido de garbanzos que solía guisar Nieves, todavía podía recordar los olores que le embargaban cuando se acercaba a la cocina de la posada.

Ahora, Bernardo miraba, expectante, los árboles que se encontraban a ambos lados del sendero que les llevaba al pueblo más cercano, todos aquellos árboles se habían desprovisto de sus alicaídas hojas, al igual que él comenzaba a sentirse despojado ya de todo, su mujer y sus hijos estaban ahora muy lejos de allí para poder decirle cuánto lo seguían necesitando, en esos mismos instantes.

A Bernardo igual le daba que le hubieran dado un día libre lejos de las trincheras, sin Nieves se sentía totalmente solo y desamparado, siendo su único deseo volver a verla pronto. Sin embargo, muchos de sus compañeros veían ese día como un pequeño respiro dentro del miedo constante en el que estaban viviendo, decían que tomar un vino en la tasca de ese pueblo al que se dirigían o echar una canita al aire, tampoco era ningún pecado mortal en la situación en la que se encontraban. Bernardo no compartía las opiniones de sus camaradas, aunque sabía bien que, tarde o temprano, su propia conciencia les pediría explicaciones de todo aquello.

Un rato después, Bernardo, Ramiro, Pedro y Marcelo tomaban un vino en la tasca de aquel pueblo para entonar el ánimo. Bernardo se quedó un poco sorprendido cuando vio que Marcelo se levantaba de golpe de la silla.

—¿A dónde vas, Marcelo?

Bernardo lo imaginaba pero era incapaz de creérselo.

—¿Dónde voy a ir, Bernardo! ¡Al prostíbulo, hombre! Me acaban de decir que está de bote en bote.

A Marcelo se le dibujó entonces una sonrisa picarona en la boca, mientras apuraba su chato de vino.

—No me lo puedo creer. ¿Tú también, Marcelo? Piensa en Natividad...

—Mi mujer no tiene por qué enterarse, uno tiene sus necesidades y ella no está aquí. ¿Verdad?

La mirada que le clavó Bernardo fue más oscura que nunca, recriminándole a Marcelo su actitud.

—Piénsalo bien, Marcelo, piensa en Nati, seguro que después te arrepentirás de esto.

Marcelo miró a Bernardo de arriba abajo con cierta prepotencia, y después al resto de sus amigos.

—A lo mejor es que ya no sois lo suficientemente hombres para...

Bernardo se levantó de la silla con furia y empujó a Marcelo, olvidando, incluso, los lazos de parentela que les unían.

—¿Qué intentas insinuar con eso?

Ramiro, que los vio venir, también se levantó e intentó apartarlos, y luego se dirigió a Bernardo.

—Déjalo, Bernardo. ¿No ves que ha bebido ya demasiado? No sabe lo que dice, déjale, él sabrá lo que hace.

Marcelo les miró sonriente de nuevo.

—Pues claro que sé lo que hago, me voy a disfrutar de la vida un buen rato.

En el momento en el que Marcelo se daba la vuelta, su hermano Pedro, que había estado callado durante toda la conversación, les dijo decidido a ambos.

—Me voy con Marcelo. He intentado aguantarme como he podido, pero la carne a veces es débil y llevo mucho tiempo alejado de mi Rosa, además, con la tentación a la vuelta de la esquina, no aguanto ya ni un minuto —se incorporó de un salto y corrió veloz para alcanzar a Marcelo—. ¡Espera, Marcelo, yo también voy!

Pedro y Marcelo, con el brillo del deseo en sus respectivas miradas, se alejaron contentos; y Bernardo y Ramiro se quedaron allí, totalmente petrificados, mirándose sin saber cómo evitar el desliz que iban a cometer sus amigos, y del que seguro, más tarde, se iban a lamentar con creces.

Cuando ya el ocaso, con sus flechas de atardecer, iba borrando el azul luminoso del cielo y lo transformaba, poco a poco, en una sólida oscuridad; Pedro volvió junto a sus amigos, y aunque les contó lo bien que lo había pasado disfrutando, al máximo, con una de aquellas despampanantes mujeres, Bernardo

vio reflejado en sus ojos el destello de la culpa, que Pedro ya sentía.

Pedro había gozado mucho con aquella mujer de vida alegre, recorriendo, con ansias exaltadas, cada milímetro de su contorneado cuerpo, sin embargo, ahora los malos pensamientos afloraban y comenzaban a atormentarle. ¿Qué había hecho? Quería a Rosa con todas sus fuerzas, y aun así, no había tenido la energía necesaria para poder controlar sus instintos e impulsos más bajos. Los recuerdos llegaban en esos momentos a su mente, vertiginosamente, sin parar. Aquellos instantes vividos intensamente junto a Rosa, volvían a él, removiendo, sin cesar, todo aquello que acababa de suceder en aquel sucio prostíbulo. Pensó que Rosa jamás hubiera hecho algo semejante, ella le había elegido a él antes que a su amigo Julián, hacía ya tanto tiempo. Su mujer había sido el mejor de los regalos que le había caído del cielo todos esos años, guardados ahora con fuerte celo en su memoria, y él se lo acababa de pagar traicionando su amor y su respeto con una mujer que, por supuesto, jamás estaría a la altura de Rosa, seguramente su esposa nunca se enteraría, pero Pedro sabía muy bien que había obrado como el peor de los maridos, y ella no se merecía algo así, ni mucho menos. Pedro también se daba cuenta, justo ahora, que ya nunca podría subsanar ese gran error que acababa de cometer, y aquellos angustiosos pensamientos no le dejarían ya, de ninguna manera posible, vivir en paz consigo mismo.

Al despertar al alba, los primeros tonos dorados del día se reflejaron, fugazmente, en el reloj de Bernardo. Era todavía demasiado pronto pero hacía bastante que, tan apenas, podía dormir, quizás el mismo tiempo que llevaba separado de Nieves. Sostenía con determinación el reloj en una de sus manos, mientras la veía a ella como una imagen borrosa en su cristal. Le solía suceder, imaginaba sus ojos azules brillando más que nunca para él cuando el sol hacía resplandecer aquel reloj, cuyas saetas le seguían indicando que, aunque Nieves estuviera muy lejos de allí, su corazón seguía llenándose de ella, aun con las horas y los minutos que les apartaban al uno del otro. Los recuerdos al observar el reloj se aferraban a Bernardo, y fueron abriéndose, paulatinamente, en su mente. A veces pensaba que no tenía que haberle mandado aquella carta en la que expresaba, sin envolturas, tal y como se sentía. Le dijo que no se preocupara pero seguro que lo estaba, sin embargo, sabía que ella comprendería, lo solo que se encontraba. Hiciera lo que hiciera, estuviera donde estuviera, sus pensamientos siempre acababan en Nieves, ella daba vida a todo lo que tenía a su alrededor, era como si todas las cosas florecieran junto a ella, y él notaba que se iba marchitando, poco a poco, ahora que ya no la tenía cerca.

Volvió a verla, una vez más, a través del nítido cristal del reloj, vio sus ojos azules llamándole a mirarla, a acariciarla suavemente, a besarla con nostalgia, a sentir su fuego crepitando y a saber que seguían formando parte el uno del otro,

aun con la distancia que día tras día les separaba, imponiéndoles enormes fronteras, que conseguían romper por la imprescindible necesidad de amarse, atravesando, con increíble voluntad, el paso de las estaciones.

Bernardo no pudo entender siquiera lo que sus parientes que, además, eran buenos amigos, habían hecho la tarde anterior. Algo le decía que Pedro estaba arrepentido por ello, aun así, pensó que quizá el amor de su amigo por Rosa no era tan profundo como el que él sentía por Nieves, porque Bernardo jamás hubiera sido capaz de hacer lo mismo. Nieves era para él como una brújula, por muy difíciles que fueran aquellos momentos; por muchas atrocidades que tuvieran que presenciar; por muchos temores y angustias que tuvieran que soportar; por muy perdido que estuviera, Nieves siempre acabaría guiando su camino de vuelta a casa, ella encendería el candil, cada noche, como si fuera un faro para alumbrar sus confusos pasos, y sería ella la que retiraría las malas hierbas que él pudiera encontrar en el sendero, porque su último pensamiento siempre era ella, Nieves era su final del camino.

ALSILOS. DICIEMBRE DE 1936

De nuevo una condensada bruma envolvía a Alsilos aquella heladora tarde. Llevaba varios días cubriéndolo todo a esa misma hora, formando un tupido velo que impedía penetrar al sol en su acogedora luminosidad. Aquella cortina blanca nos encerraba otro día más en el pueblo, entre sus tonos grises y apagados.

Noté el roce de unos brazos sobre mi espalda mientras observaba, distraída, el tenue paisaje a través de la ventana de mi habitación, me volví y vi a Purificación con una sonrisa en sus labios que engrandecía, además, su rostro. Estaba milagrosamente recuperada y más agradecida aún a Lucía y a mí, que casi sin medios para hacerlo, le habíamos salvado la vida, todavía me era inexplicable cómo habíamos hecho para esconderla sin que nadie sospechara, durante casi dos meses. Nos miramos mutuamente, sabíamos las dos que se acercaba nuestra inevitable despedida y yo lo sentía de veras, había cogido cariño a Purificación a pesar de existir grandes diferencias en nuestra particular forma de ver el mundo, pero la mayoría de las veces, el corazón no entiende de lógica y razones, por eso mismo, supe en ese preciso momento cuando sus brazos me rodeaban con sinceridad, que la amistad y los lazos que nosotras habíamos creado, iban a existir siempre, aun en aquel tiempo convulso que nos tocaba soportar esos fatídicos días.

Purificación y yo tampoco habíamos entablado demasiadas conversaciones, muchas veces las palabras no llegaban, yo no sabía qué podía hablar y qué no con una monja, y supongo que a ella le ocurría lo mismo conmigo, sin embargo, había cierto afecto que había nacido entre las dos, yo no sabía ni cómo ni por qué, pero el hecho es que se había convertido en algo evidente entre nosotras.

Miré la bruma que se formaba fuera con mucha tristeza.

—Nieves, parece nostálgica, supongo que se acuerda de su marido.

Casi se me saltaron las lágrimas.

—En Bernardo, mi marido, pienso constantemente, y más ahora, con este frío que llega hasta calar los huesos. Prefiero no pensar demasiado en las condiciones en las que debe de estar, seguramente, y ojalá me equivoque, pasando muchas calamidades. Ni siquiera sé con certeza dónde se encuentra exactamente hoy ni dónde parará mañana.

Purificación me miró directamente a los ojos.

—Debe de ser muy difícil pasar por algo semejante, y la compadezco por ello, pero tiene que ser fuerte y transmitirle toda esa energía que usted tiene a su marido cuando vuelva a verle, porque todo esto acabará tarde o temprano, Nieves, todo este sufrimiento terminará algún día.

Le sonreí apenas un poco.

—Sí, debería concentrarme más en el momento en el que pueda volver a abrazarle, instante que deseo con toda mi alma y que según me dijo en su última carta, pueda ser para Navidad.

—Sí, Nieves, le deseo yo también que así sea, que puedan volver a reencontrarse de nuevo.

Agaché entonces la cabeza.

—Le preocupa algo más por lo que veo.

Cogí, amistosamente, las manos de Purificación.

—Pensaba también en los niños, aquí el invierno siempre ha sido muy duro y los hijos de los campesinos han pasado hambre además de múltiples enfermedades, y ahora que sus padres están en el frente... ¿Qué va a ser de ellos? ¿Quién se ocupará de esas pobres criaturas si la situación es mucho más drástica todavía que entonces?

—No puedo contestarle a eso, Nieves, ahora solamente Nuestro Señor puede hacer algo por esos niños, aunque sepa que a mí siempre se me ha caído el alma a los pies al verlos cubiertos de harapos y, apenas, sin nada para comer.

Quitó de un brusco manotazo sus manos, que cogían las mías.

—Ya, pues en su momento usted seguro que pudo ayudarles y, sin embargo, lo dejó pasar. Es lo que han hecho siempre la gente de su calaña, hacer la vista gorda y mirar para otro lado.

Purificación frunció el ceño.

—Se equivoca, Nieves. A mí tampoco me gustaba aquella situación, cuando yo entré en el convento tenía numerosas propuestas para mejorar la vida de los desamparados, pero a la madre superiora no le interesaban ninguna de mis ideas, es más, cada vez que le proponía algo sugerente, siempre acababa limpiando las pocilgas y los establos. Al final, desistí y decidí dedicarme en totalidad a la vida contemplativa.

La miré perpleja, no me esperaba aquella respuesta de Purificación.

—Vaya, jamás me lo hubiera imaginado.

—Desde muy niña tuve convicciones cristianas muy arraigadas, pero yo no fui una monja de vocación, simplemente el destino me llevó allí.

Mi sorpresa fue todavía mayor al oír aquellas palabras.

—Cómo que no fue una monja de vocación, entonces, me está diciendo que la obligaron a...

—Sí, Nieves, vine al convento arrastrada desde mi pueblo natal. Soy de un pequeño y pintoresco pueblecito de la parte del norte, enclavado a orillas del mar. Mi padre era un hombre poderoso y todavía mi familia conserva allí posesiones que heredaron mis hermanos.

—Entonces, proviene usted de una de esas familias pudientes a las que les sobran privilegios.

—Llámelo como quiera porque es cierto. Nunca nos faltó de nada. Mi padre, haciendo uso de su posición, casó a mis hermanas con hombres influyentes de haciendas cercanas, en cambio, a mí no me vio demasiado agraciada para el matrimonio y decidió enclaustrarme en ese convento que ya no existe.

Purificación vislumbró como pudo a través de la bruma para indicarme el emplazamiento del convento, situado al otro lado de la hilera de montañas.

—Madre mía y, dígame, ¿nunca hubiera preferido tener cualquier otra vida que la que le ha tocado pasar?

Volvió a mirar la densa bruma que lo vendaba todo.

—No lo sé, Nieves. Con el tiempo aprendí a adaptarme a aquella vida, y entre la oración y la lectura han ido consumiéndose mis días. Con dieciséis años entré en el convento y no he conocido nada más que eso.

—Pero a lo mejor le hubiera gustado conocer otras cosas. ¿No?

Me miró con simpatía.

—No debería decirle esto siendo una religiosa, pero esta vez no me lo voy a callar. He notado que tiene usted una familia maravillosa, aun con lo poco que me ha contado, y he intuido que su marido la valora y la quiere como se merece, porque sus expresivos ojos azules se han empañado cuando hemos hablado antes sobre él.

Le interrumpí.

—Tiene usted razón, porque creo que se me vuelven a empañar.

—Usted ha tenido suerte, Nieves, ha podido elegir su propia vida, y creo que también le sonrío la felicidad en ella. ¿No es así?

—Soy muy feliz junto a mi familia, pero ¿y usted ha llegado a serlo?

Cogió de la silla un libro que había estado leyendo yo aquella misma tarde, y le echó una rápida hojeada.

—La oración me llena y la lectura me entusiasma. Los libros siempre han estado a mi alcance, y no somos muchas todavía las que nos hemos podido permitir ciertos lujos. ¿No cree?

—Es cierto, a mí también me encanta leer. Mi padre, que en paz descansa, me enseñó ese extraordinario universo que forman los libros.

Me miró con dulzura.

—Ve, Nieves, ya tenemos algo en común, aunque las obras que leamos sean muy diferentes entre sí.

Le transmití mi ternura, la espesa bruma nos atrapaba, pero bajo todo aquel tapiz blanco, éramos iguales, mujeres intentando ver la claridad donde todavía no llegaba; estábamos solas, pero fuertemente unidas lograríamos vencer a esa niebla invernal, y conseguiríamos salir a la superficie, más pronto que tarde.

Aquella noche, las palabras de Purificación se repetían sin cesar en mi cabeza, era imposible dejar de oírlas, al fin y al cabo, ella había sido un títere más en todo este teatro, habían manipulado su vida igual que lo había hecho el señor Galván con los pobres mineros o el señor Torres con las familias hambrientas de los campesinos, en otro tiempo que ahora parecía muy lejano. Purificación no había sido más que otro estático objeto de decoración de la casa, representando un simple adorno que, sin contemplaciones, su mismo padre había cambiado a un lugar distinto donde pudiera seguir quieto, anulando así cualquier mínimo movimiento. Una ira repentina inundó todo mi ser, sentí una lástima enorme por ella, aquella mujer no había podido elegir ser nada en la vida y, sin embargo, parecía tolerar aquello como un mero sacrificio hecho por y para su Dios, entendí entonces más aún mi propia lucha, jamás nadie me arrebataría el pensamiento, era algo tan importante, que había sido y sería siempre, el arma más valiosa con la que luchar.

Al día siguiente, unos pequeños golpecitos en la puerta de la habitación nos despertaron de sobresalto a ambas. Me acerqué deprisa a la puerta y la entreabrí muy despacito, saliendo apresuradamente después.

—Pero, Felicidad, es muy pronto aún. ¿Qué haces levantada tan temprano?

—Madre, es que ya no me duermo, me quedo un rato con usted hasta que se haga de día.

Dudé un momento.

—Pero, hija, estarás mejor en tu cama, hay una manta más que en la mía y estarás más abrigada, cariño.

La convencí y la llevé de nuevo a su cama. Felicidad pronto cumpliría once años y empezaba a darse cuenta de muchas cosas. Mis hijos no entendían por qué subía tantas veces a mi habitación, y si Purificación seguía allí, al final iban a enterarse de todo, obligándome a destapar una verdad que debía seguir encubierta.

Me fui a ver a Lucía, teníamos que sacar a Purificación de Alsilos nosotras solas, y no sabíamos ni cómo hacerlo, pero tenía que ser ya. Pensamos que la bruma de aquellos días nos ayudaría a ocultarla, nosotras ya no estábamos seguras y tampoco ella, definitivamente, había que trasladarla al otro lado, jugándonos el pellejo más aún de lo que nos lo habíamos jugado hasta entonces.

Aquella tarde, cuando el crepúsculo del día dejó paso a los densos cúmulos brumosos que, paulatinamente, cubrieron hasta el último de los caminos que se cruzaban saliendo de Alsilos; Lucía, Purificación y yo anduvimos durante horas y casi a tientas por el viejo sendero que llevaba a la mina. Había quedado en desuso con la nueva ruta y apenas se utilizaba ya, pensamos que, aunque diéramos un poco de rodeo y anduviéramos medio a ciegas entre la húmeda espesura, sería más precavido ir por allí. Me había puesto un buen jersey de lana sobre mi camisa, y había cambiado mi habitual falda por unos pantalones de Bernardo junto con sus calcetines más gruesos. El cabello, esta vez, me lo había recogido para cubrirlo después con una gorra también de Bernardo, evitando así las pequeñas gotas de rocío que formaba la bruma. Mis compañeras también habían elegido aquella noche llevar pantalones, porque no solo evitábamos en lo posible el frío, que los aires nocturnos lo hacían penetrar por todos los poros de nuestra piel, sino que, además, si teníamos la mala suerte de que alguien nos viera, tendríamos más posibilidades de que nos dejaran pasar desapercibidas pareciendo hombres, dada la hora que era. Caminamos durante largo rato por medio del bosque, justo en el extremo opuesto a las montañas donde se encontraban, todavía dispersas, las cenizas de lo que un día fueron los infranqueables muros del convento, que nunca pudo traspasar Purificación.

Hicimos un alto en el camino, Lucía y yo no podíamos adentrarnos más en la profundidad del bosque porque el peligro para nosotras sería ya inminente, Purificación debía seguir desde allí sola, la habíamos acompañado todo lo que habíamos podido hasta acercarnos lo mayormente posible a la otra zona, tendría que caminar aún bastante, pero llegaría a algún pueblo de esa parte que sabíamos que estaba en manos de los facciosos, no había otra opción, ahora tenía que sobrevivir ella sola encontrando su propia senda.

Las tres nos despedimos apenadas, a la vez que nuestras lágrimas corrían amargas como gotas vaporosas suspendidas en la noche, nos abrazamos con fuerza, ya no importaban las diferencias sociales ni las creencias religiosas, solo éramos tres mujeres deseando habernos podido conocer mejor en circunstancias muy distintas a las adversidades que, duramente, nos arrinconaban flotando sobre nosotras.

Después de varios meses de itinerante insomnio, aquella madrugada oscura cuando volví a la posada, dormí de tirón. Llevaba los pies destrozados por el largo camino que habíamos recorrido, y el miedo que habíamos pasado al volver, había sido tan terrible como nunca hasta entonces lo había recordado, sin embargo, por fin, durante unas escasas horas pude descansar un poco tranquila.

Cuando me levanté, la claridad iluminaba mi ventana, la bruma se había marchado de Alsilos quién sabe a dónde, solo esperaba que cuando cayera la

tarde, el ocaso no la trajera de nuevo.

Pasé todo el día atareada con la posada, y cuando el cielo empezó a oscurecer, sentí pánico y pensé en Purificación. ¿Habría podido llegar a aquel pueblo? ¿Habría conseguido salvarse? ¿Y si la había cogido alguno de los nuestros y había acabado en alguna cuneta? Cuando intentaba desechar ese último y horrible pensamiento, vino Lucía. Juntas nos fuimos a la casa abandonada donde estaba el piano, ella comenzó a tocar y yo me senté a su lado, luego la cogí por su cintura y apoyé mi cabeza sobre su hombro. Ella no podía parar de deslizar sus acompasados dedos que movían, con soltura, las cuerdas del piano, y así permanecemos un rato, hasta que explotamos las dos por dentro y las ranuras de las teclas acogieron nuestras desconsoladas lágrimas, imposibles ya de retener.

Unos días después, mientras me aseaba por la mañana con el agua depositada en la palangana de mi aguamanil, me di cuenta de que algo sobresalía por detrás del marco de madera del espejo. Me acerqué y rocé con mis dedos lo que parecía algo así como una minúscula cadenita, seguidamente, estiré de ella con suavidad, y ante mi propio asombro, apareció delante de mi vista el crucifijo de Purificación. Justo después, cayó al suelo lo que parecía una nota. Me agaché y la leí, decía que le habíamos salvado la vida y que aquel crucifijo nos protegería, sabía que no lo hubiera aceptado si me lo hubiera ofrecido ella misma, sin embargo, también explicaba que podía sernos útil si la necesidad lo requería, en aquellos días inciertos el dinero comenzaba a ser papel mojado, por eso, nos decía que el crucifijo era de oro bueno y nos podía sacar de apuros si alguna vez nos hacía falta. Lo guardé exactamente en el mismo sitio donde lo encontré, quizás Purificación tenía razón y podría servirnos en alguna ocasión. No sabía si el destino nos volvería a unir en otro momento y en otro sitio distinto, lejos de los sangrientos atardeceres que vivíamos y de los relámpagos de las bombas que llevaban la muerte, de manera fulminante, allí donde caían, quizás alguna vez en algún lugar, podríamos volver a encontrarnos sin necesitar el abrigo de la noche y donde el odio no tuviera cabida, sin embargo, y hasta entonces, en estos mismos instantes, Purificación ya formaba parte de mi vida, algo me decía en mi interior que ya nunca podría olvidar a aquella mujer que luchaba sin tregua por sobrevivir, exactamente igual que lo seguía haciendo yo misma en la incertidumbre constante de estos días, que nos empapaban del peor de los sufrimientos.

ALSILOS. NAVIDADES DE 1936

Un largo manto de nieve brillaba, con fuerza, ante el efecto reflectante de una luz blanca y transparente que el sol de mediodía transportaba, colmado de ardor, a las gentes de Alsilos. Aquella nítida blancura que recorría todas y cada una de las encuestadas calles del pueblo, entraba también en sus casas e hinchaba de pureza sus corazones, porque esperaban y, más aún, anhelaban reencontrarse, aunque solo fuera por unos escasos días, con sus seres queridos, para poder volver a sentir el ferviente calor de una familia en un espacio de tiempo, que ya ni siquiera les pertenecía a ellos mismos.

Paloma y Genoveva entraron, apresuradamente, en el patio de la posada donde se encontraba Nieves sacando un cubo de agua que, ahora, salía helada, pero aun así, seguía abasteciéndolos manando de su pozo de piedra, en el que resbalaba la fina nieve por las hendiduras de sus paredes. Las dos muchachas le avisaron, con palabras entrecortadas, de la repentina llegada de sus padres, del tío de Paloma y de Bernardo. A Nieves le dio un vuelco el corazón al oír aquello, el cubo de agua que sostenía, cayó con estrépito al suelo y comenzó a derretir, rápidamente, toda la nieve que había alrededor de sus alpargatas. Las niñas salieron a toda prisa de la posada, pero Nieves era incapaz de moverse. A muchas mujeres del pueblo les había llegado alguna carta reciente de sus maridos, diciéndoles que si no ocurría ninguna contrariedad, tendrían unos días de permiso para Navidad. Pero ni a Nieves ni a sus amigas les había llegado esos días ninguna noticia parecida, y aunque en alguna carta anterior, Bernardo le había insinuado que esa posibilidad existía, hasta que no pudiera verlo frente a ella, no podría creérselo. Nieves se quedó allí quieta, anclada en sus pensamientos y con la mirada totalmente fija, ni siquiera se había dado cuenta de que sus alpargatas se habían mojado, esperaba ese momento como nunca jamás hubiera esperado algo con tanto entusiasmo en la vida, sin embargo, no sabía qué hacer. Unos segundos después, un impulso la llevó a salir corriendo por el patio de atrás de la posada, paró en seco nada más salir fuera, y cuando se acercó al camino de entrada al pueblo, vio a Marcelo, Pedro, Ramiro, Bernardo y otros cuantos paisanos más entrar cantando en Alsilos con el puño apretado y en alto.

Un intenso escalofrío recorrió todo el cuerpo de Nieves, no sabía por qué razón y después de tantos años junto a Bernardo, notaba un hormigueo en el

estómago, era como al principio cuando se enamoraron hacía ya tanto tiempo, sentía aquella sensación que no le dejaba articular palabra y que ahora comenzaba a brotar, nuevamente, como si miles de mariposas revolotearan en su interior.

Marcelo abrazó fuertemente a Natividad y a sus hijas, y Pedro y Rosa hicieron lo mismo. Ramiro rodeó efusivamente con sus brazos a sus dos mujeres, y besó a Lucía en los labios con verdadera pasión delante de todos e incluso de su propia hija. Sin embargo, a Bernardo fueron a recibirle, muy contentos y con una ilusión desbordante, sus hijos y su hija, mientras que Nieves se quedó detrás mirándole como si tuviera delante de ella a un fantasma, y lo único que pudo ofrecerle, fueron sus manos que él entrelazó con las suyas.

Como muchos soldados de los que solían frecuentar la posada por aquellos desastrosos días, estaban también de permiso, comieron los seis en intimidad y al comfortable abrigo de la familia.

Nieves y Bernardo apenas hablaron, todos sus hijos no paraban de hacerlo, estaban rebosantes de alegría al tener otra vez a su padre, cerca de ellos. Nieves empezó a pensar qué les había pasado, parecía que a Bernardo se le atragantaban las palabras al igual que a ella. Se habían escrito cartas muy confiadas en el tiempo en el que habían estado separados y, sin embargo, ahora que lo tenía enfrente de ella, cumpliéndose así su deseo largamente ansiado en el vagar de sus noches en vela, no era capaz de reconocer lo que había detrás de esa mirada, además, se daba cuenta de que a él le estaba pasando exactamente lo mismo, cuando ella notaba en sus adentros, que también su propia mirada estaba ausente.

Después de la comida, Nieves ayudó a Bernardo a afeitarse, tenía que frotarle por todas partes para despiojarle bien, había acariciado su cuerpo infinidad de veces, pero ahora lo notaba extraño como si ya no fuera el de antes, aun así, lo que realmente le preocupaba no era aquella andrajosa presencia con la que había vuelto, sino lo que había dentro de él que no conseguía descifrar. Terminado el reconfortante baño, Bernardo salió a afeitarse con su navaja al patio de atrás, junto al pozo, era algo raro con el frío que hacía, pero aun con todo, prefería afeitarse allí en su sitio de siempre, como de costumbre. Nieves se quedó detrás observándole a través del espejo, y después, permanecieron así, mirándose el uno al otro el resto del tiempo.

Esa misma tarde, Marcelo llevó con premura a Natividad a la habitación de ambos. Natividad no entendía por qué su marido tenía tanta prisa, a esas horas podía subir cualquiera de sus hijas y, por tanto, sería más precavido esperar a la noche cuando estuvieran ya durmiendo. Sin embargo, Marcelo no supo atender a razones, cogió a Natividad por el brazo y la empujó, precipitadamente, escaleras arriba, atravesándole con una mirada de deseo, que Natividad no había visto

jamás en Marcelo. Natividad siempre había sido muy comedida en aquellos temas, pero aquel día Marcelo le enseñó a disfrutar con intensidad del placer, mientras hacían el amor derramándose entre las mieles del deseo como nunca antes ella había sentido. Cuando terminaron, Natividad no dejaba de pensar si para una mujer como ella, era considerado como algo correcto lo que había ocurrido entre aquellas sábanas, pensó que se habían comportado como unas bestias salvajes, pero, al fin y al cabo, ahora se sentía tan llena de él, que había colmado todos sus vacíos.

A esa misma hora, Lucía y Ramiro hacían exactamente lo mismo, sus cuerpos se encontraban unidos y desnudos también sin pudor. No habían podido esperar más ninguno de los dos, cada noche durante aquellos meses, se habían anhelado con ansia, amado y necesitado el uno al otro con una energía solamente fragmentada, por las líneas temporales que acechaban en los relojes de la distancia y, al fin, ahora podían dar rienda suelta a tantas emociones guardadas durante demasiados atardeceres. Un rato después, mientras Lucía abrazaba a Ramiro, le dijo con tono nostálgico.

—Te he echado tanto de menos...

Ramiro miró con infinita ternura a Lucía, que estaba apoyada en su pecho.

—Y yo a ti, mi amor, no te imaginas cuánto he pensado en ti y en Genoveva, aunque, en realidad, erais vosotras las que me dabais fuerzas...

—Sí, imagino lo mucho que has necesitado esa fuerza para salir adelante.

La mirada de Ramiro cambió por completo su rostro y se incorporó de inmediato, dejando a Lucía tumbada.

—No, Lucía, no te lo puedes ni imaginar... Hemos visto cosas horribles que no sé ni cómo contarte...

Lucía le penetró con la mirada y se quedó sentada, apoyándose ligeramente en la almohada.

—Sé por lo que habéis pasado. Pueblos enteros devastados con cadáveres por cualquier esquina...

Ramiro la miró asombrado.

—¿Cómo sabes tú todo eso? Si no recuerdo mal, yo no te puse nada en las cartas por evitarte la preocupación, ya te conté en una de ellas que, ahora, yo mismo las escribo aunque me cueste lo mío, con lo cual, nadie las interpreta por mí.

—Lo sé, pero no quiero que me protejas, puedo hacerlo yo sola. Bernardo fue más sincero que tú en las cartas que le escribió a Nieves, ella nos lo estuvo ocultando un tiempo, pero hace solo dos días Nieves vino a contármelo, no aguantaba más, necesitaba desahogarse y confiar en alguien, y me lo dijo precisamente a mí, yo solo espero que, de ahora en adelante, no existan los

secretos entre nosotros, porque nunca lo han hecho.

Ramiro bajó su mirada confuso.

—Lo siento, Lucía, deberías haberte enterado por mí de lo que ocurre en el frente, pero quise protegerte demasiado, de todos modos, te prometo que no volveré a hacerlo, pienso contarte todo con pelos y señales, aunque me duela en el alma.

Se besaron exaltados, la guerra les envejecía a todos, pero aun así, Lucía y Ramiro sabían que esos días los iban a vivir con la fogosidad propia, de unos jovencitos en edad de festejar.

Por la noche, cuando Nieves y Bernardo habían podido romper, al fin, su silencio mutuo; con mucha lentitud, comenzaron a besarse en su habitación, sus labios volvían a fundirse después de tanta ausencia, pero eran incapaces de poder unirse en cuerpo y alma, algo les hacía retener sus impulsos y la necesidad que tenían ambos, de amarse completamente. Aquella noche, apagaron el candil despidiéndose con un fugaz beso que se desvanecía entre el pesado aire que les abrumaba, y mirándose a los ojos para ir reconociéndose, poco a poco, el uno al otro. Nieves se había acostumbrado a una soledad que le oprimía con dureza y, en este momento que recuperaba junto a sus hijos lo que más amaba en la vida, sentía que el frío del invierno lo llevaba todavía muy dentro.

A Rosa le ocurría algo parecido, sentía enormes ganas de llorar y ni siquiera podía, pensaba que tendría que tener deseos de reír y no de llorar al tener en casa de nuevo a su marido, sin embargo, Pedro la había rechazado aquella noche, y ella no podía comprender por qué lo había hecho. Se le llegó a pasar por la cabeza que, en el frente, su esposo le hubiera sido infiel con alguna miliciana que estuviera con ellos, pero enseguida lo descartó, su Pedro jamás la traicionaría, de eso estaba segura. La guerra afectaba a todos, y a Pedro había debido de impresionarle demasiado todo lo que habría tenido que presenciar, por esa misma razón, ella tendría que aprender a ser paciente con él, porque seguro que lo que Pedro necesitaba en aquellos días, era todo el cariño del mundo con el que, sin albergar duda alguna, Rosa estaba dispuesta a compensarle, para poder borrar los malos y crudos momentos, que él debía de vivir casi a diario.

Al día siguiente, Bernardo y Nieves, con una enorme voluntad por parte de ambos, habían conseguido tener ya una conversación como las que mantenían antes.

—Esta noche he dormido bien, suelo tener pesadillas bastante a menudo que me quitan el sueño, pero teneros cerca de nuevo, me ha dejado descansar a gusto por una vez.

Bernardo cogió casi temblando las manos de Nieves, después de observar cómo ella le servía un poco de lo que había llamado café, aunque a él aquella

especie de líquido acuoso de color indescifrable, le parecía cualquier cosa menos café.

—Me alegro, Bernardo. No sabes las ganas inmensas que teníamos todos de verte, pero aun así, ayer cuando nos encontramos, no sé, es como si de repente hubiera habido un abismo entre nosotros, tú y yo que siempre hemos sido uña y carne.

—Lo sé, a mí me ocurrió lo mismo, e incluso ahora es como si te estuviera conociendo, una vez más.

Nieves le miró confundida y con tristeza.

—Todo se nos escapa, Bernardo. Hacemos cosas que nunca se nos ocurrirían en tiempos de paz.

—Es verdad, Nieves. Tú no has visto todo lo que yo he tenido que vivir, creo que ya jamás podré olvidarlo, ni siquiera cuando esta maldita guerra acabe.

Nieves frunció el ceño, aunque no soltó sus manos de las de Bernardo.

—Ya lo sé, Bernardo, me lo has explicado muy bien en tus cartas, e imagino bastante todo lo que me dices y, por supuesto, quiero que sigas confiando en mí. De todas maneras, a veces me lo cuentas como si aquí en el pueblo la vida siguiera igual, y no es así, ni mucho menos.

Bernardo le miró un poco sorprendido.

—¿Y cómo es, pues, la vida aquí? ¿Acaso llegan las bombas o las balas?

Nieves intentó ser comprensiva.

—No llegan las bombas, pero hemos visto arder el convento de detrás de las montañas y... supongo que aún recuerdas al sobrino del señor Galván, el que se casó con una mujer del pueblo de al lado que no gustaba nada a la familia...

—Por supuesto que lo recuerdo, dieron bastante que hablar a las chismosas, pero no sé por qué me cuentas ahora esto.

—Pues porque desde hace unos días nadie sabe nada de él ni de su mujer, aunque su familia se marchó del pueblo, él y su esposa se quedaron, y ahora han desaparecido los dos, e incluso hay algunos que aseguran que oyeron disparos al amanecer que, casualmente, coinciden con el momento en el que ya no hemos sabido de ellos, también te puedo decir que, por desgracia, no han sido los únicos disparos que nos han mantenido en vilo en el silencio de la noche. Como puedes ver ni Alsilos ni los pueblos colindantes se han convertido en una balsa de aceite con vuestra ausencia, a veces pienso que es como una jaula de víboras todo lo que me está rodeando.

Bernardo comprendió, entonces, que su mujer y sus hijos estaban mucho más lejos de encontrarse algo a salvo de lo que él pensaba, sin embargo, sabía bien que Nieves capearía aquel temporal viniese de donde viniese. Terminaron de tomarse el escaso desayuno entre miradas de esperanza y también sombrías;

mientras, Nieves pensaba en lo que habían hablado, el sobrino del señor Galván había ido de un lado para otro como un monigote, y su particular teatrillo cambiaba de escenario igual que de camisa, con lo cual, no había sido tomada con demasiada sorpresa, su reciente desaparición. Sin embargo, parecía que a Bernardo le costaba entender toda aquella situación que le envolvía a ella y, por eso, tuvo miedo de contarle cómo habían ayudado a Purificación, la notable distancia entre ellos, le hacía pensar que no podría asimilar algo semejante, y decidió, por una vez en su vida, callarse y guardar así su secreto junto a Lucía.

Unos días después, Lucía miraba la ventana ensimismada, también ella había escondido, deliberadamente, aquella confianza mutua que se llevaría con Nieves a la tumba. Ramiro tampoco lograba comprender lo que a ellas les ocurría, él no entendía que la muerte en el otro lado del horizonte, dolía más todavía que si la presenciabas de cerca. No sabía cómo ni por qué en aquellos momentos, le venían a la memoria sus padres. Nunca había vuelto a tener noticias suyas, sin embargo, ahora que Ramiro volvería a marcharse y, otra vez, la casa se quedaría, en parte, vacía, puesto que su suegra hacía ya años que había fallecido, y todos los hermanos y hermanas de Ramiro hacía tiempo que habían contraído matrimonio y se habían ido de allí; algo le hacía pensar en ellos, en sus padres, si estarían vivos o ya los buitres habrían devorado todo lo que quisieron ser y, a lo mejor, no fueron más que alimento de la carroña, quizás allí donde estuvieran, ni siquiera sabía si seguían residiendo en Teruel, el sufrimiento también les recordaría lo que habían hecho con ella y con Genoveva. Lucía seguía sintiendo un odio profundo hacia sus padres, sobre todo, hacia su manipuladora madre, pero no comprendía por qué en esos instantes que vivía tan intensamente, volvían agazapados a su recuerdo. A pesar de todo, decidió alejarlos de sus pensamientos e intentar que no volvieran ya a emerger hacia la superficie, y se fue a pasar los últimos momentos junto a Ramiro y Genoveva, con quienes sí compartía el amor y la vida, y les debía toda la estela de sentimientos que condensaban sus días.

Nieves y Bernardo salieron por el camino montados los dos como unos mozos en la destartalada bicicleta de Bernardo, igual que en los viejos tiempos. Al cabo de un rato, llegaron al campo de girasoles, ahora totalmente cubierto por láminas blancas, en el que juntos se refugiaban cuando todavía no sabían ni podían entender, las vueltas que les iba a dar la propia vida. Necesitaban volver a amarse como entonces, cuando su única preocupación era tenerse el uno al otro a cada momento, era por ello que decidieron escapar de todo en esa descabellada locura de amor maduro, que a punto estaban de cometer.

Necesitaban que el viento que soplaba les hiciera libres de sus miedos; que el sol de la mañana incendiara el calor de su amor y alejara las barreras que les

hacía sentir distantes; que el manto de nieve les arrojara con esperanza; y que la sangre que fluía por su interior borboteara con ferviente pasión, cuando unieron allí, sobre la luz blanca y pura de la nieve, sus cuerpos. Cobijados solamente por las ásperas telas de sus abrigos y acariciándose por debajo de la ropa ligeramente desabrochada, se olvidaron del helador entorno y de aquel inhóspito espacio que les rodeaba, e hicieron el amor dejándose llevar por sus placeres desbordados, demostrándose lo mucho que seguían queriéndose, porque su causa sería siempre el amor y no la guerra, y su lucha sería también conjunta, aunque un extenso horizonte volviera sin demora a separarles unas horas después, rasgando su inolvidable encuentro, cuando el espejismo de la luz se fuera transformando opaco.

Por la tarde, mucha gente de Alsilos se congregó en la plaza para despedir a todos los hombres del pueblo que volvían a la lucha.

Nieves y Bernardo esperaron casi hasta el final en la posada, y cuando se encontraron solos, salieron al patio de atrás y se quedaron unos instantes más junto al pozo. Nieves vio cómo Bernardo dejaba apoyada una pistola sobre una de las gruesas paredes de piedra, que sostenían el pozo. No podía creerlo y miró a Bernardo atónita.

—Nieves, no te asustes, quiero que la tengas solo por si acaso. He comprendido que aquí en el pueblo, también te puede hacer falta, en estos momentos nunca se sabe...

Nieves le miró incrédula.

—No, Bernardo, no puedo quedármela. Mi lucha está aquí arriba —se señaló con su dedo índice la frente—, no con las armas.

—Lo sé, Nieves, siempre lo he sabido. Intentaremos librar muchas batallas con el pensamiento, pero para ganar la guerra, hacen falta las armas.

Nieves miró hacia el pozo con lástima y desaliento a la vez. No quería tomar entre sus manos la pistola que, allí mismo, había dejado Bernardo. Primero la rozó con delicadeza como si tuviera miedo de llevársela consigo, y luego, la cogió con firmeza, era como si cada momento que vivía, la embargara en una aventura distinta de cada etapa de su intensa vida. Bernardo le enseñó, rápidamente, cómo podía manejarla si se daba el caso, y Nieves intuyó en aquel instante que su dedo no temblaría en el gatillo, así como las dudas no le alcanzarían en caso de necesitar usarla, vivían días fuera de lo normal que les llevaba a cargar con pesos excepcionales, impensables en otro tiempo.

El ocaso inundó de nuevo cada resquicio de la habitación de Nieves. Sentada en un lado del colchón de lana, miraba horrorizada la pistola esperando no tener que usarla jamás. La metió bajo la almohada y se tumbó sobre ella. Cerró sus ojos azules y los acontecimientos se precipitaron en su cabeza, sintió

entonces un profundo dolor incapaz de sofocar, lloró sin poder parar de hacerlo no solo por todo lo que acontecía; ni por tener ahora plena posesión y juicio sobre la vida y la muerte al haberse quedado con la pistola; ni siquiera porque su todavía desconocido Bernardo se acabara de ir otra vez lejos de ella, rompiendo el latir de su corazón; sufría porque su vida corría mucho más deprisa de lo que ella podía imaginar, y no sabía tampoco si conseguiría alcanzar algún día, el ritmo que, apresuradamente, guiaba a sus atormentados pasos hacia abismos inexplorados.

ALSILOS. AL DÍA SIGUIENTE

La ligera tibieza del sol de media tarde nos envolvía con su perfecta aureola dorada a las dos, pero la nítida luz que hacía reflejos sobre la nieve, no conseguía penetrarme. El fugaz fuego ardiente que tan solo un día antes me había traído de nuevo a Bernardo, ahora volvía a deshacerse descompuesto en rígidos bloques de un hielo que, una vez más, enfriaba y atravesaba hasta el último poro de mi piel.

Tenía a mi hija en mi regazo, Felicidad se había sentado sobre mis rodillas como cuando todavía era mi dulce muñequita, hacía muchísimo frío, pero aun así, salimos las dos juntas al patio con una de las sillas de madera del salón de la posada, necesitábamos respirar un poco de aire puro fuera, y por primera vez en mi vida comprendí que Felicidad ya nunca volvería a ser mi niña pequeña, lo supe cuando nuestras miradas se cruzaron simultáneamente.

—Madre, no esté apenada. Padre volverá tarde o temprano, y yo le ayudaré a que no esté usted tan mustia hasta entonces.

Rocé con mis dedos una de sus mejillas, dejando asomar una débil sonrisa entre mis labios.

—No sufras por mí, cariño, si yo no estoy triste, solamente un poquitín preocupada.

Me devolvió la sonrisa con una mirada que me transmitió calidez.

—Sé que está triste, madre, yo también lo estoy, pero deberíamos hacer caso de lo que decía infinidad de veces el abuelo Gervasio.

Puse cara de extrañeza.

—¿De lo que decía el abuelo Gervasio? No te comprendo, hija.

—Sí, decía que éramos todos como nuestra hiedra, que estábamos creciendo igual, que la hiedra sigue trepando verde incluso cuando nieva, y que vuelve a enredarse en el mismo lugar de donde salió el primer brote.

Miré fijamente el rostro infantil de mi hija, de pronto, se había convertido para mí en toda una mujercita, estaba claro que el peso lastimoso de los hechos que vivíamos, habían causado una revolución en su mente que le conducía a madurar, quizás, antes de tiempo.

—Vaya, vaya, con el abuelo Gervasio...

—Claro, madre, entonces no lo entendía muy bien, pero ahora ya sé lo que

quería decir el abuelo.

—Pues... anda, hija, explícamelo, porque yo sí que no he entendido nada.

Felicidad me cogió convencida de la mano y me llevó hasta el muro donde trepaba la resistente hiedra, y después retiró cuidadosamente la nieve de una de sus hojas, mostrándomela.

—¿Ve, madre? Ni siquiera la nieve puede con ella y según el abuelo todos nosotros somos igual de fuertes que esta hiedra, por eso usted ha de tener muchísima fortaleza e intentar no estar triste hasta que padre esté aquí de nuevo, ya verá como cuando menos nos lo esperemos, está otra vez entre nosotros.

Miré a mi hija con los ojos arrasados en lágrimas a punto ya de escaparse, esta vez era ella quien me daba los consejos a mí. Nos abrazamos de una manera que jamás olvidaré, noté cómo algo se llenaba en mi interior, acababa de sufrir el gran vacío que me había dejado casi sin existencia con la marcha de mi marido, y era mi propia hija que, apenas poco antes de cumplir tan solo once tiernos años, conseguía consolar mi frágil dolor, colmándolo con el pensamiento de una mujer en un cuerpo todavía de niña.

Un rato después, subí sola a mi habitación, necesitaba pensar, quería acordarme de mi padre una vez más. Cuando lo veía todo tan negro, igual que el ocaso tintaba oscuras las cristalinas aguas que albergaba el pozo del patio, tenía que volver él con toda su palabrería a través de mi hija, para hacerme ver que la hiedra trepaba siempre hacia arriba, sobresalía incluso con la adversidad de la nieve y, entre sus enredadas hojas, nos enseñaba que la vida, cada día, seguía abriéndose camino.

¿Qué era lo que me ocurría? Anhelaba las sabias palabras de mi padre, ahora pronunciadas por boca de mi hija. Felicidad estaba cambiando, también aceleradamente, al igual que el resto de mis hijos. Faustino ya me lo había demostrado hacía bien poco, y ahora era mi hija Felicidad quien me estaba poniendo a prueba. Todavía la arropaba por las noches con su vieja muñeca de trapo que, en su momento, yo misma cosí con restos de retales de la ropa que había sido de mi padre. Me empecé a preguntar qué nos estaba sucediendo, era como si nuestro mundo, aquel en el que habíamos crecido y ese que habíamos intentado reinventar, innovando y ampliando, deliberadamente, sus miras hacia nuevos y mejores horizontes, se nos estuviera volviendo del revés. Ahora eran mis hijos los que daban respuesta a mis desvelos, y yo tendría que afrontar todo este caos en el que me encontraba justo en el centro, sin la ayuda de Bernardo, sola.

Y hoy, sin él, estaba siendo todo demasiado difícil para mí. Bernardo había vuelto muy traumatizado por las atrocidades de las que había tenido que ser testigo, pero él todavía no comprendía por lo que yo estaba pasando. La guerra

también había impuesto sus propias normas sobre nosotros, nos había convertido en completos desconocidos, y todo lo que nos había unido en otro tiempo, quedaba ahora muy lejos, separado entre inmensas fronteras, como si hubiéramos cambiado tanto que la vida nos estuviera transformando en unas personas tan diferentes a las de antes, que estuviéramos empezando a no ser ya los mismos. Sin embargo, mi último día junto a Bernardo me hizo sentirme completa y tan amada como en las noches de antaño, cuando los minutos parecían detenerse y una guerra todavía no nos consumía hasta las entrañas.

Solamente la fugacidad de un momento en casi medio año, unas simples horas en las que Bernardo y yo volvimos a formar parte de un todo; en las que todo lo que nos rodeaba volvía a ser inexistente para nosotros; en las que flotamos amándonos; y en las que ahora me arrepiento de no haber sido capaz de decirle todo lo que tenía pensado compartir con mi marido. Por esa misma razón, me dispuse a escribirle en ese mismo instante, ya no podía esperar más, tenía que expresarle aquello que me fue imposible teniéndole cerca.

“Querido Bernardo:

Ayer te marchaste y me has dejado un corazón hecho pedazos. Nos costó mucho abrirnos el uno al otro, y después de varios días cuando, por fin, sucedió, no supe decirte lo mucho que te eché de menos y lo triste que me siento ahora que has vuelto a dejarme aquí sola. Nos ha sido bastante difícil reencontrarnos, solo espero que todo lo que nos rodea no nos vuelva a sobrepasar como ya lo ha hecho, y, por supuesto, que no nos aleje nunca más. Hasta nuestra hija me ha tenido que consolar, todos crecen muy deprisa y ya no sé cómo debo comportarme con ellos. Sé que debería darte ánimos para la lucha y te los doy, pero nos prometimos sinceridad al despedirnos, y por eso te cuento cómo me siento, aun así, no quiero que sufras, porque aunque ahora te esté haciendo ver mi dolor, siempre voy a estar a la altura de nuestra causa y de todo lo que se me pide. Solo quiero que sepas que, a pesar de las circunstancias, te quiero igual que el primer día.

Tu querida esposa.

Nieves Hernández.”

Le había escrito a Bernardo una carta un poco desalentadora, sin embargo, yo también necesitaba desahogarme por carta al igual que lo había hecho él hacía unos meses, cuando me envió aquella en la que no existían, prácticamente, palabras de esperanza, y menos mal que las que siguieron no fueron tan dolorosas.

Me sobresalté al oír que alguien llamaba a la puerta y cuando la abrí, vi a

Lucía con un rostro todavía más triste que el mío. Nos abrazamos sin decir una sola palabra, el dolor compartido era menos penoso. Habíamos nacido en el mismo pueblo pero en mundos muy distintos y, aun con todo, habíamos crecido juntas, habíamos intentado transformar la manera de pensar de la gente y estábamos luchando más unidas que nunca tras el muro de la tragedia, ya no éramos como hermanas, no sabría explicar exactamente qué era aquello que nos atrapaba como en una tela de araña y nos hacía entendernos así la una a la otra, pero lo que sí puedo asegurar es que nuestros lazos afectivos eran irrompibles, mayores si cabe que los de unas hermanas.

Unos momentos más tarde, con los últimos hilos llameantes del atardecer, que ardían como la chimenea de la posada y se reflejaban en el piano de la casa abandonada donde nos encontrábamos; llenaban del mismo modo toda la estancia, con un color tan vivo y tan rojo como nuestros ya débiles corazones, que escuchaban los acordes de Lucía para que un buen presagio los reconfortara de nuevo.

Lucía me transmitía algo muy especial al escuchar sus notas musicales emerger del piano, no importaba aquel mísero ambiente en el que lo hacía, hubiera sentido esa misma sensación de plenitud que me infundían sus melodías, igual que si la hubiera visto tocar desde el palco de un prestigioso teatro, donde las butacas se llenaran con un público entregado. Me hacía sentir la música como si fuera un susurro, me trasladaba lejos de allí, de aquel momento y de nuestra guerra, me hacía olvidar todos mis miedos, y cuando sentía la última nota que depositaba sobre las teclas, sabía que había vuelto a ser yo misma, que la fuerza que me daba la hiedra volvería a hacerme trepar, porque la vida te hacía crecer y te ponía en su sitio, ese lugar por el que tenía que seguir luchando; ese mundo en el que no quería volver a ver a niños harapientos muriéndose de hambre por las calles de Alsilos; aquel donde la mina ya no se cobrara ninguna vida y en el que no tuviéramos que volver a llorar a amigos como Julián; ese sitio donde nadie fuera más que nadie; y también aquel donde nosotras desarrolláramos el mismo papel que el de cualquier hombre, y en todas las materias, sin excepción alguna.

No sé qué inmenso poder de atracción tenían las partituras de Lucía, porque ya no solo nosotras rodeábamos su piano, sino que muchas otras mujeres del pueblo subían a oírla tocar, puesto que también ellas viajaban a aquel lugar libre por el que todas seguíamos avanzando, y a mí, en aquel preciso momento, se me borraron todas las angustias que había sentido desde que Bernardo partiera otra vez.

Felicidad, que también estaba allí escuchando a Lucía, me miró con complicidad, y yo le devolví la misma mirada, ya no podía seguir lamentándome, al fin y al cabo, yo era una luchadora nata y, más aún, lo haría

por ella, mientras yo viviera, jamás permitiría que Felicidad acabara siendo la sombra de su marido, cuando lo tuviera. Nosotras habíamos empezado a conquistar nuestras propias libertades que, desde luego, no íbamos a dejar escapar en un único suspiro, nos había costado mucho dolor y lágrimas conseguirlo después de toda una historia sin poder ver la claridad del día, y no iba a ser mi hija la que volviera a la penumbra de siglos pasados.

Las notas de Lucía me acababan de dar la clave, no dejaríamos que nos volvieran a arrebatar la dignidad que nos merecíamos, a pesar de la sangre derramada y del lamento que nos causaban las tragedias que vivíamos, había que mirar hacia adelante, ya no había vuelta atrás para nadie, dibujaríamos nuestras marcas en fósiles, aunque tuviéramos que seguir lidiando con las eternas piedras del camino elegido.

CERCA DE TERUEL. PRIMAVERA DE 1937

El frío que habían padecido durante todo el invierno, se iba disipando, poco a poco, por las espesas praderas que iban quedando atrás formando pequeños montículos pardos en la lejanía; mientras ellos proseguían su camino. Pisaban ahora con fuerza, para que quedara grabada su huella imborrable al paso del tiempo, extendiéndose a través de los infinitos campos de trigo, que tanto a Bernardo como a Ramiro, Marcelo y Pedro les recordaba, nostálgicamente, a su tierra natal. Las semillas de trigo germinaban en todos ellos para devolverles un renovado coraje y la unidad que necesitaban para afrontar con entereza y valentía, las circunstancias adversas que, tan a menudo, se posaban a su alrededor.

Bernardo arrastraba sus pies cabizbajo junto a John, un nuevo camarada que hacía ya un tiempo que les acompañaba en su largo pesar y en aquella maltrecha guerra, uniéndose a su causa como la suya propia, y esperando otorgar al mundo, algo demasiado diferente a las opresivas e injustas órdenes a las que les tenían acostumbrados. Bernardo admiró desde el primer día la honestidad y la nobleza de John, él era inglés y se había cruzado media Europa para jugarse la vida en una guerra, de la que aunque no tenía nada que ver, la sentía como su misma lucha y empeño por la libertad de pensamiento, y se involucraba de la misma manera que Bernardo, que se estaba dejando más que la piel todo el dolor que contenía dentro, por ese mismo propósito. Pronto fue uno más entre todos ellos, se comunicaban con gestos y, muchas veces, ni aun así se entendían, y eran, precisamente, aquellos pequeños momentos, los que les hacían reír a gusto sin pensar que la metralla les seguía rozando los talones.

Sin embargo, Bernardo no podía olvidar las noches de un invierno tan cruel y arrasador, como nunca hubiera podido imaginar. Dormir al raso y en pleno campo se había llevado aquellos meses a muchos compañeros, a los que ni siquiera la ración de coñac de cuando se iba la tibieza del día con la primera luz de la luna, les había hecho entrar en calor. Había habido muchas mañanas que Bernardo no sentía sus pies y, raudo, los había puesto al sol para notar de nuevo cómo le hormigueaban los dedos, en el momento en el que la circulación de su sangre volvía a ellos. Pero, en cambio, no habría nunca más sangre en las venas para alguno de sus compañeros, aquellas heladoras madrugadas les habían

arrancado el calor de cuajo y la energía del sol, ya para siempre. Bernardo había presenciado, con sus propios ojos más negros que la oscuridad de aquellas aterradoras noches, la muerte de muchos camaradas suyos, lo peor de todo era que ni la metralla ni las balas habían acabado con sus frágiles defensas, sino que había sido la propia naturaleza de sus cuerpos, que habían quedado congelados por el tiempo en el que les había tocado estar.

Para Bernardo la llama que le llenaba de vitalidad, se iba apagando cada día más y más, ahora solo era como un suspiro que cualquier ráfaga de viento fresco derrumbaría sin mirar atrás. Sin embargo, y aun a pesar de todo el sufrimiento que le revolvía cada minuto hasta lo más profundo de él mismo, siempre encontraba algo que volvía a avivar ese hilo de llama, que nunca llegaba a desaparecer. Apretaba ahora con intensidad el reloj de Nieves, todos los días escuchaba su tic-tac sin parar, porque lo único en todo ese tiempo que no había renunciado a hacer, era precisamente dar cuerda a aquel viejo reloj que le devolvía cada segundo a la posada, con sus hijos y con Nieves. Él necesitaba poner en marcha esa maquinaria que le llevaba a otro tiempo, el vivido y el que quedaba por venir, ese en el que ya no solo abrazaría las cartas de Nieves, sino que ella avivaría su llama, al fin, por completo. Bernardo sabía bien que eran todas esas cosas, las que le hacían sentirse unido a su familia cuando pensaba en ellos, era la misma añoranza la que le hacía vencer en su propia lucha interna, para lanzarla contra el enemigo.

Cuando aquel día llegaron al punto de encuentro con otros camaradas, se apresuraron a desarrollar el plan previsto con mucha cautela, pero antes de que las sombras de la noche les atraparan con su velo.

A las primeras luces del día, cuando todos los camaradas estaban en sus puestos para acometer la voladura del puente que, bajo la bóveda nocturna, el día anterior habían cruzado con celeridad; Bernardo creyó oír algún ruido.

—S s... ¡Ramiro!

Ramiro no le escuchaba.

—¡Ramiro!

Ramiro le contestó en un susurro.

—¿Qué pasa, Bernardo?

—¿No has oído eso?

Ramiro le miró confuso.

—¿Oír el qué?

—No sé, venía de la cabecera del puente.

—Pero si allí está John. ¿No le habrás oído a él?

Bernardo miró a Ramiro dubitativo.

—No, no creo que haya sido él, se mueve con mucho sigilo. Esto no me

huele bien, Ramiro, aquí está pasando algo raro y no me gusta un pelo, voy a acercarme por si acaso.

—Está bien, pero ten mucho cuidado.

—Sí, lo haré, no te preocupes.

Bernardo se acercó muy despacio con el fusil apuntando al frente. Cuando llegó donde se encontraba John, vio a alguien que avanzaba con premura desde el lado opuesto del puente, y le gritó a John para que se apartara, pero este no le entendió, y entonces Bernardo, sin pensarlo, corrió y se abalanzó sobre John tirándolo inmediatamente al suelo. En ese mismo instante, el hombre que cruzaba a gran velocidad el puente, apuntó con su arma a Bernardo, pero él fue más rápido y su bala llevó al enemigo, en unos segundos, al mundo de las tinieblas.

Durante aquel angustioso día, todos los amigos y camaradas de Bernardo le vitorearon como si fuera un héroe, la operación había salido a la perfección, habían podido derribar el puente gracias a la destreza y a la buena puntería que había tenido Bernardo, pero él ni mucho menos podía sentirse orgulloso de un acto tan vil, como el que había realizado.

Aquel día, cuando las hogueras de los campos se tiñeron del pozo más oscuro, sus impuras aguas penetraron por todas las arterias de Bernardo, sumergiéndolo bajo una pesada culpa, que jamás podría desterrar de sus tejidos. Sus pensamientos se habían impregnado de un dolor, que nunca había soportado. Por primera vez en su vida, había matado a un hombre, una vida tan valiosa como la suya propia. No conocía a ese hombre, pero a duras penas en unos escasos segundos, había vislumbrado su rostro, y algo le dijo en aquel instante que, seguramente, tendría mujer e hijos al igual que él. ¿Cómo podía haber hecho algo tan atroz? Había matado a otro ser humano, se intentaba consolar pensando que era la guerra, la maldita guerra en la que luchaba por crear un mundo más tolerante para todos, pero entonces, ¿de qué manera había ejercido él mismo la justicia que predicaba, dejando sin vida a aquel pobre hombre?

Mientras todos ya dormían, Bernardo seguía culpándose y lastimándose por lo ocurrido. Las finas gotas de una fría lluvia comenzaron a resbalar por su rostro, y Bernardo no pudo contenerse más, sus lágrimas fueron desahogándose, lentamente, junto al pozo de lluvia que aquel cielo tenebroso le otorgaba.

Nada ni nadie podrían llegar a consolarle nunca ante tal hecho, había disparado otras veces, pero jamás había visto la muerte de sus propias manos, aun así, sabía casi con total seguridad que, ahora, solamente había sido la primera vez, sus manos y todo su ser tendrían que mancharse de sangre, desgraciadamente, en más ocasiones, y también era consciente de que si él conseguía salir con vida de todo ese maremágnum en el que les tocaba vivir, se

acostumbraría a convivir con esos pensamientos, pero sería imposible lograr soportarlos.

Fueron las horas más difíciles que Bernardo había pasado en la vida, pero algo le hizo sentir que lo había hecho por ellos, por Nieves y sus hijos. Sabía que Nieves saldría adelante sin él si llegara el caso, ella era una mujer muy fuerte e inteligente para poder afrontar lo que le viniera, con la máxima serenidad posible. Sin embargo, también pensaba que la hubiera llenado de amargura si en vez de ese hombre tirado en medio del puente, hubiese sido él el que hubiera acabado desplomado en el pétreo suelo como un despojo. Bernardo seguía sintiendo un gran vacío en el corazón, pero Nieves no merecía quedarse sola, se amaban y habían luchado siempre juntos por el porvenir de sus hijos, y él tendría que mirar hacia adelante para poder vencer sus innumerables miedos y sus eternas pesadillas, iba a seguir siendo la experiencia más horrible y cruenta de toda su vida, pero su amada Nieves le estaría esperando en su viaje de vuelta, al igual que el pingüino emperador vuelve a rellenar la distancia que le ha mantenido separado de su pareja, durante el estremecedor frío; y así, con el perfume embriagador de la primavera, renace el amor entre ambos; con el fin de que siga floreciendo en los largos días de vida que les quedan para convivir más unidos que nunca, después de una interminable espera. Bernardo cogió en aquel momento las cartas de Nieves, las releyó sin prisa emborronándolas un poco con una mezcla de lágrimas y lluvia, se sintió extraño con tanta emoción que no era capaz de contener, desde la muerte de Gervasio, que había sido para él como su propio padre, no había vuelto a hacerlo, no lloraba desde entonces, pero ahora estaba totalmente desconsolado.

Sin embargo, tarde o temprano regresaría de aquel agrio viaje, que solo le dejaba impotencia y abatimiento en ese árido camino. Volvería junto a su familia porque solo ellos podrían adornar sus días, nuevamente, con guirnaldas de alegría; haciéndole borrar en la pausa del olvido, los malos recuerdos; para poder un día de aquellos que le quedaban por compartir con los suyos, enterrar, definitivamente, en el agujero más hondo de la tierra, sus pensamientos más espantosos e indescritibles.

ALSILOS. PRIMAVERA DE 1937

Aquella mañana cuando abrí de par en par la tosca ventana de madera de mi habitación, la humedad aromática de las flores embargó todos mis sentidos. En la repisa se habían posado unos locuaces gorriones que, ya tan temprano, iniciaban su matutina y extensa charla. Aún no había amanecido pero con la tenue luz que me entraba, me vestí y me aseo con el agua que me quedaba en la palangana del aguamanil, y peiné mis mechones ondulados sonriendo, a la vez, al espejo que me seguía guardando el secreto de Purificación. Después de arreglar la habitación, bajé al patio a por agua del pozo. Ya las mariposas, con sus perfiladas alas de todos los colores del arco iris, revoloteaban a su alrededor, y seguro que la hiedra del muro también contenía en su interior un hervidero de vida, que nacía al mundo una vez más. Miré a lo lejos y entornando mis ojos, tan claros como el agua salada del mar más inmenso, pude vislumbrar las montañas que se despegaban de su fondo tostado y prendido con puntos pardos, para acoger con dulzura los tonos anaranjados que las desgarraban por sus laderas y hasta los confines de sus valles.

Me asombré a mí misma pensando que la vida fluía de nuevo, amanecía un año más para formar parte de todos nosotros, pero, en este preciso momento, ya no nos regíamos por esas leyes, ahora habíamos impuesto las nuestras propias, mientras en el último rincón imaginable renacía la vida, nosotros solo veíamos la muerte tras los muros de hiedra, y cuando las lluvias se llevaban la maleza dejando el terreno limpio de cualquier impureza, nosotros acabábamos resbalando también entre los escombros de las tormentas.

Me encontraba esos días con el ánimo reptando por los suelos, y ni siquiera el impactante brillo del sol conseguía penetrar en mi interior. La lista de bajas y desaparecidos en combate era larga, cada vez adquiría más volumen, y las mujeres aquí en el pueblo, estaban más y más desquiciadas cada día que pasaba. Yo les decía que las entendía para darles un poco de consuelo, pero no lo hacía, no quería pensar en ello y, además, me era imposible hacerlo. ¿Cómo te debes sentir si de la noche a la mañana, te comunican que tu marido ha muerto en la batalla y que aún no saben nada de tu propio hijo, que se encuentra en paradero desconocido? Yo no quería siquiera pensarlo, porque cada vez que lo hacía, algo me quemaba por dentro notando al mismo tiempo un escalofrío, tan intenso, que

mudaba toda mi piel, la cual cobraba el mismo aspecto que la de las gallinas de los corrales de Alsilos, las que todavía conservábamos, claro.

Era tremendo todo aquello, aún no puedo comprender cómo todas estas mujeres, mis paisanas de siempre, volvían a poner los pies sobre el suelo cada mañana que comenzaba, no estoy segura si yo hubiera sido capaz de hacerlo, aunque quizás si hubiera estado en su lugar, habría hecho exactamente lo mismo, su valor me enseñaba, cada día, que a pesar de vivir con el corazón más exprimido que una esponja marina, actuaban con dureza y como verdaderas mártires, para hacernos ver a nosotras que nunca una lucha es en vano, y la suya era poder lograr que las personas a las que tanto amaban, jamás llegaran a olvidarse y siguieran abriéndonos paso a través del legado que nos iban marcando. Sin embargo, todas nosotras nos poníamos a temblar de miedo cada vez que veíamos venir a la cartera con la correspondencia entre sus manos, yo me metía escabulléndome en la cocina de la posada, esperando que no apareciera por allí con malos presagios, de momento había tenido suerte, y deseaba que nunca se me acabara, no sabía cómo ni de qué manera, podría vivir con algo así sobre mi frágil pecho. De todos modos, me entusiasmaba cuando veía que las manos de esta mujer se alargaban para estrecharme una carta de mi marido, ella había cogido el relevo al antiguo cartero, para darnos o quitarnos todo lo que teníamos con un pequeño y simple gesto. Ahora éramos muchas realizando el trabajo que en otros años había sido exclusivo de hombres y, desde luego, no se nos daba nada mal, sino al contrario, desempeñábamos todas las tareas con una más que sobrada eficiencia, que se trasladaba hasta el último de los puestos que ocupábamos. En realidad, yo sí había regentado desde siempre mi posada y, claramente, no iba a dejar que sus muros se desplomaran igual que un castillo en la arena, porque mientras yo viva, jamás la piedra de esta casa será destruida.

Con un cubo de agua me dirigí al salón, abrí también allí la ventana para que se aireara un poco, el olor en el salón no era igual de agradable que en mi habitación, ni mucho menos, olía a sudor, a vino y a rancio. La noche pasada habían estado, emborrachándose de nuevo, unos soldados que no tenían ningún tiento para saber cuándo debían tomarse la última copa, eran los mismos que rondaron por aquí hacía ya varios meses, enseguida les eché el ojo y supe que eran esos a los que tuve que despachar de la posada a cajas destempladas. Sin embargo, esta vez les acompañaban compañeros de más rango y eran también muchos, aparte de que en la posada ya no podíamos permitirnos cerrar las puertas a nadie, ni siquiera a aquellos hombres sin ninguna educación, el gasto que me habían dejado todos los días que llevaban, me supliría con creces para un tiempo.

Mientras frotaba, arrodillada y con fuerza, el suelo pegajoso y lleno de

licores que me habían ensuciado, aprovechando que entraba algo más de luz por la ventana abierta, oí unos pasos que se acercaban con rapidez tras de mí. Me incorporé y vi a mi amiga Nati toda asustada, me temí lo peor, sin embargo, todavía era muy temprano para que apareciera la cartera con sus dichosas y maléficas cartas aniquiladoras.

—Nati, estás más pálida aún que la leche que ordeñas. ¿Qué te ocurre?

Natividad era incapaz de articular palabra, parecía como alelada.

—Pero, mujer, ¿quieres contestarme? Nati, por favor, me estás metiendo el miedo en el cuerpo, ¡hombre!

Por fin, mi amiga se dignó a contestarme.

—Nieves, no sé qué hacer. Cuando me disponía hace un momento a ordeñar mis vacas como de costumbre, pues...

Mi paciencia se empezaba a acabar.

—Pues... ¿Pues qué, Nati? ¿Qué ha pasado?

Bajó su mirada que se había tornado gris.

—Resulta que ya no están en los establos.

No me lo podía creer.

—Pero ¿cómo que ya no están?

—No, no están, Nieves. Alguien se las ha llevado, me las han debido de robar esta noche. ¿Quién crees tú que puede haber sido? Aquí nos conocemos todos y, tarde o temprano, encontraríamos al culpable.

—Sí, eso está más claro que el agua.

—Entonces, ¿quién puede haberse llevado mis vacas?

—No lo sé, déjame pensar un momento, Nati.

Natividad deslizó ambas manos por sus cabellos con notable impaciencia.

—Madre mía, Nieves, son ya las únicas vacas que tenemos en Alsilos, además de ser también el sustento con el que mis hijas y yo sobrevivimos, tenemos que encontrarlas, me tienes que ayudar.

Me quedé unos instantes pensativa.

—Nati, creo que sé quién ha podido ser.

—¿De veras?

—Tiene toda la pinta de que sean los soldados de estos días, que antes del alba se han marchado para el frente.

—Sí, puede ser, pero ¿cómo es que estás tan segura?

Suspiré profundamente.

—No estoy del todo segura, pero algo les oí comentar referente a la vaquería, mientras se tomaban ayer en la posada un chato de vino.

—Y, ¿el qué escuchaste, si puede saberse?

—No pude oír toda la conversación, pero algo intuí que decían de que la

vaquería del pueblo estaba al lado de la posada, nada más.

Nati me miró dudando.

—¿Y crees que habrán sido ellos?

—La verdad es que no lo sé, pero no creo que sea una casualidad que la nombraran. De todos modos, no tenemos ninguna otra alternativa, ¿no?

—Supongo que no.

—Entonces, no se hable más, Nati, nos vamos a buscar tus vacas.

Nati puso los ojos en blanco y alzó los brazos.

—¿Pero es que te has vuelto loca? A saber ya por dónde paran, necesitamos pedir más ayuda, a nosotras no nos las van a devolver, seguro que piensan que somos unas mujeres indefensas...

Sonreí tímidamente mientras me quitaba el delantal.

—Bueno, somos mujeres, sí, pero no indefensas, se sorprenderían de lo que somos capaces y, además, veo que por allí viene tu hija Paloma con Lucía y Rosa, está claro que su madre ha sido una buena maestra.

Nati se dio la vuelta.

—Pero, Paloma, hija, has llamado tú a...

Paloma le interrumpió mostrando su altivez.

—Por supuesto, madre, no hay tiempo para avisar a más gente y tampoco lo es de lamentaciones, sino de actuar con la cabeza bien fría.

Natividad se quedó sin palabras, sin duda, Paloma no había salido a ella, en cambio, tenía todas las papeletas de parecerse a Marcelo, siempre en primera posición reivindicando su dignidad en la mina. Se adelantaron por el camino que salía de la plaza, y yo les dije que las alcanzaría enseguida, en cuanto recogiera el cubo y los trapos esparcidos por el suelo del salón. En vez de eso, dejé todo encharcado y por el medio, no había tiempo para poner esas cosas en su determinado sitio, porque había que colocar otras antes de que se nos escaparan. Subí velozmente a mi habitación y agarré, con fuerza, la pistola que dormitaba bajo mi almohada, quizá no tuviera los arrestos suficientes para poder intimidar a mis propios compañeros, pero necesitaba que mi cuerpo flotara en un arroyo de coraje, para salvar un bien tanpreciado por aquellos días de escaseces, que estábamos sintiendo.

Me uní pronto a mis compañeras con el arma, a buen resguardo, bajo la cinturilla de mi falda. No nos costó demasiado dar con aquellos traidores que se querían llevar un tesoro, que valía mil veces más que todo el oro del mundo en aquellos angustiosos momentos. Los animales no iban a un paso muy ligero, y eso nos dio la ventaja para encontrarlos al poco de salir del pueblo.

Les pillamos de improviso, y no sé ni cómo ni siquiera por qué lo hice, saqué por puro instinto la pistola de mi vientre a una velocidad de vértigo, que

no les dejó tiempo de reacción ninguna. Solo habían quedado dos soldados retrasados del grupo custodiando las vacas de Nati, y en el instante en el que mis manos apuntaron sin tantear sobre sus frentes, se quedaron totalmente inmovilizados, supe entonces que no moverían un solo dedo para coger una sola de sus armas.

Les grité.

—¡Arriba las manos y que yo pueda verlas!

Miré de refilón un escaso segundo a mis amigas.

—¡Venga, acercaros a por las vacas! ¡Rápido!

Ellas me miraban totalmente asombradas como si acabaran de poner los pies en un mundo desconocido, quizá tendría que haberlas puesto al corriente sobre semejante secreto, pero no lo creí prudente.

—Pero ¿a qué estáis esperando?

—Ya voy yo, que a estas tres parece que les ha dado un aire o algo.

Parecía mentira, mis amigas se habían quedado embobadas mirando cómo sujetaba la pistola, y tenía que ser Paloma, con sus dieciséis años a cuestas, la única que tuvo la templanza necesaria para acercarse y recoger las vacas.

—Nieves, ya tengo las vacas bien amarradas.

Miré de reojo a Paloma para asegurarme, por primera vez me llamaba solo por mi nombre, convirtiéndonos así en mujeres iguales defendiendo los mismos privilegios.

—Está bien, Paloma, buen trabajo. Vosotros, os dais la vuelta muy, muy despacito.

Se volvieron tal y como yo les indicaba.

—Bien, ahora vais a correr tan deprisa como no lo habéis hecho en vuestra puñetera vida, y también transmitiréis a todos un mensaje de nuestra parte. A las mujeres de Alsilos no se les roba, espero que nunca lo olvidéis, y ahora, ¡largo de aquí!

Se fueron los dos pobres hombres totalmente despavoridos, salieron como alma que lleva el diablo, y todavía no sé si fue porque les apunté con mi pistola o porque la persona que estaba detrás de ella era una mujer, y creo, sinceramente, que fue esto último lo que les acobardó de inmediato. Recuperamos así las vacas de Nati y, al final del día, cuando la zona oscura ya volvía a cubrir la posada sobre nuestras cabezas; vi de lejos, desde la ventana de la cocina mientras preparaba la cena, a Paloma, que tomaba, muy confiada, la mano que le ofrecía con anhelo mi hijo Faustino, después se adentraron juntos por el sendero que trazaban los búhos de la noche, y dejaron mi visión más opaca que nunca.

Paloma era una muchacha increíble, realmente, yo la admiraba, ya no tenía ninguna duda de que se había convertido en toda una mujer, con unas ideas bien

definidas que defendía por encima de su propia vida, sabía bien que a Paloma no lograrían engatusarla con falsas verdades, y a mi hijo Faustino le iba a costar tiempo y ganas conquistarla, si era eso lo que él pretendía, porque, desde luego, Paloma no iba a dejar que jugaran con ella como si fuera una delicada muñequita de la más fina porcelana.

El poco tiempo que pude observarles, me recordaron a Bernardo y a mí cuando festejábamos, pero Faustino y Paloma tan solo acababan de salir del cascarón y, además, viviendo en un tiempo en el que las batallas traspasaban todas nuestras barreras. Tenían los dos dieciséis años y, para mí, eran unos niños sintiendo pesadumbres de momentos adultos, unos adolescentes experimentando por primera vez el amor en medio de todo aquel caos que nos rodeaba, sin embargo, y a pesar de las múltiples consecuencias que yo bien conocía, no iba a reprenderles por eso, ni siquiera se lo contaría a Nati, les iba a dejar que vivieran su amor con plenitud, porque no era yo quien para arrebatárselo y, en realidad, qué otra cosa les podía ilusionar por estos días, si no era lo que el uno al otro se regalaran.

Aquella madrugada, me desperté de sobresalto y ya no pude conciliar el sueño. Me ocurría a menudo, pero antes conseguía sacar lo que llevaba dentro, mis lágrimas solían empapar la almohada y rodaban entre las sábanas para sumergirse en el mullido colchón de lana. Ya no podía, era como si mi corazón se hubiera secado y se hubiera vuelto tan áspero como el cáñamo de mis alpargatas, se había enterrado en mis propias entrañas, al igual que un verdadero y codiciado diamante solo se encuentra en algún recóndito lugar por debajo de nuestra superficie, y para rescatarlo, es preciso extraerlo poco a poco y con gran precisión.

Había muchas madrugadas de noche cerrada como era esta, que no sabía ya el lugar en dónde paraba mi desdichado corazón, mi llanto también se había escondido junto a él en alguna parte inaccesible para mí, y yo sentía en el silencio de la noche, que se iba escapando mi razón de ser, esa misma que me había traído a esta aciaga madrugada.

ALSILOS. SEPTIEMBRE DE 1937

Las pomposas nubes de aquella tarde de final de verano, en plena danza con el compás del atardecer, iban transportando su fino velo sobre la línea rojiza que comenzaba a dibujar el sol. Los últimos meses, las lluvias habían empañado, con demasiada frecuencia, los cristales de las ventanas de la posada, algo no muy habitual por aquella época del año en Alsilos, pero es que, quizás, el propio clima había cambiado completamente nuestro cotidiano ambiente, y ahora lo que imperaba eran las más estruendosas tormentas, que barrían, con rabia, hasta el último de los rincones de nuestro pueblo.

Llevábamos ya más de un año con el peso de las armas sobre nuestras ensangrentadas espaldas, y la moral, paulatinamente, se nos escurría de las manos, arrastrándose por el suelo igual que lo hacen las más míseras ratas. Muchas veces, tampoco veíamos el modo de volver a levantar cabeza, sin embargo, nunca podíamos olvidarnos de nuestros sueños y, menos aún, dejarlos atrás, el mundo seguiría sin merecer la pena si no conseguíamos que salieran adelante. Por esa única razón, volvíamos a sacar nuestras más poderosas fuerzas de flaqueza de donde ya ni siquiera encontrábamos indicios de que, en algún lejano momento, hubieran existido. Y, por todo ello, teníamos que remontar una vez más, para ganar este juego que pagábamos con nuestra propia sangre.

Mis amigas y yo misma, a pesar de todo, jamás nos rendíamos. A veces, nos teníamos que defender igual que si hubiéramos partido a combatir en el frente, porque aquí también teníamos nuestra propia lucha, no era una línea tan firme y tan visible como la del horizonte, pero era mucho más espesa e indeterminada, que la que la simple vista pudiera alcanzar.

La ruleta que se movía sobre nosotras, seguía girando sin cesar. Lucía había vuelto a quedarse sin tierra, la había cultivado casi con tanto cariño como el que daba, día tras día, a Genoveva, sin embargo, los acontecimientos de aquel destino incierto que vivíamos todas, la habían puesto en un lugar que ella seguía tomando como el suyo, aun con todo lo ocurrido. Lucía no se había resignado, ni mucho menos, sino que había hecho, justamente, lo que nadie esperaba o hubiera hecho en su misma situación. Levantó la cabeza bien alta y se puso a coser uniformes junto a Rosa, si ya no podía trabajar las tierras, ayudaría a vestir a nuestros hombres y los abrigaría ante el escalofriante viento de la madrugada, un

viento que hoy, en Alsilos, comenzaba a enturbiarse bastante.

Mientras preparaba para la cena una sopa de pan, que lo que menos llevaba era precisamente pan, comenzaron a repicar, con mucha intensidad, las campanas de la iglesia. El sonido llegaba estrepitosamente a mis oídos, y aquella insistencia que no cesaba, hizo que retumbara de pánico por todo mi cuerpo.

Apagué rápidamente el fuego de la cocina, y cuando me disponía a salir por el patio de atrás, venía con premura mi hijo Faustino. Aquella tarde, que pronto sería noche, le había tocado guardia, hacía ya muchos meses que los hombres que quedaban en el pueblo, se turnaban vigilando el camino de entrada a Alsilos, por si las moscas. Como el resto de nuestros hombres estaban lejos de allí, en el frente, solían hacerlo un hombre de edad y un zagal, que conjuntaban la experiencia y la impetuosidad, para poder mantenernos a todos los demás alerta. Todavía los días eran largos y, por eso, mi hijo pudo vislumbrar en un limpio horizonte y con total claridad, que esta vez eran enemigos los que querían traspasar el umbral de nuestras puertas y, además, les dio tiempo a avisar en la iglesia a que tocaran las campanas, para que los nuestros pronto llegaran y nos ampararan, anticipándonos ante la brutalidad de un odio enquistado, que intuíamos se iría cebando casa por casa.

Dejé a Faustino al cargo de la posada y de Gervasio, Félix y Felicidad, sabía bien que defendería la posada con uñas y dientes si hacía falta, puesto que también la llevaba en su sangre, y jamás permitiría que hicieran daño a Gervasio y a Félix o que tocasen un solo pelo de Felicidad. Este último año, Faustino me había demostrado lo mejor de sí mismo, y no tenía ninguna duda de que usaría ese poder sobre aquellos que intentaran siquiera un mínimo gesto contra alguno de sus hermanos.

Me acerqué con celeridad a la plaza y me junté allí con Natividad, Lucía y otras mujeres del pueblo que habían visto ya cómo los soldados robaban, libremente, en las casas de sus vecinos, situadas estas en primera línea, casi a las afueras de Alsilos, y ante el aterrador miedo que se había instalado en ellas mismas, decidieron abandonar sus propias casas, exponiéndolas, de esa forma, al inevitable saqueo. Después, bajaron apuradamente a la plaza junto al resto de nosotras.

Decidimos hacer frente a aquella terrible situación que, de un momento a otro, se nos venía encima, y, justo entonces, Lucía alzó con decisión su brazo por encima de nuestras cabezas. Empuñaba con valentía su hoz, aquella que, durante tanto tiempo, les había dado la energía de la vida y la constancia de su propia lucha. Lucía convenció, con aquel arranque de coraje, a todas las mujeres del pueblo aquella tarde a punto de desvanecerse ya, bajo el fuego rojo que coloreaba la puesta de sol. Al poco de aquello, aparecieron muchas provistas de

martillos, picos y palas, herramientas que tanto habían rascado en las profundas cavidades de nuestras incrustadas rocas en la mina. Al fin y al cabo, eran nuestras armas contra la injusta opresión a la que nos querían someter y que, obviamente, estábamos más que dispuestas a defender en Alsilos y en todas las provincias de nuestro país hasta el fin de los tiempos, no íbamos a dejar que nos encadenaran tras la plaga de su tóxica condena.

Yo llevaba en mis refajos, un arma más letal todavía que las de mis avanzadas compañeras y paisanas. Desde el mismo día que conseguí con ella rescatar a las vacas de Nati, no me la había quitado de encima, solamente la escondía bajo la almohada cuando dormía, aunque a estas alturas, descansaba ya como cualquier pájaro que se va adormeciendo en la rama más alta de un árbol, hacía tiempo que mis sueños y pesadillas se alternaban con un ojo abierto y el otro cerrado, al igual que lo hace un ave que no espera ser presa de nadie esa noche. Ahora mi falda y mi delantal encubrían el bulto que a la luz del día, siempre viajaba conmigo. Sabía que jamás sospecharían, quién iba a pensar siquiera que debajo de sus faldas, una mujer albergaría el escondite de una pistola, era impensable y, para mí, se convertía en la mejor protección que podría conservar ante un hombre que viniera con fatales intenciones.

Quizá nunca lleguen a nombrarlo como una batalla, sin embargo, para nosotras fue una gran victoria, la mejor quizás, porque nos animó lo suficiente como para no aplacarnos ya ante nada ni ante nadie. Conseguimos echar a esos malnacidos de nuestro pueblo, además, se fueron con la lección bien aprendida, seguramente no se les ocurriría volver a ninguno, no usamos ningún tipo de violencia, solo se asustaron de nosotras cuando les amenazamos con nuestras precarias armas, no necesité siquiera sacar la pistola, comenzaron a marcharse mucho antes de que me decidiera a hacerlo, seguía habiendo chismosas en el pueblo a pesar del sufrimiento que nos unía, y solo me hubiera aventurado a ello en un caso extremo, pero no tuve esa necesidad porque pronto todos esos bárbaros facciosos se marcharon sin más. De todas maneras, yo estaba segura de que los nuestros habrían escuchado las campanas de la iglesia, y no tardarían en cogerles en alguna emboscada antes de que pudieran saltarse, igual que un asqueroso sapo, la línea del frente.

Mientras nos estábamos abrazando con alegría comedida, aunque solo fuera por ese día, nos dimos cuenta de que Rosa no se encontraba entre nosotras. Nati, Lucía y yo corrimos despavoridas hacia su casa. Antes de entrar, oímos sus espeluznantes gritos de socorro, esos chillidos eran peores que los de un cochino cuando lo llevas a la matanza.

Cuando pudimos abrir a golpes la puerta de su casa y vimos semejante espectáculo, nos quedamos de piedra.

Una bestia sin ningún escrúpulo embestía, una y otra vez, encima de Rosa como un toro totalmente embravecido. Parecía un animal salvaje, en ese momento, pude entender, de alguna manera, cuando a los fascistas se les llenaba la boca diciendo que los hombres representaban al más puro macho español. En ese mismo instante, supe que en verdad lo creían, solo que lo de puro, sobraba. En mi vida había presenciado similar tortura, jamás hubiera podido imaginar que mis ojos verían un día un acto tan ruin, cruel, repugnante, devastador, asqueroso y animal, sobre todo, animal. Ese hombre nunca había sido persona y jamás ya podría llegar a serlo. Sabía que Rosa no era la primera mujer violada y tampoco, por desgracia, sería la última, pero esa bestia se llevaría, sin lugar a dudas, su merecido escarmiento.

Las tres nos miramos y le gritamos, a la vez, que dejara en paz a Rosa, pero no nos hizo ningún caso, él siguió a lo suyo como si nada, entonces, Lucía, sin siquiera pensarlo, le clavó su hoz en una pierna, y yo, un segundo después, disparé apretando el gatillo por primera vez en mi vida, dándole, también, casi en el mismo sitio en el que había acertado Lucía. Natividad se quedó junto a su hermana, y Lucía y yo le hicimos correr arrastrando la pierna y con los pantalones todavía medio bajados, por los campos de Alsilos. Ese ya no era un hombre, aun dudando de que alguna vez lo hubiera sido, era un animal más salvaje, incluso, que el león más agresivo de la selva o el cocodrilo más hambriento de los trópicos, alejándose ahora, rápidamente, después de saciar su voraz apetito. Lo seguimos con la mirada hasta que ya no pudimos vislumbrarlo. Sin embargo, desde lejos, nos maldecía e insultaba con sus alaridos de víbora herida, yo sabía que el dolor que le habíamos infringido no le causaría la muerte, pero su inevitable cojera le recordaría siempre la atrocidad que había cometido, y tendría que vivir con ello auestas.

Una fuerte tormenta se precipitó sobre nosotras cuando acudimos junto a Rosa. Aquel monstruoso fascista le había desgarrado las entrañas, y ahora, un viscoso charco de sangre fluía desde las piernas de Rosa, resbalando sin parar por ellas hasta llegar a empapar el suelo. Lucía cortó pronto la hemorragia, y luego le hizo tomar una infusión de hierbas hervidas para calmar algo sus dolores y tranquilizar también sus nervios y su angustia. No sabría qué habríamos hecho ese día sin Lucía si se hubiera marchado como enfermera al frente, estaba claro que nos hacía mucha más falta a nosotras, que también cruzábamos, a menudo y sin sosiego, las líneas que nos llevaban al peor de los abismos, cuyo contorno se perfilaba con cortantes escarpados que mecían, en nuestros adentros, un abrupto paisaje lleno de peligros.

Me tumbé en el suelo junto a Rosa y la abracé con anhelo, lloraba como una niña pequeña formando caudales de rabia imposibles de encauzar, yo hice lo

mismo, todas nosotras aquella maldita noche dejamos salir del fondo de nuestras almas, la tormenta torrencial que, celosamente, habíamos guardado sin poder enseñar a nadie durante mucho tiempo. En aquellas terroríficas horas nocturnas, supe que Rosa ya nunca sería la misma. Su sonrisa se había borrado apagándose para siempre de la faz de la tierra, y su mirada se había vuelto turbia igual que el aire plomizo de la tarde, aquel que ya nunca ella podría respirar sin ahogarse o sin sentir la asfixia en su garganta, porque acababan de arrancar sus pétalos que un día fueron tan naturales como su mismo nombre.

Algo me decía que Rosa había dejado de pertenecer al mundo de los vivos, para caer en el hoyo más profundo que se pueda excavar en la tierra. Ahora, solo el calvario del infierno se postraría delante de su alma ensuciada por el más malvado de los demonios, porque le habían robado el máspreciado privilegio de una mujer, hiriéndole brutalmente y sin contemplaciones en su propia dignidad, y causándole una humillación de tal magnitud, que era imposible de calificar para aquel cobarde que se había atrevido a mancillarla sin compasión alguna, e impidiendo por la fuerza su propia defensa.

Después de aquello, solamente el borboteo ruidoso de la tormenta invadió nuestro silencio, nuestras palabras se habían evaporado en el cargado ambiente que nos inquietaba y ahogaba, en aquellos instantes, lo único que nos embargaba era la nada, sabíamos que tarde o temprano tendríamos que recobrar la voz para alzarla más alto todavía, y así, poder gritar al mundo que la injusticia más salvaje había envenenado, a cantidades desorbitadas, todas las venas que surcaban el cuerpo de Rosa, pero aquella noche la impotencia anidó crecientes capas de rencor en todas nosotras, albergando en nuestros corazones no miedo sino el más sucio de los odios, mientras que el de Rosa había iniciado ya, su irrefrenable caída hacia el más inmenso vacío.

TERUEL. ENERO DE 1938

Aquella noche, la luna transparentaba con claridad los rostros de Bernardo, Marcelo, Ramiro, Pedro y John. Ese día, su luz dejaba traslucir cierto entusiasmo que les hacía recobrar nuevos brotes de alegría abandonada, ya sin las amenazas que traían consigo los destellos de sombras de sangre que habían dibujado trágicas siluetas, las mismas que estaban amontonadas como losas inertes entre los escombros de la ciudad mudéjar que, en este preciso momento, pisaban sus desgastadas alpargatas con mucha rabia. Ramiro se encontraba pensativo mientras imaginaba las casas que en otro tiempo se habían levantado, y que ahora la madera de sus ventanas alimentaba la hoguera que a ellos les calentaba. Entre aquel velo de humo que les enredaba, buscó en su memoria a los padres de Lucía, quizás hacía tiempo que sus cuerpos, totalmente desfigurados, yacieran junto a otros muchos bajo sus pies entre todas aquellas ruinas sobre las que se asentaban, en realidad, jamás llegaría a saberlo y, de todas formas, hacía demasiado que aquellas personas que les habían repudiado sin piedad y sin un mínimo atisbo de sentimiento, ni siquiera hacia su propia nieta que no tenía culpa de nada, habían salido definitivamente de sus vidas, poco importaba ahora si se habían reducido a un mísero despojo o, una vez más, habían salido ganando, aprovechándose de todo ese universo que les ofrecía la vida a costa de los demás.

Bernardo empezaba a mantener un fino aunque tenso hilo de esperanza por aquellos días. Los camaradas celebraban la dura conquista de la ciudad, y a Bernardo le habían hecho olvidar, aunque solo fuera un poquito, la sangrienta y encarnizada batalla que días antes habían soportado, a pesar, sobre todo, del intenso y abrumador frío que les sobrecogía, y para el que no existía caparazón posible que fuera capaz de mantener sus cuerpos templados e inmunes en ese gélido entorno, que desafiaba, asimismo, las adversidades de un clima más típico de lugares con temperaturas extremas, que de rincones turolenses.

Aquella noche, brindaban animados con tazas de coñac caliente mientras la luna llena les transmitía una serenidad, que los invitaba a observar aquel cielo claroscuro, en el que el solapado brillo de las estrellas era lo único que refulgía en el infinito firmamento, flotando, a ráfagas, entre la turbia cortina que ascendía de las hogueras y oscilaba, ondulante, hacia la espléndida cara que esa noche les

concedía la luna.

Aquellos días, la ilusión y el empeño con que habían comenzado su lucha por vivir en un mundo mejor que el que, hasta entonces, les alojaba, volvió con la intensidad necesaria hasta el más débil de sus pensamientos, y resurgió contagiándose unos a otros el valor que requerían, para seguir haciendo frente a la justicia que tenía que depararles un propicio destino, y un porvenir sin cabida para indignas lamentaciones. Bernardo había enterrado como había podido todo su dolor, por debajo de montones de tierra sepultados bajo aquellos escombros, pero el miedo a una inesperada vuelta del mismo, seguía invadiéndole por entero, escondiéndose entre las capas más sensibles de su piel. Sin embargo, brindaba a gusto con todos sus compañeros y con la mirada puesta siempre hacia adelante, para evitar recordar los momentos más oscuros que habían visto pasar, con agitada frustración, sus propios ojos negros.

Ya entrada la madrugada y con cierta tranquilidad, intentaron dormir un poco a pesar del frío, prácticamente polar, que las últimas nevadas les habían traído, dejando irremediamente sus cuerpos, igual que una placa de hielo en medio de un vasto océano agitado por corrientes glaciales.

Bernardo despertó de repente. Estaba tiritando y sus dientes no paraban de castañear, estiró las piernas y movió los brazos, poco a poco, para que la circulación prosiguiera su vital camino por venas y arterias, y después se acercó a la hoguera para avivarla de nuevo, echándole un trozo de viga de los que abundaban desperdigados por el suelo abarrotado de cascotes. Todos seguían durmiendo pero vio que John estaba totalmente quieto, no se movía en absoluto. Se acercó a él rápidamente y comprobó que no respiraba.

Le cogió por sus inmóviles hombros y, mirándole, le gritó balanceando su pético cuerpo.

—¡John! ¡Despierta, John! ¡Por favor, despierta!

Marcelo despertó, sobresaltándose al mismo tiempo, y también se acercó a John con premura.

—Marcelo, es que no responde.

Marcelo hizo que Bernardo se retirara, y empujó frágilmente a John, que se desvaneció cayendo al suelo de lado y conservando exactamente la postura anterior.

Marcelo miró fijamente a Bernardo.

—Está muerto, Bernardo. Se ha congelado con el frío de la madrugada.

—No puede ser, Marcelo, John no. Otra vez no, parece que no hubiéramos tenido bastante con la batalla que ahora...

Marcelo miró con profunda lástima el cuerpo inerte de John, se había quedado tieso como una vela con aquel viento gélido que, entre rachas cortantes,

transportaba unas temperaturas tan bajas, que eran inhumanas esa noche.

—Quién nos lo iba a decir. El inglés sin conseguir soportar el invierno de estas estepas...

Bernardo también miró con pesadumbre a John.

—Quizá es que nosotros estamos ya acostumbrados a estos aires que nos desgarran la piel.

—Puede que así sea. Anda, vamos a avisar al resto.

Fue una noche muy difícil y tremendamente angustiada para todos ellos, a muchos otros el hielo les había enterrado en la nieve antes que a John, pero habían compartido muchos momentos junto a él, y le habían cogido un afecto especial que ni siquiera tenían con muchos de sus paisanos, por eso su muerte abrió una gran brecha en los recuerdos que Bernardo intentaba borrar con ahínco y, en lugar de eso, volvieron a enseñarle la sangre esparcida por el largo manto blanco, que hacía que sus pensamientos viajaran, sin retorno, a la velocidad de la luz, fijando su terrorífica estancia en la batalla pasada.

El sosiego había tocado techo en la mente de Bernardo. Durante los siguientes días, solo el retumbar del fuego volvía a su esponjosa e inevitable memoria. Intentaba, a menudo, pensar en otra cosa, o en su querida Nieves y en sus amados hijos, pero, al final, solamente veía ante sus ojos la línea que marcaba la silueta, del reguero de sangre seca dibujada en la nieve. Volvían a sucederse, una tras otra, las imágenes de sus camaradas revolviéndose en el suelo, agonizando y agarrándose con increíble fuerza a los últimos instantes que la vida les daba, a veces, incluso con el cuerpo hecho pedazos como una muñeca de trapo descosida por todas partes; mientras él abría fuego al enemigo, sin poder mirar a aquellos que caían desplomados tras su espalda. Ahora no podía dejar de reflexionar sobre todo aquello, Bernardo sabía bien que ya jamás sería el mismo de antes, desde aquel día que por primera vez dio muerte a otra persona lo supo, quizás cuando toda esa horrible pesadilla en la que llevaba deambulando demasiado tiempo, consiguiera acabarse de una vez por todas, Nieves volvería a llenar aquello que la desgracia había destruido en él, sin embargo, sabía con certeza que una parte de su ser, se había vaciado para siempre, una parte que había dejado de existir, en el mismo momento que él había hecho desaparecer a otra persona con la misma condición de libertad, por la que Bernardo luchaba. Se repetía a sí mismo, en muchas ocasiones, que estaban en guerra, y que solo tenían dos alternativas posibles, vencer o morir, e indiscutiblemente él prefería ganar a pesar de los quebraderos de cabeza que, continuamente, le provocaba el resistirse a desaparecer bajo tierra.

Aun con todo, Bernardo sabía de sobra que acercarse a Nieves siempre era un aliciente para sus anhelos más profundos y, por eso, decidió desahogarse y

contárselo para poder calmar aquellos escalofriantes pensamientos, que le iban consumiéndose lentamente, devorándole, poco a poco, en el fango absorbente de la trinchera que le resguardaba.

“Querida Nieves:

Te escribo esperando que estéis todos bien dentro de lo que cabe. Han sido momentos gloriosos para nuestra causa, pues Teruel es ya solo nuestra. En cambio, entre todo este precavido contento que vivimos, hemos pasado unos días realmente crudos, no te puedes imaginar lo que he visto, y prefiero no describírtelo para no tener que presenciarlo yo de nuevo, pero, al fin, hemos conseguido lo que buscábamos, aun así, como ya te decía, entre toda esta alegría siempre tiene que haber alguna desgracia que nos agua la fiesta. Esta vez ha sido John, hace unos días que mi amigo inglés murió congelado, le había cogido mucho aprecio y, ahora, le echo en falta, la verdad es que el frío que sentimos por las noches es tremendo, y John no consiguió soportarlo. No quiero entristecerte con esto, cariño, pero necesitaba decírtelo aunque sea por carta, a menudo me desanimo y escribirte me ayuda a estar mejor, por eso no quiero que te preocupes, aunque ya sé que indudablemente lo haces, solo quiero pensar que pronto estaremos todos juntos y unidos alrededor de la chimenea en la posada, sintiendo el calor de nuestra familia que tanto añoro, eso me da fuerzas para seguir adelante, a pesar de las dificultades que nos encontramos, y que yo intento dejar atrás con la vista siempre fija en vosotros.

Me despido hasta pronto.

Os quiero mucho y os echo de menos.

Bernardo Pérez.”

Bernardo no sabía cómo ni por qué pero seguían siendo sus palabras a Nieves y las de ella a él, las que aliviaban, aunque solo pudiera ser en parte, el peso del dolor y el sufrimiento que aplastaba a su débil corazón, un poco más, en cada fugaz anochecer.

Conforme fueron pasando los días, el aire gélido volvió a atravesar los muros del horizonte, soplando con devastadora furia para arrastrarse ante ellos. Las cenizas que habían dejado los escombros, volaron para volver a tapar el cielo de un gris opaco que, pronto, lanzaría sus exterminadoras flechas, extendiendo con desmesurada crueldad, una vez más, su manta del color de las amapolas, en medio de un campo sembrado con lacerantes espinas de rosal.

ALREDEDORES DE TERUEL. PASADOS UNOS CUANTOS DÍAS

Hacía ya varias horas que el sol había asomado por detrás de las montañas, sin embargo, la densa niebla que atravesaba de un lado a otro el incierto campo de batalla, no iba a dejar visible aquel fatídico febrero, que ni un fugaz rayo se colara entre todos ellos, porque esos días no llegaría una chispa de luz a sus vidas. Todos sabían de sobra que la alegría duraba poco en casa del pobre, y la desconcertante venda espesa que les cegaba allí, en medio de ese campo minado de lamentos, se lo confirmaba de nuevo. No habían tenido ni siquiera tiempo de saborear su espléndida victoria, que ya intentaban arrebátarsela otra vez. Cada día, las llamas de aquel infierno eran más impenetrables si cabe, pero el mayor de los calvarios seguía siendo la sangre que les helaba por dentro, muchas veces, paralizando su débil existencia en cuestión de un tiempo casi ya inapreciable.

Bernardo y Marcelo se encontraban cara a cara contra el enemigo, aquel humo blanco era como un gran telón que tapaba todo lo que había en el otro lado del horizonte. En apenas unos segundos, el telón se levantaba, y desde ese otro horizonte que ellos no estaban dispuestos a dejar traspasar, el cristal de la tupida niebla se volvía transparente por unos simples instantes, pero Bernardo y Marcelo hacía tiempo que no podían ver los rostros que aparecían frente a ellos, ya no veían personas al otro lado, sus ojos estaban medio cegados por la abrumadora blancura que dominaba el desalentador entorno, y ellos solamente se daban cuenta de cómo caían los cuerpos inertes sobre el metro de nieve, que sus pies pisaban con brutal energía. Aquello era una tortura, solo les importaba su propia supervivencia, Bernardo y Marcelo disparaban sin cesar, y sin saber quién era la persona que estaba al otro lado de una línea, tan delgada, que continuamente se rompía y se hacía añicos, tanto que alrededor de ellos, sus mismos camaradas iban también quedando atrás sobre el resbaladizo hielo que, de improviso, congelaba su mente de pensamientos y su espíritu de lucha de sentimientos.

Bernardo y Marcelo jamás miraban a las personas que quedaban entre la claridad de la nieve por la que caminaban, disparando a diestro y siniestro, siempre hacia adelante, si no lo hubieran hecho así, ellos mismos hubieran sido pasto de la carroña en aquel agreste terreno.

Mientras sus fusiles seguían acechando sin tregua, Marcelo se dio cuenta enseguida de que un camarada tenía problemas para disparar el suyo, y se acercó a ayudarlo.

—¿Qué ocurre?

El miliciano era todavía un crío, rondaría los veinte o veintiún años a lo sumo y, seguramente, había aterrizado allí, sin tener muy claro aún, qué hacía en medio de aquel martirio.

—No lo sé, no puedo apretar el gatillo, creo que está encasquillado.

La triste realidad era que las armas de las que disponían a estas alturas de la guerra, no estaban entre las mejores del mercado, en muchas ocasiones, hubieran adquirido más valor como piezas únicas de museo, que para la contienda que allí se libraba, pero aun así, les sacaban de apuros. Sin duda, habría sido el intenso frío, que igual que congelaba sus entrañas lo hacía también con sus fusiles.

Marcelo gritó a Bernardo.

—¡Cúbreme un momento, Bernardo!

Él le contestó sin mirarle.

—¿Qué es lo que os pasa?

Marcelo, sin dejar de disparar, respondió a su amigo.

—Al muchacho se le ha encasquillado el fusil, voy a intentar arreglarlo.

Bernardo sintió durante unos segundos, un fuerte temblor que recorrió, súbitamente, el interior de su cuerpo.

—Está bien, os cubriré, pero hacerlo muy rápido, por lo que más queráis.

Marcelo y el muchacho se posicionaron detrás de Bernardo, pero Marcelo no conseguía desencasquillar el arma de ninguna manera.

Bernardo se empezaba a impacientar ya de veras.

—¿Qué ocurre por ahí detrás, Marcelo?

—No puedo, está congelado, no hay quien lo desatasque.

Bernardo notó, de repente, cómo el pánico le invadía.

—No puede ser, llevamos ya un rato, habrá tenido que usarlo...

El muchacho contestó a Bernardo desde atrás, con voz un tanto temblorosa.

—Todavía no he disparado, me incorporé en los últimos reemplazos y no lo he usado nunca... ni siquiera hoy...

—Madre mía, Marcelo, pero si nos han mandado a los pipiolos...

Marcelo lo dejó ya por imposible.

—Está bien, Bernardo, el muchacho no puede volver hacia atrás, nos hemos alejado mucho de las trincheras, deberemos cubrirle nosotros...

Al mismo tiempo que Marcelo hablaba, el cuerpo del muchacho cayó sin vida dibujando la nieve roja, Bernardo y Marcelo no pudieron siquiera detenerse a mirarle un solo instante, tampoco tuvieron tiempo de pensar en el pobre mozo

que comenzaba a abrirse camino, acariciando el centro de la flor de la vida, ni siquiera en su desgraciada madre cuando aquella noticia arrancara y estrujara su corazón, dejándolo inservible para el resto de sus días. Los dos amigos llevaban grabadas a pulso las palabras vencer o morir, y solamente a ellas debían su único aliento. Únicamente salvar su propia vida importaba ahora, a pesar del infinito dolor que rastreaba el camino, que sus pasos dejaban.

Mientras ellos y muchos otros camaradas se debatían entre agarrarse con firmeza a la vida, o resbalar entre las sombras de la muerte; Ramiro y Pedro, posicionados como refuerzo en la línea de retaguardia, intentaban achicar con el caldero del rancho, el agua que aquella noche había inundado la trinchera, que les cubría hasta las rodillas y dejaba muchos de sus huesos a dieciocho grados bajo cero, e inmovilizaba sus miembros tanto, que más de uno había terminado en el hospital de campaña. Si los compañeros volvían en retirada, las trincheras debían estar ausentes del agua helada que paralizaba, sin miramientos, sus piernas.

Ramiro vio un tanto sorprendido cómo Pedro cogía un pequeño pedazo de pan.

—Pero, Pedro, ¿crees que es la hora de almorzar? Los camaradas se están muriendo ahí mismo, delante de nuestras narices, ¿es que estás tonto, o qué?

Pedro miró a Ramiro un poco desconfiado.

—No puedo más, Ramiro, esto es estar viviendo en un infierno, y yo no lo aguanto, no lo aguanto ni un minuto más.

Ramiro volvió a mirar a su amigo dubitativo.

—¿Es que se te ha olvidado ya por qué estamos aquí? La causa es mucho más importante que todos esos estúpidos miedos tuyos.

Pedro se dirigió a Ramiro con ardiente odio en sus ojos.

—Ramiro, yo siempre he creído en nuestra causa, pero no voy a morirme aquí, como un perro o peor aún, y en medio de la nada.

—Y... ¿Qué piensas hacer entonces? No irás a desertar, ¿sabes lo que podrían hacerte si te cogen?

Pedro observó a Ramiro con manifiesta seriedad en su rostro.

—Sí, lo sé muy bien —enseñándole el chusco de pan, le dijo—: Voy a hacer algo distinto para volver a Alsilos, que, además, no me delatará como a un desertor.

Ramiro sintió entonces una ráfaga de miedo.

—¿Es lo que estoy pensando?

—Ramiro, sabes que no soy el primero en marcharse de este modo, y tampoco seré el último, eso te lo puedo asegurar.

Pedro colocó el pedazo de pan en su mano izquierda, sujetándolo a su vez

con el dedo pulgar. Después, con la derecha, cogió el arma apuntando al trozo de pan que sostenía en la palma de la otra mano, pero antes de poder disparar, Ramiro forcejeó con él intentando evitarlo.

—Por favor, Pedro, piensa antes en las consecuencias. ¿Qué vas a hacer si encima no te devuelven a casa? ¿Merece la pena provocarte semejante barbaridad, para alejarte de la batalla?

—Claro que merece la pena. Estoy harto de ver tanta muerte y tanta sangre todos los días, y no quiero seguir abriendo los ojos cada mañana, para volver a sentir el miedo que ahora tengo. Esto es una tortura, Ramiro, yo me vuelvo al pueblo y sin tener que huir de nadie, además, con el chusco de pan apenas se notará la marca de la pólvora.

Pedro no esperó la respuesta de Ramiro, en un solo disparo, la bala hizo que el trozo de pan saltara por los aires, traspasando, a su vez, la mano de Pedro ensangrentada al instante. Él cayó arrodillado en la húmeda trinchera con un intenso dolor que parecía insoportable, aunque quizás ni siquiera tanto como el que él mismo llevaba sintiendo desde el comienzo de la guerra. Ramiro lo llevó, lo más rápido que pudo, hasta el improvisado y precario hospital del que disponían en aquel abrupto campo. Pedro estuvo a punto de desmayarse, no por la herida de bala que, aunque muy dolorosa, soportaba con cierto orgullo, sino porque después de las curas y el vendaje que le practicó la enfermera, el médico en vez de devolverlo a su casa tal y como había previsto, lo mandó de nuevo al frente ante la estupefacta y atónita mirada de Pedro.

Aquel tipo de mutilaciones eran casi como una norma en aquella fatídica batalla, ya nadie soportaba esa encarnecida lucha, y menos aún resistían aquel invierno instalado en todos ellos, que les iba carcomiendo igual que una termita, hasta la última célula de su fugaz existencia. La frialdad de esa tierra era el centro más profundo que habitaba en cada uno de ellos; y era el espejismo de esa niebla la que ocultaba las ideas en lugares inalcanzables de sus mentes; era igualmente esa nieve la que detenía todos los sentidos que brotaban bajo su piel; y también ese irrompible hielo era el que seguía recubriendo todos los bordes de sus propios corazones.

Pedro regresó, sin poder evitarlo, a la tormentosa batalla, él fue uno de los primeros en volver con una fina venda sobre su desgajada mano. No había ya suficientes hombres, y también demasiados habían usado la misma estrategia inservible para Pedro. Él afrontó aquello como un desafío al pánico más terrible, que debía seguir viviendo.

Los días eran largos a pesar de ser más cortos, en realidad, que en la estación estival, y cada uno que pasaba, aumentaba, considerablemente, el dolor palpitante que acuciaba, con aguda intensidad, la mano de Pedro. Poco a poco,

fue notando la brutalidad de punzantes pinchazos que le subían casi hasta el hombro, fue entonces cuando decidieron llevarlo de nuevo al rudimentario hospital. A partir de ese momento, todo se convirtió en un verdadero caos. Al quitarle la venda, se dieron cuenta de que más de la mitad del brazo se le había gangrenado, lo más seguro es que la herida hubiera estado expuesta en algún remoto punto e infectada desde el primer día, pero muy a su pesar, ahora ya no había remedio posible. Los fuertes dolores de Pedro no habían cesado un solo momento, pero únicamente los percibía en la parte más alta de su brazo, casi en el hombro, no sentía, en absoluto, ni la última fibra de su mano izquierda, que había adquirido un color negruzco casi igual que el del ocaso cuando se echaba sobre Alsilos, o cubría todos los valles alrededor de aquellos abruptos campos. Un olor putrefacto acompañaba a la necrosis e invadía el ambiente de la estancia, estaba claro que los tejidos de su mano habían perdido ya, hasta la última gota de riego sanguíneo, al igual que, trágicamente, les había ocurrido a sus propios compañeros caídos en combate, no había otra opción, había que cortar por la parte sana para que Pedro pudiera sobrevivir a aquellas tinieblas, que él mismo se había traído consigo, y con las que tendría que aprender una nueva forma de vivir.

Pedro perdió completamente el conocimiento, en el mismo instante en el que vio cómo aquel carnicero al que todos estaban empeñados en llamar médico, apoyaba un serrucho en su antebrazo con total decisión. Cuando despertó unos días más tarde, se horrorizó al comprobar que ya le faltaba un brazo, aunque quizá fue mejor así, sus sentidos apagados y totalmente adormecidos le evitaron tener que presenciar, un acto tan repugnante y nauseabundo como aquel.

Le costó mucho habituarse y, en más de una ocasión, deseó formar parte de los fantasmas de Rosa, yaciendo en el fondo del pozo más hondo y envidiando, inconscientemente, a muchos de sus camaradas. Ahora nada tenía sentido, su mano izquierda le había enseñado los mejores senderos del bosque de la vida, pero sin ella, había perdido la guía en su deambular por el mundo, y se iba a convertir en un estorbo para todo aquel o aquella que se cruzara en su revuelto camino.

Pedro volvería a Alsilos, pero ya nunca su cabeza se levantaría ante las montañas que un día lo vieron nacer, ni siquiera Rosa lo miraría con los mismos ojos de antes, él pensaba que ella jamás podría volver a verle como el hombre con el que en otro tiempo, quizás lejano, compartiera el más puro amor y la pasión más desatada. Ahora para su Rosa él solo sería un hombre tullido, nunca lo volvería a amar como a un hombre de verdad, como a un hombre entero. Pedro lo había hecho todo por ella, por volver a su lado alejándose también así del horror que le impedía vivir, pero ahora tenía más miedo de su reacción al

reencontrarse, que del campo blanco del que había ansiado escapar; un terreno lleno de la más impura de todas las manchas; en un silencio derretido para siempre bajo el hielo; y sepultando entre sus capas, unas voces ya calladas, en la penumbra más oscura de aquellos inhóspitos valles.

ALSILOS. MARZO DE 1938

Los fugaces destellos de la estrella más potente iban atravesando, con lentitud, todos los tapices de oscuros colores impuestos, últimamente, sobre los quejumbrosos pilares que sostenían las casas que reinaban en Alsilos. Aquella luz aparecía entre los escarpados de las montañas, recorría después frondosos bosques y cultivados campos, y se introducía con total nitidez en nuestras vidas, trayéndonos a su vez susurrantes cantos y agudos gemidos de multitud de especies de seres vivos, que aceptaban el renacimiento de la primavera como un resurgir pleno en la selección natural de la vida, una esperanza sin lamentos que todavía conseguía que nosotras escucháramos, observando con ansia cómo la claridad de nuestra mejor estrella, penetraba por los cristales transparentes de nuestras viejas ventanas y por las ranuras de nuestras quebradizas puertas, llegando así hasta el último rincón de nuestros hogares e incluso de nosotras mismas.

Nunca sabré con seguridad cómo nos podía suceder aquello, siempre despertábamos del más duro de los letargos que se puedan siquiera imaginar, al final, encontrábamos una reflexión para todo, por más amargo y desolador que fuera el trance con el que teníamos que aprender a convivir, tarde o temprano, alguien alzaba la voz y, así, una sola palabra, un solo gesto o incluso una mínima expresión, eran suficientes para recordarnos y hacernos comprender que la última batalla no nos hacía perder la guerra, y que la nuestra no estaba precisamente allí, sino aquí mismo y ahora, ante la injusticia más horrorosa que, por encima de todo, debíamos impedir a toda costa que jamás se repitiera. Nuestra libertad se había cubierto de un luto extremadamente negro por lo que le había ocurrido a Rosa, sin embargo, con el tiempo, habíamos vuelto a recobrar las ganas de decirle al mundo que no éramos ningún trapo sucio de usar y tirar, y no íbamos a permitir que en Alsilos ni en ningún otro lugar, se volviera a cometer el acto más atroz que se pueda llegar a pensar, nadie debía pasar por el infierno que ahora lo hacía nuestra Rosa y, precisamente, si ganábamos esta guerra, la huella de nuestro pensamiento conjunto aplacaría muchos calvarios, porque nuestro camino siempre estaría guiado y alentado por la mejor de las libertades, sin fisura alguna para lacerantes agujas cargadas del más humillante dolor, un hiriente dolor que restaba como personas a aquellos que, pertrechando

actos tan viles, lo provocaban, llevándolos a ser nada o nadie.

Nos costó mucho volver a pensar en el porvenir común después de lo de Rosa, pero, por desgracia, ni para ella ni para todas nosotras había ya marcha atrás, solamente podíamos mirar hacia adelante una vez más, aun con todo lo que se nos venía encima. Aunque muchas veces hubiéramos preferido dormirnos en el más helador de los inviernos y nunca querer despertar, era inevitable que cada día volviera a amanecer, y que el suave calor de la primavera intentara, sin cesar, abrir nuestros corazones y quitarles el abrigo que los había mantenido gélidos durante toda la estación fría, pero todavía en ellos había una gran coraza difícil de traspasar.

Durante todos estos meses, he pensado infinidad de veces que el corazón de Rosa se deshizo por completo aquella infernal noche, y ahora todavía lo pienso. En Navidades nos dijo que estaba encinta, y yo tuve que agarrarme a la silla en la que estaba sentada, para no caerme del susto. Fueron las peores Navidades de nuestras vidas, y menos mal que nuestros maridos no pudieron volver esta vez del frente, aunque yo lo estaba deseando, porque no sé cómo habríamos llevado aquella angustiada situación. Tampoco lo hemos contado aquí en el pueblo, solo Nati, Lucía y yo lo sabemos. Hasta hace un tiempo Rosa se ponía camisas holgadas o vestidos anchos para poder disimular su ya prominente barriga, pero ahora con casi seis faltas, se le nota demasiado, y lleva más de un mes encerrada en su casa, sin poder salir por temor a la vergüenza. Ninguna de nosotras la entendemos, parece como si la culpa se la echara a ella misma, pero ¿no es el único culpable de su perpetuo sufrimiento, aquel salvaje sin sentimientos que se los ha arrebatado a ella también, al igual que la viuda negra mata a su presa, justo después de conseguir lo que quiere?

Rosa caminó descalza por un sendero de punzantes espinas de su propia flor desde aquel día, todas unidas intentamos que se alejara de esa senda y cogiera la de las verdes praderas para conducirla de nuevo a nuestro lado, sin embargo, Rosa sigue vagando por su casa como un alma destrozada por el más miserable de los seres, y el llanto sigue inundando cada partícula de su vida, en la que antes imperaban las esperanzas de vivirla.

Lucía intentó encarecidamente, una y otra vez, darle brebajes con unas hierbas elaboradas especialmente para tales circunstancias, con el fin de que todo quedara en un mal sueño para Rosa y que, así, jamás su vientre siguiera albergando una criatura que no quería llevar consigo. Sin embargo, todos los intentos fueron en vano, por mucho empeño que pusiera Lucía, el embarazo de Rosa seguía su marcha y, con ello, su hundimiento cobraba cada vez más profundidad, tanto que ya habría superado, con creces, las dimensiones del pozo de mi posada.

Felicidad me sacó de repente de mi ensimismamiento, su voz me llegó como un delirio después de todos aquellos pensamientos. La miré con dulzura, casi embobada, era mi niña pequeña aunque se me olvidara con demasiada frecuencia que, inevitablemente, ya estaba desarrollando las curvas de la pubertad y pronto su metamorfosis la llevaría a la madurez completa en todos los sentidos de su vida, allí donde yo ya no podría entrar ni opinar de la manera que, todavía ahora, podía controlar.

—Madre, ¿pero me está escuchando?

—¿Eh? Ah, sí, claro, hija, ¿qué me decías?

Felicidad me devolvió la mirada moviendo la cabeza a un lado y al otro.

—Que por allí viene Lucía. Se lo he repetido tres veces, es que no sé en qué está usted pensando, madre, que lleva un rato como si estuviera en las nubes...

Le sonreí.

—Tienes razón, hija, estaba pensando en mis cosas y no me enteraba de lo que me decías, me habré despistado un poco.

—¿Solo un poco, madre?

Mi hija tenía toda la razón del mundo, habíamos estado las dos un buen rato fregando los platos en la pila con agua del pozo, aunque, en realidad, ni siquiera les hacía falta, mis hijos los habían dejado muy limpios después de comer las gachas; y ahora yo estaba tan absorta en mis pensamientos, que ni me había enterado de que entraba Lucía ni de que mi hija me lo avisaba.

Vi a Lucía acercarse un poco nerviosa.

—¿Qué pasa esta vez, Lucía? Esa cara que traes me da ya... pánico.

—Nieves, temo por Rosa. Tengo un mal presentimiento, no sé.

Miré a Lucía de reajo para que no hablara delante de la niña.

—Bien, Lucía, dejo los cacharros y salimos fuera.

Dejé a Felicidad recogiendo la cacerola y el resto de la vajilla, y nosotras salimos con premura a la calle por la puerta trasera del patio.

Lucía empezó a relatarme aquello que la inquietaba, sin poder parar y con el rostro consternado.

—Nieves, es que le ha llegado carta de Pedro.

—Bueno, a estas alturas, supongo que ya estoy curada de espanto. ¿Son malas noticias?

Lucía me miró con cierto asombro.

—No, qué va, Nieves. Al contrario, dice que le han herido en un brazo, pero que no ha sido nada y que, por eso, lo mandan de vuelta a casa.

Me quedé pensativa.

—Qué raro, Lucía, no le ha pasado nada y le dan ya el permiso definitivo. Aquí hay gato encerrado, porque lo lógico sería que volviera al frente, ¿no

crees?

Lucía reflexionó unos instantes.

—Puede que eso hubiera sido lo normal, sí. Pero te aseguro que es lo que ponía en la carta, como siempre, yo misma se la he leído.

—Entonces, ¿qué es lo que te preocupa?

—Resulta que desde que ha llegado esa carta, Rosa se ha puesto a coser de una manera frenética y no ha vuelto a articular palabra, me ha dado la impresión como si me estuviera evitando, como esquivándome todo el tiempo.

Esbocé una amarga sonrisa.

—Bueno, Lucía, por desgracia, sabemos que ahora Rosa está muy poco habladora.

—Lo sé perfectamente, Nieves, sin embargo, hoy la he notado distinta, mientras cosía tenía la mirada fija, como perdida...

Nos miramos mutuamente a los ojos y lo supimos de inmediato.

—Claro, Lucía, su marido. Siempre ha tenido un miedo horrible sobre cómo decírselo a Pedro desde el último intento fallido de aborto.

—Exacto, Nieves, vámonos hacia su casa sin perder un minuto de tiempo.

Encargué a mis hijos que cuidaran de Felicidad y también de Genoveva que había venido detrás de Lucía. Ahora nunca dejábamos solas a nuestras hijas, solo el miedo de pensar que podría ocurrirles lo mismo que a Rosa, nos cortaba la respiración y detenía nuestros latidos más intensos. Felicidad había cumplido los doce años y ya lavábamos juntas, cada mes, nuestros paños ensangrentados, tendiéndolos después para airearlos de las malas hierbas que, a veces, confundían nuestra naturalidad con la peor de las imposiciones.

Avisamos con muchas prisas a Nati y, bastante apuradas, subimos las tres por las empinadas calles de Alsilos con una celeridad que resultaba casi increíble; cuando llegamos a la casa de Rosa, tuvimos que revivir, con acritud, aquella triste noche empujando su puerta de entrada, igual que en ese mismo momento.

Lo que vimos ante nuestros desorbitados ojos, volvió a ser terrible, no sabría explicar si fue peor o igual de horrible y espeluznante que aquel fatídico día. Se me cayó el alma a los pies cuando lo primero que pude ver, fueron las alpargatas de Rosa colgando y oscilando como un peligroso péndulo más de un metro por encima del suelo. Luego, con mucho pavor, vi sus piernas, su falda y todo su voluminoso cuerpo pendiendo de una viga del techo, donde ella misma había sujetado una gruesa cuerda que, tristemente, había anudado alrededor de su frágil cuello. Fue todo realmente espantoso, y aun así, reaccionamos las tres con una rapidez inimaginable, no había un solo segundo en el que la tragedia sin asimilar, pudiera enturbiar el último de nuestros pensamientos. El tiempo corría

indudablemente en nuestra contra y teníamos que salvarla, fueron las únicas palabras que llegaron a mi cabeza, salvar a Rosa. Mientras Lucía y yo sosteníamos su balanceante cuerpo, Natividad se subió a una silla y, apresuradamente, cortó la cuerda con un cuchillo de la cocina, nosotras no tuvimos la suficiente fuerza para mantener en equilibrio el cuerpo de Rosa que, al instante, cayó desplomado al suelo, parecía que no conseguía respirar, pero Lucía con las lágrimas derramándose como una incesante lluvia que no consigue clarear, golpeaba sin parar el pecho de Rosa, hasta que, por fin, una tos seca la trajo a este agonizante mundo una vez más. La intuición de Lucía nos hizo entrar justo después de que, precipitadamente, Rosa decidiera acabar con su vida colgándose de aquella viga, unos minutos más tarde, hubiera sido inútil.

Rosa no quería vivir llevando en sus entrañas al fruto que la había sumido de por vida, en aquel amargo sufrimiento que nunca dejaría ya de pesarle, pero también esa criatura inexplicablemente se había salvado; y, naturalmente, tampoco quería que Pedro volviera y descubriera que su futuro hijo o hija, aquel o aquella que nunca pudieron tener juntos, iba a ser ahora ese que llevaba en sus sucias venas la sangre del fascismo.

La vida de Rosa se había convertido en un interminable túnel que nunca hallaba la salida, era un desesperante y lento martirio vivir de esa forma, ya no había sueños para Rosa, sus más preciadas ilusiones se habían desvanecido igual que si se las hubiera llevado el viento, para ella ya no merecía la pena seguir aquí, solamente necesitaba olvidar y dar fin, de una vez por todas, a su más cruel pesadilla que la amenazaba sin descanso, atormentando y resquebrajando sus sentimientos más puros.

Los días siguientes fueron aterradores, Rosa no quería levantarse de la cama, la angustia se apoderaba de ella, y todas acabamos flotando en ese mar de lágrimas en el que se había convertido su habitación. Fueron pasando los días pausadamente, e igual de tristes que las largas noches en vela que nos turnábamos como centinelas vigilantes, con el propósito de evitar que a Rosa se le ocurriera realizar otra descabellada locura, hasta que, uno de esos días, ella sacó toda su fuerza de voluntad en su espíritu innato de lucha, accediendo, poco después, a salir de casa si Lucía volvía a acompañar al piano a su hija Genoveva. A Lucía se le habían paralizado los dedos que prolongaban sus notas musicales, desde el mismo día en el que aquel energúmeno había derramado su asquerosa suciedad, oscureciendo con su veneno el alma impoluta de Rosa.

En aquellos extraños y difíciles días, compartí con mi hija una conversación de mujer a mujer. Una tarde me acerqué a ella para intentar hablarle de otro modo, al que estaba acostumbrada.

—Felicidad, hija, querría hablar contigo.

—¿De qué, madre? ¿De lo que está ocurriendo? Estoy al tanto de todo, aunque usted intente evitar decírmelo.

No esperaba esa reacción de mi hija.

—¿Al tanto de qué, Felicidad?

Felicidad sonrió irónicamente.

—Sé que piensa que es mejor ocultarme lo que está pasando, porque todavía me ve como a una niña pequeña, pero se equivoca en eso, se oyen muchos rumores en el pueblo, además, a Genoveva no se le escapa nada y me lo cuenta.

No podía creerlo.

—¿Cómo? y, ¿qué es lo que te cuenta Genoveva?

—No solamente ella, madre, en la plaza también se escuchan muchas cosas.

—¿Cómo qué?

—Se dice que la señora Rosa ha estado muy mal, muy triste, que está algo así como yo cuando me acuerdo de padre... y cuando pienso también que cualquier día nos puede llegar una noticia de esas que...

Supe al instante lo que me iba a decir y le solté un estrepitoso bofetón.

—No digas eso ni en broma.

No rechistó, ni lloró como cuando era una niña, se levantó y se marchó sin más.

Esa tarde me encerré en mi habitación y exploté, de nuevo me invadía la impotencia y el desconsuelo cuando entró Felicidad. Se disculpó y hablamos mucho rato abrazándonos entre emotivas lágrimas, solo había querido demostrarme que podía confiar en ella y ella en mí, hablándome en rebeldía de ciertos temas que sabía que me harían reaccionar y, a pesar de todo, así había sido. Por primera vez, confiamos la una en la otra tanto como a mí misma me hubiera gustado haber podido hacerlo con mi madre cuando yo tenía su edad, yo nunca tuve apoyo en ese sentido, el no haber podido conocer a mi madre todavía me quemaba por dentro, por eso debía darle a mi hija la oportunidad de hacerlo.

Aquella misma tarde, Lucía quería volver a regalarle junto a Genoveva, esos instantes de paz que tanto anhelaba Rosa, y todas nosotras pudimos beneficiarnos de aquel consolador obsequio que nos ofrecía, momentáneamente, nuestro incierto y a menudo desamparado destino, justo entonces, la música penetró de manera fortalecida irrigando todos los pliegues de nuestros corazones, aunque un pequeño susurro de la suave brisa de marzo volviera a esparcirlos pronto, entre todos los rincones de nuestra añorada tierra empeñada en remover los huecos de aislamiento que, con intensidad, nos recordaban cada sentido que se abría a la vida.

ALSILOS. PRIMEROS DÍAS DE LA PRIMAVERA DE 1938

En aquellos mismos momentos, mientras una espesa cortina de nubarrones negros se extendía sin tregua, por la claridad del cielo sobre los tejados de Alsilos; yo cerraba los ojos para sentir la breve sensación de armonía que Lucía y Genoveva lograban transmitirnos a través de su sexto sentido, que inundaba de sonidos aquel salón, consiguiendo incluso paralizar el tiempo, y enfriaba, aunque solo fuera durante unos minutos, nuestros desastrosos pensamientos de la guerra que vivíamos.

Todas estábamos ensimismadas naufragando entre melodías, y ninguna de nosotras nos dimos cuenta de la triste presencia de Pedro, arrimado cabizbajo junto al umbral de la puerta de aquel salón, donde reinaba la paz.

Mis ojos se empañaron al verle así, pero contuve el llanto al igual que las demás de la mejor manera que pude, no podíamos apenas contener nuestra súbita sorpresa al ver, con mucho espanto, que le faltaba un brazo y, lógicamente, supimos de inmediato que volvía para quedarse. A Rosa comenzó a faltarle el aliento cuando logró, de alguna forma, asimilar lo que le había sucedido a su marido, y tal impacto y en su estado, le hizo tambalearse agitadamente y a punto estuvo de desmayarse. Pedro ni siquiera pudo acercarse a Rosa cuando esto ocurrió, sus ojos enfocaban con fijeza la mirada, dirigiéndola directamente hacia su voluminoso vientre, estaba claro que su cabeza no paraba de dar vueltas, y al igual que un molino de agua gira continuamente sin detener el flujo que alimenta su rueda, Pedro era incapaz de dar respuesta a las infinitas preguntas que rodaban, vertiginosamente, entre sus atolondrados pensamientos.

Rosa se recompuso y salió de aquella casa abandonada evitando las miradas de Pedro, que siguió allí totalmente paralizado por aquello que ni en el peor de los sueños, hubiera imaginado encontrar al volver al pueblo. Rosa corría despavorida por las empinadas calles de Alsilos, hasta que Lucía, Nati y yo pudimos alcanzarla y conseguimos frenar su aparatosa huida.

Lucía la miraba sin poder entenderla.

—¡Basta ya, Rosa! Mírame, Pedro te quiere, siempre lo ha hecho, dile lo que ocurrió, seguro que lo comprenderá.

Las lágrimas de Rosa formaban gotas de rocío resbalando, con intensidad,

por sus mejillas.

—No, Lucía, yo sé que no lo hará.

Lucía se quedó un instante reflexionando el delicado asunto, y yo decidí intervenir.

—Bueno, Rosa, puedes decirle que fue en el verano pasado, al menos las fechas coinciden cuando vinieron de permiso, ¿no te acuerdas? Apenas habría un par de semanas de diferencia como mucho desde que...

Rosa me cortó tajante.

—No se lo creerá, Nieves, nosotros nunca pudimos tener hijos...

Yo también me quedé pensativa.

—Eso ahora no importa, la naturaleza del cuerpo puede cambiar.

Rosa nos miró a las tres palpitando de ira contenida recorriendo su interior, muy distinta a la tristeza que emanaba en los últimos días, y a pesar de sus continuos sollozos.

—¡No, no y no! No puede ser, ¿es que no lo entendéis? Pedro y yo no hemos estado juntos desde antes de la guerra...

Natividad se quedó totalmente asombrada ante las palabras de su hermana.

—Pero, Rosa, ni siquiera cuando han venido de permiso habéis... tú ya me entiendes.

Rosa pasó de la furia al llanto en una milésima de segundo.

—No, Nati, no sé por qué, pero Pedro me ha rechazado cada vez que ha regresado, y aún no he conseguido comprenderlo, a veces parece otro.

Rosa se abrazó a su hermana buscando consuelo en ella, a la vez que decía entre susurros.

—Y, además, ha vuelto sin brazo, como un mutilado de guerra, todo esto es una pesadilla que tenía que haber acabado ya.

Supe entonces a qué se refería Rosa y se lo dije, no iba a callarme.

—Eso no vuelvas a mencionarlo, siempre estaremos aquí para ayudarte, pero sabes tan bien como nosotras, que no dejaríamos nunca que repitieses lo que hiciste.

Rosa asintió con la cabeza justo cuando Pedro llegó hasta donde estábamos, todas nos dimos cuenta de que el resto de mujeres también bajaban por las costeras calles, y los chismes pronto zumbarían en los oídos de la gente, así que les insistí para que fueran a hablar solos y con tranquilidad, en la intimidad del salón de mi posada.

Nosotras nos quedamos en el patio de atrás junto al pozo que, poco a poco, hundía nuestras vidas, pero sin poder evitarlo escuchamos aquella conversación entre Pedro y Rosa, y sin saber ocultar tampoco nuestra curiosidad, les vimos hablar cuando nos acercamos con sigilo hasta el acogedor salón, realmente, la

sangre de mi padre fluía por mis venas cuando en otro tiempo, ya lejano para mí, yo misma le reprendía por escuchar detrás de las puertas.

Rosa no paraba de llorar sin poder explicarle nada a su marido, no encontraba el valor suficiente para intentar expresarlo, y entonces este le cogió dubitativo una mano con la que aún le quedaba, todavía atónito por el estado de su mujer, pero dedicándole sus más sinceros gestos de amor hacia ella.

—¿Qué ha ocurrido en este tiempo, Rosa? ¿Es que has encontrado a otro hombre en mi ausencia?

Rosa se secó las lágrimas, jamás habría pensado que Pedro se lo fuera a tomar así de bien, en sus sueños lo imaginaba hecho una furia como aquellos hombres brutos del pueblo que no respetaban nada, sin embargo, le había cogido su mano con la delicadeza de quien siente haber cometido algún error.

—No, tú eres y has sido siempre el único hombre al que he amado, y deseo que siga siendo así...

Pedro la observó detenidamente con perplejidad, haciéndose ya sus propias cábalas ante una situación forzada que prefería no imaginar, aunque necesitaba entender.

—Entonces, tienes que contarme qué es lo que te ha pasado, ¿de quién es ese hijo que crece dentro de ti?

Rosa se sintió más humillada que nunca, teniéndole que contar a su marido, con muy pocos detalles, cómo aquella bestia le había arrebatado su dignidad como mujer, irrumpiendo, bruscamente, en su joya más preciada; y cómo, además, había sembrado la semilla del diablo en su propio cuerpo, cortando de raíz todos sus sentimientos. Pedro se levantó rabioso, decidido a buscar a aquel que no iba a encontrar nunca, y entre todas conseguimos sujetarlo, todavía nadie en aquella sucesión de catástrofes, le había preguntado por su miembro amputado, que le agujoneaba continuamente, aunque ahora su veneno se había alejado del brazo para rematar sus pensamientos.

Aquella noche, cuando solamente el perenne faro lunar y la senda pintada de plata encendían sus señales y poblaban sus horas; Pedro volvió consternado a su casa donde su mujer ya no le esperaba. Rosa estaba muy confundida y tenía miedo incluso de su cercanía, había compartido con su esposo los mejores momentos de su vida, pero ahora que había vuelto y aunque parecía no haberle dado excesiva importancia, de momento, a la semilla que la maldad había depositado en ella, Rosa no podía acercarse a Pedro, la ansiedad y el terror la amenazaban cuando él se encontraba a dos pasos de ella, necesitaba tiempo y espacio para ella sola, y Pedro tendría que aprender a amarla de nuevo, logrando conquistar igualmente a esa criatura que no era suya, pero que no tenía culpa de nada, y a la que Rosa no quería querer.

Durante varios días, Rosa se quedó en la vaquería junto a su hermana, hasta que una mañana el sol apareció rotundo, derramando su vigorosa energía entre todas las reverdecidas hileras entretejidas del trigo, y su envolvente claridad quedó también reflejada hasta en las propias entrañas de Rosa. Aquel luminoso día, se dio cuenta de que necesitaba a su lado a Pedro para llevar menos peso a la tortura que irrigaba su corazón e irradiaba su mente, golpeando como si tuviera instalado un martillo sobre todos los pensamientos que emanaban de su ajetreada cabeza. Lo primero que hizo al volver a su casa fue caer despavorida sobre una silla, al ver, ahora mirando de verdad, el brazo amputado de su esposo. Era como si no hubiera sido consciente en todos esos días de la realidad que le mostraba su alrededor y, más bien, yo pensaba que llevaba meses sin ver ni oír nada de lo que nos sucedía. Rosa no pudo llorar, sus ojos se habían secado ya igual que las hojas en otoño ante tanta desesperación, sin embargo, abrazó a Pedro tan fuertemente como no lo había hecho nunca, hablaron con pausa y sin prisas de las desgracias que, a cada uno por su lado, les había tocado cargar para sus adentros, y comenzaron a vivir un nuevo tiempo lleno de pesares e incertidumbres, sin saber siquiera si cicatrizarían las brechas que ahora les hacían dormir ya en la misma casa, pero en colchones distintos.

Los días siguientes fueron pasando un poco más tranquilos que los anteriores, sin embargo, yo percibía, constantemente, algo que no me daba muy buena espina en la mirada de Pedro, trataba a Rosa con demasiado afecto, muy a pesar de que en pocos meses nacería el fruto no de su matrimonio sino de un horror tan cruel, que yo dudaba que cualquier otro marido hubiera podido soportar sin más. Empecé a intuir que él también se sentía culpable por algo cuando le veía observar a Rosa, quizá solo fueran imaginaciones mías, en estos momentos había poco tiempo para la reflexión, nuestros pensamientos se aceleraban a un ritmo cada vez más trepidante, pero la sola idea de que Pedro hubiera cometido algún acto reprochable allí en el frente, de lo que ahora sin duda se estaba arrepintiendo, me traía el recuerdo de Bernardo preguntándome a mí misma si a él también le remorderían hechos pasados cuando, por fin, volviera a mis brazos.

La oscuridad de una noche cubierta por una capa de terciopelo opaco, llegaba también hasta mi cama. Me sentía envuelta en un halo, que cegaba todo aquello que un día mis ojos azules vieron brillar reflejado en las aguas más puras de mi pozo, y que ahora se habían convertido en un mar de dudas imposibles de llevar a la desembocadura. Habíamos empezado a poner, con todos nuestros esfuerzos, las primeras piedras de un mundo que, muy pronto y ya, comenzaba a cambiar. Nuestras ideas de tolerancia ante los más necesitados, que seguían notando la miseria pegada a las paredes de sus casas; de justicia ante las más

atrocidades; y la lucha por unos merecidos derechos tan nuestros como para la otra mitad de la población, se nos iban disipando entre la bruma que formaba la niebla del invierno. Estábamos construyendo una vida donde los privilegios de unos pocos, tenían que extinguirse en el fondo inaccesible de los océanos; donde mis hijos pudieran aprender, exactamente igual que los hijos de las familias que hablaban con el apellido en la punta de la lengua. Ansiaba que mi hija Felicidad, llevara siempre la cuerda que tirara de las riendas de su vida, que sus decisiones fueran tan valoradas por su marido, tal y como Bernardo había acogido mis opiniones sin albergar ningún tipo de duda sobre ellas. Sin embargo, nuestro mundo se estaba desmoronando por momentos; esta aterradora guerra lo estaba haciendo trizas; la tragedia se iba sumando a las tragedias ya vividas; y la ilusión de nuestros sueños más intensos se iba borrando entre las lluvias de la primavera, solo nos quedaba un pequeño hálito de esperanza entre los nuevos brotes de hiedra que, esta misma tarde, habían estado observando Faustino y Paloma entre cómplices miradas.

Tumbada en la cama, me volví hacia la ventana, no se veía nada, era como si un agujero negro vendara, cada noche, nuestras vidas; sin embargo, la tenue luz de la luna que traspasaba los cristales, refulgía como una pequeña luciérnaga en el espejo de mi aguamanil. Sentí una punzada en el corazón, al pensar lo que todavía guardaba el espejo en el interior de su marco. Habíamos arriesgado la propia vida en muchas ocasiones, y seguíamos haciéndolo, pero las tinieblas de la noche nunca colonizarían mis palabras, no podíamos darnos por vencidos, jamás dejaría que convirtieran mi posada en una jaula rodeada de salvajes, sino que continuaría siendo el refugio de mi propia lucha, que había constituido siempre.

EN LOS ALREDEDORES DEL RÍO TURIA. MAYO DE 1938

Bernardo caminaba solo y aturdido entre los fantasmas que aquella madrugada, proyectaba la suave brisa sobre las copas de los árboles que los cobijaban.

Llevaba varios días andando sin cesar por aquellos escarpados parajes, e intentando, sin llegar a conseguirlo, que las marcas de sus desgastadas alpargatas no dejaran huella al mirar en sus recuerdos, para que sus penetrantes ojos negros no enturbiaran su cristalina mirada al rememorar los pasos que, inevitablemente, habían teñido de sangre su desdichado pasado.

Sin embargo, algo le ardía por dentro diciéndole, una y otra vez, que aquellos que ahora ya solo formaban parte de los fantasmas de la noche, hacía muy poco que habían sido grandes personas; amigos en los que se podía confiar siempre, sin titubear un solo segundo; compañeros con los que lo había compartido todo, desde sus esperanzas hasta su más terrorífico dolor; eran todos aquellos que le habían dejado solo, vagando sin encontrar el rumbo de su vida y sin ayudarle a buscarlo siquiera; porque ellos para el resto del mundo, solo eran ya las últimas cenizas que el viento esparcía como mísero polvo en tierra de nadie.

Cansado y agotado por todo lo que le rodeaba en aquellos instantes, Bernardo decidió parar un rato esperando que sus pensamientos puestos en Nieves, le devolvieran el resuello, para poder seguir después un camino que, cada vez, se tornaba más borroso, y no sabía con seguridad hacia dónde le conduciría ya.

Intentó dormir un poco apoyándose ligeramente en el tronco de uno de aquellos árboles, y medio tirado sobre un lecho de húmeda hierba. Enseguida se despertó totalmente inquieto, las pesadillas que le perseguían al principio de la guerra, le abofeteaban ahora sin parar y sin dejarle apenas conciliar el sueño. Bernardo solamente deseaba olvidarlas, no quería recordar aquello que había hecho una mella tan profunda en él que, verdaderamente, era como si un fino cuchillo se clavara, a cada segundo, sobre la delgada y frágil envoltura de su corazón, el cual había dejado de utilizar su membrana protectora. Pero la tortura de los días pasados retornaba como un terrible terremoto a sus recónditos

pensamientos, cada vez que volvía a cerrar sus ojos. Él sabía de sobra, aunque le hubiera gustado poder negarlo, que aquello no era un mal sueño del que despertaría con un amargo sabor de boca, era la dura realidad vivida lo que taladraba, sin descanso, hasta la última neurona de su cerebro.

Bernardo se quedó ensimismado de nuevo, pensando, sin poder dejar de hacerlo, en todo ello. No sabía exactamente dónde comenzaba el momento en el que su singular existencia se había convertido en una cruda y complicada lucha hacia la propia vida, pero lo que sí sabía a ciencia cierta, era lo difíciles que habían sido sus últimos días y también aquellos meses en los que, constantemente, les había embargado la devastadora capa que cubría cualquier mínimo resquicio de vida.

Su querido amigo Ramiro ya no formaba parte de ninguno de ellos, hacía dos meses que aquellos que dispersaban la más cruel intolerancia por cualquier rincón, ya que no entendían nada de lo que era una convivencia digna, basada en el respeto entre todos y cada uno de los que llamamos seres humanos; lo habían arrojado a las inmundicias en las que ellos mismos vivían. Ramiro seguía estando allí con Bernardo, aunque sus restos solo fueran ya estrellas de luz, que jamás se apagarían entre las sombras de aquella tenebrosa madrugada. Bernardo no podía dejar de recordar en su memoria, la muerte de su amigo de la infancia, Ramiro.

Todo se había precipitado vertiginosamente en sus sencillas vidas. Después de la muerte de John y ante la pérdida del brazo de Pedro, Bernardo pensó que quizás las lamentaciones ya no les iban a tocar tan cercanas a su propio entorno, más bien quiso creerlo así, era mejor engañarse a sí mismo con aquel endeble escudo, que comprender que la muerte no solo alcanzaría a muchas de las personas que allí les rodeaban, sino que seguiría llegando hasta la camaradería más íntima de sus propios paisanos.

La batalla defendiendo la línea del frente a orillas del río Guadalupe, fue como todas las anteriores, sangrienta, terrible y brutal, tanto como para haber ansiado, con todas sus fuerzas, no haber tenido que vivirla nunca. El río olía a sangre, los hombres caían arrastrándose entre las inertes piedras de su orilla y, mientras, gritaban con apenas penosos hilillos de voz agonizante, pidiendo una ayuda que jamás les llegaría. Se desangraban inundando el río de sus ideas, sumergiendo sus últimas palabras balbucidas bajo el agua, con el fin de que nunca fueran olvidadas, y dejando entre las vísceras que atterradoramente bullían de sus moribundos cuerpos, una corriente de sangre mezclada con lágrimas donde ya no encontrarían su propia libertad, pero que, indudablemente, desembocaría en un inmenso mar que sus descendientes sí podrían aprovechar, y lo harían tras el pesado arrastre de los sedimentos del tiempo.

Los pobres peces ya no coleteaban en el río Guadalupe, habían huido despavoridos de las injusticias que perpetraban los humanos, solo el pánico envolvía aquel monstruoso ambiente. Bernardo no tuvo tiempo de pensar ni de ayudar a nadie, hasta que Ramiro cayó con la rapidez de un relámpago delante de sus pies. Se agachó junto a él con la mirada atónita y fija en el costado de Ramiro, brotaba de allí la sangre como si saliera a borbotones de una fuente, y cuando se pudo hacer a la idea, vio que manaba por más partes de su piel como si su amigo estuviera dejando de ser la persona que había convivido y compartido su vida con ellos, para convertirse ahora, solo en un cuerpo que colaba sus fluidos expulsando todo de sí. Marcelo sacó a Bernardo de, quizás, la peor visión que sus ojos negros le habían enseñado en la vida, le hizo levantar de inmediato, pero él se tumbó inesperadamente, al recibir un impacto de bala directamente en su pecho. En ese momento, el pánico se apoderó del interior de Bernardo como el veneno tóxico de una serpiente, pero consiguió tranquilizarse un poco cuando se tocó el torso. Notó un objeto duro justo debajo de su jersey de lana, en el bolsillo de su camisa, y recordó, de repente, aquellos momentos en los que cada noche pensaba en Nieves, cuando colocaba su reloj plateado cerca de su tan lastimado corazón. Estiró con mucho cuidado la cadenita del reloj que llevaba todo el día en su bolsillo, y observó que una bala se hallaba ahora mismo incrustada en él, de tal manera que sus saetas habían parado de girar minutos después de la muerte de Ramiro, lanzando a Bernardo de nuevo a la vida, entre los escombros donde yacían los cuerpos de sus camaradas. Después de aquello, en medio de una lucha encarnizada, les mandaron replegarse a todos, que se protegieron junto al bosque, y aún desde allí, vieron cómo el cuerpo inerte de su amigo Ramiro se deslizaba hacia el fondo de aquel río, depositando toda una vida a costas llena de amor, lucha y desvelos, que su mujer se encargaría siempre de ensalzar, hasta el último segundo más amargo de su propia existencia.

Después de aquella catástrofe en sus vidas, el horror se siguió uniendo a más horror todavía, los días pasaban y las buenas nuevas ya no existían, siendo cada vez más desalentadoras. El corazón de Ramiro se partió para siempre en ellos, y trajo consigo que escasas semanas después, también se resquebrajara en dos todo aquello por lo que daban la vida. Bernardo veía cada vez un futuro más negro incluso que su mirada, la cual se había tornado aún más opaca en este lapso de tiempo que, a duras penas, le transportaba a él. La ilusión y el entusiasmo por un porvenir mejor con los que hacía casi dos años atrás, habían salido juntos al campo de batalla, flaqueaba ahora entre los camaradas, pero aun con todo, el último aliento de cada uno de todos ellos, era la fuerza que no podía abandonarles.

Todo aquel desconcierto que compartían Marcelo y Bernardo, terminó un día aciago cuando les tendieron una emboscada y les cogieron presos junto a muchos otros compañeros.

Les metieron en un camión para llevarlos a algún cruento campo de prisioneros donde serían tratados, si les perdonaban la vida, peor que a las más asquerosas ratas de cloaca. En realidad, Bernardo pensaba que no iban a llegar a tal sitio, que el camión pararía cerca de cualquier tapia, y allí mismo, practicarían esos malnacidos fascistas sin alma, la cacería del día con un buen trofeo. En ese momento, Bernardo miró a Marcelo y, con aquella fugaz expresión, sus ojos se lo dijeron todo, Bernardo lo tenía muy claro, no iba a dejar que lo mataran sin sentido como a un pobre asno asustado, porque solo aquellos que querían quitarle el derecho a la vida, eran como esos burros que no logran aprender que para caminar hacia adelante, siempre hay que respetar al que va a tu lado. Bernardo no lo pensó ni un minuto más, brincó del camión con la astucia de un zorro, y, cuando volvió la vista atrás, se dio cuenta de que Marcelo no había conseguido saltar, el miedo debió de paralizar sus pensamientos y el tiempo corrió en su contra, pero Bernardo ya no pudo hacer nada, corrió con una celeridad increíble hasta oír los disparos dirigidos hacia él procedentes del camión que, sin demora, alejaba a Marcelo a una gran distancia.

Ahora, después de deambular largo rato por sus pensamientos más dolorosos y por aquellos agrestes senderos, supo con certeza que Alsilos se debía de encontrar ya muy cerca.

Cuando, por fin, amaneció, los girasoles que entrelazaban los campos, le trajeron la abrasadora fuerza del sol hacia él; y el deseo anhelante de ver pronto a Nieves, le tendió la mano hacia ella. Las sombras que aquella misma noche habían perturbado sus sueños, se iban marchando con lentitud, para sentir a Nieves traspasando los bordes de su despedazado corazón, y para volver a unirlos en aquel profundo paisaje que habían construido amándose.

Aquella mañana que traía un pequeño atisbo de esperanza a Bernardo, muy cerca ya de donde él se encontraba, la amargura volvía a acechar entre las mujeres de Alsilos. Lucía, Rosa, Nieves, Nati e incluso Faustino rodeaban con notable tristeza la cama de Paloma. Aquellas fiebres que tantos quebraderos de cabeza le habían dado a su madre cuando era tan solo una niña y, posteriormente, en repetidas ocasiones, habían vuelto a germinar en Paloma. A sus diecisiete años, se encontraba en la flor más bonita de la vida que, cada día, le regalaba su intenso amor junto a su querido Faustino, ambos estaban más enamorados que nunca y Faustino no lo disimulaba, cubriendo a su novia de besos y promesas, ante la infatigable mirada de todas las mujeres que estaban también al lado de Paloma.

Pero aquello no fue lo peor de aquel fatal día, mientras la preocupación por el estado de Paloma aumentaba, la cartería entró en la vaquería con su habitual correspondencia, buscó después con la mirada a Lucía, y le hizo entrega de una de las cartas que llevaba.

Y a Lucía le temblaron las manos al cogerla, cuando se dio cuenta por el matasello, que llegaba con dos meses de retraso, aunque a estas alturas no le sorprendía, la guerra perdía torpemente las noticias por el camino, con mucha frecuencia. Lucía la abrió y después de leerla, se puso tan pálida como no la habían visto jamás. Nieves cogió la carta y la leyó también, decía que Ramiro había caído en combate y le expresaban las condolencias a su viuda, Nieves observó de nuevo la palidez de Lucía, y supo entonces, que ya nunca habría condolencias para ella, la línea de su horizonte, más íntimo, se acababa de teñir de un borroso y perpetuo contorno negro.

ALSILOS. MAYO DE 1938

Estaba amaneciendo cuando salí de la vaquería de mi amiga Natividad. El sol, que asomaba incipiente en aquellas primeras horas, comenzaba a iluminar Alsilos penetrando, todavía con timidez, en mis ojos tan claros como el agua marina que también nos habían robado. La hoja del calendario de abril había rasgado nuestro mar, arrancándolo con violencia de nuestras manos, para partir en dos aún más nuestra esperanza que empezaba a desvanecerse por momentos, sin embargo, nuestro pensamiento tenía que seguir actuando por encima de nuestras fuertes emociones, para que la desilusión no hallara ningún cobijo entre nuestros tejidos.

Todavía podía ver con transparencia, los resquicios de luminosidad que el alba de un nuevo día recién estrenado traía hasta mí, pero, cada vez con mayor frecuencia, los días iban estrechándome las horas, para hacerme eternas las que llevaba la interminable noche de estos tiempos, en los que tenía que vivir.

Entré por el patio de atrás en mi posada totalmente embelesada en mis propios pensamientos, cuando un pequeño ruido casi imperceptible, me hizo reaccionar de inmediato con una descontrolada astucia, a la que ya me había habituado.

—¿Quién anda ahí? Quien quiera que seas te he oído, así que ya puedes salir de tu escondite.

Aunque mi voz sonó contundente, vi moverse una sombra entre las cuadras que se acercaba a mí despacio, pero sin dudar.

—Quieto ahí o me veré obligada a...

Su voz llegó a mí suave y pausada.

—Nieves, soy yo, Bernardo. ¿Es que pretendes dispararme?

Me quedé petrificada cuando su sombra le hizo visible entre los fugaces albores de aquel primaveral día de mayo. Le estaba apuntando con la pistola que él mismo me había dado como protección tiempo atrás, y me costó bajarla aun con la sorpresa de tener frente a mí, al hombre que había anhelado con fervor, esperando impaciente su regreso hacía ya demasiados meses, y a cada segundo de mi propia existencia. Finalmente, bajé el arma, y él se acercó hasta mí depositándola, con cuidado, sobre el empedrado suelo del patio.

Me miró fijamente con sus intensos ojos negros, que destellaron cruzándose

con los míos en aquella mirada mutua, que ninguno de los dos habíamos olvidado, y su sinceridad más profunda llegó hasta mi corazón entre palabras entrecortadas.

—Te he echado mucho de menos, Nieves, no puedes imaginar cuánto.

Me emocioné al escuchar aquellas palabras casi inaudibles de los labios de mi marido, y me estremecí, más todavía, al notar el tacto de su piel cuando rozó mis manos sujetándolas con cariño entre las suyas, casi había olvidado la cálida sensación que me producía, y aun así, pude responderle, pero tan solo con un hilillo de voz.

—Sí que puedo saber cuánto, yo también te he echado en falta, no te puedes hacer una idea de lo que he deseado, cada día, que hoy, al fin, llegara.

Con los sentimientos a flor de piel, ya no salieron más palabras de nuestras gargantas, nos abrazamos con ansia de amarnos, y nos besamos con ternura en los labios mientras la humedad de la fresca hiedra del muro, nos acariciaba por la espalda. No sé cuánto tiempo permanecemos así, entre emotivos abrazos, cálidos besos y un llanto reprimido lleno de alegría. Hacía casi dos años atrás que nos habíamos separado por primera vez en nuestras vidas, y aquellas primeras Navidades en las que nos reencontramos de nuevo, nos costó mucho volver a reconocernos el uno en el otro, pero ahora mismo, todo era distinto a entonces, teníamos la imperiosa necesidad de darnos mutuamente amor, un amor tierno y puro como no habíamos sentido jamás.

Las lágrimas brotaban imparables por sus ojos al igual que por los míos, era el río incansable en el que se habían convertido nuestras vidas, para derramarse en un océano de amor que colmaba, sentido, todos nuestros vacíos.

Nuestras bocas, sin pensarlo, articularon a la vez las mismas palabras.

—Te quiero, amor mío.

Unas palabras pronunciadas con el pensamiento de nuestras mentes y sentidas en el resplandor de nuestros corazones, justo en el mismo instante, aquella volvía a ser una más de las razones de por qué nuestras intensas vidas, siempre estarían ligadas por un lazo tan fuertemente anudado, que allá donde estuviéramos, jamás nadie conseguiría romperlo.

Después de tantas emociones juntas, entramos en la cocina para prepararnos una de esas infusiones que recordaban algo el amargo sabor del café, aquel que tomábamos antaño. Casi no podíamos hablar, solamente nos mirábamos entrelazando los dedos de nuestras manos, las dolorosas lágrimas seguían vertiendo caudalosas cataratas sobre nuestras mejillas, pero, a la vez, la sonrisa se había dibujado perpetuamente en nuestros labios. Cuando ya, por fin, fuimos calmando nuestros latidos interiores, pudimos recobrar aquellas antiguas conversaciones que manteníamos antes de que las tragedias nos azotaran, con el

látigo del terror. Juntos, en nuestra posada, encontramos la confianza que siempre nos había mantenido unidos, y que hoy, nos hacía inseparables.

Bernardo acarició mis brazos con suma delicadeza.

—¿Cómo ha ido todo por aquí?

Endulcé mi mirada queriendo fingir calma.

—Estamos bien, al menos nosotros. Nuestros hijos están perfectamente, han crecido demasiado rápido para mi opinión.

El rostro de Bernardo cambió, su semblante adquirió un gesto de seriedad en apenas unos segundos.

—Nieves, dime la verdad. Sé que guardas demasiadas cosas ahí dentro —me señaló el pecho—. Y deberías probar a contármelas ya, de una vez por todas.

Yo también dejé entrever una expresión de severa preocupación, y quizás, incluso de tristeza.

—Está bien. Alsilos se ha convertido en un infierno, Bernardo. Nuestros hijos han estado a salvo hasta ahora de todo, pero...

El manantial volvió a manar, sin esperarlo, como un desbocado torrente desde mis húmedos ojos, que lanzaron vaporosas gotas por los arroyos que se iban formando en mi rostro. Bernardo me abrazó con todas sus fuerzas y besó repetidamente mis mejillas, seguramente notando un gusto salado en sus labios.

—Tranquilízate, cariño, ya pasó. Desahógate conmigo, te hace mucha falta, mi amor.

Entre sollozos, le fui explicando a mi marido la desastrosa situación de nuestro pequeño pueblo.

—Ha sido horrible, Bernardo. Hace unos meses vinieron esos rebeldes y arrasaron con todo y... ¡Violaron a Rosa! Está embarazada de aquel salvaje que hizo lo que hizo y... Luego lo que nos faltaba, volvió Pedro mutilado dejándonos con la boca abierta y... Ayer mismo, Paloma, que ya sabes que festeja con Faustino, tuvo una nueva recaída por las dichas fiebres, además, Lucía lo ve muy crudo, Bernardo, es que ni siquiera tenemos ya el criterio de un médico en este maldito pueblo y... Espérate que aún hay más, porque justo enferma Paloma y le llega una carta a Lucía comunicándole que Ramiro lleva muerto dos meses, claro que tú eso ya lo sabías y ... ¡Yo no puedo más, no aguanto seguir viviendo ante tanto sufrimiento, Bernardo, se me han acabado las fuerzas!

Mi voz se había elevado demasiado, y Bernardo me abrazó intensamente mientras yo sacaba toda la ira contenida, dejando que se escurriera sobre su pecho. Entonces, me di cuenta de que Gervasio, Félix y Felicidad ya se habían levantado, seguramente por las voces que yo sin querer había dado; y nos observaban, desconcertados, desde el umbral de la puerta de la cocina.

Nos abrazamos con emoción los cinco sintiendo la ausencia de Faustino, que no había querido despegarse de la cama donde su amada luchaba entre la vida y la muerte, ni un solo segundo. La radiante alegría que percibí en mis hijos cuando vieron de nuevo a su padre, se me fue contagiando poco a poco, ellos siempre sabían insuflarme renovadas ilusiones en mi maltrecho espíritu.

Al cabo de un rato, Felicidad se fue a llevar paños limpios para intentar bajar la fiebre de Paloma, y ya de paso, podría avisar a Faustino para que viniera a reencontrarse con su padre; mientras que a Gervasio y a Félix les había mandado Lucía al campo, para que buscaran no sé qué extraña flor que, al hervirla, emanaba un oloroso perfume, y así, cuando la pobre Paloma lo inhalara, descongestionaría bastante sus vías nasales.

Un poco después, apareció Faustino, y Bernardo se quedó observando a su hijo con mucho detenimiento, mirándole de arriba abajo casi incrédulo.

—Pero, hijo, ¡si estás hecho todo un hombre! No te quedes ahí parado y ven a mis brazos, muchacho.

Faustino rodeó a su padre con energía, y pude ver cómo contenía las ganas de llorar que le producían el estar una vez más junto a él, y el inmenso dolor que arrastraban sus sentimientos al lado de Paloma constantemente.

Faustino conversó un rato con su padre, pero sin alejar un solo instante sus pensamientos de Paloma.

—Padre, estoy muy a gusto hablando con usted, y muy contento también de que esté aquí con nosotros, pero comprenda que ahora mi novia me necesita mucho más y yo no puedo ni debo fallarle, jamás podría perdonármelo, tengo que volver junto a ella.

Bernardo miró a nuestro hijo sintiendo de verdad lástima, por lo que le ocurría a Paloma.

—Claro, hijo, no hace falta que me des ninguna explicación, entiendo perfectamente que quieras estar ahora junto a tu novia, es más, me enorgullezco de ti por lo sereno que estás sobrellevando toda esta situación tan dolorosa.

—Gracias, padre. Ella no puede verme flaquear.

—Por supuesto, hijo, no te preocupes, verás como pronto se recupera, ya lo verás.

—Eso es lo que más deseo.

Faustino se fue y volvimos a quedarnos solos Bernardo y yo. Él estaba asombrado por la entereza que parecía tener Faustino, pero yo sabía que si las cosas se torcían, mi hijo irremediablemente se vendría abajo, y nosotros tendríamos que salvarlo de caer por un barranco todavía más profundo, que la inmensidad de nuestro pozo en la posada.

Bernardo me relató todo lo que no había sido capaz de contarme en sus

cartas, con pelos y señales, se me revolvía el estómago solo de pensar e imaginar todo aquello que salía, sin parar, de los labios de mi marido. Sin embargo, al fin y al cabo, Bernardo podría estar ahora mismo en cualquier campo de prisioneros junto a Marcelo, o quizás, peor aún, yaciendo junto al cuerpo de mi amigo, al lado de la tapia de algún alejado cementerio. No quería pensar que pudiera haber acabado como Ramiro, desangrándose en el fondo de algún mísero y escalofriante río. Ya ni siquiera sabía ni tampoco entendía, qué nos había ocurrido, ya no estaba segura si debía dar las gracias porque seguía vivo, o llorar destrozada y completamente desconsolada por Ramiro o el incierto paradero de Marcelo. Yo le había comentado también ya, con detalles, calmada y sin alzar mi tono de voz, todo aquello que nos había acontecido a nosotras hasta el momento.

Le miré atónita y con el rostro demudado, no estaba segura de querer hacerle más preguntas, pero por otro lado, necesitaba saberlo todo.

—Bernardo... Y tú, ¿has llegado a estar a punto de...? Ya sabes de...

No era capaz de pronunciar aquella odiosa palabra.

—De morir. ¿Te refieres a eso? ¿No?

Le contesté con el alma encogida.

—Sí.

—Por desgracia, una bala me alcanzó minutos después que a Ramiro, pero algo que llevo siempre junto a mi corazón, impidió que me atravesara.

Me quedé sin habla mientras Bernardo rebuscaba en el bolsillo de su camisa, después, esbozando una fugaz sonrisa, me dijo:

—Ya no da la hora, pero fue mi tabla de salvación.

Observamos perplejos, juntos, el inservible reloj que con tanto amor me hacía recordar a mi madre y a mi padre, y que con ese mismo amor, yo le había regalado a Bernardo antes de unir nuestras vidas para siempre.

Sin evitar que nuestras miradas resplandecieran en los ojos del otro, subimos a nuestra habitación, allí, bajo la envoltura de la intimidad, nos fuimos desnudando muy lentamente, besando y acariciando nuestros delgados y magullados cuerpos, y así, fuimos enloqueciendo paulatinamente de deseo, amándonos y sintiéndonos llenos de vida, desintegrándonos en un placentero relax, y saciando nuestro apetito de pasión, como ya nunca seríamos capaces de olvidar.

Aquella tarde, Paloma milagrosamente mejoró, aquellas hierbas que Lucía le había hervido, le habían aliviado su angustiada respiración, y la elevada fiebre de la noche anterior había remitido bastante. Con el primitivo poder curativo de las plantas medicinales, mi amiga Lucía había conseguido calmar la sufrida agonía de Paloma, restableciendo así sus fuerzas y aumentándole, con creces, las pocas defensas que le quedaban. Durante casi dos días, Paloma se había debatido

entre el precipicio que intentaba engullirla y separarla para siempre de nosotros, y entre ganarle la batalla a la vida. Lo vimos todo muy negro y casi a Paloma perdida bajo la túnica de la noche, sin embargo, ella luchó y nos dio a todos una lección de valentía, renaciendo con los girasoles de esta tierra, que le hacían girar hacia el resurgir de la vida con las palabras que mi hijo Faustino le susurraba al oído y notando, además, el tacto de su áspera y reconfortante piel que traía a Paloma junto a él, en este universo plagado de incertidumbres por todos los rincones.

Conforme Paloma comenzó a recuperarse, nos llegó el derrumbe de Lucía. Ella había estado muy entera todo el tiempo que duró el estado agónico de Paloma, pero justo en el momento en el que Lucía tuvo más tiempo para pensar en lo ocurrido, Ramiro volvió a ella como un torbellino huracanado en el aire o un remolino en el río que tira de ti, para hacerte descender al fango más hondo, inhóspito e inexplorado, donde los demás no podíamos llegar.

Iban pasando los días y Lucía se había convertido en otra mujer, ya no quedaba nada de aquella Lucía que yo conocí, solamente su hija Genoveva conseguía sacarla, a veces, de ese aislamiento que ella misma se imponía a diario, no la había vuelto a ver llorar pero tampoco una tímida sonrisa nacía jamás en sus labios, ni siquiera hablaba ya con nadie. Me hubiera gustado ayudarla y poder aliviar un poco esa pena que le acompañaba, sin embargo, Lucía se había puesto una armadura, que ni la espada más potente lograría traspasar. Me dolía en el alma ver así a mi amiga, para mí siempre ha sido la hermana que nunca tuve, y verla en ese estado, me descomponía y me rompía por dentro.

Aun con todo este dolor que soportábamos día a día, había que seguir resistiendo en la lucha, no podíamos dejar que el futuro de nuestros hijos alcanzara un porvenir inhumano para ellos. Bernardo iba a volver al frente, su conciencia le obligaba a ello, aunque hubiese querido que las cosas hubieran sido de distinta manera, juntos seguiríamos apostando para ganar un mundo donde las atrocidades brillaran, por fin, por su completa ausencia, y en el que nuestros hijos vivieran su propia vida, aquella que ellos eligieran y, a la vez, pudieran enseñar y transmitir a las próximas generaciones, en un legado liberado de grilletes opresores y extinguido de cadenas esclavistas, con el vuelo libre de los pájaros de Alsilos, a los que nadie detiene cuando tocan, con la punta de sus plumas, este cielo que nos arropa y donde siguen prevaleciendo las pautas que la luz da, perpetuamente, a la vida.

ALSILOS. UNOS DÍAS DESPUÉS

Observábamos con nostalgia, los diminutos puntos celestes formando parpadeantes antorchas en medio de aquella suave madrugada. Sentía cómo esos fugaces destellos me abrazaban a Bernardo y cómo habían llenado todo mi ser dentro de mí misma, colmándolo del placer que había notado ausente durante un largo periodo de tiempo. La hoguera que incendiaba el amor, había explotado sin mirar atrás con la pura energía de una enorme chispa, que me había sumergido en un fuego imposible de aplacar en mis antiguos vacíos. Bernardo había venido para recordarme, una vez más, que yo seguía siendo la misma mujer de antes, fuerte como ninguna, segura de mí misma y capaz de amar dejando a su vez que él volviera a hacerlo, para devolvernos, mutuamente, un amor irrompible por las líneas de la distancia surcada entre desgracias, y con unos impulsos que nos hacían amarnos desnudando hasta el último vestigio de nuestras almas, unidas para siempre por la llama que encendía hasta el horizonte más lejano.

Ahora, Bernardo y yo juntos admirábamos el firmamento como tantas veces habíamos hecho en unos momentos que, entre claros y sombras, nos empezaban a parecer que pertenecían a otra vida y a otras personas que incluso dudábamos que hubiéramos sido nosotros mismos. Sin embargo, esta maldita guerra tenía también todo eso, a veces te debatías entre quién fuiste antes de que todo saltara sin demora por los aires, y de quién eras realmente en este minúsculo espacio de tiempo actual. Estar junto a Bernardo era como un sueño para mí, si esos malnacidos inhumanos jamás se hubieran levantado en rebeldía por el miedo que les suponía perder sus egoístas privilegios de poder; nosotros habríamos tenido una vida plena junto a nuestros cuatro hijos, viéndolos, unidos, crecer libres igual que los locuaces gorriones que se posan en mi ventana y alzan su voz entre suaves gorjeos, desplegando con sus alas un vuelo, que se quieren encargar esos salvajes en devolver al cielo apagado y lleno de barrotes, de siglos ya obsoletos.

En cambio, esta es la vida que teníamos, la que nos tocaba vivir ya fuera en suerte o bastante más en desgracia. A Bernardo, a mí y a todos nosotros no nos quedaba otra que sacrificar hasta un último lamento, sacando de él toda la fuerza y energía necesarias para seguir luchando, con auténtico y verdadero valor, contra todo aquello que quería dejar nuestras noches sin una sola estrella que brillara para todas y todos los que nacerían después; y deseaban también cortar

nuestro sol en tiras, este sol que nos alumbra aquí, acariciándonos la piel y removiendo nuestra alegría, como en pocas partes de este mísero mundo en el que vivimos, sabe hacerlo.

Mientras todo a nuestro alrededor parecía caer en picado, tal como el mar que nos partía, hacía desaparecer los minúsculos granos de arena en su orilla llevándose los todos consigo, mientras todo eso ocurría sin ningún freno; Bernardo y yo nos amábamos incontables veces, nos uníamos en una sola persona y olvidábamos que nuestro colchón de lana crujía, lentamente, en la habitación de la posada, justo en mitad de una guerra que habíamos decidido desterrar de nuestro interior en esos momentos, porque solo queríamos amarnos y nunca dejar de hacerlo. El sudor empapaba las sábanas de placer, a la vez que el deseo fluía pegándose a nuestras cavidades más profundas, porque nuestras almas y nuestros corazones unidos tienen el poder más grande que existe, y que nadie nunca nos podrá robar, son los mejores sentimientos de nuestros anhelos más queridos.

Noche tras noche, Bernardo y yo nos sumergíamos en apasionados encuentros, los dos sabíamos que él pronto volvería a partir y, por eso mismo, estábamos sintiendo cada mínimo instante de la vida, como si fuera a ser el último, con la intensidad de no poder saber qué pasaría mañana, si acaso volveríamos a vernos o alguno de los dos habría sucumbido para entonces bajo esta tierra que trae la fertilidad al trigo; que hace resurgir resplandeciendo a los girasoles; y que humedece con sigilo nuestros pensamientos en largas hileras de amapolas.

Después de esta noche que se quedaba en el corazón de mis recuerdos y que dejaba una imborrable huella en mi memoria; Alsilos y toda su gente renovaba sus cotidianos sacrificios, un día más. Nosotros apenas teníamos trabajo, la posada cada día atraía a menos huéspedes, así que Bernardo y yo seguíamos poniéndonos al tanto de todo lo que pasaba.

Le miré con un poco de curiosidad.

—Bernardo, todavía no me has contado lo que le ocurrió a Pedro de verdad, ya me he dado cuenta de que lo del brazo le produce... no sé, como una vergüenza excesiva, ¿no?

A Bernardo se le dibujó una sonrisa irónica en sus resecos labios.

—A mí también me daría vergüenza, Nieves, y, además, me da pero ajena.

—¿Cómo? A ver, cariño, explícate mejor.

—Pedro es un desertor. Él mismo se mutiló.

Me sorprendí de inmediato, eso sí que no me lo esperaba.

—¿Que hizo qué?

Bernardo puso los ojos en blanco.

—Pues eso mismo, Nieves, se disparó intencionadamente en la mano para que lo trajeran a Alsilos definitivamente.

Me llevé las manos a la cabeza.

—¡Madre mía, Bernardo! ¡Pero si le falta el brazo casi entero!

El gesto de Bernardo fue de cierta resignación.

—Sí, cariño, no voy a describirte la batalla porque me empieza a reconcomer de nuevo una angustiosa pena... que me trae horribles recuerdos, pero el frente es muy duro y Pedro no podía soportarlo...

Le interrumpí.

—Podría haber huido...

—Lo hubieran tomado como a un desertor.

Le miré directamente a los ojos y, sin vacilar, le dije:

—Aquí lo habríamos escondido.

Por un momento, me acordé de cuando Lucía y yo habíamos ayudado a Purificación, aun a pesar de las consecuencias que aquella buena obra nos podía haber traído si la hubieran encontrado. Levanté la vista con decisión para contárselo, por fin, a Bernardo, pero algo me dijo que era ya agua pasada, y no iba a hacer girar de nuevo el molino para que nos salpicara con más dolor, así que dejé que hablara Bernardo.

—Habrían dado con él, Nieves. Ha habido muchos que han abandonado y otros tantos después que hicieron lo mismo que Pedro, pero a él no le salió bien, lo mandaron otra vez al frente y se le gangrenó la herida.

—Claro, por eso acabaron amputándole casi, casi hasta el hombro, ¿no?

—Sí, aunque no consiguieron que conservara su brazo, pudieron salvar su vida, pero ya nunca será el mismo, y lo de Rosa pues... para que te voy a contar.

Mis ojos azules indagaron en la negrura de los suyos.

—Bernardo, y no te parece, ¿qué se ha tomado muy bien el estado en el que ha encontrado a su mujer?

Sus ojos negros me transmitieron cariño, a la vez que sus manos rozaban con amor las mías.

—Pedro también se siente culpable por otro asunto.

—Bueno, no me tengas en ascuas y dime de qué se trata.

Bernardo bajó la mirada, fijándola en el suelo llano de la cocina.

—Pedro se sentía muy solo... y en uno de los permisos estuvo desfogándose con... una de esas mujeres de la vida.

Me asombré ante las palabras de mi marido y, de súbito, un escalofriante miedo me subió por todo el cuerpo al pensar lo que se me había pasado por la cabeza otras veces.

—Bernardo Pérez, mírame a estos ojos y dime con sinceridad... no, mejor

júrame que tú no has estado con ninguna fulana.

Volvió a coger con ternura mis manos, que yo había soltado con rapidez al oír aquellas palabras.

—Por supuesto que no, mi amor. ¿Me crees capaz de algo así? Yo nunca te haría daño, te quiero como jamás he querido a nadie y lo sabes bien. No vayamos a estropear el poco tiempo que tenemos por algo que no nos incumbe a nosotros en absoluto.

Su mirada era sincera, conocía a Bernardo más aún que a mis propios hijos que los había parido, y sabía por la expresión de su rostro y por la forma en la que me hablaba, que me estaba diciendo la verdad, nos habíamos amado siempre y el verdadero amor jamás sufre de fracturas.

—Tienes razón, me enamoré de ti por eso, por lo diferente que eras a los hombres de este pueblo, y es algo que siempre te acompañará.

Bernardo deslizó sus labios sobre los míos y me besó con descontrolada pasión.

—Tu recuerdo es lo que me ha dado el aliento cuando me sentía solo, nada más que eso, tú has estado en la línea de mi horizonte día y noche, has sido como una veleta que me indicaba el camino, y por ti, sigo vivo, y tú, mi amor, me has traído de vuelta a casa.

Las emociones surgieron sin más, y tuvimos que volver con muchas prisas e hirvientes besos hasta nuestro colchón de lana, sin importarnos que, en esta ocasión, la plena luz penetrara por la ventana colmando cada centímetro de nuestros entrelazados cuerpos, que se iban colonizando de felicidad y nos hacían sentir enfermos de amor.

Aquella misma tarde, el cielo nos envolvió de gris, una inmensa tela de araña campaba a sus anchas sobre las casas de Alsilos, pronto los truenos acallaron las voces que presagiaban, con letales relámpagos, una tormentosa noche donde las gotas de lluvia parecían querer convertirse en gigantes chuzos de punta.

Estábamos todos en la posada cuando se desató la tormenta de aquel penoso mes de mayo, en el que la vida seguía abriéndose camino a pesar de no querer recibirla. Rosa rompió aguas justo en el momento álgido de la tormenta, cuando el cielo se tornó de una negrura imposible de aclarar. Le faltaban todavía unos días según nuestros cálculos, pero aquella nueva vida que venía con premura, quería adelantarse a un tiempo en el que el odio lo contagiaría todo. Bernardo se quedó con Pedro y Rosa, acomodándola a ella, con la ayuda de Pedro, en una de las habitaciones libres de arriba. Natividad y yo nos fuimos rápidamente a buscar a Lucía, ya que llevaba días encerrada en su casa, junto a su hija Genoveva. Cuando entramos por la puerta de la pequeña estancia, Nati y yo nos miramos

mutuamente dudando qué hacer. Había chaquetas apiladas por todas partes, y Lucía y Genoveva no habían parado de coser ante nuestra presencia.

Me quedé sin palabras ante semejantes montones de ropa y, directamente, le pregunté:

—¿Qué significa todo esto?

Lucía seguía remendando descosidos sin mirarnos apenas, e intercedió Nati entonces.

—Lucía, por favor, ya puedes ir explicándonos qué es todo este desorden.

Lucía, por fin, levantó la vista de su incesante costura, mientras tanto, yo intuía que Genoveva nos observaba aliviada. Justo después, Nati volvió a dirigirse a ella con gesto severo.

—Que nos expliques qué ha pasado aquí.

Lucía le respondió con un tono altivo.

—Es evidente, Natividad. Cuando pase el verano, los soldados necesitarán estas chaquetas, que Genoveva y yo les estamos repasando.

Nati y yo estábamos atónitas, jamás Lucía había nombrado a Nati por su nombre completo, aun así, por un lado, la entendíamos, era imposible para ella lograr asimilar que Ramiro ya nunca la tocaría, ni la miraría, ni la colmaría de besos, ni escucharía más su voz diciéndole lo mucho que la quería. El dolor de una pérdida de tal magnitud era insuperable, y a nosotras se nos resquebrajaba el alma al verla así. A Nati las pocas fuerzas que le quedaban eran para pensar en Marcelo, en la esperanza de que volvería pronto, sano y salvo a su lado, pese a que Bernardo le había puesto al corriente de su situación, aunque suavizándolo bastante, y a mí las energías se me iban difuminando poco a poco para poder consolarlas a todas. Nati y yo la intentamos convencer sin éxito, pero al momento de volver a la posada y comunicárselo a Bernardo, a Pedro y a la asustada parturienta, vimos a Lucía junto a Genoveva aparecer por detrás de la puerta, sin duda, algo la habría hecho recapacitar, y yo me alegré por Rosa pero también por ella, que volvería a sentirse útil ante tantas agonías, y quizás, incluso empezara a raspar la rígida concha que ahora interponía su corazón, con la realidad de este universo de infortunios en el que habitábamos.

Sin embargo, no iba a ser fácil, Rosa no quería parir a esa criatura que había llevado, con tanto desprecio, en el interior de sus entrañas, e iba a complicar ella misma aquel parto en el que no estaba dispuesta a hacer un mínimo esfuerzo, para que ese pequeño e indefenso ser conociera la vida.

Lucía le habló bastante enojada a Rosa.

—¡Pero quieres empujar de una vez por todas!

Rosa lo único que hacía era llorar sin consuelo alguno, gritando a la vez de dolor, propiciando así que la ira comenzara a crecer con energía en el interior de

Lucía, y fuera adueñándose de ella.

—¡Ya está bien, Rosa! O pones algo de tu parte o me largo de aquí y... ya os las apañaréis.

Miramos a Lucía suplicantes, mientras Bernardo y Pedro escuchaban nerviosos fuera de la habitación.

Rosa, con tan solo un hilo de voz, nos dijo entre fuertes gritos y angustiosos sollozos.

—Mejor, así me moriré.

Estaba claro que no iba a hacer nada, ni por vivir ella ni porque naciera esa criatura que solo era víctima y no tenía culpa de nada.

Lucía me observó con esa mirada clara y penetrante, que lo decía todo.

—Dile a Pedro que entre.

Yo me sorprendí.

—¿Qué?

—Díselo, Nieves. No vamos a dejar que Rosa se deje morir y con ella a la criatura que trae, si ella se niega, será su marido quien la traiga al mundo.

En ese momento, Nati y yo nos miramos pensando que Lucía había estado aletargada en su dolor helado demasiado tiempo, y no sabía bien lo que había que hacer.

Se volvió hacia nosotras mientras mantenía abiertas las piernas de Rosa, ahora chorreantes de sangre.

—¿A qué estáis esperando? No estoy diciendo ninguna tontería, necesito a Pedro para que empuje, ya que Rosa se niega a hacerlo. Vosotras no tenéis la fuerza que puede tener Pedro. ¿Lo entendéis ahora?

Me quedé petrificada y fue Natividad la que salió a avisarle. Después, Pedro, prácticamente, volcó su cuerpo sobre el de su esposa mientras Lucía veía asomar ya, la minúscula cabecita de la criatura. Rosa se desmayó justo en el mismo instante en el que su hijo abrió por vez primera sus ojos, que con el tiempo se definirían en un color verde esmeralda; a este mundo que esperaba le diera una esperanza aniquilada entre sus padres. A mí me dio un vuelco el corazón cuando Lucía me tendió al bebé mientras ella reanimaba a Rosa. Miré su pequeña carita comprendiendo que, de algún modo, ese niño tenía que traer nuestra salvación en un extenso paisaje que se descosía puntada a puntada, aunque la aguja de Lucía hiciera incansables labores, para no perder el hilo que tensaba nuestra cuerda floja en un estado acrobático de equilibrio, donde todavía la lucidez nos mantenía unidos cada nuevo despertar.

ALSILOS. JUNIO DE 1938

Aquel largo atardecer, una tupida acuarela prolongada por el ocaso, teñía nuestro cielo sangriento de un rojo, que empezaba a flaquear en los ánimos de la gente. Había oído hablar a las mujeres de este pueblo de una causa, que ya casi veían perdida, solamente ansiaban que la paz volviera a sus hogares de una vez por todas, y no querían escucharnos cuando nosotras les alertábamos de que esa paz dependía, única y absolutamente, de la victoria de nuestra causa, aquella calma que buscaban, nunca la iban a encontrar de otro modo. Sin embargo, el resto de las mujeres de Alsilos estaban ya muy cansadas de aguantar el dolor, que les suponía seguir viviendo aun con la ausencia de sus maridos y de sus hijos, formando parte de muchas familias rotas, en las que era totalmente imposible recomponer sus miembros ya perdidos. No podían entender que esa paz que añoraban, sería una tempestad que penetraría en sus vidas, sacudiéndolas, sin pudor, si dejaban vencer a aquel puñado de insensibles, pero la moral estaba cada vez más baja, y la siembra en un tiempo de esperanza, flojeaba ahora, recogiendo una cosecha cultivada entre lamentos y miedos. También había muchos que abandonaban nuestra lucha metiéndose en las alas del avestruz, para emprender su galopante huida con las orejas gachas.

Pero aun con todo aquello que nos iba destrozando, lentamente, en nuestros adentros más profundos, nosotros nunca cejaríamos en nuestro empeño por una lealtad y un respeto, que nos debíamos todos los seres humanos, nuestra eterna causa siempre sobresaldría por encima incluso de aquellos, que se habían agotado nadando en la cresta más elevada de las olas, vilmente robadas a nuestro Mediterráneo.

Habían pasado más de dos semanas desde el parto de Rosa, y Bernardo tendría que volver a naufragar en aguas turbulentas, para seguir evitando, de la manera que fuera, que todos esos desalmados fascistas, siguieran avanzando entre los surcos de la tierra que tocábamos. Podía resumir en estas semanas pasadas, los mejores días de esta guerra, para mí resultaron ser los más maravillosos prácticamente en dos años, en los que mi débil corazón había conseguido soportar el mayor de los vacíos, y aunque seguíamos rodeados de inevitables pérdidas que traían, sin cesar, una cascada de sufrimiento, desbordando los ríos del corazón de muchas personas de Alsilos y de todas las

partes del pueblo español; nosotros seguíamos amándonos, porque era lo único en lo que confiábamos plenamente y lo que nos impulsaba a olvidar nuestros más hondos pesares, para sentir, de nuevo, la necesidad de buscar un destino mejor en el que todas las obras de arte pintaran un paisaje, donde prevaleciera el verde que da energía a la vida, y donde el negro se borrara haciendo desaparecer los fondos oscuros de todos los dibujos.

No sabíamos qué debíamos decirle ya a Rosa, había repudiado a su hijo desde el día que nació o, en realidad, mucho antes, seguramente desde el mismo momento en el que fue engendrado por culpa de aquella bestia. Ni siquiera le había puesto nombre, y entre todos ayudamos a Pedro a que se decidiera por uno en concreto, le llamamos Salvador.

Me quedé perpleja ante la actitud que adoptó Pedro, él mismo le daba la leche de las esqueléticas vacas de Nati, puesto que su madre se negaba a amamantarlo. Lo acunaba con su brazo sano como si fuera su propio hijo, hasta que se quedaba dormido. Yo no podía creerlo, y tampoco entendíamos la pasividad de Rosa. Su marido había perdido un brazo en esta guerra contra los facciosos, y ahora estaba dispuesto a ser el padre del hijo de uno de aquellos que, indirectamente, le habían obligado a perderse a sí mismo, en una parte que no solo era la más evidente.

Llevábamos días presenciando la indiferencia de Rosa y, por ello, decidimos hablar seriamente con nuestra amiga.

Lucía vino a verme por iniciativa propia, algo que me sorprendió bastante dado el comportamiento que tenía ahora habitualmente. Estaba preparando las gachas de la cena cuando, repentinamente, apareció detrás de mí en la cocina.

—Nieves, tenemos que decirle algo a Rosa, esto no puede seguir así.

Me quedé atónita, casi me había hablado con un tono firme que creía ya olvidado.

—¿Te encuentras bien, Lucía?

Lucía me sonrió de inmediato, aunque la claridad de sus ojos castaños seguía reluciendo en un eterno velo de tristeza.

—Bueno, estoy mucho mejor, te mentiría si te dijera que estoy bien porque sabes que eso ya no ocurrirá jamás. Pero Genoveva me necesita más que nunca, y no podría perdonarme que mi hija se hiciera una mujer sin poder compartir mi amor y, menos aún, que me lo reprochara algún día, incluso sabiendo que a mí me va a faltar siempre el de su padre.

Lucía añadió entre emotivos y dolorosos sollozos.

—La ausencia de Ramiro ha sido lo peor que he sentido jamás en toda mi vida, es como si me hubieran escurrido por dentro, dejando que en mi corazón crecieran las malas hierbas, sin embargo, Genoveva fue el mejor fruto de nuestro

amor, y Ramiro no consentiría que la vida de nuestra hija, pasara ante mis ojos sin pena ni gloria.

Me abracé a Lucía mientras mis ojos también empezaban a nublarse, uniéndose a la fina lluvia que caía de los suyos.

—Me gusta verte así, Lucía, ya nunca será como antes, pero a pesar de ello, Genoveva y tú reboáis de un amor, que debéis daros.

Lucía se secó con los dedos sus ojos empapados.

—Sí, Genoveva se lo merece todo, ella no tiene ninguna culpa de la desgracia de mi Ramiro. De todas formas, necesito tener la mente ocupada para no volverme completamente loca, por eso intento distraerme con la costura, para no pensar en los recuerdos que me hacen daño, ya ni siquiera soy capaz de acercarme al piano y refugiarme en él, aunque supongo que ahora que Rosa no puede coser, tampoco les vendrá mal que yo rinda el doble, ¿no?

—Claro que sí, Lucía, aunque con un poco de moderación, que aquel día casi nos asustaste con aquellos montones de chaquetas desordenados y desperdigados por cualquier sitio donde miráramos...

Las dos pasamos del llanto a la risa y volvimos a abrazarnos, por fin, volví a sentir a Lucía cerca, el dolor que sufría sería imposible de arrancar nunca, pero una parte de ella volvía a mí, notando así cómo mi hermana llenaba una vez más mi sangre, aunque no fuera suya, porque los apellidos nunca romperían los lazos trenzados que nos unían, y que nos hacían sentir como verdaderas hermanas.

Entre las dos conseguimos llevar a Rosa ante su marido, que, estando de pie en el recogido salón, apoyaba al pequeño Salvador en su único brazo, meciéndolo con dulzura sobre su regazo. Ella no había salido de la habitación de mi posada desde el mismo día en el que alumbró a Salvador, y había cerrado sus ojos ante el cariño con el que Pedro envolvía a su hijo, regalándole estrechos vínculos de amor, a cada momento, el mismo con el que intentaba volver a conquistarla a ella. Rosa miró con anhelo a Pedro y sus ojos brillaron de ternura al ver cómo cogía con gran afecto a Salvador. Lucía y yo nos quedamos totalmente sorprendidas cuando Rosa se acercó y comenzó a amamantar por primera vez a su hijo, besando después con calidez a Pedro, que se quedó embobado sin poder apartar la vista de ella. Aquella misma noche, Bernardo y yo oímos cómo Rosa y Pedro derramaron sus fervientes pasiones en uno de nuestros colchones de lana, reconciliándose sobre aquel jergón que llevaba demasiado tiempo partido por la mitad, y mullido con la desconfianza que habían acrecentado las insalvables distancias entre ellos.

Al día siguiente, Rosa también parecía otra, intuí en su rostro que Pedro le había contado cosas, que ella hubiera preferido no oír, pero, al fin y al cabo, Rosa, aun siendo víctima, de algún modo, también se sentía muy sucia, y a lo

mejor, ese reencuentro les aliviara, limpiando y llenando algo las desventuras de ambos. La vida se había precipitado para ellos y, quizás, habiéndose unido como dos gotas de agua en este preciso momento, estarían a salvo de todo lo que traumatizaba sus pensamientos. Además, y a pesar de todo lo ocurrido, Pedro y Rosa seguían guardando rescoldos de las chispas que un día, ya muy lejano, prendió su amor, y ahora, aún entre culpas o rencores ocultos, había vuelto a crepitar.

El crepúsculo de ese mismo día, me arrancó, sin ninguna contemplación, de los brazos de Bernardo, la oscuridad de la noche iba llegando hasta el último de los rincones de Alsilos, y Bernardo debería escurrirse por los bosques como una rata de río, para que ninguna sanguijuela encontrara su sangre pura. Las garras del enemigo estarían al acecho, pero en los albores de aquella noche que estaba naciendo, Bernardo se escabulliría, porque conocía bien los arroyos de aquellos agrestes caminos, y sabría esconderse entre los faros que el cielo le marcaba.

El agua del pozo acogió nuestras lágrimas cuando mis hijos y yo abrazamos a Bernardo, en una larguísima y desgarradora despedida. Salimos por la puerta de atrás del patio, y le acompañé hasta el camino que volvía a dividir nuestra existencia, nuestro amor y toda una vida. Ya no soportábamos un nuevo adiós, pero había que hacerlo, teníamos que aguantar hasta el final, y debíamos sacar fuerzas desde el último brote de esperanza, aquel que reviviría siempre, entre los nudos que enredaban nuestros sentimientos en la hiedra. Nos besamos amargamente, pensando que el destino guardaría un lugar para nosotros donde el nombre que le pusimos a nuestra hija, imperara para siempre sobre cualquier horizonte que resistiera en las estepas de la vida.

Le vi alejarse sorbiéndome el sabor agridulce de aquella nueva separación, mientras las mechas de nuestro amor iluminaban el sendero por el que, al fin, volví montada en la vieja bicicleta con la que habíamos ido hasta allí. El llanto vertía la oscuridad en la que me encontraba, cuando dejaba atrás el embriagador aroma exhalado por los campos sembrados de girasoles en continuo movimiento, en los que Bernardo y yo admirábamos el ardor y la ilusión de un tiempo, a todas luces, renovador, floreciente y próspero, donde las zarzas que ahora aplastaban las ruedas de la bicicleta, jamás nos volvieran a pisotear a nosotros igual que a una laboriosa hormiga.

Llegué muy fatigada a mi posada, estaba ya muy cansada de seguir con fuerzas para pedalear una vida en la que Bernardo se me escapaba de nuevo, exprimiendo así las ausencias vacías de mi interior, donde sentimientos encontrados recorrían los pasadizos de un largo laberinto, instalado por todo mi ser.

A ORILLAS DEL RÍO TURIA. UNAS HORAS MÁS TARDE

Bernardo llevaba caminando sin un solo respiro, desde que su única guía entre la maleza de la vegetación por la que se escondía, fueran las fugaces estrellas que pendían alrededor de la media luna de aquella larguísima madrugada. Pronto amanecería, pero hasta entonces, sus desgastadas alpargatas seguirían arrastrando sus cintas negras formando lazos con esa tierra, pero intentando no dejar marcas con sus pisadas para no alertar al enemigo, por si andaba también cerca de aquellos agrestes cerros que, un día ya lejano, le hicieron ver el mundo tal y como era.

Esa noche, los sueños no llegaron hasta él, porque las pesadillas que le atormentaban, se habían convertido en una realidad, imposible ya de desterrar de los lamentos más crueles que su mente lanzaba con flechas hasta su pobre corazón, dejándolo indefenso y sumido en la desesperación. Avanzaba tan rápido como volvían aquellos horribles recuerdos, que le golpeaban sin cesar derritiendo el bloque de hielo que intentaba, cada día y sin remedio alguno, colocar en su interior más profundo.

Las sombras más oscuras de aquellas interminables horas le traían de nuevo las desgracias pasadas, volvía a revivir aquellos fatídicos momentos en los que hubiera clamado no poder sentir, no saber pensar y no entender lo que significaba amar. Era como si uno de los viejos baúles de alguna de las habitaciones de la posada, se hubiera abierto de par en par esa noche en sus adentros. Y era como si lo hubiera hecho para enseñarle, una vez más, la hoz de Ramiro clavada para siempre entre la espesa y viva sangre que, gota a gota, recorrió la corriente del río Guadalupe. Para acordarse ahora del pobre muchacho que en edad de festejar, jugó abrumado a los soldaditos carentes de plomo, dejando filtrarse entre la fresca hierba de aquel valle, la lluvia amarga que, inevitablemente, resbalaba por los ojos de su añorada madre. Para poder pensar en su compañero John, tan inerte como las pétreas rocas de sus escarpadas costas inglesas, a las que ya jamás regresaría. Para intentar imaginar dónde estaría Marcelo, y si alguna vez podrían volver a compartir alrededor de un chato de vino, inolvidables momentos ya vividos en tiempos pasados. Incluso le vino a la memoria la injusta muerte de su amigo Julián en la mina, una de las

innumerables causas que le hicieron arrojarse a la lucha en favor de los oprimidos.

Cada vez que se acordaba de cada uno de ellos, como en este preciso instante, el filo de un puñal le desgarraba, haciéndole sentir algo indescifrable que le impedía seguir adelante. Sin embargo, cuando todo eso sucedía siempre le ocurría lo mismo, volvía a recobrar el aliento y la esperanza al ver difusamente a Nieves entre todas aquellas imágenes. Sus ojos azules le sumergían en una niebla densa que auguraba un mar en calma, lejos de la violencia y cada vez más cerca de bañarse en igualdad, justicia y tolerancia, erradicando de una vez por todas a los caciques que intentaban seguir forjando barreras, imponiéndose en el curso natural que el amor concede a la vida, el cual ignora el odio y aborrece también el poder.

La bruma le trajo a Nieves y a sus hijos, fue como un suspiro de alivio que le insufló las fuerzas necesarias para volver a pensar en esa dura batalla llena de hirvientes volcanes, pero que, pronto, por fin, sofocarían, y podrían aventurarse a nadar todos juntos, cogidos de unas manos ya inseparables, y que como una balsa de aceite, llevara la ansiada calma y colmara sus deseos de vivir entre amor, libertad y con anhelada paz.

Los pensamientos en sus hijos y en Nieves fueron absorbiendo, poco a poco, todas las partes de su ser, mandando a otro lugar lejos de allí, todos sus sentimientos de intenso dolor que provocaban esas pesadillas reales que, contra su voluntad, había tenido que presenciar, y que se habían quedado impregnadas en él como una mancha que sería incapaz de poder lavar. Era imposible olvidar aquello y, más aún, olvidarles a ellos, a sus amigos, con los que Bernardo había compartido ya media vida, pero debía pensar en la mujer de su vida y en los cuatro maravillosos hijos que habían concebido juntos, su amor era tan grande que conseguía, ahora mismo, alejar con cierta facilidad sus más oscuros recuerdos. Podía, en un solo segundo, tapar su más rasgado sufrimiento, para sacar de él sus sentimientos más sinceros y su fuerza de vivir, de volver a amar y ser amado en un mundo mejor, donde todos logran tener buenas intenciones; y, por fin, todas las aves que migran rozando cada esquina del techo celeste, les pudieran enseñar su tesoro escondido entre picos deslumbrantes y guardado entre las nubes, entregándoles el imperturbable secreto de la libertad.

Con esos deseos y fijando su mirada entre sus hijos y Nieves en el horizonte del camino, Bernardo recobró el valor suficiente para no desistir jamás y poder llegar hasta el frente, y, de ese modo, ayudándose entre los compañeros, hacer brotar sin tregua ese fruto que buscaban. Los destellos anaranjados bullían burbujeantes, eclipsando el difuminado tono parduzco que ascendía en las lejanas montañas, contorneando así el paisaje de un amanecer soleado y febril,

que conquistaba hasta la última célula que fundía con vida todo el ser de Bernardo. No sabía cómo ni por qué aquel vibrante amanecer le hacía sentirse feliz.

Las borrosas huellas de sus alpargatas quedaban atrás ante la curiosa mirada de todos los moradores que, sigilosos, salían de sus madrigueras o de sus nidos en sus habituales jornadas de cada día. Bernardo observó, con detenimiento, su reflejo ondulante en el río, y, como un fugaz relámpago, notó las manos de Nieves rozando su barbilla recién afeitada en esa imagen que, instantáneamente, su rostro devolvía a su pensamiento. Sus labios dibujaron una pequeña sonrisa, al pensar en la gran cantidad de momentos que había pasado viendo a Nieves a través del espejo que, justo ahora, colgaba del marco de su memoria. En ocasiones, estaba sonriente al igual que él en este mismo instante, y otras veces, también enfadada. Amaba a Nieves por encima de todo, pero tenía que reconocer que cuando se le metía alguna cosa entre ceja y ceja, no paraba hasta conseguir su propósito. Ella tenía mucho carácter, pero, a lo mejor, era precisamente eso lo que le había entusiasmado de Nieves desde que todavía llevaba pantalones cortos, siendo tan solo un chiquillo. Ahora lo único que le importaba, era todo lo que se habían amado los últimos días. Por un momento, se palpó suavemente los labios con sus ásperos dedos y sintió en ellos los de Nieves, veía sus besos reflejados en esa cristalina agua del río que los purificaba. Se habían amado siempre con intensidad, y se llevaba en el corazón esos apasionados días que les habían unido a ambos, dándoles un impulso de energía para superar lo que viniera después.

Bernardo suspiró ahora de alegría, las tinieblas de la noche le habían arañado destripando de él sus peores recuerdos, pero había amanecido y la luz de los mejores momentos había vuelto a penetrarle, animada por la vida que fluía en aquel entorno, y haciéndose eco de todos los seres vivos que poblaban ese mismo hábitat que también era el suyo, nacido de esa misma tierra que le había hecho crecer, con un bondadoso fondo de generosas semillas.

Los sentidos de Bernardo palpitaron, instintivamente, ante toda la vida que surgía de los más recónditos rincones. Una suave brisa movió las hojas de los álamos, que tintinearón como campanillas. El rumor adormecido del agua sonaba, con alboroto, entre los saltarines peces que modelaban el río. Los pájaros, las ranas y los grillos cantaban un extraño pero melodioso himno, acompasado por las latentes respiraciones de un jabalí, que merodeaba por los alrededores de la ribera. Aquellos espontáneos y naturales sonidos que renacían en su propia persona, le hicieron pensar y sentir, por unos instantes, que se encontraba en paz consigo mismo, la naturaleza traía la vida a su corazón y le llenaba de armonía, y de un amor que, aun sin ser consciente de ello, recorría sin

cesar el interior de sus arterias, igual que del río emanaban brotes de compleja y maravillosa vida, en la plenitud de un enriquecedor y floreciente planeta.

Bernardo se sentía mejor que nunca justo en ese milésimo instante de tiempo, en el que se desplomó en un último y perpetuo suspiro, cegando su mirada, en apenas unos segundos, hacia una oscuridad que se implantaba eterna, robándole miserablemente y sin defensa posible la vida, en aquella espesa tierra que lo arrastró y le hizo rodar en una imparable caída que, desde aquel funesto día, le llevaría a permanecer junto a los sedimentos del río. Quizás su cansancio o su ensimismamiento lo despistó y no escuchó los pasos de aquellas botas que le iban pisando los talones, no se dio cuenta de que las huellas de sus alpargatas serían para siempre imborrables, aunque aquellos malnacidos, sin alma ni escrúpulos, le hubieran alcanzado por la espalda, como sin ninguna duda, solo sabían hacer los auténticos cobardes.

Justo en la misma porción de minuto en la que el reloj de Nieves no salvó el tiempo de Bernardo, justo en ese preciso momento en el que el peso inerte de Bernardo se sumergía hasta los lodos del río, hundiéndose, cada vez más, entre la densa negrura oscura del pozo más profundo y en aquel inmenso túnel del que ya no escaparía, justo entonces, el leve viento dejó de zarandear las hojas de los árboles; la corriente del río se apaciguó; y la singular sinfonía compuesta por sus pobladores, cesó de entonar sus notas dejando la música vacía. Los sauces lloraban y los cipreses se mantenían firmes; las amapolas de campos cercanos perdían sus pétalos marchitos; mientras que los girasoles de toda esa tierra seca se habían vuelto de espaldas a la luz ferviente del sol.

Durante unos minutos, la quietud y el silencio más absoluto fue lo único que reinó entre todos los habitantes que poblaban hasta el lugar más escondido de esa tierra, a su vez remojada por la incesante vida que emergía de las aguas puras del río Turia, ahora teñidas de una espesa capa negra sobre su superficie, pero guardando celosamente entre su cauce, la verdadera memoria de Bernardo.

ALSILOS. FINALES DE JUNIO DE 1938

Desperté de repente entre un súbito fuego de verano que me abrasaba la piel. Aquellos primeros coletazos que nos daba la estación estival, nos quemaban hasta el fondo, convirtiendo en llamas lo poco que nos quedaba. Más de la mitad de nuestros bosques que en su día albergaron numerosas especies en la flor de la vida, se habían transformado ahora en antorchas del infierno más cruel, donde anidaban aquellos que habían vertido sin miramientos sobre nuestros cristalinos arroyos, la sangre pura e inocente que habían encontrado a su paso, arrastrando sus destructoras marcas por nuestros campos, dejándolos estériles de vida, y sembrados de maldad, horror y muerte.

Casi amanecía cuando, sobresaltada, volví al calor de aquel ambiente que yo no sentía ni siquiera a través del sudor que emanaban mis tejidos. La realidad volvió a mí con un golpe brusco y seco, una mañana más los ardientes sueños de la noche se desvanecían, poco a poco, en el vacío del mundo que, por desgracia, me rodeaba ya por todos los recovecos donde se alojaba.

Hacía varios días que anhelaba la cercanía de Bernardo, añoraba sus besos, sus caricias y sus palabras, y deseaba, con todas mis fuerzas, volver a sentir su amor dentro de mi pecho como me había hecho sentirlo unos cuantos días atrás, y yo lo recordaba, en este preciso instante, como si hubiera pasado ayer mismo. Sin embargo, solamente la noche lo devolvía a mis brazos, me sentía de nuevo amada por Bernardo en mis más dulces y apasionados sueños, él volvía a mí, todos los días, cuando el ocaso me hacía cerrar los ojos tumbada en esta cama que tantas veces habíamos compartido, pero, indudablemente, el alba siempre hacía que mis párpados se abrieran una vez más, y también que aquel sueño que me invadía noche tras noche, se alejara más rápido incluso que la más veloz estrella fugaz, y me hiciera caer, súbitamente, en medio de la peor pesadilla.

Cuando, por fin, me precipité en el mundo de los presentes, me costó habituarme un momento, otra vez tenía que hacerme a la idea de que no podía saber en qué instante volvería a sentir los brazos de Bernardo, rodeándome con sincero amor. Enseguida volví en sí cuando vi a mi hija Felicidad, medio incorporada ya en su lado de la cama, mirándome asustada.

—Madre, ¿se encuentra bien?

Respiré hondo un segundo, seguramente mi repentino despertar la había

impresionado un poco, ya que ahora Felicidad dormía conmigo. Las dos nos sentíamos más tranquilas y protegidas así, aun sabiendo que mis hijos dormían en la habitación contigua a la nuestra y, por tanto, estarían vigilantes ante cualquier altercado que pudiera surgir, aparte de la inseparable compañera que dormitaba bajo mi almohada.

—Sí, sí, claro, hija, estoy perfectamente.

Me miró dubitativa.

—Madre, es que lleva varios días despertándose con esa desastrosa pinta... está empapada en sudor, ¿no lo ve? Si parece que se ahoga respirando...

Le miré con ternura y me senté a su lado, apoyadas las dos en los barrotes de forja de la cama.

—No te preocupes, cariño. Es solo que me cuesta dormir tranquila, pero, hija, es que hoy en día es muy difícil poder conciliar el sueño con total calma, ¿no crees?

—Lo comprendo, madre, ojalá ya se hubiera terminado la guerra y, de paso, las calamidades y el insostenible dolor que ha traído.

De repente, me di cuenta de que no podía ser, había hablado a mi hija como lo hubiera hecho con cualquiera de mis amigas, y ella, además, acababa de corresponderme, pensando como una mujer adulta y dándome, después, lo que yo más necesitaba, un gran abrazo.

Me quedé unos minutos absorta en mis pensamientos, hacía días que esos inmisericordes rebeldes habían ido ocupando muchos pueblos de la zona, y nosotras estábamos atemorizadas por si acababan llegando al nuestro, porque si eso ocurría, también camparían como bestias en él. Habíamos oído ciertos rumores sobre las crueles atrocidades que eran capaces de cometer a su paso, y no sabíamos qué es lo que iba a pasar a partir de ahora.

Volví de mi ensimismamiento y decidí enseñarle a Felicidad el crucifijo de Purificación, luego las dos volvimos a dejarlo en aquel escondite en el que, desde tiempo atrás, permanecía oculto.

Le cogí con cariño sus menudas manos.

—Lo seguiremos guardando aquí, manteniendo este secreto entre nosotras, pero si algo saliera mal, se lo das a tu hermano Faustino, él sabrá sacar provecho, hija.

—Pero, madre, no me asuste, ¿qué quiere decir con eso de que algo puede salir mal?

Suspiré profundamente, mi hija conocía el dolor pasado, pero no podía entrever el sufrimiento que quizás nos depararía el futuro.

—No lo sé, hija, espero que no, pero en medio de este tormento que estamos viviendo, nunca se sabe.

Vi un resplandeciente brillo que atravesaba la claridad de los ojos de Felicidad.

—Además, madre, usted no ha hecho nunca nada malo, no tiene nada que temer.

Nos volvimos a abrazar durante largo rato, yo no estaba tan segura, quería creer las palabras de ánimo que me había dicho mi hija, pero también habíamos oído barbaridades que sucedían entre nuestras gentes aplastadas por los facciosos, y yo ya no sabía a qué podía atenerme.

Por la tarde, nos fuimos a escuchar los cálidos y sensibles cánticos que nos traía el talento de Genoveva fusionado, en una explosión de sonidos, con el de su madre, que volvía a dar rienda suelta a sus impulsos llenando, momentáneamente, su corazón de placer, desde que quedara en ruinas cuando se rompió, haciéndose añicos, el de Ramiro. Yo cerraba los ojos escuchando, entusiasmada, la mezcla de partituras que invadían de estimulantes sensaciones aquel salón, donde habíamos llenado todas las mujeres juntas, nuestras grandes y desoladas ausencias. Ellas hicieron que rozáramos el cielo aquel día, no sabré nunca por qué, pero pienso que el sufrimiento unido, ensalzaba la voz que los dedos de Lucía y Genoveva hacían brotar de aquel piano, y se disipaba entre todas nosotras embargándonos con el ritmo acompasado de un fuerte clamor, que siempre sentiríamos dentro, para alzarlo como una tormenta de granizo colmada de un extraordinario don, que ellas nos seguían regalando con sus notas entre el viento.

El ocaso del día cerraba las puertas al sol cuando me disponía a acostarme. Felicidad dormía, plácidamente, sobre el colchón de lana, seguramente las melodías que habían surgido esa misma tarde de las teclas del piano, se encontraban ya entre la almohada, alimentando sus fantásticos sueños. El calor de junio era insoportable esa noche, aunque yo apenas lo notaba, aun así abrí la tosca ventana de madera, para que la escasa brisa que corría, llegara hasta Felicidad. Me quedé un rato observando el incierto horizonte que se me ofrecía, sin embargo, la oscuridad de esas amargas horas, no me dejaba un atisbo de claridad para poder vislumbrar nada. Ya no podía intuir qué nos iba a deparar el destino, aunque todo me hacía sospechar que aquellos malnacidos nos querrían ahogar hasta dejarnos sin aliento, sumergiéndonos en las aguas de mi propio pozo. Algo inexplicable alertaba continuamente a mis pensamientos, diciéndome, entre susurros, que esos animales y salvajes fascistas pronto llegarían a arrebatárnoslo todo, incluso temía por mi propia vida y también por la de mis hijos. El miedo se había colado hasta en el último resquicio de mi conocimiento, y ya no podía ocultar el pánico que me aterraba día y noche. Si ellos venían, inevitablemente, sacarían su veneno de serpiente, infectándonos a

todos en Alsilos y, al mismo tiempo, corrompiéndonos y contagiándonos del peor brote de tifus que se haya conocido jamás. Al menos, eso era lo que yo pensaba, no podía asegurar qué ocurriría, nadie podía saberlo, pero a nuestros oídos habían llegado barbaries de tal magnitud, que aquella misma tarde, cuando la luz empezó a desvanecerse sobre la intensa tela azul ondeante del cielo y, con paso cadente, lo fue rasgando en un pétreo tono gris; yo arrojé mi pistola a las profundidades más oscuras e inalcanzables que albergaban las paredes de mi pozo empedrado. Me había invadido, por completo, un temor atroz que me hizo desprenderme del arma que había usado en situaciones pasadas, con gran coraje y valentía. Me tenía que despojar de cualquier indicio que pudieran usar esos traidores para acusarme de inventadas mentiras que, por supuesto, nunca había cometido. Me costó deshacerme de aquella compañera, en su día, cuando Bernardo me la trajo, yo no quería tenerla, pero ahora me daba seguridad, una protección que sentí que me faltaba cuando hacía tan solo un rato, la había visto zambullirse y hundirse con premura, en las silenciosas aguas del pozo de mi posada. Un escalofrío rodó por todo mi cuerpo al volver a ver en mi mente, el reflejo de la pistola surcando aquellas aguas que jamás hablarían. Multitud de imágenes revividas cruzaron entonces por mi cabeza, con la fuerza de un huracán. No me había quedado desprotegida, nunca las armas debieron imponerse a la razón. La batalla de las palabras seguiría siempre viva en mí, y me acababa de dar cuenta de que estaba en mi propio refugio. Mi posada era como un gran castillo que nunca podrían derribar, allí había construido mi propia fortaleza que, como una atrevida reina en plena Edad Media, pensaba defender con uñas y dientes. Porque mi mundo estaba latente entre estos muros, en los que la hiedra llenaba de esperanza y hacía que la vida creciera en su interior; surgía, igualmente, enriqueciéndonos entre los pensamientos que habían fluido rebotando en el manantial que manaba de mi pozo; y nos inundaría, siempre, con la sabiduría que entre estas paredes de piedra, habíamos compartido. Sabía bien que, de una manera u otra, estos valores que yo había enseñado a mis hijos, ellos encontrarían la forma de transmitirlos después y, pasara lo que pasara, estas piedras sabrían callar cuando tuvieran que hacerlo, pero también hablarían cuando fuera oportuno.

Otra vez sentía la brisa de la noche, expandiendo el valor que corría libre por mis venas. En estos angustiosos momentos, no sé cómo volvía a pasar pero lo hacía, volvía a sentirme decidida y segura de mí misma, y, desde luego, la libertad de los pensamientos de Nieves Hernández jamás podrían llevársela, como tampoco podrían herir mi corazón, aunque vinieran con un ejército de escorpiones decididos a mutilarlo.

Estos muros que me cobijan, serán siempre mi muralla. En mi posada soy lo que he deseado toda mi vida, libre. Esas bestias inmundas podrán torturarme sin piedad si llega el caso, aunque todavía confío en que no, pero si lo hacen, solamente maltratarán mi cuerpo, porque mi alma y mi pensamiento volarán siempre a contra viento con los gorriones de Alsilos, y mis recuerdos formarán un escudo, que no dejará que mis sentimientos se derrumben. Por eso mismo, he ahuyentado todos mis miedos, si irremediablemente llegan hasta aquí, aunque me aferro, firmemente, a la ansiada posibilidad de que no consigan traspasar las barreras de este pueblo, pero si inciertamente acaban saltando los tabiques de nuestros inexpugnables umbrales alados, alzaré el puño bien alto; porque nunca impondrán la ignorancia en mis arraigados valores y férreas ideas; porque las mujeres de Alsilos no consentiremos que hagan de nosotras un nuevo feudalismo, aunque intenten con malas artes encadenarnos, jamás seremos esclavas.

Miro el cielo estrellado ahora, y vuelvo a ver la luz parpadeante de un horizonte que ya no se apaga, vuelve a relucir en las velas del firmamento, porque sigo sintiendo su incandescente brillo, conquistando el lecho más profundo de mi interior.

TERCERA PARTE

Bajo el fuego del infierno

EN ESE LUGAR DE LA TIERRA DONDE EXISTE EL INFIERNO. OTOÑO DE 1940

Hoy la penumbra atraviesa hasta la grieta más insospechada de este terrorífico lugar que nos atrapa. El sol nos abandonó hace ya tanto, que se me nubla la mente al recordarlo. Ni siquiera el reflectante brillo de los adornos que en otro tiempo, ahora lejano, endulzaban mis oscuras noches, hacen acto de presencia en esta jaula que sangra por todas sus gruesas paredes. Hasta el recorte perfilado de la luna, que en madrugadas llenas de su eterna blancura alumbraba mis desvelos, se ha esfumado por completo.

Hoy todo lo que yo era, se ha diluido sin compasión alguna entre estos barrotes que nos siegan la vida. He dejado de pensar con la claridad que solía hacerlo antes, pero incluso todo este dolor que me han infligido para menguar mis fuerzas, jamás conseguirá que me metan en su redil, ya me dije en alguna ocasión que podrán torturar mi cuerpo pero nunca se apoderarán de mis pensamientos, que, aun a pesar del calvario al que aquí nos someten, tendrán la libertad de seguir sintiendo como personas que somos, y no como un pobre animalillo herido camino del matadero.

Los días aquí cada vez son más terribles, Lucía y yo aguantamos como podemos mientras que Natividad llora sin consuelo a mi lado, y no para de rezar. No entiendo cómo aún no se ha dado cuenta de que ese Dios suyo al que le pide tantos favores, nunca se los concederá, porque no existe. La verdad es que yo nunca jamás he creído que existiera, y todavía no puedo comprender cómo hay mujeres entre nosotras, que le siguen suplicando entre oraciones, pidiéndole auxilio incansablemente. Me pregunto, constantemente, si es que no quieren o no pueden ver con sus propios ojos todo lo que nos está sucediendo, es como si se encontraran atadas bajo una tapizada venda que convirtiera sus miradas invisibles ante este lugar inmundo, y les permitiera alejarse a cada instante en el que la llave de la inquisición abre sus cerrojos y nos ennegrece el alma. A diario, vemos llegar a nuevas mujeres que han sido concienzudamente magulladas y humilladas por sus sucias puñaladas, también a muchas se les consumen las fuerzas y acaban desplomándose delante de nuestras narices por pura inanición y, por supuesto, las enfermedades habitan entre nosotras como una poderosa e indestructible plaga letal, colándose indiscriminadamente por el más mínimo

resquicio, dadas las condiciones infrahumanas que recorren los pasillos de este infernal antro, en el que nos hemos habituado a convivir con innumerables roedores, contando muchos más aparte de esas ratas que nos vigilan con su oscura mirada de venenosas arañas. Sin embargo, a mí no me inyectarán su nocivo veneno tóxico, porque a pesar de lo que pueda ocurrirme, que en este momento y en esta aterradora cárcel es totalmente incierto y abrumador, las palabras justas y libres que han salido de mi mente, vagarán, infatigablemente, en un soplo de viento fresco disuelto con un polvo limpio y puro, ese que ahora se empeñan en enturbiar.

A veces intento ponerme en el lugar de mi amiga Natividad, para saber por qué sigue aún con sus plegarias, por qué intenta apagar el sonido estremecedor de la noche, implorando esa piedad que no llega para ninguna de nosotras. Y ante tales cuestiones, yo misma me respondo que a lo mejor sería más fácil estar ciega, sorda y muda, antes que estar sufriendo lo indecible como me pasa a mí. Siempre he odiado la ignorancia que te acerca más a la esclavitud, pero ahora mismo, en este preciso instante, preferiría hacer oídos sordos ante los insultos y dejar de sentir las barbaridades que se cometen sin ningún pretexto, aquellas que mis ojos trasladan, tristemente, al latir de mi corazón, cansado ya de tanta tragedia sin fundamento ni verdad alguna.

No me entra en la cabeza, de ninguna manera, que proclamen hoy una mentirosa y cruel paz. Si supieran de verdad lo que significa estar en paz, serían incapaces de engañar a la pobre gente de una forma tan ruin y deliberada. Pero ¿de qué paz hablan cuando lo que están haciendo es quitarnos del medio? A todas las voces esto sigue siendo una brutal guerra que, más tarde o más temprano, tendrá que parar.

Mis últimas esperanzas siempre recaen en mis hijos, de momento tendrán que vivir en el duro silencio que estos malnacidos les han impuesto, pero las ideas que Bernardo y yo les hemos inculcado, seguirán buceando entre las neuronas de su cerebro y, algún día, volverán a salir a un mar de emociones caldeado por un sol que les arropará de nuevo.

Mi día a día, detrás del perpetuo óxido de estas rejas, es extremadamente difícil a cada hora que pasa. Pienso mucho en Bernardo, intento evitar acordarme de él, pero indudablemente lo hago. Me niego a pensar en lo peor, sin embargo, sigo sin tener ni una sola noticia de mi marido, y esa incierta ausencia me desgarrar por dentro, me destroza como si fueran cuarteando, lenta pero decididamente, cada milésima parte de mi corazón, dejándome vacía en todo mi interior. Es todavía más doloroso que todo el horror que he tenido que presenciar aquí, es como dejar de pensar, de sentir e incluso saberme incapaz ya de amar. Por ese motivo, intento darme esperanzas a mí misma, y me digo, queriendo

convencerme, que no habrá podido ponerse en contacto y que estará escondido en algún remoto lugar, o hasta pienso que logró cruzar la frontera, quién sabe, aunque realmente sé, que son ilusiones que me hacen seguir soportando esta inhumana vida, presa hoy de inmorales verdugos, nada más.

Otras veces, me da por pensar y preguntarme cómo he acabado en esta cloaca, por qué razón me encuentro entre las redes de estos fascistas depredadores, sin duda alguna, hambrientos de extirparnos el alma, por supuesto, algo con lo que no podrán hacer gala. Y, justo entonces, vuelvo a preguntarme, ¿qué he hecho yo para merecer semejante tortura?, ¿cuál es mi gran pecado para tener que permanecer aquí? Nunca encuentro una respuesta adecuada, pero la única que se me ocurre, es haber sabido pensar por mí misma.

Mis pulmones se agotan a cada minuto, este aire impregnado de las más viles acciones, ha contaminado por completo mi respiración. A cada segundo que me envuelve, mi tos empeora, no soy la única que padece tuberculosis, pero sé que me va a ser complicado salir de esta, en este contagioso lugar, donde la higiene brilla demasiado, pero por su más absoluta ausencia.

Aun con todos los pesares que llenan de sufrimiento mi espíritu día y noche, y resbalan sin cesar inundando con dolor mis miedos más terribles, intento pensar en Bernardo y en mis hijos, cierro mis ojos y veo entre sueños y recuerdos en la intensidad de su azul; aquel otro mundo que hace tiempo me perteneció; aquel que me enseñó a saber quién soy ahora; aquel que todavía me trae la fragancia de las amapolas; y aquel que heredarán mis hijos, aunque ahora la vida se haya convertido en un remolino de llanto y lamentos que colonizan terrenos boscosos, y que son arrancados, sin compasión, de los árboles que hacen sombra, cayendo sin remedio de sus ramas y esparciéndose, con amargura, por cada ínfimo recoveco de la embarrada tierra de este otoño que nos desampara.

EN ESE LUGAR DE LA TIERRA DONDE EXISTE EL INFIERNO. UN MES DESPUÉS. NOVIEMBRE DE 1940

La tormenta más oscura azota sin tregua mis entrañas cada día al levantarme. Muchas veces, cuando abro de nuevo mis ojos y solo encuentro una gran oscuridad que intenta atraparme con sigilo, pienso en volverlos a cerrar porque ya no soporto más esta terrible vida, que me han encomendado pasar. Quiero dejar de pensar, ansío dejar de sentir el dolor que me desgarrar el espíritu, deseo, con fervor, dejar de añorar el pasado y, en ese momento, cuando me gustaría volver a cerrar mis ojos otra vez para que mi cuerpo y mi alma descansaran, por fin, ya en la nada, y mi sufrimiento terminara definitivamente, siempre alguien me obliga a abrirlos, porque mis amigas Lucía y Natividad o cualquier otra compañera me hacen ver, que no estoy sola.

El mundo se ha convertido en un auténtico caos, donde gente malvada, de la peor calaña conocida, campa a sus anchas como si se hubieran apoderado de él y fueran ya sus únicos amos. Por eso mismo, aunque desearía que todo acabara de una vez por todas, sé que no desistiré, no voy a darme por vencida, porque Nieves Hernández jamás se rinde incluso aunque no pueda más, así como también sé, con seguridad, que al igual que yo, mucha más gente noble y con sentimientos sigue creyendo en nuestra lucha por un mundo, donde todos nos ayudemos a mejorar y nos respalde de verdad una merecida paz, y no esa mentira con letras mayúsculas de la que hablan nuestros mercenarios, llena de crueldad y maldad, como nunca se ha visto.

Algunas veces, pienso que Natividad se va a volver loca en este infesto lugar, no para de llorar nombrando a sus hijas y a Marcelo, y se pregunta, repetidamente, cuál ha sido el acto tan ruin que ha podido cometer para estar en este infernal sitio. Lucía y yo nos miramos pero no encontramos ninguna respuesta para ella, y tampoco para tantas mujeres aquí que no han hecho absolutamente nada para aplicarles tamaño castigo. Nosotras estamos ya condenadas, según dicen esos inmisericordes, Lucía no daba puntada sin hilo y mi posada era un nido de rojos a los que yo daba cobijo, y eso que les es imposible poder probar nuestros actos, la fatídica noche que desprendieron de

Rosa su sonrisa a la vida, puesto que ese secreto se guardará, eternamente, entre los espesos lodos de mipreciado pozo. A veces, la ambición por un puñado de ascensos roba el poder del pueblo para dárselo a aquellos que se creen los héroes y que, en realidad, no son más que unos cobardes despiadados que, con desmesurada violencia, van quitando el derecho a la vida a pobres inocentes como nosotras, porque jamás ninguna de las que aquí permanecemos en contra de nuestra voluntad, encerradas contra el mundo, nunca jamás hemos cometido delito alguno.

La mayoría de las noches no puedo dormir, la tos me atenaza la garganta en plena madrugada, y en esos instantes, en los que noto como si me faltara el aire, como si irremediamente me fuera a ahogar, empiezo a pensar, entre suspiros, de qué me culpan realmente para tener que encontrarme ahora entre estos muros de piedra que me aplastan como una losa, y entonces las sombras de la madrugada me responden que solamente han sido mis ideas, entre oscuros pensamientos, escucho susurros que me dicen que he sabido pensar por mí misma, y que he desplegado abiertamente mis alas de libertad, conquistando horizontes nuevos e inimaginables. En ese momento, la impotencia sumada a la rabia me corroen entera, penetrando hasta en la última gota roja de mi sangre, es precisamente entonces, cuando comienzo a toser derrochando mis escasas fuerzas paulatinamente, y continuando así hasta que logro superar a mis propios demonios y vuelve a alentarme la luz que, poco a poco, se va apagando dentro de mí.

He intentado, de todas las maneras posibles, que la sentencia de Lucía y la mía no consigan llevarse a cabo. He pedido encarecidamente a Rosa, a Pedro e incluso a mis propios hijos, que se han hecho ya demasiado mayores para la edad que tienen, que busquen como sea a Purificación, que pregunten en todas las congregaciones religiosas de los alrededores de Alsilos o donde haga falta, creo, firmemente, que si ella sobrevivió a la guerra y ahora ha vuelto a tomar los hábitos, podría ayudarnos a salir de esta, es la única salvación que nos queda ya a Lucía y a mí. Sin embargo, las cartas de mis hijos son desoladoras, todos juntos intentan averiguar su paradero, sin poder hallarlo todavía, eso teniendo en cuenta que Purificación siga con vida. Ellos están persiguiendo cualquier mínimo rastro que haya podido dejar ella, involucrándose en una carrera que desafía los relojes del tiempo, e indagando como pueden aquí y allá, y yo aún me aferro a la única esperanza que me queda para que logren encontrarla, aunque hace varios días que no recibo ninguna noticia.

Mi debilidad y mi extrema delgadez apenas me dejan andar, pero estas brujas me obligan a caminar arrastrándome, porque, al parecer, tengo una inusual visita puesto que solo han venido a verme a mí.

Cuando la miro, no me lo puedo creer, las lágrimas comienzan a resbalar por mis mejillas a una velocidad de vértigo, y el corazón me vuelve a bombear de un amor cálido como ya no recordaba, cuando, por fin, tambaleándome, abrazo con las pocas energías que ya me quedan a mi hija Felicidad, que también sus ojos lloran al verme salpicando estos inertes muros, de la alegría que nunca sabrán apreciar. Por unos minutos, las manos de mi hija rozando las mías me evocan un paraíso, que pronto se disipará, pero me siento feliz aunque solo pueda ser por esta tarde gris, la misma que nos descarga esta lluvia de sensaciones, que se van abriendo al igual que los pétalos de una flor, albergando las emociones que alteran el acelerado latir, de nuestros torturados corazones.

Después de tantos sentimientos encontrados, me doy cuenta de que Felicidad no ha venido sola, y entiendo el porqué de esta particular visita en la que puedo besar y abrazar a mi hija. Purificación se encuentra a su lado, viste un hábito negro y una ceñida cofia blanca cubre en totalidad su cabello, dejando tan apenas ver su rostro. Me sonrío y nos abrazamos con confianza, ahora mismo sé que nos quiere ayudar, lo noto en su penetrante mirada y en los brazos que me acaban de rodear con anhelo.

Mi hija rompe el abismal silencio que contamina mi respiración.

—Madre, conseguimos encontrar a Purificación, y ella ha accedido de buena gana a ayudarnos, ha hecho todo lo que estaba en su mano pero...

Purificación nos interrumpe.

—No tenemos mucho tiempo, Nieves. Me gustaría contarle muchas cosas, y también, agradecerle como Dios manda lo que hicieron por mí, pero ahora debo hablarle con premura de la delicada situación, en la que se encuentran Lucía y usted.

Secándome todavía las sinceras lágrimas que he derramado al verlas, le hablo con tan solo un hilo de voz, debido al nudo que me oprime en el pecho.

—Sé que ha sido ponerle en un compromiso muy difícil, pero entienda que ni Lucía ni yo teníamos a quién recurrir.

Purificación se sobresalta al oír mis palabras.

—Pero, Nieves... ¡Por Dios! ¿Cómo no iba a ayudarles? Lucía y usted me salvaron la vida, y yo jamás podré olvidarlo.

Purificación me coge afectuosamente las manos por encima de la mesa, y sus ojos se clavan con fiel tristeza en los míos.

Yo suspiro, porque imagino que no me trae buenas noticias, después de tan amarga expresión en su rostro, y ella prosigue.

—Su hija Felicidad me ha contado lo enferma que está, y yo he hecho todo lo humanamente posible, para que le saquen de este horrible lugar. Me ha costado mucho conseguirlo, he removido Roma con Santiago en la congregación

de la orden religiosa a la que pertenezco, y le puedo decir, extraoficialmente, que creo que podremos hacer que le indulten por enfermedad.

Siento una alegría enorme al escuchar estas palabras de los labios de Purificación, aunque tampoco sé cuánto tiempo podré resistir con esta tos, que impide que mis pulmones insuflen el aire y lo conviertan en oxígeno que respirar.

—Muchas gracias, Purificación, no sabe lo que significa para mí volver a ver mi pueblo, rodeada y abrigada por todos mis hijos.

Miro con detenimiento a Purificación, y no veo en ella esos hábitos que lleva puestos, veo a una mujer de gran corazón que la vida la llevó, sin conciencia propia, por unos derroteros contrarios totalmente a los míos. Sin embargo, ahora mismo, volvemos a ser dos mujeres que se ayudan entre sí.

No quiero, pero debo hacerle la pregunta que no para de rondarme por la mente.

—Y... ¿qué va a pasar con Lucía?

Veo cómo Purificación agacha la cabeza y cómo mi hija aprieta con furia los puños, no puedo hacer otra cosa que temerme lo peor, y mi hija, con la rabia hirviéndole con fervor en la sangre, es la que me lo comunica.

—Lo siento, madre. Purificación ha hecho todo lo que ha podido, pero, por desgracia, para Lucía ya no hay marcha atrás.

Purificación se une con pesar a la conversación, bajando ligeramente la mirada.

—La enfermedad, seguramente, le librá de la pena a usted, sin embargo, y aunque he hablado con personas influyentes de la Santa Madre Iglesia, no habrá perdón para Lucía. De veras que lo siento en el alma, Nieves, Lucía es una buena mujer y no se merece acabar así.

Nos abrazamos las tres ahora, llorando cascadas de dolor entre torrentes ya secos, en una tierra impasible y estéril de compasión. Justo en este crucial momento, las separan de mí. Me descompone ver a Felicidad en ese lamentable estado, chilla y grita como una posesa, no puede aguantar esta nueva separación, y Purificación la sujeta con fuerza para sacarla de aquí.

El ocaso ha teñido el cielo de negro. Yo no puedo conciliar el sueño con los pensamientos puestos en Felicidad, tengo el alma desgajada al ver de nuevo su rostro nadando entre dolor y lágrimas, y una pena muy grande me consume al mirar a Lucía, que duerme a ratos, aquí, a mi lado. El sonido de los cuervos que anidan entre estos espeluznantes muros, retumban ahora en mis oídos, los fantasmas más oscuros de Lucía han venido a llevársela para siempre, a un lugar del que ya no podrá regresar. Su sueño se acaba de romper camino del calvario.

Hoy la luna y las estrellas se han escondido, ya no cuelgan del cielo, porque no hay antorchas que encender ante el fuego de unos corazones, corroídos por dentro y totalmente marchitos, que actúan con la inercia de las piedras. Los buitres están esperando sin saber que, esta vez, su carroña no son los restos de la matanza. Las moscas depositarán sus larvas en las rocas que abren fuego, porque sabrán que la sangre que allí quede, tendrá el corazón demasiado limpio para poder descomponerlo.

Los disparos rasgan la noche, pero nuestros cantos la llenan de amor; un amor que logra mover montañas; que recorre las tempestades de los más profundos océanos; y que remueve los surcos de campos labrados con inusitado vigor, porque Lucía nos deja con amor. El horror de las tinieblas se lleva a la que quiero como a mi propia hermana, pero el resplandor que desprenden sus partículas, quedará vivo y formará parte de cada una de nosotras. Ella ha escuchado nuestra melodía de despedida; ella ha vuelto a sentir a su hija Genoveva colmando su interior; y ha vuelto a tocar el corazón de Ramiro, porque en los últimos segundos de su fuerte palpitar, ha escuchado la música en nuestras voces, recordándole sus propias partituras que, con excepcional talento, sabía transmitirnos al piano y llevarnos lejos, allí donde la armonía de la vida despertaba con la pureza de sus infinitas notas, grabando, además, cada uno de nuestros sentidos que, siempre, flotarán con ella.

ALSILOS. PRIMEROS DE DICIEMBRE DE 1940

El viento helado del prematuro e inclemente invierno me devolvió a Alsilos. Llegué en la parte trasera de una destartada camioneta, que mis hijos habían tomado prestada para traerme de vuelta a mis propios orígenes. La felicidad que noté, burbujeante en mi interior, al ver a mis cuatro hijos esperándome fuera de aquella cloaca sangrienta, habitada, además, por los más temibles lobos; era impagable con nada; era como volver, de nuevo, a la vida que seguía forjándose entre todos ellos. Sentí el ardor de su inmenso abrazo como si, de repente, la nieve que se reflejaba en nuestros rostros, hubiera dejado de cubrir nuestros corazones y, aunque nuestras alpargatas chorrearan ya empapadas, lo que iba humedeciendo todas las partes de nuestros adentros, era un extraño calor humano que rezumaba efervescente de vida y amor en aquel instantáneo momento, que sigo observando en el nítido espejo de mi memoria.

Recuerdo que por un breve espacio de tiempo, apenas quizá unos segundos, tuve la imperiosa necesidad de volver mi vista atrás. Aquellos muros de piedra traspasados por el umbral de la peor de las oscuridades, estaban recorridos por arterias de sangre pura que alcanzaban hasta el último de sus cuatro costados, quedando impregnadas, en todo su grosor, las fatales huellas de la muerte de la inocencia que, indudablemente, aquellos oportunistas salvajes jamás conocerían. Los últimos días en aquel horrendo sitio fueron devastadores para todas, pero, sobre todo, para Natividad y para mí fueron demoledores. El recuerdo de Lucía nos acompañaba a todas partes, y una incuestionable ira nos consumía por dentro. El dolor era insoportable y el odio intentaba colarse, buscando un pequeño hueco en nuestro profundo sufrimiento. Además, mi debilidad iba en aumento cada día que pasaba, y solo sentí un pequeño atisbo de mi antigua energía, cuando me confirmaron que, gracias a Purificación, podría volver a mi pueblo natal.

Durante aquel trayecto que me pareció interminable, mi hija Felicidad no me soltó la mano ni un solo segundo, y al acercarnos a la larga alfombra que formaban los campos de Alsilos, contoneándose en filas de consonantes colores, el inconfundible aroma que emanaba de aquellas tierras que eran las mías, endulzó una vez más mis pulmones, que intentaban hacer estragos para seguir respirando.

El frío me calaba penetrando por todos los poros de mi piel, sin embargo, yo sentía que mi cuerpo ardía, quizás fuera por la fiebre que, seguramente, tendría elevada aquel día, pero la claridad con la que el tímido sol de diciembre volvía a alumbrar mi vida, me hacía de nuevo encontrarme con la pureza de la nieve y con el embriagador perfume que Alsilos ponía, por una vez más, entre mis apagados sentidos.

No podría explicar ahora, con exactitud, la cantidad de emociones que sentí al llegar a mi posada, algo me decía que pronto acabaría en el fondo de las transparentes aguas de mi pozo, él había manado de las lágrimas que tantas veces yo le había vertido, todos mis desconsuelos habían acabado, en muchas ocasiones, sumergidos sin retorno entre sus limpias aguas, y, sin embargo, al mismo tiempo, llenaba infinitamente de vida a todos sus pobladores con su esperada y renovada frescura, inyectada, nuevamente, de intensa luz.

Mis lágrimas salpicaron la hiedra por la que no pararon de crecer hasta trepar de felicidad, metiéndose por cada recoveco de sus verdes hojas, que colonizaban hasta el último rincón que formaba la muralla de mi posada, guardando celosamente tras ella, todo el amor que podía contener de mis hijos y de toda la gente que me quería de verdad en Alsilos, de los que surgía auténtico cariño que jamás podrían borrar de este mapa, los indeseables que nos habían provocado este desmesurado dolor interno.

Llevo sobre mi viejo colchón de lana, desde ese mismo día que mi frágil cuerpo se desplomó sobre el empedrado suelo del patio, junto a mi eterno pozo, en el que creo que pronto, por fin, mi caída será libre, aunque todos intenten ocultármelo ahora. Supongo que mi fuerte debilidad física y el tener que asimilar, a la vez, aquellos sentimientos que fluían relampagueantes en mi corazón, hizo que me desmayara y que, aunque al poco rato, recobrarla la conciencia, ya no pudiera volver a levantarme de esta cama, que me lastima los huesos. Conforme han ido pasando los días, mi estado de salud ha ido empeorando hasta alcanzar un ritmo trepidante, que veo ya sin ningún freno. No quieren decírmelo, pero sé que parezco un esqueleto, me palpo las muñecas y ya no encuentro, apenas, la carne que mullía mi piel antaño, la tos me atrapa sintiendo como si me asfixiara a cada momento que pasa, por no hablar del sudor que, constantemente, empapa estas sábanas.

Estos días he podido despedirme de todos mis hijos, ellos quieren quitarme esas ideas malsanas de la cabeza, pero yo sé que dentro de poco podré descansar de tanto sufrimiento, y necesito saber que ellos nunca olvidarán mis buenos consejos. Me pena en el alma tener que dejarles en este mísero y depravado mundo, en el que se ha convertido nuestra existencia, sin embargo, mi vida se agota y, por esa misma razón, tendrán que elegir su propio camino en este

terrible destino ellos solos. Sé que quedan en buenas manos, a pesar de que Alsilos se ha convertido en un pueblo sepulcral, donde ya nadie se atreve a reír y ni siquiera tampoco a llorar, sus deprimentes calles ya no albergan, por ninguna esquina, la jovialidad de la que un día gozó en abundancia. Solamente el hambre, las penurias y las ancladas heridas que ha dejado amarradas en todas las paredes de sus casas la muerte, habitan ahora en Alsilos. Ya no queda nada de aquel pueblo en el que crecí, rodeada del amor y la generosidad de mi padre. Los juegos con los que se divertían sin cesar mis hijos y el resto de niños del pueblo, se extinguieron hace mucho, llevándoles, sin compasión, la madurez de horrores adultos que atormentan, ahora con terror, una mente infantil que no consigue asimilar algo así. También el amor entre las parejas jóvenes ha traído una dura capa de frialdad, la alegría se funde con la tristeza en la mirada de Faustino y Paloma, y en la de tantos otros muchachos que se aman con anhelo y congoja, al mismo tiempo. Agrios recuerdos me traen a los pobres niños harapientos que despojaron con firmeza de sus hogares e implantaron, así, el vacío silencio en Alsilos, quizás con un apresurado lavado cerebral para su desgraciado porvenir. Atrás queda ya como si hubiera pasado en otra vida, la apasionada libertad que sentí colmar junto a Bernardo.

Para mí es muy duro siquiera pensarlo, porque cuando lo hago, cuando pienso inevitablemente en Bernardo, siento dentro de mí un dolor tan profundo, como si un batallón de mortíferas flechas atravesara mi interior hasta lo más hondo de mi corazón, destrozándolo por completo. Sin embargo, tanto tiempo sin una sola noticia de mi marido, casi empiezo ya a creer, que él tampoco ha regresado del lugar al que, irremediablemente, yo pienso que me dirijo.

Es muy triste que ya solo queden en Alsilos, almas en pena vagando por sus calles, y que ni siquiera el potente sol de mediodía consiga despertar aquello, que un día fueron, porque en esta parte de la Tierra, la noche ha querido dormir incluso en pleno día.

Sé que he estado ya delirando, llevo un rato consciente y mi hija Felicidad me lo ha contado. Acaba de ir a buscar más paños húmedos para intentar bajar mi exaltada fiebre, yo le dejo que me cuide con esmero, aunque las dos sabemos que mi final se acerca. Al menos, mi último aliento será en mi cama y entre las paredes de mi posada, el refugio que de verdad me hace ser libre. Siento que todos quedan en buenas manos, las mejores. Al ser todavía menores, Faustino se ha hecho cargo de sus hermanos y hermana, y a Genoveva la adoptaron Rosa y Pedro junto a sus tres sobrinas. Increíblemente, he visto a Rosa y a Pedro encantados con su pequeño Salvador, y eso me reconforta de veras. Por supuesto, se me hiela el alma cada vez que miro a Genoveva, su mirada está perdida quién sabe ahora dónde, y parece ser, según lo que me ha contado mi

hija, que no puede siquiera acercarse a las partituras que guarda de su madre, Felicidad cree que jamás ya sus dedos podrán rozar piano alguno, es como si sus peores miedos y temores abrieran una gran brecha en su corazón y se clavaran en ella sus desvelos más terribles, al acordarse de su madre junto al piano.

La vida va a ser extremadamente dura y complicada para Genoveva, también para mi hija, pero, al menos, Felicidad tiene a sus hermanos, que espero y confío que le apoyen en todo, por eso les he pedido que quieran también a Genoveva como si fuera una hermana más, será muy difícil salir adelante en este mundo envenenado de crueles injusticias, pero con la ayuda de todos, estoy segura de que, tarde o temprano, superarán este insano sufrimiento que ahora les golpea y atenaza.

El cielo se ha vuelto sombrío, hasta los pequeños seres que por aquí habitan, tienen que callar, porque las leyes naturales se han quedado sin voz, ya no existe la calma, tan solo el pavor. La vida se estremece y, a mí, se me escurre a cada paso cuando veo entrar con paños limpios a mi hija Felicidad. Entrelazo con tristeza sus manos con las mías, y le hablo, porque aun con todo, mi voz seguirá viva sobreponiéndose por encima de estos tiempos oscuros, que asolan, con su solapado velo negro, cada recóndito lugar existente sobre la faz de esta tierra nuestra.

Miro con intenso amor sus dulces ojos azules, que comienzan a empañarse en un gélido rocío.

—Felicidad, cariño... —la tos me interrumpe— Os quiero a ti y a tus hermanos tanto que no podríais ni imaginar, no lo olvides nunca. Elige y piensa siempre por ti misma, aunque intenten manipularte nunca te dejes vencer, tú eres capaz de ser lo que quieras ser, hija. Y ama porque la vida es hermosa si la vives amando, solo de esa forma tiene verdadero sentido.

Las lágrimas brotan imparables, entre chorros de inmenso dolor, de los ojos de Felicidad, y cruzan su rostro espigándose en sus mejillas, formando un gran tronco a la deriva, lleno de angustia. La claridad de sus ojos se va nublando y, poco a poco, va emborronando la visión de los míos. Ya el azul se va borrando de mi memoria, dejando una estela brillante de eternas huellas de mi pasado; y noto cómo mi celeste mirada se va oscureciendo, cada vez más intensamente, entre aquellos felices momentos vividos junto a mis hijos. Todo comienza a verse gris, pero aún consigo escuchar los sollozos de Felicidad que siento mezclarse con el amor de Bernardo, al evocarlo en este preciso instante. En apenas unos segundos, me quedo ciega, el túnel negro del pozo de la vida se postra ante mí.

EPÍLOGO

ALSILOS. AGOSTO DE 1954

Felicidad observó su incipiente vientre ante el espejo del aguamanil. Todavía conservaba el mismo mueble que tenía su madre en su habitación, estaba un poco descascarillado, sin embargo, aunque un día pudiera ponerse un tocador nuevo, que en los tiempos que corrían también sabía que sería muy difícil, conservaría el de su madre, no lo cambiaría por nada porque cada vez que se miraba en ese espejo, era como si su madre velara detrás de ella, dándole algún consejo al igual que cuando era niña, y su fugaz reflejo llenaba a Felicidad por dentro, invadiéndola de amor, dolor y añoranza, todo a un mismo tiempo.

Después de mirarse pensando en la nueva vida que se gestaba en su interior, buscó en la mesilla de noche el reloj de su padre, el cristal había terminado de romperse hacía años, pero también lo había guardado con esmerado cuidado y enorme cariño, porque significaba mucho para ella, y era otro vínculo más que le hacía recordar, llevándole a imaginar y a rememorar, el tiempo vivido por sus padres y el que había compartido con ellos. Ese día se sentía nostálgica y melancólica, hacía muy poco que su marido Hilario había compartido con ella, aquel secreto que el pozo les había guardado intacto durante tantos años y que, ahora, fulminaba la tierra de los extensos campos de trigo. El miedo les paralizaba cada vez que un viejo baúl lleno de injusticias pasadas, se abría, e Hilario, que confiaba plenamente en Felicidad, le contaba todo con detalle, esperando que las palabras de su mujer aliviaran sus pequeñas dudas, y ahora, incluso después de varios años de matrimonio, buscaban siempre la mejor solución posible ante cualquier imprevisto, y seguían encontrando esas respuestas, juntos.

Felicidad seguía echando de menos a sus padres todos los días, algo le hacía percibir que hoy hubieran estado orgullosos de ella. Le había tocado pasar muchas penalidades, incluso empeñando el crucifijo de aquella monja a la que no había vuelto a ver, la miseria penetró en su hogar como también en muchos otros de Alsilos, sin embargo, y aunque había tenido que callar para poder sobrevivir ante el pánico que se imponía surcando los cielos, las últimas palabras de su madre resonaban constantemente en su conciencia, y era, justamente, esa frase final que escuchó pronunciada por los labios agrietados de su amada madre, la que se le había clavado con fuerza en el corazón, por ello, aunque

había aprendido a vivir en silencio, nadie tiraba de las riendas de su vida más que ella misma, y sabía y sentía en lo más hondo de su acelerado palpitar, que su madre seguía viviendo en ella a cada instante, indicándole el sendero propicio cuando sus pasos caminaban tambaleantes.

Cada agosto, por ser el mes donde la brillante luz del sol les envolvía llameante de ardor, y jamás les abandonaba apagándose, Felicidad y las mujeres de Alsilos recordaban a sus familiares en los campos de girasoles, que extendían su deslumbrante manta entre los cultivos más alejados del pueblo, juntándose precisamente allí, para apartarse de persistentes miradas ajenas y no dar que hablar a nadie. Aquella tarde, mientras los últimos aletazos del día hacían acalorar sus cuerpos, Felicidad, Genoveva, Rosa, Natividad y sus tres hijas se reunieron, una vez más, para amar conjuntamente a sus seres queridos, evitando su caída en el pozo del olvido. Hacía ya algún año que Nati había salido de aquella mugre infernal, aunque con indefinibles rasguños e internas cicatrices imposibles ya de suturar, que le dejaron secuelas para el resto de sus días. Todas compartían innumerables heridas abiertas, por eso, juntas y unidas con los inseparables lazos de un latir colectivo en sus corazones, convertían esa árida tierra en un cálido y especial homenaje, donde la añoranza lograra cubrir de vida, el sufrimiento enquistado.

Los pétalos de amapolas rojas volaron libres entre los numerosos girasoles que fijaban su cara a la luz, e igual que las gotas de sangre, el fervor y el intenso color de aquellas flores, germinaría, porque las semillas del fruto del horror eran esparcidas para sembrar bondad donde había anidado con maldad el odio, depositándose en aquel atardecer de fuego, que quemaba por dentro.

Felicidad se sintió más viva que nunca al extender entre aquella tierra de Alsilos, sus amapolas llenas del entusiasmo que fluía, con intensidad, por los pasadizos de su corazón. Podrían cortar la raíz de sus pensamientos, pero jamás podrían atajar el tallo del que emanaba, sin rencor, la pasión por la vida. Creían tener ahora poder sobre todos ellos y, sin embargo, estaban muy equivocados, porque la sangre pura que había recorrido los sentimientos de sus padres, empezaba a formar parte de un nuevo laberinto, ramificado en cada uno de los vasos conducidos por el interior de la criatura, que albergaba en sus entrañas. Porque aunque les hubieran quitado todo, había una única cosa en este mundo cruel que jamás tendrían ellos y nunca podrían robarles, su eterno amor a la vida. Y ahora, Felicidad traería pronto una nueva que nacería abriéndose camino; y perpetuándose en la incansable lucha de saber amar, despertando y encendiendo los resplandores de la felicidad.

NOTA DE LA AUTORA

Esta novela nació alumbrada, vivamente, por el intenso e irrompible hilo familiar que une profundamente mi corazón al de mis antepasados, mis bisabuelos por parte de abuela paterna: Anacleto y Rosalía. Es a ellos a quienes debo agradecer que las palabras de esta obra comenzaran a fluir vertiginosamente. Sus vidas reales quedaron, desgraciada e injustamente, suspendidas entre las olas que atesora el tiempo; por ello, apenas unos temblorosos trazos de quienes fueron han llegado hasta mí. Sin embargo, fue su añorada esencia la raíz de esta historia.

La documentación histórica de esta novela fue exhaustiva, en cuanto a que quería sonsacar esa parte de nuestro pasado reciente impregnado con esa fragancia de libertad; y esa lucha sin igual por eliminar el fascismo cuando estalló el conflicto, no podía hallarla en la zona geográfica en la que habitaron mis antepasados. Ha sido un fuerte impulso, una apasionante labor, el intentar dar una voz necesaria a tantas personas que lucharon sin tregua por consolidar la democracia en nuestro país; lamentablemente, la mayoría acabaron siendo víctimas inocentes ante tanta barbarie.

Me ciño, con rigor, a la realidad histórica acontecida; de este modo, los personajes son anónimos y, aunque puedan encontrarse retazos de mis antepasados en los mismos, su devenir en la vida que les toca es pura invención de esta autora.

Esta obra es un recuerdo inmutable de todas aquellas personas que, de una manera u otra, fueron víctimas del franquismo; tanto sus logros como su propio latir estarán siempre conmigo, en mi interior. Mis bisabuelos también fueron víctimas de los días sangrientos de la guerra, a ellos les debo parte de quien hoy soy; y a ellos les rindo homenaje, llevándolos, perpetuamente, en el fondo de mi palpitar y de mis pensamientos.

BIBLIOGRAFÍA

DÍAZ HERNÁNDEZ, Onésimo, *Historia de España en el siglo XX. A través de las grandes biografías, novelas y películas*, Barcelona, Base, 2010.

NÚÑEZ PUENTE, Sonia, *Una historia propia. Historia de las mujeres en la España del siglo XX*, Madrid, Pliegos, 2004.

GÓMEZ BLESA, Mercedes, *Modernas y vanguardistas. Mujer y democracia en la II República*, Madrid, Ediciones del laberinto, 2009.

FERNÁNDEZ CLEMENTE, Eloy/FORCADELL ÁLVAREZ, Carlos, *Aragón Contemporáneo. Estudios*, Zaragoza, Guara Editorial (Colección básica aragonesa; 47), 1986.

GERMÁN ZUBERO, Luis, *Aragón durante el siglo XX. Estudios urgentes*, Zaragoza, Edicions de l'Astral (Rolde de Estudios Aragoneses), 1998.

Introducción: CASANOVA, Julián; Textos: GERMÁN ZUBERO, Luis/BALLARÍN, Manuel/PEIRÓ, Antonio/ILLION, Régine, *La Segunda República en Aragón (La Guerra Civil en Aragón; Volumen I)*, Barcelona, Ciro Ediciones; Zaragoza, Prensa Diaria Aragonesa, Diputación Provincial de Zaragoza, 2006.

ALDECOA CALVO, José Serafín, *Entre el hambre de tierra y el despertar social: La II República en tierras del Jiloca (1931-1936)*, Calamocha (Teruel), Centro de Estudios del Jiloca, 2010.

TUÑÓN DE LARA, Manuel/ARÓSTEGUI, Julio/VIÑAS, Ángel/CARDONA, Gabriel/M.BRICALL, Josep, *La Guerra Civil Española. 50 años después*, Barcelona, Labor, 1989.

GRAHAM, Helen, *Breve historia de la guerra civil*, Madrid, Espasa Calpe (Gran Austral), 2006.

BEEVOR, Antony, *La guerra civil española*, Barcelona, Crítica, 2005.

ABELLA, Rafael, *La vida cotidiana durante la Guerra Civil. La España nacional*, Barcelona, Planeta (Historia y sociedad), 2004.

ABELLA, Rafael, *La vida cotidiana durante la Guerra Civil. La España republicana*, Barcelona, Planeta, 2004.

CARABIAS ÁLVARO, Mónica, *Rosario Sánchez Mora (1919). La dinamitera: historia de una mujer soldado en la Guerra Civil española*, Madrid, Ediciones del Orto (Biblioteca de mujeres; 28), 2001.

HERNÁNDEZ, Miguel, *Crónicas de la Guerra Civil: un poeta en el frente/Prólogo de Luis García Montero*, Madrid, Diario Público, 2009.

DOMINGO, Carmen, *Nosotras también hicimos la guerra. Defensoras y*

sublevadas, Barcelona, Flor del Viento Ediciones, 2006.

NASH, Mary, *Rojas. Las mujeres republicanas en la guerra civil*, Madrid, Taurus, 1999.

CASANOVA, Julián/CENARRO, Ángela/CIFUENTES, Julita/MALUENDA, María Pilar/SALOMÓN, María Pilar, *El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón (1936-1939)*, Zaragoza, Mira Editores, 2001.

SOLANO SANMIGUEL, Valentín, *Guerra civil. Aragón. Tomo III. Teruel*, Cuarte de Huerva (Zaragoza), Delsan, 2006.

FERNÁNDEZ CLEMENTE, Eloy, *De la Ilustración a la Batalla de Teruel/Selección, biografía e introducción de Josefina Lerma Loscos*, Andorra (Teruel), Instituto de Estudios Turolenses; Centro de Estudios Locales de Andorra, 2010.

CENARRO LAGUNAS, Ángela, *El fin de la esperanza: fascismo y guerra civil en la provincia de Teruel (1936-1939)*, Teruel, Instituto de Estudios Turolenses, 1996.

CASANOVA NUEZ, Ester, *La violencia política en la retaguardia republicana de Teruel durante la guerra civil*, Teruel, Instituto de Estudios Turolenses, 2007.

FONSECA, Carlos, *Trece rosas rojas. La historia más conmovedora de la Guerra Civil*, Madrid, Temas de Hoy, 2007.

DOÑA, Juana, *Desde la noche y la niebla. Mujeres en las cárceles franquistas/Prólogo de Almudena Grandes*, Madrid, Horas y Horas, 2012.

CUEVAS, Tomasa, *Presas. Mujeres en las cárceles franquistas*, Barcelona, Icaria (Colección Antrazgt), 2005.

OTRAS FUENTES

ALDECOA CALVO, José Serafín, *El movimiento obrero en las minas de Teruel (1928-1938). Los sindicatos mineros (Cuencas mineras, Libros y Ojos Negros)*, Ponencia (PDF) en el VII Congreso de Minería y Metalurgia del Sudoeste de Europa.

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA



Raquel Victoria (Zaragoza, 1978) comenzó su andadura literaria a través de los relatos que su abuela le contaba, lo que le inspiró la creación y posterior publicación de su novela *“Las raíces de la encina”* (Certeza, 2013). En esta primera obra, la autora da voz y dota de sensibilidad a las mujeres que le precedieron, las mujeres de su familia; haciendo especial hincapié en la lucha y superación que les llevará a afrontar, resignadas pero con su fuerza femenina, tanto las dificultades de un caótico siglo XX español esculpido por los sinsabores del hambre, como la vía opresiva de una sociedad patriarcal que las conducía al silencio. Desde entonces, la escritora aragonesa ha intervenido como ponente en diversos actos culturales y literarios, en algunos de los cuales ha tratado temas de concienciación sobre la desigualdad de género, comprometida con el empoderamiento y visibilidad real de las mujeres; ha participado como jurado en certámenes literarios locales, de reconocida y larga trayectoria en su ciudad; así como escribe también artículos de toda índole (aunque mayormente especializados en temática femenina y/o histórica), reseñas literarias (bajo su particular punto de vista crítico) y género lírico (donde explora las bellas vertientes del íntimo ejercicio de la poesía); facetas que desarrolla ampliamente y publica, con asiduidad, en las redes sociales y en distintos medios virtuales.

Actualmente, su pluma continúa escribiendo historias protagonizadas por mujeres. En su próxima novela, que ya está encauzando, los personajes femeninos volverán a llevar las riendas de la trama, siempre bregando contra viento y marea en ese pasado contemporáneo nuestro. Habiendo dejado atrás su labor como Técnico Sanitario Especialista en Laboratorio, la escritora se dedica a aquello que más le apasiona: crear sus obras impregnando su singular mirada; aquella que enfoca hacia la perspectiva de género y los trágicos acontecimientos de otro tiempo, y lo hace ahondando en la complejidad intrínseca de los sentimientos.

Puedes seguir a la autora en:

<https://www.facebook.com/raquel.victoria.520357>

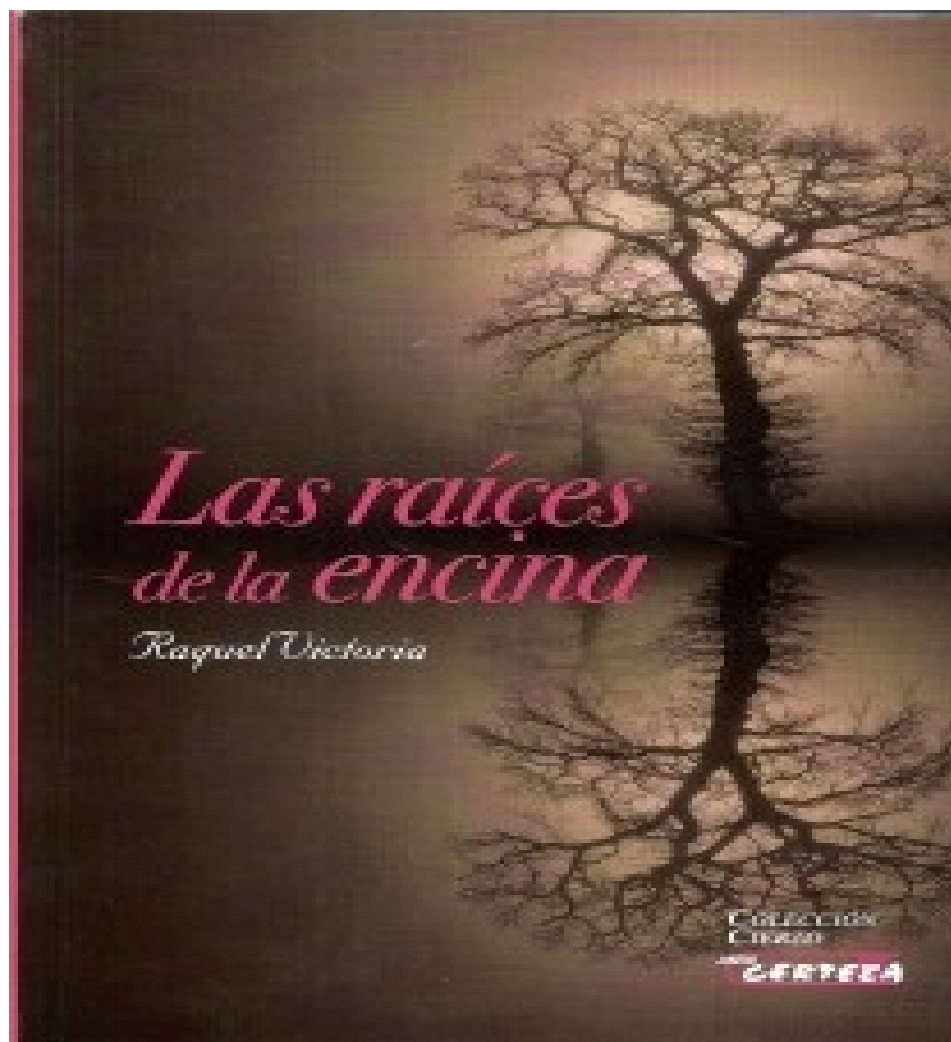
<https://www.facebook.com/Reseñas-literarias-bajo-el-prisma-de-Raquel-Victoria-885874061474408>

<https://twitter.com/@RaquelV77246445>

<https://www.instagram.com/raq.Victoria>

<https://wordpress.com/stats/day/latintaderramadaderaquelvictoria.wordpress>

OTRAS NOVELAS PUBLICADAS



ÍNDICE

PRIMERA PARTE

Amapolas de libertad

1

ALSILOS. AGOSTO DE 1954

2

ALSILOS. TREINTA Y CINCO AÑOS ANTES

3

ALSILOS. OCTUBRE DE 1919

4

ALSILOS. SEIS MESES MÁS TARDE

5

ALSILOS. UNA SEMANA DESPUÉS

6

ALSILOS. ABRIL DE 1920

7

ALSILOS. MAYO DE 1920

8

ALSILOS. SEPTIEMBRE DE 1920

9

ALSILOS. DICIEMBRE DE 1921

10

ALSILOS. NAVIDADES DE 1921

11

ALSILOS. ENERO DE 1922

12

ALSILOS. SEIS MESES DESPUÉS

13

ALSILOS. AGOSTO DE 1924

14

ALSILOS. UN AÑO MÁS TARDE

15

ALSILOS. PRIMAVERA DE 1932

16

ALSILOS. OTOÑO DE 1932

17

ALSILOS. TRECE MESES DESPUÉS

18

ALSILOS. NOVIEMBRE-DICIEMBRE DE 1933

19

ALSILOS. MARZO DE 1936

SEGUNDA PARTE

Hacia el abismo

1

ALSILOS. FINALES DE VERANO DE 1936

2

EN ALGÚN LUGAR DEL FRENTE EN LA PROVINCIA DE TERUEL.
OCTUBRE DE 1936

3

ALSILOS. OCTUBRE DE 1936

4

ALSILOS. OTOÑO DE 1936

5

EN ALGÚN LUGAR DEL FRENTE EN LA PROVINCIA DE TERUEL.
PRINCIPIOS DE NOVIEMBRE DE 1936

6

ALSILOS. DICIEMBRE DE 1936

7

ALSILOS. NAVIDADES DE 1936

8

ALSILOS. AL DÍA SIGUIENTE

9

CERCA DE TERUEL. PRIMAVERA DE 1937

10

ALSILOS. PRIMAVERA DE 1937

11

ALSILOS. SEPTIEMBRE DE 1937

12

TERUEL. ENERO DE 1938

13

ALREDEDORES DE TERUEL. PASADOS UNOS CUANTOS DÍAS

14

ALSILOS. MARZO DE 1938

15

ALSILOS. PRIMEROS DÍAS DE LA PRIMAVERA DE 1938

16

EN LOS ALREDEDORES DEL RÍO TURIA. MAYO DE 1938

17

ALSILOS. MAYO DE 1938

18

ALSILOS. UNOS DÍAS DESPUÉS

19

ALSILOS. JUNIO DE 1938

20

A ORILLAS DEL RÍO TURIA. UNAS HORAS MÁS TARDE

21

ALSILOS. FINALES DE JUNIO DE 1938

TERCERA PARTE

Bajo el fuego del infierno

1

EN ESE LUGAR DE LA TIERRA DONDE EXISTE EL INFIERNO. OTOÑO DE 1940

2

EN ESE LUGAR DE LA TIERRA DONDE EXISTE EL INFIERNO. UN MES DESPUÉS. NOVIEMBRE DE 1940

3

ALSILOS. PRIMEROS DE DICIEMBRE DE 1940

EPÍLOGO

ALSILOS. AGOSTO DE 1954

NOTA DE LA AUTORA

BIBLIOGRAFÍA

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

OTRAS NOVELAS PUBLICADAS